ALICIA CATALÁN
@kalonbay

El canto de las ballenas sin mar



SUMA


ALICIA CATALÁN
@kalonbay
El canto de las ballenas sin mar
SUMA

Alicia Catalán

El canto de las ballenas sin mar

SUMA de letras

Para aquellos a los que alguna vez os han
hecho sentir como peces fuera del mar:
nunca os hizo falta agua para nadar

Playlist de *El canto de las ballenas sin mar*

«The Portrait», de James Horner
«Just Because», de Sadie Jean
«Mía», de Belén Aguilera
«Le Festin», de Camille, Michael Giacchino
«Single Part of You», de Jamie Grey
«Demons», de Ground Zero Academy Orchestra
«When You Say Nothing at All», de Ronan Keating
«Dance All Night», de Nathan Wagner
«¿Cómo pagarte?», de Carlos Rivera
«Perfectly Broken» (duet version), de Banners ft. Lily Meola
«Flying Peacefully», de Morgan
«Emocional», de Dani Martín
«Heart by Heart», de Demi Lovato
«She Will Be Loved», de Maroon 5
«Turning Page», de Sleeping at Last
«Akureyri», de Aitana, Sebastián Yatra
«November Sky», de Nathan Wagner
«Dandelions», de Ruth B.
«Right Here Waiting», de Richard Marx
«Nuvole Bianche», de Ludovico Einaudi
«Marjorie», de Taylor Swift

«Dusk Till Dawn», de ZAYN, Sia
«So Close», de Jon McLaughlin
«I Lived», de One Republic

Prólogo

Impostora.

De entre todos los momentos de mi vida en los que me había sentido fuera de lugar, este era con diferencia el peor.

Según atravesaba la entrada, notaba sobre mí el peso de las miradas del resto de los participantes. Sabían que no debería estar allí.

Lo cierto es que la sensación no me era del todo desconocida. No era la primera vez que me sentía en un lugar que no me correspondía. Encajar nunca había sido mi fuerte y, de hecho, me atrevería a decir que era una experta en no hacerlo. Prefería mil veces la soledad antes que estar en un sitio donde no era bienvenida.

No era la primera vez que me sentía así, pero sí la primera vez que me culpabilizaba por ello.

Entré en el hotel y empecé a observar al resto de los concursantes.

El vestíbulo era precioso. Daba igual el número de veces que hubiese estado allí. Siempre me dejaba con la boca abierta.

El techo era alto y majestuoso. La entrada tenía varias filas de columnas de mármol con flores y olas esculpidas en ellas. En el

centro de la sala, justo enfrente del mostrador, había un mosaico en tonos azules y verdes que simulaba una alfombra. Se trataba de una de las alfombras más espectaculares que jamás había visto. La primera vez que la vi me pareció una obra de arte incrustada en el suelo y aún me fascinaba, porque, cuando la recorría, trataba de no pisarla mucho.

El emblema del hotel estaba grabado en el centro de ese mural de azulejos. Era un símbolo con forma de lo que parecía ser un corazón, pero, en lugar de tener dos de los extremos curvos, los tres acababan en punta. Un corazón de tres puntas.

En el techo, además de tener algunas vidrieras, colgaba una enorme araña de cristal que alumbraba poco, pero producía un efecto reflejo sobre el mosaico casi de fantasía. La luz de las vidrieras atravesaba los prismas de la lámpara y dejaba trazos de colores en el mosaico del suelo.

Sin duda, el Imperial Prague era una obra de arte. Mientras miraba a mis compañeros, no estaba segura de si me consideraban uno de ellos o si me veían como una rival. Posiblemente ninguna de las dos cosas, pero no podía culparlos. Yo no debería estar allí. No podían considerar compañera a alguien que no estaba a su nivel ni rival a quien no suponía una amenaza.

Por sus caras deducía que la mayoría no había ido allí a hacer amigos, pero, para ser sincera, yo tampoco.

Hacía solo unas semanas que había llegado a Praga con el corazón roto en mil pedazos, un puesto de recepcionista en uno de los mejores hoteles de lujo en Europa y el deseo reprimido de volcar mi creatividad, la voz de mis sentimientos, en decenas de lienzos en blanco. Ni en mis mejores sueños ni en mis más turbulentas

pesadillas habría imaginado, el día que pisé por primera vez aquella ciudad, que un simple puesto de trabajo supondría el arranque de una nueva y desconcertante vida.

1



La última vez que me subí a un avión tenía once años y viajaba con mis padres. No lo recuerdo como algo demasiado especial porque en ese momento tampoco era capaz de apreciarlo.

Ahora, pensar que viajaba sola me producía miedo y emoción en la misma medida.

Estaba amaneciendo y por suerte me había tocado ventanilla. Sin duda era el amanecer más bonito que había visto nunca. Según salía el sol, una capa esponjosa de nubes, que se extendían bajo el ala, se iba tiñendo de diferentes tonos anaranjados.

Quedaba menos de una hora para aterrizar y me había pasado las dos últimas horas del vuelo pensando en si habría tomado la decisión correcta con la frente pegada al cristal.

Tampoco sabía si en la vida existían las decisiones correctas o si una decisión era más correcta que otra. En cualquier caso, ahí

estaba. En un avión con destino a Praga para trabajar en uno de los hoteles de lujo más prestigiosos del mundo.

A través de mis auriculares sonaba «Just Because», de Sadie Jean. ¡Qué oportuna! No podía ser otra. A veces me planteaba si mi propia cuenta de Spotify quería torturarme por algún extraño motivo. Saqué un cuaderno de mi bolso.

Casi nunca salía de casa sin él. Empecé a bocetear mientras recordaba los días tan surrealistas que había vivido estos últimos meses.

Estudiar Turismo no era el sueño de mi vida, pero por ciertas circunstancias había acabado haciéndolo. Hablaba cinco idiomas y eso facilitaba las cosas. Mis padres consideraron que era mi mejor opción, y yo accedí. Mamá tenía raíces británicas y en mi familia prácticamente se hablaba y se escribía todo en inglés. Además, pasé años en clases de alemán, francés e italiano. No puedo decir que me presionaran, porque la elección fue íntegramente mía, pero estaba claro que mi vocación era otra. Esa fue la primera gran decisión que tomé.

Es curioso cómo con dieciocho años te hacen elegir algo que influirá en tu vida de una manera tan fundamental. En ese momento no me sentía nada preparada y dudo que alguien lo esté.

La segunda gran decisión que tomé fue la de irme a Praga a trabajar. La más difícil con diferencia y con la que no todos estaban de acuerdo.

Empecé a sombrear el ala del avión en el papel al mismo tiempo que recordaba el día que recibí el correo de admisión.

Me disponía a pintar un colibrí. La foto de referencia tenía miles de colores y yo quería hacerlo aún más colorido. Cuando estaba

mezclando los tonos para una segunda capa del fondo, mi móvil vibró.

Solo había presentado el currículum para el puesto de recepcionista en dos hoteles: uno, bastante bueno, en mi propia ciudad, y otro de un nivel mucho más alto en un país extranjero al que parecía imposible acceder: el Imperial Prague. Había hecho cinco pruebas diferentes para el proceso de selección y, hasta ese momento, no había recibido ningún *feedback*.

Sin embargo, en el e-mail me ofrecían el puesto de recepcionista por un año, con un periodo de prueba de un mes. No me lo podía creer.

Lo primero que hice fue bajar las escaleras para contárselo a mi madre.

Ella se entusiasmó casi tanto como yo, pero después del momento de euforia empezó a hacer el papel que le tocaba.

—¿Cómo te vas a ir tú sola? ¿Y tan lejos? ¿Dónde vas a vivir? No podemos pagarte un alquiler íntegro y no te vas a meter en un cuchitril con personas que no conoces. ¿Y si te pasa algo? —Estas fueron algunas de las maravillosas incógnitas que mi madre formulaba en voz alta más bien para sí misma—. Cuando venga tu padre lo hablamos.

Papá era fácil de convencer. Tenía una mente mucho más abierta que mamá y, aunque tampoco le gustó la idea de verme a miles de kilómetros de casa, entendió perfectamente que era una gran oportunidad para mí.

—Aunque vayas a trabajar allí, los primeros meses serán difíciles. Hay que pagar el alquiler, transporte, comida… —Yo sabía que, si fuera por ellos, se hubiesen encargado de todo, pero mis padres no

andaban bien de dinero desde hacía años—. Hay que pensarlo detenidamente antes de tomar una decisión.

Se pasó la mano por la barba recién recortada y se ajustó las gafas.

—Papá —dije intentando convencerle—. Tengo dinero ahorrado. ¿No ves que no salgo casi nunca? Todo lo que he ido ganando en la cafetería ha sido para materiales de arte y apuntes del grado, pero el resto lo he ahorrado. —Ya no sabía qué más decir para que accediera—. Con ese dinero, me alcanza para los vuelos y para vivir los primeros meses.

Tenía la suficiente edad como para irme sin su permiso, pero mis padres habían estado conmigo en cada decisión que había tomado y esta no iba a ser diferente.

Al menos, intentaría que no lo fuera.

Sin la aprobación de mis padres y sin sustento económico la opción de irme a Praga era solo una ilusión.

—Te ayudaremos en todo lo que podamos, pero tienes que prometerme que vas a aprovechar esta oportunidad al máximo —me dijo mi padre apuntándome con un dedo—. Te vas como recepcionista y tienes que volver mínimo como gerente.

Sonrió justo después de hacer la broma. Mi madre puso los ojos en blanco, pero también se relajó.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Los abracé.

—Yo sigo pensando que hay muchas cosas que cuadrar —advirtió mi madre.

La despedida fue complicada. Nunca había salido de mi ciudad sin mis padres y este iba a ser mi primer contacto con la independencia de verdad.

En el aeropuerto mi madre lloró como una magdalena y mi padre bromeaba todo el rato sobre el estilo de vida en Chequia. Por suerte, sus bromas hacían que todo fuera más fácil.

Mi familia era como todas las familias. Cada uno teníamos nuestras manías. Éramos muy diferentes entre nosotros y habíamos pasado por situaciones muy difíciles, pero no podía quejarme de ellos. Nos cuidábamos entre todos, y eso era lo importante. No me cabía duda de que mis padres habían hecho todo lo posible para que yo pudiera estar en ese avión rumbo a Praga.

Quedaban quince minutos para aterrizar y pensé que era un buen momento para contestar al mensaje que Álex me había escrito el día anterior. Así lo escribía sin llorar, porque me daba mucha vergüenza hacerlo delante de tanta gente.

La señora sentada a mi lado leía un libro. No me juzgaría por echar alguna que otra lágrima, pero luché con todas mis fuerzas para que eso no ocurriese.

Cogí el móvil y volví a leerlo:

Hola, Vera.
Buen viaje. Siento mucho no haberte escrito hasta ahora, pero necesitaba calmarme y no quería crearte esperanzas ni nada por el estilo. No entiendo por qué has decidido marcharte. Teníamos una vida aquí y tenías la posibilidad de quedarte. Has tomado una decisión egoísta y lo siento, pero no puedo seguir con una persona que está en la otra punta del continente. Necesito ciertas cosas que tú no me puedes dar desde allí y aunque esté seguro de que eres la persona de mi vida no creo que una relación a distancia vaya a funcionar. Al menos no para mí.
Un beso

Según lo releía, empecé a experimentar algo muy diferente al dolor.

Sentí rabia.

Rabia porque tuvo el valor de llamarme egoísta. Rabia por hacerme sentir mal cuando el único que se rindió fue él. Enfado porque no se planteó ni medio segundo seguir conmigo cuando le dije que había tomado la decisión de irme. Impotencia porque aún tenía la poca vergüenza de decir que era la persona de su vida.

En ese momento decidí que mi mensaje iba a ser más breve de lo que esperaba:

> Espero que, cuando yo encuentre a la persona de mi vida, se esfuerce bastante más.
> Ánimo y suerte

Cerré la conversación y metí el móvil en el bolso.

Hasta que no llegase a Praga no tendría internet, pero ya lo había enviado y, sinceramente, me había quedado muy a gusto. No se merecía más explicación que esa.

Álex y yo llevábamos dos años de relación. Lo conocí un día en la cafetería donde trabajaba los fines de semana y, desde entonces, empezó a venir con más frecuencia. Un día me preguntó si quería tomarme algo al salir del trabajo, y ahí comenzó todo.

Al principio era muy atento y cariñoso conmigo. Nos queríamos mucho, o al menos eso pensaba, aunque siempre era yo quien tenía la iniciativa para casi todo. Si había que dar algún paso en la relación, yo tomaba las riendas. Cuando las cosas se ponían difíciles, tenía que ser positiva y tirar hacia delante.

Nunca me había importado… Hasta que le dije que me quería ir.

Esta oportunidad era única para mí. Para una vez que él debía apostar por nosotros, no lo hizo. Estuve tan ciega que no me había dado cuenta de que, si hubiera sido por él, no habríamos durado ni dos meses.

A pesar de ciertas inseguridades, siempre había tenido un carácter fuerte y bastante personalidad. Buscaba la manera de salir adelante y de ser positiva. Era decidida. Sabía lo que quería en la vida y, aún más importante, lo que no quería.

Álex me dejó claro que, o me quedaba en la ciudad, o la relación se terminaba. Yo no iba a desperdiciar mi vida con alguien que me ponía entre la espada y la pared. No me lo merecía.

Después de esa conversación en la que me dijo varias cosas no muy agradables, no volvimos a hablar. Hasta ese mensaje.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me percaté de que estábamos prácticamente en la pista de aterrizaje.

Cerré la libreta con el boceto casi terminado y pensé en escribir su texto cuando estuviese más tranquila en el apartamento. Era algo que acostumbraba a hacer: acompañar los bocetos e ilustraciones con reflexiones. A veces demasiado personales, pero me ayudaba mucho a liberar ciertas cosas. Era mi terapia.

Me acomodé en el asiento y esperé pacientemente y con los ojos cerrados el zarandeo del avión al aterrizar.

Fue la peor parte de todo el vuelo.

2



Se me hizo eterno cargar con una maleta de veinticinco kilos por las calles de Praga. Llegué al centro en metro, pero me bajé dos paradas antes por error. Así que me tocó andar un poco hasta el apartamento. Con lo despistada que era, me sentía satisfecha de haber llegado viva al metro.

Finalmente, había alquilado una habitación en un piso con otras dos chicas que aún no conocía. Eso me preocupaba, porque estaba acostumbrada a tener mi espacio y, aunque me apetecía convivir con compañeras, no sabía hasta qué punto congeniaríamos. Digamos que no era mi punto fuerte, pero tampoco quería adelantarme a los acontecimientos.

Antes del viaje, había estado hablando con una de ellas. Parecía simpática y sus indicaciones me habían sido de mucha utilidad para orientarme.

También me ayudó la aplicación. Según esta, tenía que llegar a la torre de la Pólvora y girar a la derecha. Me quedaban unos minutos hasta el apartamento, pero el camino se me estaba haciendo eterno y los adoquines irregulares no ayudaban a mantener la estabilidad de la maleta.

Entonces la vi.

La oscuridad de su piedra hacía honor a su nombre. Era tan bonita como siniestra. Era como si en una manzana de edificios blancos y cremas hubiesen colocado esa torre *quemada*, como si fuera una oveja negra dentro del rebaño. Cuanto más la miraba, más que una torre me parecía una puerta de entrada. Justo debajo de ella se abría un hueco abovedado enorme que permitía el paso a la multitud. Parecía el acceso a un castillo medieval, pero de un tamaño muy superior y diferente a todo lo que hubiera visto antes.

Una oleada de aire frío recorrió la calle y me di cuenta de que me había quedado embobada mirándola.

Agarré la maleta y continué hacia la derecha.

Por fin llegué al que sería mi edificio. La fachada indicaba que era bastante antiguo, con un portón de madera enorme un poco desgastado por el paso del tiempo.

Llamé al telefonillo. 6.º B.

Sophie, una de mis compañeras, estaba avisada de que llegaba ese día.

Me dijo que le tocaba el turno de noche y que no tendría problema para estar en casa.

Tras unos segundos, contestó en inglés con un acento que delataba que no era su idioma materno.

—¿Sí?

—Ho…, hola, soy Vera. —No pude evitar mostrarme un poco nerviosa.

—¡Ay, Vera! —dijo abriendo la puerta—. Es en el sexto piso a la derecha.

Le di las gracias y subí por el ascensor.

Si mi madre hubiese visto el estado de aquel trasto, no habría tardado ni tres segundos en comprarme el billete de vuelta a casa. Parecía que se iba a quedar parado en cualquier momento.

Cuando llegué al piso, Sophie me había dejado la puerta abierta de par en par.

—Que las pintas del edificio no te engañen —comentó con una sonrisa—. El piso está reformado y, para encontrarse en pleno centro, es grande.

—No te preocupes —le dije riendo.

Cerré al entrar y me dio un abrazo.

—¡Tenía muchas ganas de conocerte en persona! ¿Has tenido problemas para llegar? ¿Qué tal el vuelo? —Cogió la maleta para ayudarme.

Sophie era más bien pequeña. Tenía el pelo rubio recogido en un moño y llevaba unas gafas redondas que hacían que sus ojos ocres pareciesen diminutos.

—Bien, quitando que me equivoqué en la parada de metro, pero la ciudad está muy bien comunicada. Estoy deseando visitarla en profundidad.

Estaba tan cansada del madrugón y tan enfocada en no perderme que, a excepción de la torre de la Pólvora, no me había parado a admirar nada.

—No te preocupes por eso. Esta tarde Becca y yo te hacemos un pequeño tour. —Me hizo un gesto para que la siguiera—. Te va a encantar.

Fui detrás de ella.

—Sophie lleva tres días estudiando sobre las curiosidades y la historia de Praga para hacerse la intelectual —dijo una voz al fondo del pasillo.

De una de las habitaciones apareció una chica alta.

—¡Tía! Esas cosas no se dicen —se quejó Sophie con una sonrisa mientras arrastraba la maleta por el pasillo hasta la última habitación. La chica era casi del mismo tamaño que mi equipaje.

—Hola. Soy Becca. —Se acercó a darme dos besos.

—Encantada. —Le sonreí.

Becca era la antítesis de Sophie. Tenía el pelo negro, ondulado y le quedaba por encima del hombro. Llevaba la mitad del cabello recogido en un moño y dos mechones negros a los lados de la cara. Era muy alta. Diría que me sacaba media cabeza y a Sophie una entera. Tenía la piel muy clara y los ojos verdes. Los tatuajes de sus brazos contrastaban mucho con su tono de piel.

Ambas eran como el sol y la luna, además de espectacularmente guapas.

—Sophie no quiere que veas que llevamos años viviendo aquí y que no tenemos ni idea de la cultura de esta ciudad —dijo apoyándose en el marco de la puerta y haciéndome un gesto para que entrara—. Esta es tu habitación.

Era un cuarto bastante grande, aunque también estaba prácticamente vacío. Tenía una cama en la esquina de la habitación y un pequeño armario blanco de dos puertas con cajones en la parte inferior. Había visto más armarios en el recibidor, así que no creí que tuviera problemas con el espacio para la ropa. También contaba con un escritorio de madera grande con cajoneras y un ventanal enorme de tres puertas que iluminaba la habitación. En realidad, lo único que me preocupaba era disponer de luz para dibujar.

—Es perfecta —aseguré mientras dejaba mi bolso y el resto de las cosas encima del escritorio.

—Me alegro de que te guste —dijo Sophie—. Las tres habitaciones son iguales y muy parecidas, aunque la de Becca tiene las mejores vistas.

—Es lo que tiene haber llegado la primera —contestó ella.

—La mía tiene un pequeño balcón, pero esta es la habitación con más luz de todo el apartamento. En cuanto le des tu toque y pongas tus cosas ya verás que es preciosa. —Vaciló por un momento antes de hablar de nuevo—: De todas formas, si te gusta más la mía, podemos cambiarlas. He pensado que estarías más cómoda en esta porque dibujas, pero a mí no me importa camb…

—Sophie —la corté y me reí—. Te prometo que es perfecta para mí. Me encanta. Gracias.

Ella soltó aire y me devolvió la sonrisa.

Sentí que Sophie deseaba agradarme a toda costa. Quería asegurarse de que estuviera cómoda y lo agradecía, pero lo cierto es que yo no necesitaba mucho más que una cama, una mesa y buena luz.

—¿Ves, «mamá»? Te preocupas demasiado —bromeó Becca pasándole un brazo por los hombros—. Vamos a dejarla para que se acomode y descanse. Luego salimos un rato a jugar a los turistas.

Me sentía feliz de haber llegado al fin y no tenía dudas de que me iba a divertir mucho con mis nuevas compañeras. No solo eran distintas físicamente, sino que sus personalidades eran también opuestas. Parecían la típica pareja de los dibujos animados.

Examiné el cuarto por encima y se notaba que habían limpiado la habitación a conciencia. Olía muy bien y no había ni media mota de polvo.

Lo primero que hice fue guardar la ropa y sacar las sábanas de la maleta. Esperaba con ansia el paquete que habíamos enviado desde casa con algunas cosas para mi cuarto y, lo más importante, con mis materiales de dibujo.

Lo dejé todo colocado antes de echarme en la cama y empecé a ser consciente de lo que estaba pasando.

Ahí estaba.

Un país extranjero, unas compañeras nuevas, un trabajo nuevo… «Una vida nueva», pensé.

Aunque en ese momento no sabía hasta qué punto.

Había salido de casa a las tres de la mañana y, entre los nervios, las horas de trayecto y las de espera en el aeropuerto, apenas había dormido.

Caí rendida.

A las cinco de la tarde ya era prácticamente de noche. Habíamos salido para visitar el Reloj Astronómico, situado en el ayuntamiento

de la ciudad vieja. Era un reloj mecánico que mostraba a los doce apóstoles cada vez que marcaba una hora, y una multitud de turistas esperaba pacientemente para ver el espectáculo.

Sophie, demostrando sus conocimientos, me explicó que era uno de los relojes astronómicos más antiguos que aún seguía en funcionamiento.

—¿Ves las figuras que hay alrededor? —nos preguntó Sophie—. El hombre con el espejo simboliza la vanidad. El usurero con la bolsa es la avaricia. El príncipe turco es la lujuria, y el esqueleto…

—Déjame adivinar… —la interrumpió Becca cargada de ironía—. La vida. El esqueleto representa la vida, seguro.

Sophie elevó la vista pidiéndole al cielo algo de esa paciencia que tanto parecía caracterizarla.

—La muerte, Becca. El esqueleto es la muerte —continuó ella—. Cuenta la leyenda que al maestro que construyó el reloj lo cegaron para impedir que pudiera hacer otro igual.

—El precio de la fama…

—¡Becca! —la regañó Sophie sin evitar sonreír ante el humor tan crudo de su amiga.

Nos sentamos en el Hard Rock Café, situado al lado de la plaza, pero apenas pudimos quedarnos más de media hora porque Sophie y Becca tenían prisa.

—Sentimos mucho tener que dejarte así. ¿Seguro que no quieres volverte con nosotras a casa?

—Iré más tarde. Así aprovecho para orientarme un poco por la zona —respondí tranquilamente.

—Mañana las dos tenemos toda la tarde libre. Si te apetece, podemos pasarla juntas. Te llevaremos a cenar a algún sitio de comida típica checa —comentó Becca mientras se acomodaba la chaqueta y la *totebag*—. Aunque te aseguro que como la comida española no hay nada.

A pesar de que Sophie era también de España, hablábamos siempre en inglés. Ella llevaba años viviendo en Praga. Ya se había acostumbrado a ello y para mí era igual de natural que el español. Becca era polaca, pero había viajado varias veces a España, así que, cuando comentó lo de la comida, sabía muy bien de lo que hablaba.

Casualmente, ambas tenían turno de noche y en Praga los horarios eran diferentes. La jornada empezaba mucho antes y sobre las seis de la tarde la gente ya estaba cenando.

En las dos horas que pasé con ellas, las había conocido un poquito más.

Sophie era enfermera en un hospital. Se mudó a la República Checa para trabajar unos meses de prácticas. Se enamoró tanto de sus calles y de su ambiente que decidió quedarse de manera indefinida. Aún no tenía billete de vuelta. Se veía a leguas que era una persona perfeccionista, con mucho instinto maternal y con ganas de agradar a todo el mundo.

Por su parte, Becca llevaba más de cuatro años trabajando en un pub sirviendo copas. De ese trabajo sacaba dinero para sus clases de teatro. Su verdadero sueño era ser actriz y parecía muy segura de ello.

Una seguridad envidiable.

Me levanté, me puse los auriculares y empecé a pasear.

Había planeado aterrizar en Praga tres días antes de empezar el trabajo. El lunes sería mi primera jornada, pero, aprovechando una temperatura tan agradable, di un paseo hasta el Imperial Prague.

A cada paso que daba, la oscuridad dominaba la ciudad y, si Praga era una ciudad bonita a la luz del día, de noche y al ritmo de «Saturn», de Sleeping At Last, era un paisaje de cuento. Me entraron ganas de dibujar cada uno de sus rincones y tomé tantas fotos como pude de todos los lugares inspiradores que encontré de camino al hotel.

Como de costumbre, llevaba mi cuaderno de bocetos en el bolso. Pero, con la escasa luz que había, ponerme a dibujar en ese momento no era la mejor opción.

Para cuando llegué, ya era completamente de noche.

Conocía el edificio por fotos. La fachada no era la parte más impresionante, pero cuando me vi delante de sus puertas me sentí orgullosa de haber tomado la decisión correcta. Como su propio nombre indicaba, era todo un palacio imperial. Cualquier persona recién titulada mataría por trabajar allí, y yo tenía la suerte de empezar en dos días.

Saqué de nuevo el móvil para capturar el momento y me dispuse a volver a casa.

Avancé un par de calles. Estaba deseando llegar a mi habitación para plasmar todo lo que había visto.

Inconscientemente, palpé el bolso con la mano y no sentí el cuaderno. No estaba.

Miré a mi alrededor y nada. Esa libreta era una parte de mí, no podía haberla perdido.

Pensé que se me habría caído y volví corriendo sobre mis pasos para ver si la encontraba.

¿Cómo pude haber sido tan despistada?

Cuando llegué a la avenida del hotel, vi a un chico de pie en la acera donde yo había estado minutos antes. Era alto, cargaba una mochila y vestía con un pantalón de chándal gris y una sudadera. Vi que sostenía algo en las manos.

Estaba mirando mi libreta.

3



La noche de Praga era preciosa. Pocas veces podía contemplarse la luna llena con tanta nitidez. Acostumbrados al cielo grisáceo, ya fuese por niebla, lluvia o nieve, no se dejaba ver normalmente tan despejado.

Mientras conducía en dirección a mi casa, no dejaba de pensar en aquel cuaderno lleno de dibujos y reflexiones. Unos ojos verdes cargados de furia aparecieron en mi mente como un recuerdo fugaz.

De camino al coche, encontré una libreta tirada en medio de la acera y la cogí. ¿Por qué no iba a cogerla? Claramente esa libreta no debería haber estado ahí. Era azul violácea y tenía algunos grabados en plateado. Busqué algún dato en la primera página sobre su descuidado dueño, pero, al abrirla, descubrí que solo estaba llena de dibujos. Había páginas a todo color, otras en blanco y negro, bocetos simples, ilustraciones más elaboradas, cada uno de ellos era más fascinante que el anterior y parecían hechos por la misma persona. Porque, aunque los dibujos no estaban trazados de la misma manera, había algo en ellos que delataba al autor.

También descubrí que estaba repleto de palabras y mensajes en casi todas las páginas. Leí un texto sobre el miedo a ser uno mismo; sincero, profundo, como si hubiesen encontrado las palabras exactas para definir esa sensación que había sentido alguna vez en el pasado, y noté cómo una ola de calor me envolvía en un abrazo. Al pasar de página, encontré otro sobre… ¿una decepción amorosa? No

podría asegurarlo, porque apareció una chica de metro sesenta hecha un basilisco exigiendo que le devolviera su cuaderno.

Se quitó los auriculares y habló con firmeza.

—Perdona, esa libreta es mía.

Me tendió la mano para que se la devolviese y yo recorrí las páginas buscando aquella que me había llamado especialmente la atención.

—¿Todo esto lo pintas tú? Y ¿también escribes? Son un…

No me dejó terminar. Me la quitó de un tirón de las manos.

—Gracias. —Se había ruborizado—. ¿No sabes que no se debe fisgonear en las cosas de los demás?

¿Esta tía de qué iba?

La melena ligeramente ondulada le llegaba hasta la mitad de la espalda, el cabello castaño oscuro contrastaba con la claridad de su piel y con el verde de sus ojos.

—Perdona, pero no soy yo quien la ha dejado tirada en el suelo. Supongo que no tendrá demasiado valor. La próxima vez la dejaré donde estaba para que alguien la pise o para que la babee un perro…, o, peor, para que se haga pis.

—No ha sido a propósito. Se me ha caído. Ha sido un accidente y no tenías derecho a abrirla —replicó a la defensiva.

En ese momento escuché un murmullo que había estado ignorando y dirigí la mirada hacia su mano. Llevaba los auriculares encendidos y la música sonaba a través de ellos a todo volumen. ¡Con razón no se había enterado de que se le había caído la libreta! Se iba a quedar sin tímpanos.

—Un golpe así se escucha perfectamente. Si vivieras con los pies en la tierra —dije señalando los cascos—, no te pasarían estas cosas. Seguro que eres un desastre con patas.

Sus mejillas cogieron aún más color y estalló.

—¡Y tú, un imbécil! —Se dio la vuelta y se fue.

—¡De nada por rescatar tu libreta de una muerte segura! —grité mientras ella se alejaba para doblar la esquina.

Cogí la salida de la autovía tratando de quitarme de la cabeza aquel encuentro para centrarme en lo que ahora era verdaderamente importante para mí. Estaba deseando llegar a casa, me esperaba una semana muuuy larga.

4



El horario de la República Checa me pareció una pesadilla. La gente se despertaba sobre las cinco de la mañana y comía a las doce del mediodía. Era lo que peor llevaba de vivir allí. Por lo demás, estaba encantada.

A pesar de estar en octubre, las temperaturas eran bastante inferiores a las que yo estaba acostumbrada en el sur de España. Antes de venir, me había hecho a la idea del frío. Era una de las cosas que más me llamaban la atención de este país. Nunca había visto nevar.

Me senté en la silla de mi habitación con los pies apoyados en la ventana abierta. Entraba el aire frío de la tarde y eso me hizo coger una sudadera, pero me gustaba esa sensación.

Cogí la libreta y descubrí que tenía una abolladura en una de las esquinas. Supuse que de la caída de la noche anterior.

El rostro de aquel chico vino a mi mente. No tendría más de veintisiete años. Cuando descubrí que había visto lo que había

dentro, la vergüenza me invadió. ¿Quién se creía él para leer cosas ajenas y demasiado personales? Encima tuvo el morro de echarme en cara que fuese distraída. Un accidente lo tiene cualquiera, ¿no?

Lo aparté de mis pensamientos, me preparé un café con leche y canela y me dispuse a dibujar una de las fotos que había tomado el día anterior.

Era una puerta enorme y robusta, con adornos de hierro, incrustada en una pared de piedra. Empecé a decorarla a mi gusto con enredaderas, musgo, flores y algunos detalles para hacerla más llamativa y bonita.

El lápiz se deslizaba solo por el papel. Ni siquiera estaba pensando en lo que hacía y la puerta comenzó a cobrar vida, como si a toda costa deseara esconder en su interior el poder de un aura tan oscura que solo percibirían los más observadores.

Para una persona común sería una preciosa puerta antigua de postal, pero, para aquellos que acostumbran a mirar más allá de lo que sus ojos ven, apreciarían que las grietas más profundas de la puerta eran de un negro tan intenso como el vacío, y que la sutil sombra que atravesaba las bisagras delataba su secreto.

Añadí en el suelo unas pocas hojas secas y flores marchitas recién caídas de las enredaderas, que habían sido sustituidas por unas frescas como por arte de magia.

Era una fachada decorativa que ocultaba una realidad mucho más inquietante, al igual que sucedía con muchas personas.

A veces me preguntaba si lo que dibujaba era un reflejo de cómo me sentía o de lo que captaba en los otros.

No me gustaba llamar mucho la atención. Prefería observar a las personas en lugar de entrar en la conversación.

Una vez terminado el boceto, escribí detrás de la hoja: «Hasta el alma de apariencia más bella es capaz de guardar grandes miedos».

Unos golpecitos me devolvieron a la realidad. La cabeza de Becca se asomó al abrir la puerta.

—¿Te apetece que salgamos a cenar? —me preguntó con tanta ilusión que solo pude decir que sí.



—¡Venga, Sophie! No seas aburrida. Si te animas, seguro que Vera también lo hace —soltó Becca.

—¡No soy aburrida! Es domingo por la noche y mañana entro a trabajar temprano. No me apetece levantarme con la sensación de que me han pegado una paliza.

El sábado cayó tal tromba de agua que decidimos quedarnos en casa y posponer la cena para el día siguiente. Llevábamos dos rondas de cerveza y yo me encontraba exactamente en la misma situación que Sophie. Mañana era mi primer día.

—Estás en clara desventaja, Becca. No insistas —le espeté sabiendo que la batalla estaba ganada.

Sophie sonrió y levantó la cabeza a modo de victoria y Becca se dejó caer en la silla resignada.

Nos trajeron el último plato que habíamos pedido. Se llamaba *goulash* y era una especie de estofado de ternera con pan. Un plato muy típico al parecer. Estaba bastante bueno, aunque no era nada del otro mundo. Había comido estofados de mi abuela mucho mejores.

—¿Cómo llevas lo de empezar a trabajar en uno de los hoteles más vip del continente? —me preguntó Becca apoyando los codos

en la mesa y dejando caer la cabeza sobre sus manos.

—Sinceramente, muy nerviosa. ¿Hay alguna otra forma de llevarlo? —contesté mientras me acercaba el vaso de agua a la boca.

Habíamos pedido una botella de agua para terminar la cena.

—Yo no sé si sería capaz de aguantar a tanto pijo junto —añadió Becca riéndose—. Lo malo es que vas a tener que tragar a mucho gilipollas y al principio tus jefes te darán el trabajo sucio. —Levantó un dedo acercándose más a nosotras para bajar el tono de voz—. Lo bueno es que te enterarás de tantísimos cotilleos y secretos de gente importante que conseguirás que nuestras tardes sean mucho más entretenidas.

—¡Por favor! —me rogó Sophie cogiéndome del antebrazo.

—Aún ni he empezado y ya estoy violando el secreto profesional —bromeé.

Sophie pasó enseguida de la carcajada a una leve sonrisa.

—No tienes motivos para estar nerviosa. Vas a llegar y les vas a encantar. Y, si no saben apreciarte, vas a demostrarles que ese puesto te queda pequeño. ¿Cuántos becarios sin experiencia previa crees que contratan en ese hotel? —preguntó en tono suave.

—¿Cuántos?

—No lo sé, pero seguro que ninguno —dijo ella tan seria que Becca y yo nos echamos a reír.

—¿Qué? ¡Es verdad! Si te han llamado es porque tienes cualidades de sobra. A la gente que no está preparada o no vale para un trabajo no le dan este tipo de oportunidades —respondió Sophie.

Me pareció que por un segundo la expresión de Becca había cambiado. Parecía más seria, o más triste, pero fue tan fugaz que

pensé que había sido mi imaginación.

Pedimos la cuenta y nos fuimos a casa.



Entraba a las seis de la mañana y ese día desayuné a conciencia y me tomé un café muy cargado. Necesitaba toda la energía posible para no cagarla el primer día. Eso hubiese sido muy típico de mí.

Saboreé el frescor de la mañana mientras llegaba a las escaleras que había visitado hacía tres días. El corazón me iba a mil y estaba mucho más nerviosa de lo que me permití admitir. En mi cabeza sonaba un «no la cagues» en bucle. Rodeé el edificio y entré por la puerta de servicio, tal y como me habían indicado en las instrucciones de la carta de admisión.

Para mi sorpresa, el ambiente estaba bastante agitado. El personal del hotel deambulaba de un lado a otro sin parar. Había varios hombres descargando cajas de los camiones de la entrada y uno de ellos discutía con una chica que llevaba una tableta en la mano. Esta parecía ser la encargada del recuento de la mercancía. Por su expresión y los gestos que le hacía al transportista, no estaba conforme con el cargamento. Por lo que llegué a escuchar según entraba por la puerta, faltaban varias tandas y tenían que traerlas esa misma tarde.

Me acerqué a una chica que estaba abriendo unas cajas llenas de copas de vino.

—Buenos días. Es mi primer día y estoy un poco perdida. Me indicaron que entrara por aquí y que preguntara por Samuel.

—¿Eres la nueva recepcionista? —me dijo sin apartar la mirada de su tarea.

—Sí, soy yo —respondí.

Se rio y me miró.

—Llegas en un momento delicado. Esta semana es el evento más importante del año y Samuel podría estar ahora mismo en cualquier parte del edificio. —Me señaló unas escaleras—. Sube a recepción y pregúntale a Kaleb. Él seguro que sabe dónde está.

—Gracias.

—Cuando encuentres a Samuel, no le tengas en cuenta las formas. Mucha suerte en tu primera semana. La vas a necesitar —me soltó antes de que yo llegara a las escaleras.

Seguí sus indicaciones para no perderme entre tantos pasillos y salas. Era un edificio enorme. Llegué al vestíbulo y tuve que contenerme para no quedarme con la boca abierta. Me pregunté si el Imperial Prague no habría sido en otro tiempo un palacio real. Era absolutamente majestuoso.

—Es la segunda vez que unos clientes se quejan porque no les han cambiado las toallas, Greta —dijo una voz en tono de reprimenda—. ¿Qué te está pasando? Llevas diez años trabajando aquí y nunca has tenido un descuido. Sabes que esta semana es crucial y no puedo perder el tiempo con tonterías. Cuando llegue ella, tiene que estar todo perfecto. —Aquella voz endureció el tono —. Si te vuelves una inútil, te aseguro que no habrá otro aviso. Te echaré.

—Lo siento, señor, no volverá a pasar… —contestó la mujer.

—Más te vale. Ahora vete.

La discusión salía de una puerta medio abierta a mi espalda de la que colgaba un cartel que decía SALA DE PERSONAL.

Me disponía a alejarme de allí cuando, de repente, la puerta se abrió.

Apareció entonces un hombre muy alto, con una expresión seria y una tableta en la mano. Tenía el cabello canoso y engominado hacia atrás con tanto cuidado que no había ni un solo pelo fuera de su sitio. Llevaba un traje azul oscuro, de un tono entre marino y petróleo, con algunos detalles en turquesa y dorado. En la placa que lucía prendida en el pecho tenía grabado un símbolo con una forma que parecía un corazón de tres picos y las palabras que más me temía: SAMUEL DABROWSKI. GERENTE.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla, señorita? —dijo con una suavidad que no me esperaba después de la reprimenda que acababa de escuchar.

—Buenos días. Me llamo Vera y comienzo a trabajar hoy como recepcionista. Me dieron instrucciones de contactar con usted al llegar.

Cuando dije que era una empleada, se relajó.

—Pues llegas en el peor momento posible. —Empezó a andar en dirección al mostrador—. Este viernes se celebra la novena gala benéfica contra el cáncer del grupo Petrov. Viene gente de las altas esferas y no puede haber ni media flor fuera de guion. Una becaria es lo último que necesitamos ahora.

Puse cara de póquer mientras lo seguía al mostrador. Me estaba hablando como si yo hubiese elegido a traición llegar esa semana. ¡La fecha la habían puesto ellos!

—En cualquier caso, nos urge otra chica en la recepción y para algunas tareas más que te iré indicando. —Ese «algunas tareas» sonó claramente a trabajo sucio. Becca iba a tener razón—. Te doy

cinco días para aprender. El viernes tiene que parecer que llevas aquí toda la vida.

Dio la vuelta al mostrador y a toda velocidad empezó a soltar información.

—Tienes que fichar al entrar y al salir de tu turno todos los días. Tu horario principal es de seis de la mañana a cuatro de la tarde con un descanso de dos horas. Aunque, como te adelantamos por e-mail, el horario puede cambiar en función de las necesidades del hotel. —Tomó aire y siguió hablando mecánicamente—. El tiempo para comer es de once a once y media y tendrás que bajar al comedor de personal que hay al lado de la cocina. En cuanto a tu puesto, no lo abandones si no está ninguno de tus compañeros. No hables con ningún cliente que no se haya dirigido primero a ti. Y, por supuesto, no se te ocurra llevarles la contraria. Aquí tienes tu taquilla para guardar lo que necesites —dijo entrando por una puerta camuflada en la pared y señalando una pequeña balda de una estantería.

Cerró la puerta y se dirigió a un chico que estaba en el mostrador frente al ordenador. Había estado tan pendiente de las instrucciones que ni me había percatado.

—Kaleb, deja lo que estés haciendo y enséñale a usar los programas. Ponla al día del funcionamiento del hotel, del evento de la semana y de la llegada de Victoria. Necesito que de aquí al viernes sea parte de esto. Dile a Chiara que tiene trabajo extra. Que hoy se encargue de todos los clientes del día y mañana quiero que Vera sea capaz de hacer la mayor parte de las tareas —dijo señalándome y, cuando vibró la tableta que llevaba en la mano, se

despidió apurado—. Me voy corriendo a ajustar el menú de la gala, que el nuevo chef parece que quiere cambiar la mitad de los platos.

Nos deseó suerte y se fue.

Miré a Kaleb y me brindó una sonrisa tranquilizadora.

—Del uno al diez, ¿cuánto te ha asustado?

—¿Diez?

Se rio.

—Es mucho más fácil de lo que parece. Lo realmente complicado aquí es conseguir el reconocimiento de Samuel. Es una persona peculiar, pero te acostumbrarás a su forma de ser. —Parecía dudar si añadir algo más, pero finalmente no se cortó—. Aunque a veces puede ser un tremendo capullo.

Me sorprendió la confianza con la que me hablaba. Me conocía de apenas dos minutos y ya estaba poniendo verde a nuestro jefe. Le agradecí la sinceridad.

En ese momento, una chica, de piel morena y pelo muy rizado recogido en una coleta, pasó detrás del mostrador y miró a mi compañero con una expresión extrañada.

—Cariño, esta es Vera. Samuel ha dicho que hoy me toca hacer de profe y ponerla al día. A ti te tocan los clientes y el trabajo pendiente de esta jornada. —Esto último tenía un tono de burla. Segundos después me miró—. Ella es Chiara.

—¿Por qué siempre te toca la parte divertida? —se quejó mientras se sentaba en la silla y me saludaba.

—Porque llevo aquí más tiempo que tú y porque le caigo mejor a nuestro maravilloso jefe —contestó sonriendo exageradamente.

Cogió unos papeles y salió del mostrador.

—Eres un pelota —dijo Chiara devolviéndole la misma sonrisa.

—Y tú, una envidiosa. —Le sacó la lengua y, poco después, se dirigió a mí—. Vamos. Tenemos muy poco tiempo y muchas cosas que enseñarte. —Me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y así lo hice.

El hotel era tan increíble como imaginaba.

Me enseñó el funcionamiento general de todos y cada uno de los departamentos y me hizo un tour completo por el edificio. Contábamos con tres salones de celebraciones, dos comedores, doscientas cincuenta y siete habitaciones, de las cuales cuarenta eran suites de lujo, y un gran patio interior justo en el centro del edificio. El patio era un jardín con una fuente impresionante y una zona *chill out* con una barra. La cocina era propia de un restaurante con estrella Michelin. No llegamos a entrar al spa, pero al parecer tenía múltiples salas y una piscina climatizada. Visitamos también los almacenes y la zona de abastecimiento por la que, sin saberlo, había pasado esa misma mañana.

Kaleb era una persona muy divertida y cercana. Bromeaba con casi todo y siempre aportaba algo nuevo. Debía de notar mi nerviosismo porque, para rebajar mi tensión, empezó a bromear sobre cómo su pareja confundió a Samuel con un camarero en una de sus visitas al hotel.

—Tendrías que haber visto la cara de asco que le puso el jefe —confesó.

Tras ver su actitud con Greta, la mujer de la limpieza a la que había gritado en la sala de personal, me imaginaba que sería ese tipo de persona; como si el hecho de ser camarero fuera un insulto para él.

A pesar de sus bromas, se notaba que Kaleb se tomaba en serio su trabajo y que disfrutaba con ello. Ojalá pudiera haber dicho yo lo mismo.

Estuve tomando nota de todo lo que mi compañero me explicaba.

Tenía la piel bronceada y una mirada rasgada. Su belleza era exótica y confesaré que lo primero que pensé al verlo es que era guapo. Muy guapo. Y que estaba tremendo también.

Una pena que fuera gay.

Cuando volvimos a recepción, ya era la hora de comer. Kaleb se quedó ocupando el puesto y Chiara y yo nos fuimos al comedor del personal.

—¿Te gusta trabajar aquí? —le pregunté mientras una mujer nos servía la comida en las bandejas de acero.

—Depende del día. —Nos echamos a reír—. A veces puede ser muy estresante. El personal de recepción da la primera impresión del hotel, ¿sabes? Siempre tenemos que estar perfectos y poner una cara radiante. A pesar de eso, es el departamento que más quejas recibe a lo largo del día. Hay demasiada gente con malos modales y falta de educación y la mayoría de las veces nos tratan como a un saco de boxeo. Samuel considera que el cliente siempre tiene la razón, y más cuando son personas como las que se alojan en este hotel. —Había ido subiendo el tono de su voz, pero al final contestó a mi pregunta—. Pero sí, a pesar de todo, me gusta.

—Espero poder decir lo mismo.

El comedor de personal era muy pequeño y disponía de unas seis mesas. Nos sentamos en la única que quedaba libre. Normalmente me hubiese reprimido más de hacer preguntas, pero estábamos en

el mismo barco. Por eso, me animé a preguntar algo que nadie aún me había explicado:

—¿Quién es Victoria?

Chiara estaba bebiendo agua y casi se atragantó. Unos chicos, que estaban en la mesa de al lado y parecían camareros, se giraron al oír su nombre.

—¿Que quién es Victoria? ¿Es que Kaleb no te ha hablado de ella? —preguntó sorprendida, y yo negué con la cabeza—. La madre que lo parió. Es lo primero que te tenía que haber dicho. Se pone a hablar del hotel y se le va la cabeza.

—No es culpa suya. Durante la visita le han parado varias veces para preguntarle un montón de cosas de la gala y supongo que se le habrá pasado.

—Kaleb adora este trabajo. Aspira a ser gerente cuando Samuel se jubile este año, y la verdad es que las tiene todas consigo. No hay nadie mejor para ese puesto —dijo con admiración—. Pero Victoria viene mañana y eso es mil veces más importante que ver cómo descargan cajas del almacén.

—Soy toda oídos.

Miró a nuestro alrededor y se acercó a mí.

—Victoria es la dueña de todo esto. La cadena de hoteles es de su familia y te aseguro que Samuel es un cero a la izquierda comparado con ella. A Victoria no se la puede contradecir en nada. Es estirada, egocéntrica y muy exigente con todo el personal. Por no hablar del poder que tiene en la ciudad y de lo forrada que está. La última vez que vino despidió a la chica que ocupaba tu puesto y aún no sabemos el motivo. Como te podrás imaginar, no es plato de buen gusto para ninguno de nosotros tenerla aquí.

Pensé en la mala suerte que había tenido por entrar a trabajar justo ese día.

—Y supongo que vendrá por la gala benéfica del viernes, ¿no?

—Mmm… Sí y no —contestó ella—. La cadena tiene hoteles por toda Europa. Victoria trata de ser la anfitriona de los eventos más representativos. Aunque tiene varias propiedades, su residencia principal está aquí en Praga. Este es el hotel más importante y el más antiguo de la cadena. Ella nunca se hospeda aquí a no ser que sea estrictamente necesario. Por lo que tengo entendido, es propietaria de una mansión a las afueras de la ciudad. Parece que esta semana la están reformando. Así que va a quedarse con nosotros en la suite Imperial hasta después de la gala. Toda una suerte —agregó con ironía.

—Definitivamente todo esto lo tendrían que haber especificado en el contrato. Me lo hubiese pensado dos veces antes de aceptar —añadí mientras me llevaba un trozo de pescado a la boca.

—Esto es lo que se esconde tras ese maravilloso sueldo que no puedes dejar escapar —comentó Chiara agitando las manos.

Era verdad que me pagaban demasiado bien para ser una novata.

En ese momento, entró una chica muy acelerada al comedor.

—El vuelo de Victoria acaba de aterrizar. En dos horas está aquí. Samuel me ha mandado para deciros que lo quiere todo listo para ayer.

—¡¿No llegaba mañana?! —gritó Chiara casi escupiendo el agua.

—¡Sorpresa! —contestó la chica irónicamente y con expresión agotada—. Lo ha adelantado.

—Estamos jodidos.

Chiara dio por terminada nuestra comida. Dejamos las bandejas en la entrada de la cocina. Nos disponíamos a salir por la puerta cuando a mi espalda sonó una voz que llamó mi atención.

—¡Chicos, ya sabéis lo que hay que hacer! La cena de esta noche debe ser absolutamente perf…

Se escuchó el ruido de las cacerolas cayéndose, pero, antes de que me diese la vuelta, Chiara ya estaba tirando de mí hacia el vestíbulo.

Victoria no esperaba a nadie.

5



En una hora tuve que aprender a llevar el registro de huéspedes y a memorizar un listado de «cosas básicas» (más de cien puntos) sobre las preferencias de Victoria.

Todo el hotel se revolucionó en cuestión de segundos. Para un huésped, el ajetreo habría sido casi imperceptible, porque ante todo debíamos mantener cierta imagen, pero cualquier empleado se habría dado cuenta de que el aire se podía cortar con un cuchillo. Samuel estaba histérico y ponía a todo el personal aún más nervioso.

—Ya está aquí —nos informó uno de los botones que se dirigía con otros dos compañeros a la entrada para recoger su equipaje.

Todo estaba absolutamente impecable. Habían dejado los suelos impolutos, las vidrieras del techo y la araña deslumbrantes, los uniformes del personal perfectamente colocados y planchados, e

incluso me atrevería a decir que las plantas de la sala estaban aún más verdes y vivas.

Se le concedía el recibimiento propio de una reina.

En ese momento, una figura blanca y esbelta atravesó la entrada. Victoria avanzó unos pasos y se paró en seco antes de llegar al mosaico del suelo. Se quitó las gafas de sol, levantó la cabeza y comenzó a mirar a su alrededor.

Me dio la sensación de que lo hacía para contemplar la obra de arte que era ese hotel. Yo misma me había quedado maravillada al verlo, pero, por lo que había oído hablar de ella, seguramente estaba inspeccionando hasta el más mínimo detalle para sacar alguna pega.

—Buenas tardes, Samuel —saludó al gerente con una sonrisa elegante.

—Bienvenida, señora Meyer —contestó él inclinando muy ligeramente la cabeza.

Confieso que Victoria Meyer me pareció una mujer preciosa. Aparentaba menos de cuarenta años, aunque probablemente su edad fuera más elevada, pero contaba con la ayuda de un par de tratamientos de belleza. La melena rubia le llegaba por el hombro y tenía unos grandes ojos azules que llamaban la atención de cualquiera.

Vestía un traje de chaqueta blanco que parecía hecho a medida y resaltaba la elegancia de su esbelta silueta. Sin conocer nada de ella, hubiera dicho que tenía el aspecto de un ángel, pero está claro que las apariencias engañan.

—Veo que sigues haciendo un trabajo magnífico. No sabes las ganas que tenía de estar aquí. El viaje ha sido agotador. —Le dio su

abrigo a un botones y se dirigió al mostrador sin saludar a nadie—. He tenido dos reuniones esta mañana. La más urgente ha sido con miembros del grupo Petrov para ultimar detalles de la gala, y siento decir que tenemos que hacer un par de modificaciones en la programación.

—Sin ningún problema. El personal lleva meses trabajando para que salga todo perfecto y así va a ser —pronunció Samuel notablemente nervioso.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, el gerente estaba desquiciado por dentro. Que le cambiaran el *planning* días antes del evento no le hacía ninguna gracia, pero ante Victoria jamás lo admitiría.

—¡Maravilloso! —exclamó ella—. También me he reunido con la directora de la Escuela Nacional de Bellas Artes y el Imperial Prague será la sede del certamen de este año. En un mes es la primera convocatoria presencial, así que tendrás que ponerte con ello lo antes posible. Sube al despacho de la suite en una hora y te explico los detalles del evento.

¿Certamen de la Escuela Nacional de Bellas Artes? Sentí un cosquilleo en todo el cuerpo.

No creía en las casualidades ni en el destino. Sabía que en el mundo había personas y oportunidades. En ocasiones, oportunidades que no puedes aprovechar porque te quedan grandes, pero con las que sueñas.

Aquel no era el momento de pensar en el certamen, pero me dije que más tarde buscaría información, aunque solo fuera por curiosidad.

Victoria miró a Kaleb fijamente esperando a que este le dijera lo que quería oír.

—La suite Imperial ya está preparada, señora —anunció Kaleb con una serenidad envidiable—. En cuanto se instale, le subirán el almuerzo.

—Hay un pequeño cambio —dijo girándose hacia la puerta de entrada.

Como si hubiese estado ensayado, aparecieron dos hombres trajeados de negro acompañando a una niña de unos seis años y a una anciana que iba en silla de ruedas. No había duda de la relación que tenían con Victoria. Las tres eran idénticas.

La niña echó a correr hacia su madre.

—¡Mami, mami! —La agarró del pantalón—. La abuela dice que en este castillo vivía una princesa.

Era una niña rubia con una diadema y el pelo recogido en una coleta. Como su madre, tenía los ojos enormes, aunque un cabello rubio más oscuro. Sin embargo, era innegable su gran parecido.

—Y tú vas a dormir hoy en la cama de toda una princesa. —Le dedicó una dulce sonrisa y le acarició la coleta. La niña abrió los ojos como platos y nos miró a Kaleb y a mí. Se puso roja como un tomate y volvió corriendo con su abuela a susurrarle algo al oído.

La señora de pelo canoso llevaba un dos piezas en tonos lilas y amarillos formado por un estampado bastante llamativo.

Me quedé observándolas unos segundos mientras se reían. Se veía que ambas tenían una gran complicidad.

—Es la primera vez que Sandra viene al hotel —prosiguió Victoria dirigiéndose a Kaleb—. Además de mi hija, mi madre también nos

acompañará estos días. Preparad la suite más cercana que haya disponible en menos de una hora —ordenó.

—¡Por supuesto! La tendrá lista en menos que canta un gallo —respondió Samuel sonriente, con un peloteo tan evidente que tuve que reprimir un gesto de incomodidad.

Victoria, satisfecha y sin dar las gracias, cogió las llaves y se alejó de la mano de su hija en dirección al ascensor. Uno de los hombres trajeados, que tiraba de la silla de ruedas de la anciana, la siguió rápidamente. Esta no había dicho una palabra desde que habían llegado, pero hubiese jurado que, por un momento, me miró y sonrió justo antes de subir.

Cuando la puerta se cerró, el vestíbulo entero respiró.



Nada más llegar a casa, me tiré en la cama. Sentía cómo me martilleaba la cabeza y solo tenía ganas de dormir dos días enteros. Puse mi *playlist* de confianza y comenzó a sonar «Without You With Me», de Matt Hansen. Para mí, escuchar música era una terapia casi tan efectiva como dibujar.

Sin duda, aquel había sido uno de los días más agotadores de mi vida emocionalmente hablando.

Tras la llegada de Victoria, realicé el *check in* a varios huéspedes y, para mi sorpresa, no me equivoqué ni una sola vez. Esa era la parte fácil del trabajo. Kaleb me dijo que se me daba bien tratar con los clientes. Yo no estaba muy segura de lo que había de verdad en ese cumplido. Estaba muy nerviosa y se me había notado bastante. No recordaba el número de estupideces que había dicho a lo largo del día, pero eran unas cuantas.

Victoria y su familia permanecieron en sus habitaciones el resto del día y solo llamaron para pedir la cena. Al parecer, Agatha, su madre, tenía problemas para digerir la comida y llevaba una dieta muy especial. Por lo que había oído, al nuevo chef del hotel lo había contratado personalmente la mismísima Victoria.

Abrí el portátil y me puse a buscar información sobre el certamen de arte que se iba a celebrar en el hotel. No tenía ninguna intención de participar, pero así era yo. Siempre observando desde el banquillo. Nunca me había considerado lo suficientemente buena y tampoco me había animado a estudiar para dedicarme a ello. Con los años, había practicado en casa y había conseguido mejorar mucho. Pero solo eso, en casa y conmigo misma.

Papá siempre decía que yo tenía un verdadero don, pero un don que debía profundizar en mi tiempo libre. «Dones como este no te van a dar de comer», me dijo una vez. No concebía mi vida sin el dibujo o la pintura, pero seguramente tenía razón en que llevarlo más allá de una actividad de ocio era una estupidez.

Empecé a leer las bases para la inscripción. El concurso se organizaba en varias fases en las que se presentaban diferentes obras a lo largo de todo el año. Previamente, debías inscribirte y pasar una primera criba para estar dentro. La inscripción exigía únicamente ser mayor de dieciocho años y presentar un porfolio para que el jurado lo evaluase. Ni tamaño ni material ni técnica…, no especificaba nada más.

Por un momento me lo planteé en serio. Según las bases, podría perfectamente entregar mi cuaderno de bocetos como porfolio. Estaba casi terminado y había ilustraciones en acuarela, grafito, acrílico e incluso pastel. Estaba acostumbrada a dibujar un poco de

todo, por lo que era un cuaderno muy variado en cuanto a técnicas, pero yo era una novata, y su contenido, demasiado personal. Además, ¿en serio me creía capaz de competir con artistas que llevaban años estudiando? Recién llegada y ya me revoloteaban pájaros en la cabeza. Debía centrarme en lo más importante, y eso era mi puesto de trabajo.

Cerré el portátil y deseché la idea por descabellada.



A la mañana siguiente, mientras dejaba las cosas en el armario de la salita cercana a recepción, Kaleb asomó la cabeza por detrás de la puerta.

—Chiara está enferma hoy. Vamos a tener que cubrir su puesto entre los dos, y hoy hay bastantes llegadas —me informó. Antes de que pudiese responder, ya había cerrado la puerta.

La noche anterior, de lo cansada que estaba, cené lo primero que encontré en la despensa y me fui directamente a dormir. Becca y Sophie tenían turno de noche. Como no estaban en casa cuando llegué, no pude contarles la odisea que había sido mi primer día.

Dejé mi bolsa con el cuaderno en el armario y me prometí que sacaría un rato para dibujar a la hora de la comida.

La mañana se me pasó bastante rápida. Kaleb tenía razón: hubo muchos huéspedes nuevos y no paramos ni medio segundo. Greta guardó bajo el mostrador una mochila azul de peces, junto con un pañuelo amarillo, que había encontrado en la zona del jardín. Al parecer, también éramos el departamento de objetos perdidos.

Cuando terminamos de atender a los clientes recién llegados, Kaleb me mandó a comer aprovechando el parón, a pesar de ser

bastante temprano. Como Chiara no estaba, no podíamos dejar el puesto desatendido. De modo que me tocó comer sola.

Cuando llegué al comedor no había nadie.

A esas horas, para mí era prácticamente como un desayuno. Por eso, dudaba que me entraran en el estómago un puré de patatas y un trozo de pollo, pero intenté comer aun sin ganas para no morirme de hambre en las siguientes horas.

A punto estaba de sacar el cuaderno de dibujo cuando alguien entró en el comedor.

Al principio ni me molesté en mirar quién era, pero, cuando se paró en seco delante de mi mesa con una bandeja, levanté la mirada.

Aquello tenía que ser una broma.

—¡Mira por dónde! La borde de los garabatos.

Con el uniforme de cocina a medio abrochar, el imbécil de la sudadera de la otra noche se sentó frente a mí.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté en el tono más antipático que pude.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme? —contestó con una sonrisa que me hubiese parecido encantadora si no fuese por lo insoportable que me resultaba—. Lo mismo podría decirte yo a ti —dijo mirando la placa de mi uniforme y sonrió—. Aunque tengo que felicitar al de Recursos Humanos. Gracias a tu encanto natural, el puesto de recepcionista te va como anillo al dedo —añadió irónicamente levantando las cejas.

—Dos veces en una semana. Definitivamente, me han echado mal de ojo. ¿No tienes platos que fregar en lugar de molestarme? ¿O es

que disfrutas siendo un cretino? —contesté llevándome una cucharada de puré a la boca mientras intentaba sonar indiferente.

Se rio descaradamente como si yo fuese una niña pequeña que acababa de decir una estupidez.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté.

—No es bueno dar las cosas por sentado, ¿sabes? —Bebió agua —. Pero tienes buen ojo. Aún tengo que sacar unas bolsas de basura y fregar el suelo antes del siguiente turno. —Se encogió de hombros —. Así es la triste vida de un pinche de cocina.

Me levanté y recogí mi bandeja.

—Lleva cuidado —dije en dirección a la puerta—. Sería una desgracia para todos que te colases dentro del contenedor.

Tenía diez minutos más de descanso, pero preferí pasarlos en la sala de personal antes que escuchando sus tonterías. Por eso, me fui.

La cocina estaba en la otra punta del edificio. Para llegar, tenía que cruzar todo el hotel, aunque por los pisos inferiores para no molestar a los huéspedes.

Ya estaba prácticamente llegando al vestíbulo cuando oí de nuevo su voz.

—¡Garabatos! —gritó, y me giré con una respuesta defensiva preparada, cuando vi la bolsa que sostenía en alto con un dedo—. Te has dejado algo… *otra vez* —pronunció poniendo énfasis en las dos últimas palabras.

Mierda. Con las prisas por perderlo de vista me había dejado la bolsa con mis cosas. En serio, ¿cómo podía ser tan despistada?

—Gracias —contesté todo lo seca que pude tirando de la bolsa de tela. Justo antes de irme, por algún motivo me di la vuelta—. Es

Vera. —Hice una pausa antes de aclarar—: Mi nombre.

¿Qué me importaba a mí que supiese mi nombre de verdad?

—Lo sé. He leído la placa —admitió—. Pero Garabatos te queda mejor.

Me dio la sensación de que iba a añadir algo, pero no le permití terminar. Lo dejé con la palabra en la boca.

Volví a mi puesto a relevar a Kaleb para que él pudiese almorzar y descansar. Mientras me acercaba al mostrador, vi que atendía a una pareja de huéspedes y había otra detrás de ellos esperando su turno. Me lanzó una mirada de «date prisa» y deduje que era para atender a la segunda pareja que estaba en la cola, pero, para mi decepción, no fue así.

—Saquen la documentación, por favor. Voy a comprobar una cosa —les dijo a los clientes.

Mientras tanto, me llevó dentro de la sala de personal.

—No te va a gustar lo que te voy a decir. —Cogió la mochila azul que habían dejado esa misma mañana y me la dio—. Acaba de llamar Victoria. Esta mochila es de su hija y quiere que se la subamos inmediatamente. —Hizo énfasis en esta última palabra—. Te ha tocado.

Ni la tarea más dura era tan horrible como esa.

—¿Y no puedes llevársela tú y yo atiendo a los huéspedes? —pregunté en un intento de salvar mi puesto.

—Si pudiera, te ahorraría el mal trago, pero hay un error en esta reserva y aún no te he enseñado a hacer estas cosas. Samuel está con los cambios de la gala y no lo localizo… Lo siento, cariño —se disculpó con una expresión de culpa.

No tenía otra.

—Está bien. ¿Qué suite es exactamente? —dije cogiendo la mochila.

—Lo vas a hacer genial —me animó—. Es en la última planta. No tiene número. Al salir del ascensor, gira a la derecha y verás una placa con el nombre «Suite Imperial» en la puerta. Solo tienes que entregarle la mochila e irte. Así de sencillo.

¿Así de sencillo?

6



SUITE IMPERIAL.

Efectivamente no tenía número. En esa planta había muy pocas habitaciones, porque las suites eran enormes.

Ahí, plantada frente a la puerta, me dije a mí misma que no tenía por qué estar nerviosa. Como había dicho Kaleb, era una tarea muy sencilla: entregar la mochila y salir. Llamé a la puerta y se abrió automáticamente.

No había nadie en la entrada. Accedí despacio y la puerta se cerró a mi espalda.

Escuchaba a Victoria hablar con alguien y decidí seguir su voz.

No me sorprendió tanto el tamaño de la suite, sino el estilo. Parecía sacada de una serie del siglo XIX.

—¿Y ahora qué hago yo? —decía Victoria muy alterada—. ¡No puedes dejarnos así!

Con la mochila en la mano me quedé de pie en el salón.

¿Debía dejarla e irme? ¿Entrar e interrumpirla? Definitivamente, eso último era una malísima idea. Opté por esperar a que terminase de hablar.

—¡Mi mochila! —gritó una voz infantil desde el otro lado de la estancia.

Sandra corría hacia mí, le di la mochila y la abrazó.

La abrió rápidamente y cuando inspeccionó lo que había dentro suspiró aliviada. Como si contuviera algo de incalculable valor que temía haber perdido.

—¡Menos mal! Está aquí —soltó.

—¿Qué llevas ahí dentro que es tan importante? —le pregunté con delicadeza agachándome para estar a su altura.

Le salió una sonrisa nerviosa y se quedó pensativa. Se puso colorada y me di cuenta de que era una niña bastante tímida. Su reacción había sido tan espontánea que ahora se avergonzaba, porque yo era una completa desconocida.

Victoria, mientras tanto, intentaba convencer a quienquiera que estuviese al otro lado del teléfono y se estaba enzarzando con esa persona.

—No puedo decirlo. Es un secreto mío y de la abuela —susurró la niña llevándose el dedo índice a los labios para recalcar lo secreto que era.

—Entonces es muy especial. Guárdalo muy bien y no lo olvides en ningún sitio —sugerí mientras cerraba la cremallera, aunque yo no era precisamente la más indicada para dar ese tipo de consejos.

Entonces vi la oportunidad.

—¿Le puedes decir a tu mamá que te he traído la mochila? —Era la excusa perfecta para irme de allí sin tener que intercambiar

palabra alguna con ella.

—Vale —dijo la niña con una sonrisa.

—Gracias, guapa —respondí a modo de despedida. Cuando me disponía a levantarme para irme, se abrió la puerta de la sala y, con el teléfono aún en la oreja, Victoria me hizo un gesto para que no me fuera.

—No, no. Si lo entiendo perfectamente. Pero ¡olvídate de volver después de esto! —le gritó al teléfono y colgó.

No me esperaba ese grito. Hasta ahora había mantenido las formas con todos nosotros, pero me olía que pronto sacaría ese otro lado del que todos hablaban.

Me miró con atención y luego a su hija. Yo seguía agachada a la altura de la pequeña.

—Tú, ¿cómo te llamas? —me preguntó levantando una ceja.

—Vera —respondí. No sabía la que me podía caer encima, de modo que rápidamente me excusé por estar ahí—. Disculpe por las molestias. No quería interrumpirla. Solo había venido a entregar la mochila que ha pedido y la puerta se ha…

—¿Cuántos años tienes, Vera? —siguió interrogándome ignorando por completo lo que acababa de decir. Me observó de arriba abajo. Escuchar mi nombre de su boca me hizo tensar el cuerpo.

—Veintidós.

Se quedó pensativa durante todo un minuto sin dejar de mirarme. Sandra estaba callada a mi lado.

—¿Tienes alguna experiencia con ancianos o con niños? —continuó mientras yo me mantenía en la misma posición. No entendía adónde quería llegar.

—Sí. He impartido clases de arte e inglés a niños de seis años y, bueno, nunca he trabajado con ancianos, pero tengo abuelos y…

—Cielo, ¿por qué no vas a decirle a la abuela que ya has encontrado tu mochila? Ella también estaba preocupada —me interrumpió dirigiéndose a la niña.

—¡Voy! —gritó emocionada y lista para salir corriendo, pero no sin antes agarrarme del pantalón del uniforme para abrazarme—. Muchas gracias, Vera.

Le sonreí y, satisfecha por haber recuperado su tesoro, Sandra se fue.

Victoria miró con atención a su hija hasta que entró en su habitación. Me quedé a solas con ella. Decidí que el silencio era una mejor opción que hablar antes de tiempo, lo que ella interpretaría como una impertinencia.

La habitación de la que había salido parecía un despacho. Me hizo un gesto con la mano para que entrara.

Se sentó en la silla que había frente al escritorio y me invitó a tomar asiento.

—Mi asistente me acaba de dejar tirada. Esta semana va a ser un caos y necesito a alguien que se encargue personalmente de Sandra y de mi madre durante nuestra estancia aquí. Tú vas a ser esa persona.

¿Que yo iba a hacer qué? De eso nada.

—Le agradezco enormemente la confianza, pero seguro que hay personas mucho más capacitadas para el puesto —respondí intentando que no se sintiera ofendida.

—Tonterías. No necesito a ninguna experta. Tiene que ser alguien joven y con quien mi hija se sienta cómoda. —Se puso a teclear en

su portátil—. Sandra tiene algunas dificultades para relacionarse y, por lo que acabo de ver, tú eres de su agrado. Atenderás personalmente sus necesidades y también las de mi madre, aunque ella no te dará mucho trabajo. Solo serán unos días. Después de la gala, nos iremos y volverás a tu puesto de siempre.

Levantó la cabeza para mirarme y se quedó pensativa durante unos segundos eternos. Entonces volvió a fijar la vista en el portátil y habló para sí misma.

—Sí, lo harás bien.

Me habría gustado que en ese momento alguien hubiese grabado mi expresión, porque no tenía nada claro lo que estaba pasando. Me daba la sensación de que no tenía más remedio que obedecer. Mi cara debía de ser un poema.

Cogió unos cuantos papeles que salieron de la impresora y se puso a revisarlos.

—Te dejo una copia de las tareas y horarios que tendrás que llevar a cabo. —Me entregó un manojo de papeles—. Sandra sale del colegio a la una de la tarde. Ahí empieza tu jornada con ellas. Antes de eso, realizarás tu trabajo como de costumbre.

«Como de costumbre». Si supiera que solo llevaba dos días trabajando allí…

—Hablaré con Samuel para decírselo —contesté para que supiese que mi supervisor debía estar informado. No quería que me cayese una bronca por su parte.

—Por Samuel no te preocupes. Lo llamaré yo para informarlo. —Cerró el portátil y cogió el teléfono. Me miró fijamente—. ¿A qué esperas? Ya puedes irte. Empiezas mañana.

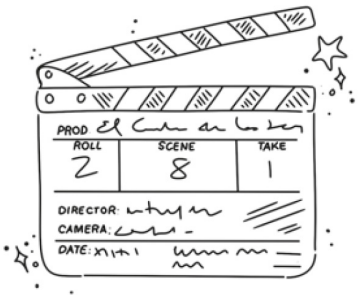
—Que tenga un buen día, señora Victoria —dije levantándome e inclinando muy levemente la cabeza dispuesta a irme.

—Solo Victoria, por favor. No soporto el peloteo que me hacen cada vez que vengo.

Salí por la puerta y la dejé al teléfono.

Una tarea sencilla, había dicho Kaleb. Una tarea sencilla que me había complicado la vida.

7



—¡¿Quéééé?! —gritó Sophie dando un golpe en la mesa—. ¡¿Tú eres consciente de quién es esa señora?!

Entró en su habitación y sacó unas cuantas ediciones de *Vogue* y de *Elle*.

—¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! —dijo buscando algo entre esas revistas, aún sorprendida por lo que le acababa de contar.

En ese momento me avergonzaba por no estar más actualizada de lo que pasaba en el mundo. Los cotilleos de las altas esferas me habían interesado bastante poco. Las redes sociales las ojeaba muy de vez en cuando, y en la tele solo salían malas noticias, así que también prescindía de ellas.

En casa estábamos nosotras dos. Becca se encontraba en una audición para una nueva película y llegaría más tarde. Yo, por otro lado, aún no había tenido tiempo de procesar todo lo que me había ocurrido en solo dos días. Había pasado en un suspiro de ser la

recepcionista novata a la niñera de la jefa suprema. Una jefa que, al parecer, tenía mucha más influencia de la que creía.

—Victoria Meyer ha sido entrevistada para *Vogue* muchas veces. Es una empresaria de éxito y tiene un gusto impecable en cuanto a moda. —Encontró lo que estaba buscando y me lo enseñó—. Mira.

Cogí la revista y, efectivamente, ahí estaba Victoria.

Habían escrito un artículo de cuatro páginas sobre sus negocios y su vida profesional. Además de la cadena de hoteles, tenía más empresas y era un icono de la moda, como bien había dicho Sophie. Tenía cuarenta y cinco años.

De su vida personal solo decía que sus padres eran alemanes, pero se mudaron a la República Checa cuando era una bebé y que ella se consideraba checa; también hacía una breve mención a que era madre soltera y otro párrafo sobre el honor que era comandar el legado familiar que su padre le había dejado tras fallecer.

Por eso estaban Victoria, su madre y su hija, las tres juntas y solas en el hotel.

—¿Sabes cuándo murió su padre? —pregunté a Sophie.

—El año exacto no lo sé, pero ella apenas tenía dieciocho años cuando se puso a la cabeza de la empresa —me explicó mi compañera. Abrí los ojos como platos.

Dieciocho años. No me podía imaginar lo que era asumir toda esa responsabilidad de golpe. A mí me costaba mantener más de una semana vivos a mis peces y tenía cuatro años más.

—Fue decisión suya —aclaró al ver mi expresión—. Se rumorea que su hermano mellizo se desentendió completamente de sus obligaciones e iba a vender su parte de las acciones a un tercero,

pero, para evitarlo, ella decidió tomar el relevo y se las compró a un precio muy superior.

—Madre mía, Sophie. Estás en todo.

—No sé mucho más. Del padre de la niña se sabe bastante poco. Solo sé que era una persona anónima y desapareció. Tampoco estoy cien por cien segura. Estos son los típicos cotilleos de los que hablan las revistas —dijo encogiéndose de hombros.

En ese instante, llamaron al timbre.

—¿Estás esperando algo? —le pregunté, y ella negó con la cabeza extrañada.

En ese caso, yo creía saber lo que era.

Me levanté corriendo de la silla para abrir la puerta al repartidor que llegaba con una caja enorme. La dejó en la entrada y yo la metí en el salón para empezar a abrirla.

Se trataba de la caja de materiales que me habían enviado mis padres desde España. ¡Al fin había llegado! Estaba todo: óleos, acrílico, algún lienzo pequeño, pinceles, aguarrás…, incluso me habían enviado una carpeta tamaño folio con mis últimos trabajos. Ellos sabían lo importante que aquello era para mí; tener mis materiales y mis dibujos me hacía sentir como en casa. Mejor dicho, me hacía ser yo misma en cualquier parte del mundo.

Sophie me pidió permiso para abrir la carpeta. Yo asentí.

—Pero si este parece una foto —dijo ante el primer dibujo realista que apareció. Lo miraba muy de cerca para asegurarse de que veía los trazos y no la estaba engañando—. ¡Y este me encanta! —exclamó mirando uno en acrílico supercolorido y más artístico que el anterior.

—Muchas gracias —respondí tímidamente.

No estaba acostumbrada a que nadie, aparte de mis padres, viera mis obras. Las hacía cuando estaba inspirada; para relajarme, para pasar el rato y para olvidarme de los miles de problemas que rondaban mi cabeza.

—Tía, no sabía que tenías tanto talento. Y no es que yo entienda mucho de arte, pero hay algunos que son realmente preciosos.

Se pasó una hora mirando mis ilustraciones y haciendo preguntas sobre los materiales que había utilizado. Quería saber lo que hacía para que se vieran igual que la foto y otras curiosidades que cualquier persona alejada del mundo del arte no tenía por qué saber.

—¿Y en qué escuela aprendiste todo esto? —me preguntó mientras yo me ponía en pie para preparar la cena.

—En casa —contesté humildemente—. Llevo pintando desde que era una niña. Mis cuatro paredes han sido mi taller.

—¿Estás de coña? —dijo ella boquiabierta—. Vera, eso es un don.

Yo tenía mis dudas sobre eso. No era la primera vez que me lo decían, pero no sentía que fuera así.

Nadie me había regalado estas habilidades. Había trabajado mucho para dibujar así. Durante los últimos quince años de mi vida había dibujado prácticamente todos y cada uno de los días. Yo podía tener facilidad para pintar, pero no nací con un pincel en la mano. El hecho de ser autodidacta no me hacía menos profesional ni había invertido menos esfuerzo.

Aunque es lo típico que se piensa, y sé que es con la mejor de las intenciones, sentía algo de rabia cuando me decían que lo llevaba en la sangre o que era un don.

Por supuesto, a Sophie no le comenté nada de esto. Le sonreí, guardamos las cosas en mi habitación y me puse manos a la obra

con mi famosa receta de cocido.



Becca entró embalada por la puerta principal cuando yo estaba sirviendo la cena en los platos.

Sin saludar, cruzó la casa y se metió en su habitación.

Sophie y yo estuvimos esperando unos minutos para ver si salía a cenar, pero no lo hizo. Así que decidimos llamar a la puerta.

—Becca, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? —dije tras dar tres golpecitos.

No hubo respuesta. Sophie y yo nos miramos. Supimos que algo no iba bien y decidimos entrar. Abrí la puerta muy despacio.

A nuestra compañera de piso le caía el maquillaje húmedo por las mejillas a causa de las lágrimas.

—Bonita, ¿qué te pasa? —dije sentándome en el borde de la cama junto a ella para acariciarle el pelo.

—Ay, Becca… —pronunció Sophie siguiendo mis pasos—. Es solo una audición. Habrá muchas más. La gente es imbécil.

—¡No es solo una audición, son todas las audiciones que cargo a mis espaldas! —soltó entre sollozos—. Lo intento y lo intento, pero llevo cuatro años en un trabajo de mierda con un jefe al que no soporto para poder pagarme los estudios. Ser actriz es mi sueño, pero… ¿A qué precio? ¿Y si no valgo para esto y estoy tirando mi vida a la basura?

Volvió a romperse.

La conocía desde hacía unos días, pero ella era la última persona a la que me hubiera esperado ver así.

Becca imponía. Era ese tipo de gente que sabes que defenderá sus creencias e ideales por encima de todo y que nadie la hará cambiar de opinión. Una mujer segura de sí misma, que no muestra sus emociones… Hasta que sus emociones la dominan, supongo.

—No te puedes rendir ahora. Has luchado mucho para ser actriz. Date tiempo… —dijo Sophie para consolarla.

—¡¿Más tiempo?! ¡No tengo más tiempo!

—Te entiendo —confesé con la mirada fija en el suelo—. Es muy difícil decidir entre lo que quieres y lo que debes hacer. Pelear por tus sueños no es sencillo. Hay personas que directamente ni se lo plantean. —No iba a revelar que yo fui una de esas cobardes—. Tú por lo menos has tenido el valor de luchar durante tres años para conseguirlo, aun sabiendo que podías fracasar. Eres una valiente y solamente tú sabes el esfuerzo que te ha costado todo esto. —Me paré un segundo para mirarla—. Si decides abandonar ahora, no pienses que ha sido tiempo perdido. Lo has dado todo y puedes estar muy orgullosa. Pero, si decides seguir intentándolo, no tengo ninguna duda de que lo vas a conseguir. No sé si mañana o en unos años, pero vas a ser una gran actriz.

Cuando miré a Sophie, tenía los ojos llorosos.

—Y nosotras vamos a apoyarte en todo lo que decidas —dijo cogiéndola de la mano—. No estás sola, Becca.

Nuestra amiga se sorbió la nariz y cogió aire para hablar.

—No sé si he sido valiente o imbécil, sinceramente. —Se incorporó—. En cualquier caso, necesito tiempo para pensármelo. Aún me queda un año de escuela para que me den el título. Dejarlo ahora no solo sería una pérdida de tiempo, sino también de dinero.

—Tómate el que necesites. No llegas tarde a ningún sitio —le dijo Sophie con una sonrisa mientras se levantaba—. ¿Vienes a cenar?

—Voy a dormir ya. No tengo mucha hambre —contestó ella acurrucándose de nuevo.

—Descansa —le recomendé antes de seguir a Sophie hacia la cocina.

—Gracias —respondió ella. Cerré la puerta al salir.

Su agradecimiento era de corazón.

Cenamos las dos solas y poco después cada una se retiró a su cuarto.

Si todos los días iban a ser así de agotadores, esta vida me iba a chupar toda la esencia del cuerpo. Sentía que un automóvil me había pasado por encima.

Decidí que iba a dibujar algo en el cuaderno antes de dormir. Al sacarlo de la bolsa encontré un papel blanco entre las páginas y lo leí.

Era una servilleta del Imperial Prague con algo escrito.

> Si sigues siendo tan borde, esa arruga que te sale en la frente cada vez que me insultas irá a peor. Parece que hacerte sonreír es todo un privilegio. A ver si algún día tengo esa suerte.

Me sorprendí a mí misma sonriendo ante esa nota. No era posible que el pinche de cocina con dos neuronas me hubiera hecho sonreír con ese gesto tan absurdo. A lo mejor lo había juzgado demasiado rápido. Puede que esta fuera su forma de pedir disculpas y tal vez no era tan engreído.

Qué equivocada estaba. Me di cuenta de que detrás había una posdata.

P. D.: Si te ha llegado esta nota es que aún conservas tu libretita de garabatos. Enhorabuena por no perderla. Todo un logro.

Besos,

EDRIAN

Claramente no se podía quedar callado. Tenía que cagarla con ese piquito de oro. Me irritaba más de lo que me gustaría admitir, pero, al menos, ya sabía cómo se llamaba.

Dejé la nota en la mesilla y cogí el lápiz para empezar la faena. Me había robado mi rato de dibujar en la comida y no iba a permitir que también irrumpiese en este.

Por alguna razón, me acordé de Álex. No porque lo echase de menos, sino porque no había pensado en él ni un segundo desde que había llegado. El duelo lo había pasado en casa y estaba dispuesta a comenzar una nueva vida en Praga. Sin ataduras. Me estaba yendo mejor de lo que esperaba.

Estaba orgullosa de mí misma… hasta cierto punto.

Durante la conversación con Becca, me había sentido rara. Pensaba que era una hipócrita por darle ese tipo de consejos a mi compañera cuando la primera que se veía incapaz de seguirlos era yo. Me daba vergüenza comprobar cómo sufría al pelear por su sueño y yo ni siquiera lo había intentado.

«No llegas tarde a ningún sitio», había dicho Sophie.

Puede que tuviese razón y que yo también necesitase escucharlo. Tal vez debiera aprovechar esta época de tantos cambios para lanzarme a la piscina. Al fin y al cabo, lo peor que podía pasar era que me rechazasen y quedarme en las mismas circunstancias en las que me encontraba.

En ese momento, me decidí. Se acabó lo de ser una cobarde. Iba a inscribirme en el certamen de arte.

8



Diría que simplemente fue una sorpresa, pero la verdad es que fue muy grata. No tenía previsto en el orden del día encontrarme a la chica de los garabatos vestida con el uniforme del mismo hotel en el que yo trabajaba.

Ella no pareció alegrarse demasiado al verme, pero eso solo hizo que aumentara mi interés. Era demasiado sencillo sacarla de sus casillas, y meterme con Vera podría convertirse en mi pasatiempo favorito.

Cuando me llamó «pinche» en tono despectivo, lejos de molestarme, decidí que iba a aprovecharme de ello.

Poco después salió en estampida del comedor de servicio, concentrada en perderme de vista, y dejó olvidada la bolsa de tela en la que llevaba el mismo cuaderno que se le había caído hacía un par de noches.

Era el desastre personificado.

Todavía sería capaz de echarme el muerto por habérsela dejado.

Como un acto reflejo, resoplé divertido al pensar en la cantidad de despistes que esta chica tendría al cabo del día.

Una idea fugaz surgió en mi mente y agarré una servilleta de la mesa.

Traté de ser todo lo original que se me ocurrió y, muy a mi estilo, puse una de cal y otra de arena. Metí el papelito entre las páginas del cuaderno y me apresuré a devolverle la bolsa.

Su cara fue la viva imagen de la irritación, pero aun así me dio las gracias.

Parecía que se iba sin mirar atrás cuando se giró y me dijo su nombre.

Fue ahí cuando creí ver una pequeña grieta en esa fachada hierática que se había forjado. Una grieta tan minúscula e imperceptible que cualquiera la hubiera dejado pasar, pero yo no era del tipo de personas que miraban solo con los ojos; y, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse fría, diría que ella tampoco lo era.

9



Como especificaba en las bases, metí mi porfolio en un gran sobre y pegué una pegatina con todos los datos personales que pedían. No sabía si algo de eso serviría, pero, según lo que había leído, debía ser suficiente para presentarme.

El lugar de inscripción estaba muy cerca del hotel. Iría al acabar mi turno; por eso, me lo llevé al trabajo.

En la hora que tenía de descanso después de comer decidí entrar en la sala de personal para llamar a mi padre y contarles lo que había decidido hacer. No creía que les fuese a gustar mucho la idea, pero debían saberlo.

Nos pasamos los primeros treinta minutos hablando del trabajo en el hotel y del capricho de Victoria de que fuera su niñera. Después les conté que me iba a inscribir en un concurso. Por desgracia, todo fue tal y como lo había esperado.

—Vera…, acabas de llegar y ya estás con pájaros en la cabeza. ¿No tienes ya suficiente trabajo con el hotel y el puesto extra que te han dado? —dijo mi madre preocupada. Habían puesto el altavoz para que pudiera hablar con los dos a la vez—. ¿De dónde vas a sacar el tiempo para el concurso?

—No sé, hija; tu madre lleva razón ¿No crees que es mucha carga de trabajo? Tienes un buen puesto. Tú misma dijiste que esta oportunidad no se la daban a todo el mundo y aun así te arriesgas a perderlo. Hemos hecho un esfuerzo enorme para que estés allí —soltó mi padre como si yo no lo supiese.

Yo también había hecho un esfuerzo enorme para estar aquí.

—Este concurso es una oportunidad que no sé si volveré a tener… —les dije buscando su aprobación.

—No lo vemos, Vera. La decisión es completamente tuya y sabes que no te vamos a prohibir hacer lo que consideres oportuno, pero no creemos que sea lo mejor para ti en este momento. No vas a poder con tanta carga y te vas a descentrar de tus verdaderas obligaciones. Hay que saber cuándo poner el deber por encima del placer —me contestó mi padre.

No confiaban en mí. Y, si ellos no confiaban en mí, no me veía capaz de hacerlo.

Al fin y al cabo, eran mis padres y sabían qué era lo que me convenía.

—Está bien, papá. Tenéis razón. Ha sido una idea muy tonta.

—No lo ha sido, Vera. Es tu pasión y lo entendemos —intentó consolarme mi madre—. En un futuro nos lo agradecerás.

Me despedí y colgué el teléfono.

Con esa llamada, se me habían quitado las ganas de participar en el certamen.

De pronto, alguien se aclaró la garganta detrás de mí y me giré sorprendida.

Victoria estaba en la puerta de la sala de personal. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Había estado tan absorta en la conversación que ni me había percatado.

—¿Sabes que desde hace dos minutos tendrías que estar arriba? Son las dos de la tarde y mi hija te está esperando —dijo en un tono tan serio que me produjo escalofríos.

—Disculpe. No me he dado cuenta de la hora.

—Ya veo… ¿Sabes dónde está Samuel? No coge el teléfono y el chico moreno no está en la recepción. He tenido que bajar aquí no por gusto precisamente… —se quejó mientras echaba un vistazo a la sala con cara de asco—. Le he preguntado a tu compañera, pero parece que no se entera de nada.

Ni se sabía sus nombres.

—Ha habido un robo en la habitación de uno de los huéspedes. Samuel está encargándose de ello ahora mismo. Es en la 105.

Era verdad. Esa mañana una pareja vino a quejarse de que les habían desaparecido joyas, dinero y un reloj de la habitación mientras se encontraban en la sauna.

—¡¿Cómo que robo?! ¿Por qué nadie me informa de estas cosas? —soltó con gesto de molestia—. ¡Vaya incompetentes! Este hombre me va a oír.

Me dispuse a decirle que habían informado hacía menos de una hora y que no le habría dado tiempo a comentárselo aún, pero se

fue decidida a echarle una bronca a Samuel.



Aprovechando el maravilloso día que hacía, me habían dado permiso para salir con Sandra a dibujar al jardín. No era bueno que la niña, nada más llegar de clase, se metiese en una habitación a puerta cerrada.

Victoria ya me había informado de que, por precaución —aún no sabía si lo hacía por mí o por terceras personas—, su hija iría acompañada en todo momento de una persona del servicio de seguridad. Me tocaba aguantar la mirada de un tío calvo, trajeado, enorme y con pinganillo durante todo el día.

Mientras la pequeña cogía todo lo que necesitaba, yo me dirigí a la suite de la anciana para ver si le apetecía acompañarnos.

Tras llamar un par de veces, introduje con cuidado la llave que me habían proporcionado.

Esta suite era un poco más pequeña que la de su hija, pero aun así seguía siendo enorme. Llamé a la puerta de la habitación y una voz suave me invitó a pasar.

La encontré en su silla de ruedas al lado de la ventana. Llevaba un pintoresco conjunto verde pistacho con volantes. A través del cristal, miraba en silencio la ciudad. Estaba prácticamente de espaldas y no podía verle la cara, pero la sensación de paz que me transmitía esa escena era indescriptible. Si ese momento hubiese sido una obra de arte, la habría titulado *Memorias de Praga.*

—Dime, bonita, ¿qué se te ofrece? —me dijo como si hubiera visto quién era aun teniendo los ojos fijos en la ventana.

Solo esperaba que fuese un poco más amable que su hija.

—Perdone que la moleste, señora. Voy a bajar al patio interior con Sandra, aprovechando que ha salido el sol, y me preguntaba si a usted le apetecería acompañarnos —contesté con cierta timidez.

No sabía si era un atrevimiento por mi parte, pero Victoria me había dado a entender que debía asistir a ambas si lo necesitaban.

—¡Oh, me encantaría! —replicó entusiasmada dándose la vuelta —. Este gorila no me saca casi nunca a pasear. ¡Con lo que a mí me gusta estar al aire libre!

Sus ojos vidriosos se encontraron con los míos. A pesar de estar deteriorados por el paso de los años, eran de un azul casi tan intenso como el océano.

—Para eso estoy yo ahora. Coja sus cosas y cuando esté lista nos vamos.

—Solo necesito el sombrero y el abrigo —dijo señalando una mesa de cristal que había en la sala con un espectacular jarrón de flores frescas.

Las prendas estaban en una de las sillas. Las agarré y empujé su silla para salir de la habitación. Sandra estaba con su mochila preparada en el recibidor de la suite Imperial junto al hombre de seguridad. La recogimos y nos dirigimos los cuatro, guardaespaldas incluido, al jardín interior.

Al bajar del ascensor que daba al vestíbulo, Kaleb me lanzó una mueca desde el mostrador.

Yo me reí con disimulo.

En el jardín, me fijé en la gran ballena que había tallada en piedra en el centro de la fuente. Su cuerpo estaba curvado en una posición tan natural que parecía estar nadando en medio del mar y de su lomo salía un chorro de agua suave.

En ese momento me di cuenta de que, a pesar de ser un hotel ubicado en pleno centro de Praga y sin ningún contacto con la costa, gran parte de su decoración estaba relacionada con el mar. Las columnas tenían relieves en forma de olas; los colores del hotel y de los uniformes eran blancos, dorados y aguamarinas; y luego estaba ese símbolo en forma de corazón, tallado en algunas baldosas y azulejos, que, si lo asociaba con el mar, podría emular la cola de una sirena… o de una ballena.

Nos sentamos a una mesa bajo la sombra de un árbol. Este dejaba pasar la luz justa para disfrutar del sol sin que fuese molesto.

Sandra abrió su mochila azul de peces y sacó una libreta y un estuche. Entonces me di cuenta de que no eran simples peces; también se distinguían ballenas.

No entendía entonces la obsesión que esta familia tenía por las ballenas, pero me parecía una impertinencia preguntarle a Sandra con la anciana delante. Una anciana de la que, por cierto, no sabía ni su nombre.

—Disculpe, señora. A estas alturas me da vergüenza preguntarle esto, pero no me han dado mucha información: ¿cómo se llama? —pregunté mientras le pedía a la niña una hoja para acompañarla en su tarea de dibujo.

—¿Señora? —Se rio con un tono amable—. Sé lo que parece, querida, pero aún soy un alma joven. Puedes llamarme Agatha. A secas. Sin señoras y de tú a tú. Que esas cosas suman años y a mí todavía me quedan muchos.

Me gustó mucho su actitud. Estaba segura de que nos llevaríamos bien.

—Perfecto, Agatha. Pues aquí estoy para lo que necesites.

Aquella tarde empezó a hablarme del maravilloso jardín que ella misma cuidaba en la mansión que estaban reformando. Fui a buscar una jarra, vasos de agua y unas galletas para la merienda que me había pedido Sandra.

Cuando me senté, Agatha me siguió hablando de su obra floral.

—Echo de menos dar paseos por allí con mi nieta. Tenemos unas rosas preciosas y hace unas semanas planté milenramas y tulipanes. ¡Ya deben de estar creciendo! Estoy deseando volver para ver cómo siguen —exclamó emocionada.

—¡Y pasar por el túnel de flores! —gritó Sandra.

Su abuela se rio.

—Y pasar por el túnel de flores —repitió para su nieta—. Una de las partes más bonitas del jardín es una estructura con barrotes de hierro que parece un túnel y que ahora por fin está completamente cubierto de enredaderas y pequeñas flores —me describió.

—Abuela, ¿por qué tardaron tanto las flores en crecer? —preguntó la niña.

—Porque las flores, como tú y como yo, necesitan comer para ponerse fuertes y poder hacerse mayores, y eso lleva mucho tiempo.

—¿Y se mueren si no les das de comer?

—Sí, se ponen enfermas.

—¿Por eso el jardín parecía triste cuando tú estabas malita? ¿Porque no podías darles de comer? —siguió preguntando la pequeña mientras coloreaba.

Me daba la sensación de que esta conversación no era para que yo la escuchase.

—Sí, por eso parecía triste. Pero ya me dijeron que estuviste dándoles agua para ponerlas contentas.

—Claro. Para que tú también te pusieras buena, abuela.

—Tú siempre pensando en los demás…

Agatha le acarició el pelo y seguidamente miró lo que yo estaba dibujando.

—¡Pero bueno! —dijo tendiéndome la mano para que le dejara el papel que había usado de lienzo—. ¡Qué cosa más bonita! Eres toda una artista, querida. —Le dio la vuelta para que su nieta pudiese verlo—. Mira, Sandra.

Esta levantó la cabeza, saltó de la silla y abrió los ojos como platos.

—¡Soy yo! ¡Abuela, soy yo! ¡Ay, qué bonito! —gritó sujetándolo con toda la delicadeza del mundo.

—¿Te gusta? —le pregunté con una sonrisa.

Ella asintió efusivamente sin dejar de mirarlo.

—Si me das unos minutos más, le doy unos retoques finales y te lo puedes quedar, ¿vale?

—¡Síííí, porfa! —me rogó a la vez que me lo entregaba.

Mientras terminaba el boceto, Sandra no dejó de hacer preguntas ni de hablar en ningún momento. Era una niña muy alegre, activa, pero sobre todo curiosa.

—¿Y por qué trabajas aquí y no en un museo?

Me reí a más no poder y su abuela me acompañó.

Me resultó gracioso que pensase que por el simple hecho de dibujar bien debía trabajar en un museo. En la mente de una niña de seis años, si los cuadros estaban en los museos, allí debían estar los pintores. Tenía todo el sentido del mundo.

—Porque no siempre se puede hacer lo que uno quiere —me limité a decir.

Según salió la respuesta de mi boca, me arrepentí de haberlo dicho. Sentí la mirada de Agatha mientras yo mantenía la mía fija en el dibujo para intentar disimular.

¡Qué imbécil! Estaba contratada por su familia y le había dicho que no me gustaba este trabajo. Seguro que me despedían.

Para mi sorpresa, su respuesta fue todo lo contrario a lo que hubiese esperado.

—Tienes toda la razón. No siempre podemos hacer lo que queremos —pronunció muy tranquila—. Pero sí que podemos preparar el camino para aprovechar la oportunidad cuando se presente.

Solté el lápiz.

—¿Ya has terminado? —dijo Sandra impaciente.

—Sí, ya está. Aquí lo tienes —contesté.

—¡Qué bonito es! Muchas gracias, Vera. —Cogió el que ella estaba haciendo y me lo entregó—. Este es para ti.

Para ser un dibujo de una niña de seis años, no estaba nada mal. Representaba a una persona pintando una pared. Había utilizado mucho el color azul.

—Eres tú dibujando —me dijo con una voz tímida—. No se parece porque yo no dibujo tan bien como tú.

—Es perfecto. Muchas gracias —le respondí con una sonrisa—. El que yo he hecho ha salido así de bonito porque tú eres una niña preciosa.

Sonrió.

Sandra tenía una cara muy dulce. En algunos rasgos, me recordaba a mí. Los ojos grandes, mejillas redondas y marcadas, labios gruesos y pequitas muy sutiles por toda la nariz.

—Las dos sois muy bonitas —comentó Agatha intentando desplazar la silla. Me acerqué para ayudarla.

Se aproximó a su nieta y le susurró al oído lo suficientemente fuerte como para saber que yo podía oírlo.

—Vera es un sol si la comparamos con la arpía de Matilde, ¿verdad? —Las dos se rieron bajito y la niña asintió.

—Menos mal que se ha ido. Mamá dice que está buscando una nueva para cuando volvamos a casa —le susurró a su abuela.

—Como la elija tu madre, vamos apañadas —dijo irónicamente echando la vista al cielo.

Me imaginé que hablaban de la asistente a la que yo estaba sustituyendo durante esos días.

Empezaba a hacer frío y decidimos ir a uno de los salones privados de la planta baja para jugar al parchís. Descubrí ese día que no era un juego exclusivo de España. Más tarde, ayudé a Sandra a hacer algunas tareas sencillas de lectura del cole y después todo se torció.

10



Cuando llegó la hora de irme, las dejé con Marc, el guardaespaldas que había estado a unos metros de nosotras todo el tiempo. Me aseguró que él se encargaría de subirlo todo.

Me despedí de ellas y fui a recoger mis cosas a la sala de personal. Me colgué la bolsa de tela al hombro y cogí el sobre que contenía el cuaderno y la carpeta con mis ilustraciones. Aún le daba vueltas a lo del certamen; había sido una idiota por pensar siquiera en presentarme.

Me apoyé en el mostrador para saludar, pero para mi sorpresa se encontraba vacío, así que me dirigí a la puerta. Muy a mi pesar, Samuel me abordó.

—¡Vera, menos mal que te encuentro! —Se apresuró hasta llegar a mi posición y, como le sucedía cada vez que estaba estresado, me habló a toda velocidad—. Deja lo que estás haciendo y ayúdame.

—Pero yo me iba ahora mismo —respondí agotada.

—Pues ya no. Hay que buscar a un niño que se ha perdido. Sus padres dicen que lo dejaron en un banco del jardín mientras asistían a su sesión de spa y que, al volver, ya no estaba. Tiene ocho años, es rubio, está regordete y lleva vaqueros y un jersey verde oscuro.

¿Y a los padres les extrañaba que no estuviese? Definitivamente, había gente que no estaba hecha para tener hijos. Lo veía como un capricho más de una pareja con dinero.

Samuel estaba muy nervioso. Le sudaban las manos y la frente y parecía agobiado.

—Entre el robo de esta mañana, lo desastrosos que están siendo los preparativos de la gala del viernes y esto, hoy está siendo un día horrible para el hotel. Ayúdame, Vera. —Me cogió por los hombros y me empujó suavemente.

—Está bien, Samuel. Voy a ayudarte a buscarlo. Vamos a dividirnos. —Acepté sin muchas más opciones.

Estuvimos buscando durante más de veinte minutos por todo el hotel. Sabía que era grande, pero en ese momento hubiese jurado que contaba con un sinfín de puertas. No recuerdo la cantidad de salas y pisos que recorrí buscando a aquel chaval. Al final, encontré al niño en el bar de la planta inferior, observando cómo un grupo de turistas jugaba al billar.

Samuel me dio permiso para irme en cuanto se aseguró de que ese era el niño que buscaban, y yo, agotada, emprendí mi camino de vuelta a casa.

Mientras bajaba las escaleras del Imperial Prague, me sentí algo rara. «Demasiado ligera», pensé.

Y, efectivamente, lo estaba.

Había dejado el sobre con todo mi trabajo en algún lugar de ese hotel descomunal.

11



Hice memoria de todos y cada uno de los rincones del hotel en los que había estado. Repetí varias veces mis propios pasos. Pregunté a Samuel, a Chiara y a Kaleb, al personal de limpieza, a los camareros… Nada. El sobre no estaba por ningún lado. Eran ya las once de la noche. Llevaba horas dando vueltas y la búsqueda no había servido para nada.

Estaba desesperada y al borde del llanto. Me senté en las escaleras de uno de los pisos inferiores. A esa hora no había movimiento de huéspedes ni de personal, y menos en esa zona. Podía sentarme con la tranquilidad de saber que nadie me molestaría.

Había estado tan preocupada por ese niño que no recordaba dónde había dejado el sobre. Tenía la esperanza de que alguien lo depositara en objetos perdidos o que directamente preguntase por mí en la recepción. Me aliviaba saber que llevaba la etiqueta con mi

nombre y que el contenido no era nada tentador para quien lo encontrase. Nadie querría unos cuantos dibujos sin valor.

Aunque ya no me iba a presentar al concurso, esos dibujos lo eran todo para mí. Necesitaba que aparecieran…

Comencé a llorar. No podía más.

Habían sido días de mucha presión y esto había hecho que mis emociones y mis nervios se desbordaran.

Oí unos pasos que bajaban por la escalera y me sequé las lágrimas rápidamente.

—Garabatos, ¿qué haces aquí abajo? —La voz de Edrian me sorprendió y solo lo vi cuando sus pisadas llegaron a mi altura.

¿Por qué tenía que ser tan oportuno?

Vestía con una camiseta azul, unos vaqueros y una mochila. Al parecer, ya había acabado su turno.

—Hoy no estoy de humor para tus tonterías —dije sorbiéndome la nariz.

—Como si de normal lo estuvieras —se burló y dejó la mochila a un lado.

Estaba a punto de mandarlo a la mierda, pero sabía que, si hablaba, iba a empezar a llorar de nuevo.

Se agachó en la escalera para ponerse justo delante de mí.

A pesar de encontrarse un par de escalones más abajo, sus ojos estaban a la altura de los míos. No me había fijado demasiado, pero se notaba que era un chico al que le gustaba hacer ejercicio. Le podía ver con claridad los músculos definidos y las venas que recorrían sus brazos apoyados en mi escalón. Me miró fijamente y su tono se suavizó.

—¿Qué te ha pasado?

Como yo no respondía y mi mirada seguía fija en el suelo, cambió de estrategia.

—¿No me digas que te han echado ya? ¿A qué otro imbécil le has gritado? ¿Debería ponerme celoso? —dijo en un intento de hacerme reír.

Seguí sin contestar.

Esperaba que tuviese la certeza de que la razón no fuese mi despido. De otro modo, habría sido muy cruel por su parte bromear con eso.

Si le decía la verdad, que era porque había perdido todo mi trabajo, iba a tener material para burlarse de mí de por vida, y no iba a darle ese gusto. En circunstancias como esta, me ganaba el orgullo.

—No habrá sido por mi nota, ¿verdad? Ya sé que no hemos empezado con el mejor pie, pero…

—¿Cómo puedes ser tan arrogante? —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos—. Me encuentras en una escalera a oscuras llorando, ¿y lo primero que se te ocurre es que me han echado o que es por ti? ¿No te enseñaron tus padres a ser humilde o ese capítulo se lo saltaron? —Descargué toda mi rabia sobre él—. Déjame en paz, Edrian, por favor.

Se sorprendió de mi respuesta y su expresión se endureció. Parecía que lo había herido. Sabía de sobra que solo intentaba que me sintiera mejor, aunque fuera a su manera, pero no iba a darle más motivos para burlarse de mí.

Entonces, mi estómago rugió más fuerte de lo que jamás lo había hecho e instintivamente me llevé las manos a la tripa, pero ya era tarde. Edrian lo había oído.

Eso hizo que desapareciera un poco la tensión del momento. Él sonrió ante el sonido involuntario de mi cuerpo y yo me limité a mirarle extrañada.

—¿Qué? —le pregunté aún con las manos en mi vientre.

—Son las once de la noche y sigues aquí.

—Y ¿qué pasa? ¿Ahora te preocupa a qué hora salgo?

—No, pero tu turno no es de noche y, si no lo es, aquí no te sirven cena. ¿Hace cuánto que no comes?

Lo cierto era que no me había dado cuenta, pero desde las doce del mediodía no había probado bocado. Tendría que haber salido para casa hacía cuatro horas, pero me había entretenido tanto buscando al niño y luego el sobre que me había olvidado por completo de la cena. Y, para qué engañarme, estaba hambrienta.

Antes de que pudiera decirle que ya me iba a casa a cenar, cogió su mochila y me tendió la mano.

—Déjame que te prepare algo.

—¿Cómo? —Lo miré extrañada.

—Tengo las llaves de la cocina y nadie se va a enterar. Déjame que te haga algo rápido como muestra de paz. —Ante mi mirada de extrañeza, se puso una mano en el pecho y recitó—: Prometo solemnemente no indagar más en el motivo de tu tristeza y comportarme como todo un caballero en lugar de como un capullo.

Volvió a tenderme la mano.

La verdad era que me moría de hambre. Si cumplía lo que había prometido, podía soportar su compañía un poco más.

—Como un *tremendo* capullo —corregí, intenté sonreír y le tomé la mano para levantarme.

Era cierto que tenía llaves. Me imaginé que era el primero que entraba para hacer el típico trabajo sucio que nadie quiere hacer. Por un momento lo comparé con Linguini de la película *Ratatouille* y me entró una risa tonta que, por suerte, no vio.

Desde que entramos, me había mantenido sentada en uno de los dos taburetes de metal que había sacado del almacén. Estaba apoyada en la isleta principal y me limité a observarlo cocinar.

Estaba haciendo algo de carne en la sartén y, al parecer, él tampoco había cenado porque preparaba dos platos. Se había puesto un delantal, pero mantenía la ropa con la que había venido. No parecía importarle que se ensuciara.

—¿Eres alérgica o intolerante a algo? —me preguntó concentrado en buscar ingredientes en la nevera.

—¿Aparte de a ti? —bromeé. Se giró para mirarme incrédulo con los ojos muy abiertos—. Yo no te he prometido nada —me excusé encogiéndome de hombros.

—Tú sabrás. Yo no me hago responsable de lo que te pase —dijo levantando las manos.

—No te preocupes, como de todo —contesté finalmente—. Sorpréndeme.

Ninguno de los dos habló demasiado. Edrian estaba muy concentrado en lo que estaba haciendo y si abría la boca era más para sí mismo que para mí. Se puso a tararear una canción de Coldplay, «Yellow». Para mi sorpresa no lo hacía nada mal.

Por mucho que me fastidiara admitirlo, era muy guapo. Si no fuera por su arrogancia y por lo que conocía de él, hasta diría que tenía cara de niño bueno. Aunque, por experiencia propia, al final esos eran los peores.

Edrian se movía con agilidad por la cocina. Sabía muy bien lo que estaba haciendo y se notaba que lo disfrutaba. Preparó dos bocadillos con una carne que podría ser solomillo de ternera y una salsa amarilla de la que no supe identificar los ingredientes. Estuvo veinte minutos de reloj cocinando. Después, le añadió un queso muy blanco y algo de pimiento rojo asado.

—*Voilà* —dijo dejando ambos platos en la mesa y sentándose en el taburete a mi izquierda—. Que aproveche.

—Igualmente —contesté dándole un bocado enorme.

Me supo a gloria.

La combinación de los ingredientes era absolutamente perfecta. La carne estaba exquisita y la salsa tenía un ligero toque a hierbas y a mostaza. El pimiento le daba un sabor más fuerte, pero no tanto como para opacar el resto de los ingredientes, y el queso le aportaba un toque fresco al bocadillo.

Era espectacular y se tuvo que reflejar en mi cara, porque Edrian me miraba con gesto de satisfacción mientras masticaba.

—Acepto tus disculpas —fue todo lo que me limité a decir.

Se rio.

—Suficiente por ahora —contestó mientras tragaba—. ¿Y de qué parte de España eres?

Lo miré sorprendida y se encogió de hombros.

—Tienes muy buena pronunciación en inglés, pero tu acento, por ligero que sea, te delata.

—Soy del sur de España.

—Y ¿qué tal tu experiencia por ahora en Praga?

—Breve pero intensa. —Le di otro bocado—. ¿No me prometiste que no ibas a hacerme preguntas?

—No. He prometido no preguntar sobre el motivo de tu tristeza —me corrigió—. Estoy manteniendo una conversación como haría cualquier otra persona normal.

Me molestaba admitir que tenía razón, pero quizá aún podía darle una oportunidad.

—¿Cuánto tiempo llevas en el Imperial Prague? —pregunté.

Si él me iba a interrogar, yo no me quedaría atrás. Algo me decía que estaba deseando que le preguntase.

—Poco tiempo, la verdad. No ha sido difícil adaptarme a esto. Aquí la gente es bastante amable y está muy bien pagado. Además, ¿no dicen por ahí eso de que, si trabajas en lo que te apasiona, no trabajarás ni un solo día? Pues así me siento.

No entendía cómo el hecho de hacerle el trabajo sucio al chef y a los cocineros podía gustarle. Por cómo había preparado los sándwiches, estaba segura de que su verdadera pasión era la cocina. Supuse que, como todo el mundo, debía de empezar de abajo.

Nadie llega a la cima sin haber pasado por escalones inferiores. Tampoco voy a fingir que el único factor es el trabajo y el esfuerzo, porque sería ingenua. El dinero te abre puertas; y nacer en una familia con una buena posición económica te facilita las cosas.

En este sentido, envidiaba su tranquilidad.

Los niños ricos nacen con la vida resuelta, pero no con los sueños cumplidos. Todos soñamos con lo que no tenemos y, cuando se cumple, construimos un nuevo sueño. Algunos son más realistas y otros sueñan con imposibles.

Todos los grandes logros de la historia nacieron como imposibles que, con el tiempo y la perseverancia de algunos, se convirtieron en

hechos. Con dedicación y trabajo, pero, aún más importante, con la confianza de lograrlo algún día.

No me di cuenta de que me había quedado contemplando el suelo embobada y Edrian me miraba con curiosidad.

—¿En qué piensas?

Le conté exactamente lo que se me había pasado por la cabeza.

—Guau… —dijo cuando terminé de reflexionar en voz alta—. Entonces ¿crees que los logros de aquellos que tienen más dinero no valen lo mismo que los de los demás?

Me quedé un momento pensando mi respuesta.

—No sé si tienen el mismo valor, pero lo que sí sé es que tienen muchas más facilidades. —Lo vi pensativo—. Fíjate en Victoria. Por lo que me han contado, ella heredó todo esto. No dudo de que se habrá instruido y formado para llevar la dirección de toda la empresa. No le quito mérito, pero nunca sabrá lo que es empezar de cero como nosotros.

Se hizo un pequeño silencio.

—Yo prefiero no opinar en esos temas —dijo mientras recogía con una vaga sonrisa su plato vacío.

—Yo estoy bastante harta de quedarme callada —le solté—. Llevo tres días aquí y me parecen tres vidas. He hecho tareas de todos los trabajos menos del mío. Para colmo ahora, por antojo de Victoria, soy la niñera de Sandra y de Agatha. Aunque aún no logro entender por qué.

—Espera un momento, ¿Victoria te ha contratado para que las cuides? —preguntó muy interesado, y yo asentí.

—Hoy ha sido mi primer día. Me ha gustado porque las dos son un encanto, pero los aires de superioridad que se da la abeja reina

me sacan de mis casillas. Me dio el puesto porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Eso sí que no me lo esperaba. Victoria puede ser muchas cosas, pero no tiene pinta de dejar a su familia a cargo de cualquier desconocida. Más bien puede que estuvieses en el lugar correcto en el momento acertado —respondió él con un tono que no supe descifrar.

Su vanidad había desaparecido. Ya no hacía bromas ni se burlaba. De hecho, tenía una expresión muy seria para ser él.

—¿Has terminado? —me preguntó antes de recogerme el plato.

Estaba fregando los utensilios de cocina que había usado. No entendí por qué su estado de ánimo había cambiado. Quizá me tomé demasiada confianza y lo abrumé. O puede que hubiese hablado demasiado de mí. Me di cuenta de que yo no le había preguntado nada sobre su vida.

—Y ¿cuál es tu historia? ¿Cómo has acabado aquí? —pregunté intentando darle un nuevo rumbo a la conversación.

—Es tarde y tengo que cerrar. —Ignoró por completo mi pregunta. Se secó las manos y cogió las llaves y su mochila—. Recoge tus cosas y vámonos. Te acompaño a casa.

—No hace falta, vivo a dos calles —dije metiendo el móvil en la bolsa.

—Mejor. Así pierdo menos tiempo. Vamos.

Me abrió la puerta para que pasara y nos dirigimos a la salida.

—Puedes ahorrártelo si es una pérdida de tiempo.

Esa actitud tan seca, que había adoptado de repente, me gustaba bastante menos que la egocéntrica. No me apetecía que me acompañase, porque notaba que, en el fondo, no quería.

—Como desees. No tengo ganas de discutir por tonterías.

Iba a hacer como si eso no me hubiese molestado. En realidad, no lo había hecho. Me había dolido y sabía que mi cara me estaba delatando.

Me di media vuelta sin decir nada más y me encaminé hacia mi casa.

12



Vera me causaba una irremediable curiosidad.

Era inteligente, viva y mucho más interesante de lo que jamás hubiese esperado. Además, era preciosa.

Miraba como si estuviese leyendo todo lo que había a su alrededor, y no de una forma literal; al contrario, ella era de las que captaban lo que no ve la mayoría de la gente.

Por el rabillo del ojo observé cómo seguía cada uno de mis movimientos mientras estaba cocinando.

Ese día, gracias a la expresión que puso al saborear aquel bocadillo, supe que a Vera le fascinaba comer y, al mismo tiempo, descubrí que a mí me encantaba verla disfrutar con lo que yo cocinaba.

La cosa se torció cuando me preguntó por mi historia.

No pude evitar sentirme un poco acorralado tras escuchar sus opiniones. ¿Cómo iba a hablar de mi vida si Vera estaba llena de prejuicios?

Tenía claro lo que pensaría y, francamente, no quería ahondar en ello. Jamás me había importado lo que la gente opinara de mí. La vida era más fácil así, pero por alguna razón me importaba con ella. Por eso, decidí omitir todo aquello que cambiaría su opinión sobre mí.

Fingí que la dejaba tirada, pero a la una de la madrugada no podía permitir que se fuera sola a casa. Esa noche la seguí para asegurarme de que llegaba sana y salva a su portal.

Luego, traté de apartar su imagen de mi mente. Tenía que centrarme en la gala y en mi trabajo, no podía tirar por la borda tanto esfuerzo. Esa era mi gran oportunidad.

Con suerte, en los próximos días no me encontraría con Vera y, tras la gala, mi trabajo en el hotel finalizaría. No había motivo para preocuparse.

Sentí un nudo en el pecho al darme cuenta de que podría no volverla a ver. Eso sí me preocupó. Aunque, ahora que sabía que trabajaba directamente para Victoria, no era tan descabellado pensar que podría encontrármela algún día por la mansión.

13



A la mañana siguiente, llegué antes de la hora para ver si había aparecido el sobre con mi cuaderno, pero muy a mi pesar no había nada en objetos perdidos. No tenía sentido. Estaba segura de que alguien se lo había quedado, pero eso tenía menos sentido aún.

Me dediqué a atender a los clientes previstos para esa mañana y estuve ayudando con la decoración de los salones de la gala por petición de Samuel.

Ese día comí todo lo deprisa que pude para no encontrarme con Edrian. Después de la noche anterior, no me apetecía verlo. Le había dado un voto de confianza y lo había despreciado por completo. Por un instante, pensé que era una persona con la que podría hablar, pero demostró ser un crío inmaduro que no sabía entablar una conversación.

Me dirigí a la suite. Sorprendentemente, me di cuenta de que había estado todo el día esperando ese momento. No era el trabajo por el que había venido, pero sí eran las horas del día que más disfrutaba.

Victoria no estaba.

—¡Vera! —gritó Sandra desde la otra punta de la sala y corrió hacia mí para darme un abrazo.

Me salió una sonrisa de oreja a oreja. Esa niña era pura alegría.

—¿Preparada para salir al jardín? —le dije pasándole una mano por la cabeza.

Cada vez hacía más frío y pronto empezaría la época de nieve y lluvia. Había que aprovechar al máximo los días de sol.

—¡Voy a avisar a la abuela! —contestó emocionada.



—Agatha, perdóname, pero no puedo darte ningún tipo de dulce —dije al abrirle un paquete de galletas a la niña.

Ese día, la anciana se había puesto un vestido floral en tonos naranjas y rosas. Me preguntaba cuánto costarían los despampanantes y coloridos diseños de Agatha. Eran preciosos y muy alegres, pero estaba segura de que ni con todo un mes de mi sueldo podría pagar uno de ellos.

—Pero si el gorila de Marc no se entera de nada. Venga, solo un trocito —susurró señalando a las galletas.

—Lo siento, pero no. Sabes que tienes el estómago delicado y lo último que necesito es que tu hija me denuncie si te sientes indispuesta —repliqué sin pelos en la lengua.

Ella se rio ante mi atrevimiento.

—Mi hija se entera poco de lo que nos pasa —reveló con la mirada perdida en el suelo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, esta vez con cautela.

—Nada, querida —soltó moviendo la mano para quitarle importancia al asunto—. ¿Cómo van esas sumas? —preguntó a su nieta.

—Solo me queda una —contestó la niña muy orgullosa de su avance.

Las tareas que Sandra solía traer del colegio eran bastante sencillas, pero de vez en cuando le mandaban deberes de matemáticas o de inglés, que no eran para nada su punto fuerte. En cuanto terminó, nos pusimos a revisarlas.

—No está bien. Vuelve a contar con los dedos.

Ella obedeció y levantó sus dos pequeñas y regordetas manos. Era una niña muy tierna. Su madre me había dicho que Sandra tenía problemas para relacionarse en el cole, pero cuando estaba conmigo yo la veía muy sociable y alegre.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco… ¡siete! —exclamó al darse cuenta de dónde estaba el error.

—¡Eso es! Muy bien. Cuatro más tres son siete, no ocho.

Cerró el libro y lo metió en la mochila.

—¿Puedo ponerme ya a dibujar? ¡Enséñame a hacer un caballo! —suplicó Sandra con carita de pena.

Me hacía sentir bien estar con ellas. Agatha no se mordía la lengua con nada y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, tanto lo bueno como lo malo. Sandra, por su parte, se reía de las ocurrencias de su abuela y mantenía la cabeza en las nubes. Esto me fascinaba, porque hablaba con una inocencia envidiable.

Me había distraído tanto que había olvidado por un rato el tema del sobre perdido. Ya no me importaba el concurso, pero no sabía qué más podía hacer para recuperarlo.

Se tuvo que reflejar mi preocupación en la cara.

—¿Por qué estás triste? ¿Hoy no quieres dibujar? —me preguntó Sandra.

—¡Claro que sí! —dije intentando sonreír—. No te preocupes. Voy a enseñarte a hacer el caballo más bonito del mundo.

Parece que mi respuesta le gustó porque cogió el lápiz con rapidez y me miró atentamente esperando las instrucciones.

Tuvimos que meternos en el edificio antes de lo previsto, porque el sol desapareció y empezó a llover. A Agatha le dolían las rodillas y se fue a su cuarto nada más llegar a la suite. Yo me quedé terminando en la habitación de Sandra ese dibujo que tenía más pinta de cerdito que de caballo.

Para tener seis años, no lo hacía para nada mal. Se notaba que quería aprender y prestaba mucha atención a los detalles. El pelo de la cola, los orificios de la nariz, la crin que le caía por la frente, las herraduras de las patas y las pestañas largas, porque según ella tenía que ser una chica.

Antes de irme a casa, entré en la habitación de Agatha para despedirme, pero, al ver que estaba acostada, no quise molestarla.

Estaba cerrando la puerta cuando me llamó.

—Querida, ven un momento —dijo mientras se recostaba en la cama y me hacía un gesto para que me acomodara.

Cuando me senté a su lado, puso las manos en su regazo y me habló mirándome a los ojos.

—No sé qué es eso que te pone tan triste y no es incumbencia de esta anciana saberlo, a menos que quieras contármelo, pero créeme

cuando te digo que en esta vida todo tiene solución. Lo que ahora ves como irremediable, con el tiempo te darás cuenta de que no tiene importancia. Las cosas que realmente nos hacen felices suelen ser las más simples. —Se paró para mirar la lluvia que golpeaba el cristal—. De las lecciones más útiles que he aprendido a mis setenta y cinco años es que todo lo que ocurre en tu vida tiene una razón de ser. Lo bueno y lo malo.

—¿Cómo puedo no dar importancia a las cosas malas?

Me miró de nuevo con los ojos vidriosos y una media sonrisa melancólica.

—No puedes. Ningún ser humano está libre de dolor, querida. Vas a sufrir te guste o no, pero con el tiempo aceptarás que todo lo malo ocurrió para dar lugar a tantas otras cosas buenas que vendrán, te lo aseguro. No hay felicidad sin tristeza. Ni amanecer sin noche. Simplemente, deja que el tiempo ponga todo en su lugar y, mientras tanto, disfruta del resto de las cosas.

—¿Alguna vez te has sentido tan perdida que has dudado de quién eras? ¿De todo lo que te hace ser tú y de lo que debes hacer con tu vida?

—Todos los días. —Suspiró—. Lo bueno de eso es que tu vida es solamente tuya. No existe un camino equivocado, porque no hay nada escrito. Cada día vives un nuevo capítulo de tu historia y nadie puede decirte que ese no es el correcto, porque solo te pertenece a ti.

—Decir eso es igual de fácil que equivocarse —confesé con una sonrisa irónica.

—¿Y los errores qué son sino aprendizajes? —preguntó levantando las cejas—. Las grandes personas no nacen siendo así.

Se forjan a sí mismas. Es tan importante equivocarse como acertar.

—Gracias, de verdad —pronuncié apretándole suavemente la mano.

—No me las des. He aprendido todo esto a base de palos. —Volvió a su habitual actitud y se acurrucó en sus sábanas—. Y ahora déjame dormir que esta anciana tiene las piernas doloridas.

Se dio media vuelta y salí por la puerta.



Siempre elegía el camino más largo posible para llegar a casa. Me gustaba pasear por esas calles y notar el frío en la cara.

No sé qué motivos le habrían llevado a Agatha a aconsejarme. Mi trabajo consistía en atenderlas e intentaba ser todo lo profesional que podía dadas las circunstancias, pero no dejaban de ser una niña y una anciana. Eran espontáneas y divertidas, por lo que la formalidad no entraba en nuestro día a día.

Al llegar a casa, miré el móvil y escuché un audio contundente de Kaleb:

> 🎙 ¡Tía! Se me ha olvidado decirte que Victoria ha dejado un recado urgente para ti.
> Mañana es el día de la gala y quiere que Agatha y Sandra asistan. Así que tú también tienes que estar presente con ellas. Como empieza a las cinco, te ha dado el resto del día libre (tienes una flor en el culo porque te libras de toda la tensión y el ajetreo). Llega un poco antes, porque tendrás que cambiarte. Te ha dejado dos tallas de un vestido para que lleves puesto el que mejor te quede. No quiere que se note que eres personal del hotel y textualmente ha dicho: «Prefiero asegurarme de que vaya vestida apropiadamente para la ocasión. No me fío de la horterada que pueda llevar. Recuerda que soy un icono de la moda y trabaja para mí». Ponte guapa y mañana nos vemos.
> Por cierto, el vestido es de color violeta oscuro y es precioso.

¡Qué suerte tienes, cabrona!
Besooos.

Suerte.

Lo único que esa noticia me producía era taquicardia. Estaría como una asistente más en un evento de una magnitud enorme a pesar de ser una simple recepcionista. Suponía que solo debía de hacer acto de presencia y ver si ellas necesitaban algo, pero aun así no podía evitar ponerme nerviosa.

Becca y Sophie estaban en el salón esperándome para cenar.

—Hola, chicas —saludé mientras me dirigía a mi habitación para ponerme cómoda.

—¿Qué te ha pasado? —dijo Sophie asomándose a mi puerta.

—¿Tanto se nota?

—A ti se te nota todo —contestó sonriendo.

Le devolví la sonrisa y nos sentamos a la mesa para cenar. Habían hecho pizzas caseras.

Les conté todas y cada una de las novedades de esos días y también mencioné a Edrian.

—¿Y el cocinero ese tan cachondo de dónde ha salido? —preguntó Becca con un pie apoyado en su silla y con la boca llena de pizza.

—El cocinero gilipollas, querrás decir —corrigió Sophie—. ¿Eso es lo que más te interesa de todo lo que ha contado?

Becca se encogió de hombros.

—El día que llegué, me pasé por el hotel y me lo encontré. Se portó como un engreído y, desde entonces, lo he visto un par de veces en el trabajo, pero no hemos hablado mucho más allá de lo que sabéis.

—Yo no digo nada, pero los que se pelean se desean —soltó Becca.

—Te aseguro que lo último que necesito ahora es meterme en una relación tóxica con el jaleo que tengo montado en el trabajo —respondí tras beber un sorbo de agua.

—¿Y el misterio del sobre desaparecido? Suena a una novela de Agatha Christie, pero sin asesinato —comentó Becca riéndose.

—¡Cállate! A ver si vas a ser gafe y ahora pasa algo. Con eso no se juega —le regañó Sophie.

Becca se rio aún más.

La veía más animada. Había decidido terminar el curso de teatro. Solo le quedaba un año y ya podría por fin dejar el trabajo en el bar y buscar de lo suyo.

—No vamos a pasar por alto que ahora asistes a galas de lujo y te regalan vestidazos —dijo Sophie.

—Te aseguro que es un uniforme más. Victoria quiere que me camufle y que sus amigos ricachones no se enteren de que soy una plebeya que cuida de la familia que ella no atiende. —Admitir esto me dolió más de lo que pensaba.

—Pobre niña. Además de la ausencia del padre, una madre obsesionada con el trabajo.

Lo cierto es que del padre de Sandra no sabía nada. ¿Sería verdad que las abandonó o simplemente sería un lío de una noche y se inventaron la historia para lavar su imagen?

—Bueno, dejemos de hablar de mí, que necesito un descanso de mi vida —le confesé a Sophie—. ¿Qué tal vosotras?

—Pues yo llevo unas semanas quedando con un tío que conocí la otra noche en el pub y parece que la cosa va bien —soltó Becca de

repente.

—¡¿Y lo dices ahora?! —exclamó Sophie—. ¿Es guapo? ¿Es de tu rollo o más pijito?

—Sophie, ¿cómo te atreves a decir que yo no soy pija? —dijo ella en un tono excesivamente irónico.

—Venga, déjate de rollos que te desvías del tema —reclamé.

—Vale, vale. Una imagen vale más que mil palabras, así que mejor os enseño una foto. —Sacó el móvil y abrió la galería.

No era de mi gusto: rubio y con una barba frondosa, casi pelirroja. Tenía un par de pendientes y llevaba unas gafas de pasta gruesa.

—Se llama Anthony, tiene veintiocho años y trabaja en una galería de arte retro —añadió Becca muy orgullosa.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar? —insistió Sophie.

—Pues, si la cosa sigue yendo así de bien, puede que pronto —anunció, aunque al vernos pegar gritos de emoción se apresuró a aclarar—: Lo presentaré como un amigo. Luego ya veremos.

—Suficiente por ahora —exclamamos Sophie y yo a la vez.

Por lo menos a una de nosotras le iba bien en el amor.



Me pasé toda la mañana pensando en el peinado y el maquillaje que me iba a hacer. No quería que llamase la atención, pero tampoco pretendía parecer básica, de modo que opté por una sombra degradada en varios tonos de violeta bastante sutiles y un delineado no muy exagerado en negro. Esperaba haber acertado con el tono de violeta, porque si no me iba a volver loca con la combinación de

colores. Puse un poco de iluminador en el lagrimal y dejé unos labios muy naturales, pero con mucho *gloss*.

Gracias a Dios había aprendido a maquillarme y a peinarme en casa y podía presumir de que lo hacía bastante bien. Al menos lo suficientemente bien como para apañármelas yo sola.

Me peiné con un moño en la nuca con la raya al lado y muy repeinado y engominado para que no estuviera fuera de lugar ni medio mechón.

Al llegar a la entrada del Imperial Prague me quedé helada. El hotel estaba precioso. Habían extendido una alfombra azul petróleo que descendía por las escaleras de la fachada. Junto a ella, a ambos lados de la escalera, dos descomunales maceteros de piedra rebosantes de lirios blancos y flores rosas. De la fachada colgaban estandartes con el símbolo de la fundación y la adornaban guirnaldas de flores y de luces blancas.

Ya había periodistas y fotógrafos preparados para el *photocall*, así que decidí entrar por la puerta de atrás para no llamar mucho la atención.

Vi a Chiara en la recepción y la saludé a distancia. No había podido hablar con ella desde la llegada de Victoria.

Encontré una caja con mi nombre en la sala de personal de recepción y procedí a cambiarme. Ahí estaban las dos tallas diferentes de un mismo vestido. A pesar de ser un tejido elástico, la talla treinta y seis me estaba muy justa en la cadera. Necesitaba estar cómoda para trabajar bien, así que opté por la treinta y ocho.

El vestido era discreto y mucho más sencillo de lo que seguramente llevarían el resto de las invitadas, pero aun así era una de las prendas más espectaculares que había llevado nunca. Me

sentaba como un guante y el color era de un violeta oscuro muy potente. Tenía un escote asimétrico, con una manga larga y el otro brazo al descubierto. El largo me llegaba por debajo de la rodilla y tenía una pequeña abertura a mitad del muslo, discreta para que resultara un corte elegante. La tela caía en pliegues de la raja lateral, daba un toque diferente al vestido y dejaba una longitud mayor en el lado opuesto.

Llevaba brillos que cambiaban de tono según la luz. En mi ignorancia hubiese dicho que era purpurina, pero estaba segura de que ese tipo de tejido tan galáctico tendría un nombre específico. También me obligaron a ponerme unos tacones cerrados, pero llevaba unas deportivas planas en la bolsa por si acaso el dolor me mataba en algún momento. Los tacones no serían nada prácticos si tenía que estar pendiente de Sandra.

Me miré al espejo detenidamente. No recordaba la última vez que me había visto así de guapa.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Kaleb asomando la cabeza—. ¡Guau, nena! Estás espectacular.

Me reí.

—Espectacularmente incómoda para cuidar a una cría de seis años —dije colocándome los tacones.

—No te quejes, que no eres la única. Yo también tengo que llevar esmoquin toda la noche —recordó sacando un portatrajes de su armario—. Justo ahora venía a cambiarme.

—¿No estás en la recepción hoy? —pregunté confusa.

—Esta noche se queda Chiara. Yo estoy de segundo de a bordo con Samuel. Necesitan todos los refuerzos posibles para asegurarse

de que nada sale mal.

Procedió a desabrocharse la camisa del uniforme.

—Buena suerte. Yo voy a subir a la suite para ver si están listas. Ahora nos vemos —me despedí.

—Algo me dice que va a ser una noche muy larga —soltó riéndose.

Salí a recepción y el vestíbulo ya estaba repleto de gente.

Esquivé a la multitud y entré en el ascensor para subir a la suite Imperial.

Agatha estaba sola en la entrada de la suite. Ni siquiera estaba Marc con ella. Vestía un conjunto de blusa larga y pantalón ancho en color turquesa claro. Este tono hacía resaltar muchísimo su mirada y además iba acorde a los colores del hotel.

A pesar de tener seguramente joyeros llenos de piezas carísimas, por lo general no solía llevar otra cosa distinta a unos pendientes de oro blanco y diamantes y su alianza. Pero ese día había sustituido todos los accesorios, a excepción del anillo, por unos mucho más brillantes y llamativos.

Me miró en el momento en que atravesé la puerta.

—Querida, estás deslumbrante —dijo admirando mi vestido.

—No tanto como tú. Definitivamente, ese es tu color —repliqué sonriendo, y ella me devolvió una sonrisa nostálgica.

—Eso decía mi marido. —Dirigió la vista a su alianza y se paró en seco unos segundos—. No tiendo a asistir a este tipo de eventos. No soy como mi hija —confesó—. Yo disfruto mucho más de la paz y la tranquilidad que me ofrecen mi casa y mi jardín, pero mi marido, que en paz descanse, se desvivió por esta fundación hasta su último

aliento. Por eso, todos los años el hotel es su anfitrión y la organización corre por nuestra cuenta.

Ahora entendía la preocupación de todo el mundo. Samuel estaba tan alterado con los preparativos porque sabía lo importante que era para ellas.

—Estoy segura de que, desde donde quiera que esté, no deja de mirar lo preciosa que vas. —Intenté animarla.

Y apareció el bichito.

—¡Pareces una princesa! —gritó Sandra desde el pasillo, acompañada de Marc, con un vestido rosa pálido lleno de brillos y un gran vuelo en la falda.

—Con ese vestido la única princesa aquí eres tú. Solo te falta la corona.

—Y la varita —añadió.

—¿Las princesas son mágicas? —pregunté con curiosidad.

—¡Claro! Las princesas usan magia para hacer cosas bonitas.

—Vamos bajando, que es tarde —indicó Marc.

Marc era una persona muy callada. No hablaba nada que no fuera estrictamente necesario.

Bajamos al vestíbulo y nos dirigimos a la zona preparada para el *photocall*. Habían reservado casi media planta baja del hotel para el evento. Los periodistas ya estaban disparando a todos los invitados que pasaban por allí para no perderse ningún detalle. Al parecer, venían no solo grandes empresarios, sino iconos del cine, de la música e incluso de la moda.

La multitud de fotógrafos se abalanzó sobre la figura que entraba en escena.

Victoria se puso en el centro de la alfombra y acaparó toda la atención. Se había recogido el cabello en la nuca y se había dejado algunos mechones sueltos en la cara. Lucía un precioso vestido largo con un cuello *halter*. Este comenzaba siendo negro, entallado hasta la cadera, y, en ese punto, la tela empezaba a caer con gracia y se iba transformando poco a poco, gracias a un perfecto degradado en color blanco, en una falda voluminosa con flores bordadas en pedrería muy discretas.

Desconocía por completo si tenía algún tipo de significado o si su estilista había ideado alguna estrategia, pero pensé que era un concepto increíble para la ocasión. Mirar ese vestido de arriba abajo era pasar de la oscuridad de la enfermedad del cáncer que te ahoga, se ciñe a tu cuerpo y te envuelve a la paz y la libertad de haberla superado.

Se volteó para que pudieran fotografiar la espalda del vestido y todo el mundo quedó asombrado.

La espalda era una comba desnuda hasta la parte baja que quedaba envuelta por unas enredaderas en pedrería negra como raíces que querían alcanzar su columna. Pero lo que llamó más la atención fue la cola del vestido. Llevaba bordado en pedrería blanca y muy discreta un ave fénix con las alas abiertas. Un ave que resurgía de sus cenizas mucho más fuerte y que estaba segura de que para muchos representaría su lucha y algo aún más importante, la esperanza.

Esa habría sido mi interpretación de aquel vestido si yo lo hubiese diseñado.

Una vez terminada su puesta en escena en solitario, llamó a Agatha y a Sandra para que posaran con ella. Me imaginé que por

eso quería que la niña fuese a la gala. Las cámaras estarían allí.

Se acercaron y me fijé en la mirada de Agatha. Tenía los ojos más húmedos de lo normal.

Se había emocionado viendo a su hija con ese vestido.

14



El comienzo de la gala se celebró en el primero de los tres salones que había preparados para el evento. Habían colocado mesas altas donde se serviría un cóctel de bienvenida mientras empezaban con la programación. Trajeron a un par de presentadores de televisión para moderar la gala y llevar a cabo el guion previsto.

No sabía qué esperar de algo así. Por una parte, consideraba crucial que las empresas y las personas con un gran patrimonio aportasen dinero en la investigación contra el cáncer, pero, por otra, me daba la sensación de que para algunos esta era una ocasión más para darse palmaditas en la espalda y mejorar su imagen.

Se presentaron varios nuevos proyectos que se pondrían en marcha ese año y se aportaron datos de lo recaudado el año anterior, además de la cantidad total de donaciones realizadas por los socios. Esperaba que alguno tratase de llevarse el mérito donando una cantidad indecente de dinero, pero para mi sorpresa todo se mantuvo en el anonimato.

También hablaron algunos antiguos pacientes oncológicos y doctores miembros de la asociación.

Estaba siendo mucho más altruista de lo que esperaba.

Al finalizar la presentación, nos condujeron al salón donde se serviría la cena y se ofrecería un espectáculo con artistas invitados. Samuel nos había hecho partícipes durante la organización, así que sabía exactamente lo que iba a pasar en cada momento.

—Tengo hambre… —se quejó Sandra tirándome de la mano mientras se tocaba la tripa.

—Vamos a cenar enseguida —contesté tratando de que aguantara un poco más.

Ya solo quedaba que Victoria hablase como anfitriona e invitase a los asistentes a desplazarse de salón.

—Muchas gracias a todos por venir y bienvenidos al Imperial Prague —dijo muy serena y sonriente—. Es un honor para mí y para este hotel ser un año más los anfitriones de este evento. Cada vez somos más grandes y, según los informes anuales, hemos aumentado las recaudaciones en un diecisiete por ciento con respecto al año anterior. —El salón entero aplaudió y, tras unos segundos, Victoria prosiguió—: Esto no habría sido posible sin los aquí presentes y quisiera darles gracias a ustedes y a nuestro gran patrocinador, el grupo Petrov, por hacer esto realidad. —De nuevo surgieron los aplausos.

Ahí arriba parecía otra persona. No era ni de lejos la mujer fría que daba órdenes a diestro y siniestro y a la que poco le importaba la opinión del resto. Nunca entendería cómo algunas personas podían mantener una doble cara. Tras una breve pausa, continuó:

—Mi padre estaría feliz de ver todo lo que hemos conseguido. Para mí es un orgullo decir que esta noche cuento con la presencia de mi madre y de mi hija. —Señaló hacia donde estábamos nosotras —. Ellas han sido un apoyo fundamental desde que mi difunto padre nos dejó a causa de esta enfermedad. Nunca conocí a una persona más noble y sacrificada que él. Todos los que lo conocían decían que era un luchador, que construyó esta empresa de la nada y que cada vez que fracasaba resurgía de sus propias cenizas, como el ave fénix…

El ave fénix.

Contuvo las lágrimas, cogió aire y prosiguió:

—Este vestido es un diseño original de mi madre, Agatha, que representa cosas muy importantes para nosotras y para esta fundación. Hemos podido hacerlo realidad gracias a varios talleres artesanales que han cuidado hasta el más mínimo detalle para que esta noche pueda estar aquí.

Me quedé completamente helada.

Miré a la anciana aún con la boca abierta y esta me devolvió una mirada cómplice y una sonrisa de orgullo. Ahora entendía su emoción cuando vio a su hija con ese vestido.

Más tarde le preguntaría por esa faceta que no conocía aún.

Victoria paró unos segundos para poco después retomar sus palabras.

—Antes de pasar al salón, donde tendremos música en directo y un espectáculo, los informo de que se va a realizar una subasta benéfica. Alrededor del salón verán unas vitrinas que contienen obras de grandes artistas. En las placas encontrarán los detalles de cada pieza junto con el precio de salida. Los objetos han sido

donados por museos del país, los propios artistas e incluso algún coleccionista. El cien por cien de los beneficios irá destinado a la causa. Los animo a participar y a conseguir estas piezas únicas. Este vestido también formará parte de la subasta. —Tras unos murmullos de emoción entre los asistentes, concluyó su discurso—: Si les parece, ya pueden ir pasando al salón comedor para degustar el menú que ha preparado con minucioso cariño nuestro maravilloso chef Fell.

—¡Bien, a comer! —gritó Sandra. Su abuela y algunos asistentes se rieron.

Victoria llegó al lugar donde estábamos nosotras y me miró descaradamente de arriba abajo, pero no dijo nada.

—Pasemos a la otra sala, Vicky —dijo Agatha cogiendo a su hija del brazo, y esta se lo dio de buen gusto.

Vicky. Qué raro me sonaba ese nombre tan familiar y cálido referido a mi jefa.

Había olvidado que Victoria también había sido alguna vez niña. Dudaba de que detrás de esos aires de soberbia quedase algo de ella.

Me sentaron en la misma mesa que a Sandra y Agatha, junto a otras señoras mayores, que parecían odiar el silencio, porque no se callaron en toda la cena.

Kaleb y Samuel estuvieron toda la noche a la sombra pendientes de cada camarero, cada entrada y cada línea del guion.

La comida estaba exquisita. Degusté cada plato como si no fuera a comer en semanas. A Sandra le pusieron un filete empanado y patatas fritas y Agatha siguió su dieta, como de costumbre.

Eran ya las once de la noche y la niña se caía de sueño. Por otra parte, Agatha también se quejaba de la rodilla a pesar de estar sentada y deseaba retirarse. Por suerte, nos tomamos el postre.

—Espero que hayan disfrutado de este exquisito menú porque en breve se iniciará la subasta —dijo uno de los presentadores por el micrófono—. Pero, antes, vamos a dar un fuerte aplauso al creador de esta degustación, nuestro chef, Edrian Fell.

Por un momento, creí haber escuchado mal, pero un segundo después Edrian entró a la sala más despeinado de lo habitual. Llevaba el uniforme blanco perfectamente limpio y con las mangas dobladas hasta la mitad del antebrazo.

¿Edrian era el chef del Imperial? ¿Cómo había sido tan ingenua?

Saludó al presentador con un apretón de manos y este le entregó el micrófono.

—Buenas noches a todos —pronunció con un tono que no le había oído nunca—. La comida que han catado, si se puede llamar comida a algo tan exquisito —todo el mundo se rio, pero yo solo podía pensar en lo tonta que me sentía—, ha sido elaborada y pensada hasta el más mínimo detalle. Quien entienda de cocina sabrá que hemos arriesgado mucho con los platos servidos esta noche. Mi maravilloso equipo se ha volcado en este menú y, por la cantidad de platos vacíos que han vuelto a la cocina, veo que ha sido todo un éxito.

Todo el salón volvió a reír. Edrian echó un vistazo a su alrededor. Cuando miró en dirección a nuestra mesa, se fijó en mí y se quedó helado. Por su expresión supe que no esperaba verme allí. Intenté no reflejar ningún tipo de emoción para que no notara mi

desconcierto. Se tomó unos segundos para reanudar su discurso con calma.

—La cocina es el arte de los sentidos. Una pintura puedes verla, pero no puedes olerla ni degustarla ni sentirla. Un plato en cambio tiene sabor, olor, textura… y buena pinta —añadió riéndose de su propia gracia—. Hacer arte es el sentimiento más parecido al amor. Es tan romántico como suena entregarte a una obra, soltarte, hacer que la creatividad fluya y dejarte llevar. La misión de un auténtico chef es saber transmitir ese sentimiento a sus comensales y hacer que se enamoren de cada bocado. —Se detuvo y miró en dirección a nuestra mesa—. Espero haberlo conseguido esta noche. Muchas gracias y deseo que disfruten de la velada.

Dejó el micro y se fue por donde había venido entre aplausos. Agatha y Sandra lo aplaudieron efusivamente, probablemente porque les gustaba mucho la comida que preparaba.

Aún no había asimilado lo que acababa de descubrir y mucho menos entendía el motivo por el cual me había mentido.

Edrian era el famoso chef del que todo el mundo hablaba. Aquel al que había contratado Victoria personalmente. Y yo, como una imbécil, hablando la otra noche de clases y privilegios pensando que estábamos al mismo nivel cuando solo era una pobre recepcionista con el sueño frustrado de ser artista y que ahora trabajaba de recadera.

Más patética imposible.

Estaba deseando salir de allí.

—Va a empezar la subasta. Vera, este es nuestro momento de hacer bomba de humo —soltó Agatha. Llamó a Marc con un gesto y este acató la orden—. Dile a mi hija que nos marchamos a la suite.

—¿No quieres ver lo que se recauda por tu diseño? —le pregunté extrañada.

Yo era la primera que estaba deseando irse, pero no quería que se perdiera ese momento. Debía de ser importante para ella.

—Lo que se recaude, bien estará. Estamos las dos muy cansadas —contestó mientras agarraba su bastón. Señaló a su nieta, que se había dormido encima de la mesa.

Normalmente, se desplazaba en silla de ruedas, pero ese día se había empeñado en coger su bastón para ofrecer «una mejor presencia».

Salimos del salón justo cuando se iniciaba la subasta. Sandra tenía tanto sueño que, nada más salir del salón, me tomé la libertad de llevarla en brazos. Dejé a las dos en sus cuartos y bajé a cambiarme de ropa en la salita.

Al entrar, encontré al chef Fell sentado con la filipina del uniforme medio desabrochada.

Edrian se levantó de la silla nada más verme entrar.

—Déjame que te explique un segundo…

—¿Qué me quieres explicar? ¿Que me has tratado de tonta todos estos días? ¿Que eres un enchufado de Victoria? O, mejor, ¿me explicas tu repentino cambio de humor de la otra noche? —contesté en el tono más borde que pude mientras entraba a por mis cosas.

—¡Yo no te mentí! Tú diste por hecho que mi trabajo era fregar platos y sacar la basura y decidí seguirte el juego. Pensaba decírtelo, pero siempre estás a la defensiva, Vera.

—Así que decidiste tratarme de tonta e ingenua. ¡Qué gran decisión! —le solté—. Si estoy a la defensiva es porque eres un

prepotente. Si pretendes hacer amigos con mentiras, te vas a quedar solo.

Se dibujó una media sonrisa en su cara.

—Me has dejado helado, Garabatos.

—Pues te aguantas.

—No. Cuando te he visto ahí sentada, me he quedado helado. En blanco. No sabía qué decir. —Se acercó un poco más a mí y, cambiando su expresión a una más seria, me miró a los ojos—. Tenía un discurso enorme sobre cada plato, el concepto, los ingredientes… ¡Por Dios! Si hasta tenía que anunciar que estamos en proceso de abrir un restaurante. Cuando te he visto, se me ha olvidado por completo lo que tenía preparado. He improvisado sobre la marcha.

—Claro, porque te he pillado en una mentira y…

—Porque estabas preciosa —me interrumpió—. Y en cuanto te he reconocido se me ha olvidado dónde me encontraba y lo que estaba haciendo.

El corazón se me aceleró y me odié con toda mi alma por ello. No podía ser tan estúpida como para tragarme eso.

—Pues para haber sido improvisado lo has hecho en tu línea —le espeté mientras me alejaba de él hacia una de las sillas y me cambiaba los tacones por las zapatillas—. La pintura parecía mediocre al lado de la cocina.

—¡Ha sido lo primero que se me ha ocurrido! Solo quería que notaras que en cierta manera somos muy parecidos. No hay tanta diferencia en lo que hacemos —se excusó.

—Tengo que cambiarme. ¿Te importaría salir? —pedí en el tono más cortante que pude, sin apartar mis ojos de los suyos.

—No hasta que solucionemos esto —contestó sentándose a mi lado.

En ese momento no tenía los ánimos de hablar con él. Solo deseaba llegar a mi casa y quitarme la presión que sentía en el pecho.

—No hay nada que solucionar. Me has mentido y no tengo ganas de hablar contigo, Edrian. —Metí la ropa en una bolsa y recogí mis cosas.

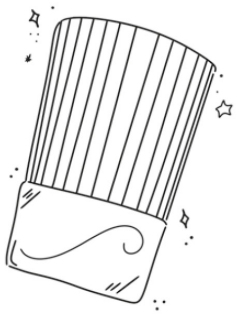
Si él no salía de la sala, me iría yo. Ya me cambiaría de ropa en casa.

—Por favor, Vera —me suplicó.

—Buenas noches —dije saliendo por la puerta—, chef Fell.

No insistió más. Salí hacia el vestíbulo y no me siguió.

15



Había ensayado cien veces el discurso. Lo tenía más que memorizado. Aquel acto era una oportunidad increíble para atraer a los peces gordos a mi nuevo restaurante, pero no esperaba verla allí.

Estaba preciosa. Aquel vestido violeta hacía resaltar cada rasgo de sus facciones y me miraba fijamente desde su asiento. Era imposible descifrar lo que estaba pensando, pero así era ella: no mostraba ninguna emoción que no fuera capaz de controlar. Yo estaba más pendiente de lo que Vera estaría pensando de mí que de lo que debía decir.

Desde el minuto cero, ella dio por sentado que yo era un pinche de cocina. No supe si era porque no me consideraba a la altura de un puesto alto como el de chef, pero no la contradije. Supuse que tendría que decirle la verdad en algún momento; sin embargo, no esperaba que se enterase de esa manera.

Genial, Ed.

Salí del salón tras mi gran discurso y, al entrar en la cocina, mi compañero Henry me abordó.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué cara han puesto cuando lo has anunciado?

—No lo he anunciado. —Dejé el gorro y comencé a desabrocharme la filipina —. Se-se-se me ha olvidado.

—¿Cómo que se te ha olvidado? Ese es el tipo de cosa que no se olvida — contestó otra de las cocineras.

Eso mismo me preguntaba yo. ¿Qué narices me había pasado?

—Pues se me ha olvidado. Me he quedado en blanco.

En ese instante, solo pensaba en que debía hablar con ella y explicarle. No podía dejar que se fuera sin más.

—Joder, tío. —Henry no se podía creer lo que le estaba contando después de lo ilusionado que estaba con ello—. Bueno, no pasa nada. Los nervios juegan malas pasadas a veces —me consoló.

Pero yo ya estaba con la cabeza en otro sitio.

—Tengo que irme. Nos vemos mañana. —Salí por la puerta—. Enhorabuena por el trabajo de hoy. Ha sido espectacular.

Fui a la sala de personal y la esperé durante al menos diez minutos.

En cuanto entró, traté de explicarle todo aquello, pero no quiso escucharme. Se puso a la defensiva y, cada vez que intentaba abrirme, me daba de bruces contra un muro que no era capaz de derribar.

¿En qué momento me había parecido buena idea hacer esa comparación de la cocina y el arte? Dios, Vera me odiaba y mucho.

Sabía, como la mayoría de los empleados de ese hotel, que al nuevo chef lo había contratado Victoria personalmente y me lo echó en cara. No era ningún secreto, y mucho menos en el Imperial Prague, que era su cocinero. Hacía ya casi ocho años que la conocía y casi cuatro que trabajaba para ella.

Omití esta información por miedo a que me juzgara mal y pasó justo lo que más temía. Vera creyó que me había estado riendo de ella porque había fingido ser una persona que no era.

Me debía de odiar.

Cuando salió de la habitación, no traté de detenerla. No iba a forzarla a escucharme. Tenía todo el derecho a estar furiosa. Eso no evitó que un dolor me envolviera el pecho cuando desapareció de mi vista.

Con ese cóctel de emociones en el cuerpo, esa noche apenas dormí.

¿Por qué me importaba tanto lo que ella pensara? Era una sensación frustrante.

A la mañana siguiente, llevé personalmente el desayuno a la suite Imperial. Al concluir la gala, mi cometido en el hotel había terminado y Victoria me había llamado para hablar de ello.

Al entrar, Agatha estaba esperándome al lado de una ventana, apoyada en la mesita de café.

—Buenos días, ancianita —le dije bromeando alegremente—. Por aquí te dejo un desayuno para reinas.

Deposité su bandeja en la mesa.

—Ya podría el desayuno real llevar algún bollo de crema o un cruasán —se quejó e hizo una mueca.

—Ya sabes que eso no depende de mí. Órdenes del médico —me limité a contestar.

—La cena de ayer estaba exquisita. Lo hiciste muy bien.

Sonreí con tristeza, porque sabía que ella no había podido probar nada más que la mitad de los platos del menú por su dieta, pero agradecí su gesto.

Se puso a pelar la fruta.

—A mi acompañante del vestido violeta le pareció exquisita la comida. —Me miró de reojo y supe adónde quería llegar. Pocas cosas en esta vida se le escapaban a Agatha.

—Como al resto de los comensales —contesté quitándole importancia.

—Ah, ya. Si tú lo dices…

Se centró en su comida y me dirigí al despacho de Victoria.

—Buenos días. Te dejo el desayuno.

—Genial, Edrian. Gracias. —Se encontraba ojeando unos documentos en su escritorio—. Tenemos que hablar. Debes aguantar aquí una semana más para instruir a quien te sustituirá.

La miré con incredulidad.

—Quedamos en que después de la gala me iría. ¿No puedes contratar a alguien que sepa desenvolverse?

—Para el negocio es importante que sea ella. Ya te explicaré por qué.

Victoria solo daba la información estrictamente necesaria. Era una mujer reservada con prácticamente cualquier cosa. Solo se relajaba un poco en su estrecho círculo familiar y, aun así, sentía que nunca dejaba su carga de responsabilidad.

En los cuatro años que había trabajado para ella, había aprendido a llevarla, pero a veces me costaba comprenderla. Aprendí a no preguntar demasiado, porque nunca conseguía sacarle más de lo que quería contarme.

—Y ¿qué es exactamente lo que tengo que enseñarle?

—Según me han dicho sabe… lo básico. Tienes que formarla en el oficio.

—¿Estás de broma?

Me ignoró.

—Para nada. Trátala bien y ya hablaremos más en detalle. Por ahora, eso es lo que tienes que saber.

No entraba para nada en mis planes quedarme unos días más en el hotel, y menos de profesor. Tenía demasiado trabajo en la reforma del nuevo restaurante, aunque, si lo pensaba bien, podría aprovechar esos días para intentar hablar con Vera. Si quería, claro.

—Está bien. Lo haré.

—Gracias. Esto es importante para mí.

Asentí con la cabeza y salí del despacho.

Lo que no imaginaba era que la nueva chef iba a ser una total y completa inútil. ¿Por qué demonios Victoria querría contratar a una persona tan incompetente?

16



Los días posteriores a la gala estuve disfrutando del fin de semana. Aproveché para dibujar, desconectar y pasar el rato con Sophie.

Becca trabajaba por las noches, se pasaba las mañanas durmiendo y por las tardes quedaba con el tío de la galería de arte. Prácticamente ni la veíamos.

Me compré un nuevo cuaderno y me prometí dejar de lamentarme por haber perdido todo mi trabajo de años. Al llegar a Praga empezaba una nueva vida; era lógico que comprase también un cuaderno de bocetos nuevo.

Esa semana la pasé entre el mostrador y el jardín. Agatha y Sandra querían apurar sus últimas tardes allí, ya que se mudarían a su mansión reformada el próximo fin de semana.

Tenía claro que las iba a echar mucho de menos.

El hotel tenía una nueva preocupación: el Concurso de Arte Nacional que comenzaría en unas semanas. Aún no sabía cómo iba a llevar eso después de mi intento fallido de presentarme.

Durante esos días también pensé en Edrian más de lo que me gustaría admitir, pero no me crucé con él en toda la semana. De hecho, se comentaba que tras la gala habían cambiado de chef.

No voy a negar que me entristeció que ya no trabajase allí.

Cuando lo vi aparecer en aquel salón, dejé de respirar por unos segundos. Estaba tan asombrada como desconcertada.

Además, no estaba nada segura de lo que sentía.

Por un lado, no se merecía ningún tipo de oportunidad, pero por otro me sorprendía a mí misma al sentirme decepcionada cada vez que iba al comedor y no lo encontraba. Una parte de mí quería darle una segunda oportunidad, pero al mismo tiempo pensé que era mejor dejarlo estar.

Si de verdad habían contratado un nuevo chef, lo más seguro es que no lo volviera a ver más.

Al regresar del trabajo, pasé por una confitería a comprar algo de bollería. Tenía mucho antojo de dulce y estaba en esos días del mes. Me lo merecía más que nunca. También compré para Becca y Sophie, aunque sabía que no estarían en casa cuando yo llegara.

Me daba mucho miedo subir en el ascensor. Podía quedarme encerrada en cualquier momento, pero estaba muy cansada y deseando ducharme. No me lo pensé dos veces.

Abrí la puerta y para mi sorpresa encontré un paquete encima de la mesa del comedor. Llevaba una nota con la letra de Sophie:

> Esta mañana han dejado esto para ti. También tienes tortilla de patatas en la nevera del mediodía. Nos vemos esta noche.

Qué raro. Yo no estaba esperando nada.

Cogí el paquete y lo llevé a mi habitación.

Me duché primero y, con el pijama puesto, me senté en la cama para abrirlo.

El envío procedía de Praga. La idea de que mis padres hubiesen sido los remitentes quedaba descartada.

Cuando saqué lo que había dentro, no podía creérmelo. Se me saltaron las lágrimas como a una imbécil.

Todo estaba ahí.

Mi cuaderno, la carpeta con mis dibujos…, y había algo más.

Cogí una carta blanca y dorada que había dentro del paquete. En la portada del sobre ponía Escuela Nacional de Bellas Artes.

Nunca llegué a presentar mi solicitud. No entendía qué significaba todo aquello.

Abrí la carta con las manos temblorosas, el corazón a mil y tanta tensión en la sien que pensaba que me iba a estallar la cabeza. Era una carta oficial sellada y firmada por la dirección de la institución.

Comencé a leerla detenidamente:

> Estimada Vera:
>
> Desde la Escuela Nacional de Bellas Artes de Praga, nos complace informarle de que su solicitud ha sido aprobada.
>
> Ha sido seleccionada de entre mil cuatrocientos treinta y tres aspirantes para participar en la decimoquinta edición de nuestro concurso anual […].

No me lo podía creer… ¡Estaba dentro del concurso!

¿Cómo era posible que me hubiesen escogido? ¿Cómo había llegado mi trabajo hasta ellos?

Aunque la verdadera pregunta que debía hacerme era: ¿quién había encontrado el sobre y había presentado la solicitud por mí?

Continué leyendo, pero tampoco daba mucha más información. Debía presentarme en la sede del concurso, el Imperial, el día 17 de octubre, y de ese modo confirmaría mi participación. Allí nos darían la información necesaria sobre la duración, la temática y las fases.

La carta acababa deseándonos suerte y con una frase del artista Paul Cézanne.

> Un arte que no se basa en el sentimiento no es arte.

Me tumbé en la cama.

Mi cabeza iba a mil por hora y sentía una presión que jamás había tenido. Me estaba haciendo millones de preguntas, pero todas se podían resumir en una sola: ¿y ahora qué?

17



—Te lo digo yo. Claramente vas a participar —me gritó Sophie desde el salón.

Cogí las palomitas que acababan de salir del microondas y me senté junto a ella.

Tras leer la carta, me había dormido un par de horas y, como se había puesto a llover fuertemente, decidimos montar una noche de chicas de manta y peli después de cenar.

—Sophie, eso es el equivalente a un suicidio —le dije a mi amiga mientras elegía la película—. Los participantes son profesionales y yo soy una recepcionista.

—Una recepcionista que pinta que te cagas —añadió ella llevándose una palomita a la boca.

—Aunque dibuje bien, ellos le dedican todo su tiempo a esto. Suponiendo que Agatha y Sandra vuelvan a su palacio esta semana, yo sigo teniendo un horario de trabajo y ningún espacio para trabajar. Imagina que me piden cuadros de más de metro y medio.

¿Dónde lo meto? —Suspiré—. No hay por dónde cogerlo en este piso.

—¿Y por qué no esperas a escuchar las bases del concurso y los criterios y después decides? —me aconsejó mi amiga—. No des cosas por sentado antes de saberlas. Yo creo que te estás ahogando en un vaso de agua. A mí lo que más me intriga es quién demonios te ha inscrito.

Era algo a lo que le había dado muchas vueltas. De todas las personas que podían haber encontrado el sobre, dudaba de que alguna de ellas lo hubiese presentado por mí. Agatha y Edrian no sabían absolutamente nada de que me iba a presentar y Kaleb…

Si hubiese sido él, estoy segura de que me habría dicho algo en el momento que me vio tan preocupada por el sobre.

Kaleb no había sido.

Después, pensé que el sobre llevaba mi nombre y mis datos. Cualquiera podría haberlo hecho. No iba a calentarme más la cabeza con eso.

—Podría haber sido cualquiera —me limité a decir.

—Si tú lo dices… Entonces, deja de preocuparte.

Tal vez me estaba precipitando. Puede que no fuese tan complejo después de todo.

Al menos tenía unos días para decidirlo.

—Lo consultaré con la almohada —le comenté a Sophie.

Satisfecha con mi respuesta, puso *El gran showman* y le dio al Play.

♡

Aquel día llegué diez minutos tarde.

Samuel era muy riguroso con la puntualidad y tenía claro que me caería un sermón por su parte.

Me extrañó encontrar a Marc metiendo maletas en un gran coche negro en la entrada. Me acerqué para hablar con él.

—Pensaba que se iban mañana —le solté esperando una explicación a la repentina partida.

—Ese era el plan, pero se fueron anoche. Yo solo estoy recogiendo las últimas cosas —me contestó mientras cerraba el maletero de un portazo—. Ya está todo. Ha sido un placer, Vera.

—Igualmente… —le contesté incrédula.

Arrancó el coche y se fue calle abajo.

No estaba dolida por que no me hubieran avisado. Ya sabía que en algún momento esto iba a pasar, pero… Ni siquiera se habían despedido.

En solo un par de semanas pasaron tantas cosas que estar con ellas me había ayudado mucho a llevar mejor todo lo ocurrido. Pensaba que, al igual que yo, ellas también me echarían de menos. Estaba claro que no era así. Ellas tenían una vida paralela a la que deseaban volver y yo solo había sido una chica más del personal.

Intenté no pensarlo mucho y corrí al trabajo.

Efectivamente, Samuel estaba esperándome para darme una charla sobre la importancia de la puntualidad.

—Espero que te haya quedado claro que aquí no hay sitio para los que llegan tarde —me regañó tras casi diez minutos de sermón—. Ahora vuelve a tu puesto de trabajo.

Asentí y me dirigí al mostrador.

—Vera —me llamó—. Sé que han sido unas semanas complicadas para empezar, pero lo estás haciendo bien.

Y se fue.

En el fondo era tan exigente con los demás como lo era consigo mismo, pero al menos no parecía mala persona. Solo reclamaba al resto lo que Victoria esperaba de él: la perfección.

Me pasé todo el día con Kaleb, con el culo en la silla de recepción.

Como no habíamos tenido nada de tiempo para comer, mi compañero había traído un par de sándwiches del comedor para tomárnoslos en la salita en un minidescanso y a mí me tocó llevar los platos de vuelta.

Escuché desde la puerta cómo Edrian daba órdenes al resto del personal de la cocina. Se me pasó por la cabeza darle los platos a alguno de los camareros que entraban para así no tener que hacerlo yo, pero él salió antes.

—Vera —dijo sorprendido de verme allí.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que te habían despedido.

La confusión se reflejó en su cara.

—¿Despedirme? Mis servicios ya no se requieren, que es diferente. Solo vine para trabajar la semana de la gala. —Al ver que no contestaba prosiguió—: Vera, yo…

No quise darle tiempo de hablar. Dejé los platos sobre uno de los carritos de metal y me giré para marcharme, pero él me agarró del brazo.

—Vera, por favor.

—Sigo molesta contigo —contesté en un tono serio.

—Dame una oportunidad de explicarte las cosas. No te he visto en días y quiero hablar.

—Pues claro que no, si no has estado por aquí.

En ese instante, noté cómo su expresión se tornaba en una más pícara. Me soltó para cruzarse de brazos.

—¿Eso significa que me has echado de menos?

No soportaba esa sonrisa llena de prepotencia.

—No. Es que tenía la sensación de que había demasiada paz y tranquilidad estos últimos días. Además, me había hecho ilusiones porque me dijeron que había un chef nuevo.

—Y lo hay —me aclaró.

—Entonces ¿por qué sigues aquí? —pregunté extrañada.

—Porque tenía ganas de verte otra vez.

No supe qué contestar a eso.

—Bueno, la verdad es que aún tengo que venir algunas veces por semana para ayudar a la nueva a adaptarse —admitió después de que me hubiese tragado como una tonta lo primero. Por sus palabras supe que el Imperial había contratado para sus cocinas a una mujer.

—A ver si terminas pronto y por fin te puedo perder de vista. Esto es para lavar. —Señalé los platos que acababa de dejar.

Sonreí exagerada y falsamente y me di la vuelta.

Cuando estaba en la otra punta de la sala, ya subiendo al mostrador, me llamó con un grito.

—¡Garabatos!

Sabía con certeza que todos los clientes y los empleados que había en ese momento mínimamente cerca lo escucharon, y yo me quise morir de vergüenza. Me di la vuelta sin contestar.

—¿Qué haces el viernes por la noche? —volvió a levantar la voz para que cruzara la sala.

—Garabatos —contesté.

Sonrió ampliamente ante mi respuesta.

¿Cómo podía revolverme el estómago con solo una sonrisa y, a la vez, soportarlo tan poco?

—¿Puedes hacer garabatos mientras te invito a cenar? —me preguntó con su habitual arrogancia.

Nunca admitiría en voz alta que esa pregunta me aceleró el pulso y que, en el fondo, esa actitud era de lo que más me atraía de él. Desconocía el momento en el que había empezado a sentir esa atracción, pero ya no servía de nada negarlo. Me atraía y mucho.

—Puede —dije pretendiendo fingir que no me invadía una oleada de emoción.

Yo ya estaba viendo cómo Samuel me iba a despedir por armar ese escándalo.

—¿En tu casa a las ocho? —soltó asumiendo que eso era un sí.

—A las ocho y media —le corregí.

Al escuchar mi respuesta, sonrió plenamente satisfecho y yo me di media vuelta sin decir nada.

Sabía perfectamente que no tenía ni idea de dónde estaba mi casa, así que estaba expectante por ver cómo se las iba a apañar para llegar. Tenía claro que no iba a ser yo quien se lo dijera.

Sonreí y me fui a casa.



Eran ya las ocho y aún me quedaba vestirme.

Me había decantado por algo arreglado, pero sin que fuese exagerado. Como había dicho Sophie: «La idea es que no se note que te has esforzado en elegirlo».

De fondo, mientras me vestía, sonaba «The One That Got Away», de Katy Perry. Encima de la cama había dejado una blusa transparente con bordados en blanco, la cual llevaría sobre un top interior del mismo color, junto con unos vaqueros acampanados oscuros y unas botas de plataforma que no se iban a ver mucho, pero que aumentaban mi metro sesenta.

Ya hacía frío, así que cogí también un abrigo acolchado. Me maquillé sutilmente con sombras marrones y un delineado y después de la máscara de pestañas me solté el pelo.

Me gustaba dejar mis ondas naturales al aire. De pequeña me acomplejaban mucho. Siempre había querido tener el pelo liso y me había costado años aprender a quererlas. Eran ondas muy sutiles y para nada encrespadas. Ahora las veía muy bonitas y creía que me daban personalidad.

Ya estaba vestida y, a pesar de que aún quedaban quince minutos para las ocho y media, sonó el timbre.

Era imposible que se supiese el piso.

Sophie abrió la puerta del recibidor y posteriormente llamaron a la principal de la casa.

Salí a recibirlo.

Para mi sorpresa, no se trataba de Edrian. Era Marc.

—Parece que vamos a vernos antes de lo que pensábamos —dijo sonriendo.

—¿Qué haces aquí? —interrogué.

Me entregó una carpeta fina.

—Victoria me ha enviado para entregarte esto en persona. Siento las horas, pero le urgía que lo tuvieses ya. Necesita una respuesta mañana por la mañana.

—¿Una respuesta a qué? ¿Qué es esto, Marc? —pregunté desconcertada.

Marc cogió aire.

—Agatha y Sandra te echan de menos. Sobre todo, Sandra… Ha pasado unos días duros en el colegio y Victoria ha contratado a otras chicas para que se hagan cargo de la niña, pero se niega a estar o hablar con ellas. Solo quiere que seas tú y Agatha ha convencido a la señora Victoria de que te ofrezca esto —me explicó señalando la carpeta.

Por un segundo quise llorar de la emoción al saber que, después de todo, el afecto había sido mutuo.

—¿Y esto es…? —dije para que no se quedase a medias.

—Un contrato de trabajo con un sueldo que duplica el tuyo en el Imperial Prague —respondió finalmente—. Quiere que renuncies a tu actual puesto de recepcionista y trabajes en la mansión como asistente de ambas. Ha insistido en que te diga que no es una orden. Es una oferta y es tu decisión —me aclaró.

—¡¿Qué?! —gritó Sophie asomando la cabeza por la puerta de su habitación—. ¿Estás de coña?

—Para nada —respondió él con seriedad sin dejar de mirarme.

—Sophie, ahora no —le dije suavemente, y entendió a la perfección que debía meterse en su habitación y cerrar la puerta.

Más tarde, hablaríamos de eso.

No sabía qué decir. De entre todas las cosas del mundo que podían pasar, la última que había imaginado era esa.

¿Cómo iba a dejar un trabajo para el que llevaba tantos años formándome? ¿Cómo le iba a decir a mis padres que había cambiado

el puesto de recepcionista por uno de asistente personal? Me iban a matar. No podía hacerlo.

—Marc, no puedo aceptar esto —le compartí sinceramente—. Es una oferta increíble, pero me he esforzado mucho para conseguir este puesto y no puedo perderlo. Da las gracias a ambas por la oferta, pero no puedo aceptarla.

—Ella supuso que dirías eso. En el contrato te asegura que en cualquier momento puedes rescindirlo y volver a tu anterior puesto —añadió con una media sonrisa—. Mira… Victoria puede ser una arpía en muchos sentidos, pero llevo los años suficientes trabajando para su familia como para saber que los ama con locura. Si te pide esto es porque su hija verdaderamente te necesita. No quiero que pienses que intento convencerte, pero, aparte de su abuela, eres la única amiga de verdad que tiene esa niña. Al menos, para ella es así. Siempre tienes la oportunidad de volver a tu anterior puesto…, y a mí me alegraría mucho verte por allí —confesó.

Esto último me provocó una media sonrisa.

Marc era bastante serio cuando estaba en horario de trabajo, pero ahora parecía un poco más relajado. Puede que fuese la presencia de Victoria o incluso de Agatha lo que hacía que su actitud cambiase.

Se notaba que las apreciaba mucho y que, al llevar tantos años trabajando para ellas, velaba por su bien. Al igual que para mí, sabía que para él no era un simple trabajo.

—Está bien, Marc. Me lo pensaré —fue lo único que llegué a decir.

—En cualquier caso, si decides aceptarla o rechazarla, mañana por la mañana vendrá un coche a recogerte para que se lo comuniques a Victoria personalmente. Te llevará a la mansión y te

traerá de vuelta —me informó sin estar del todo contento con la respuesta que le acababa de dar.

Alguien pitó con el coche desde la calle y me acerqué a la ventana.

Edrian estaba abajo haciéndome señas desde fuera del vehículo para que bajara.

Sonreí como una niña de dos años.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó Marc.

—Sí, voy a salir. ¿O te piensas que me he puesto así de guapa para ver una peli con Sophie?

—¡Te he oído! —gritó ella desde su habitación cerrada.

Marc y yo nos echamos a reír.

—Entonces, bajo contigo —dijo mientras con un gesto me invitaba a salir.

Bajamos por las escaleras y, al traspasar el portal, mi cita ya estaba esperándome con una sonrisa que desapareció en cuanto vio quién venía tras de mí.

—Marc —dijo Edrian muy serio.

—¿Así que tu cita es Edrian?

—¿Os conocéis? —pregunté sorprendida.

—Trabajo con él en la mansión —dijo Edrian rápidamente—. Cocino para la familia.

—¿Y me lo dices ahora? —pregunté incrédula—. ¿De verdad, Edrian? ¿Otra vez?

—Veo que hay muchas cosas que no le has contado —le soltó Marc de repente levantando las cejas—. Creo que me voy y os dejo con vuestras cosas. Esto ya no me incumbe. —Comenzó a alejarse —. Mañana pasan a recogerte a las nueve. Buenas noches.

Se alejó caminando calle abajo.

Miré a Edrian esperando una respuesta.

—Sube al coche. Tenemos muchas cosas de las que hablar —dijo tomando aire.

18



—¿En ningún momento se te ha ocurrido decirme que trabajas directamente para Victoria? ¿Ni siquiera cuando te dije que me había nombrado asistente de la niña? —pregunté irritada mientras Edrian aparcaba.

Habíamos pasado todo el camino en silencio, pero yo no podía aguantar más.

—Vamos a dar un paseo. —Bajó del coche y señaló en dirección a una de las calles principales.

Nos encontrábamos en el otro lado del río. Hasta ahora solo había visitado la parte vieja, que era donde se situaba el centro de la ciudad, mi casa y el Imperial Prague, pero aún no había explorado la zona vecina.

Para mi sorpresa, ambas tenían la misma vida.

Hacía horas que el sol se había puesto. Veía gente por todas partes y las luces de las terrazas de los restaurantes creaban un

ambiente precioso.

No iba a decir ni una palabra más hasta que Edrian me diese una explicación.

—¿Qué hacía Marc en tu casa? —preguntó en un tono serio mientras paseábamos.

—¡Nada de eso! No voy a decirte ni una palabra hasta que no me cuentes qué pasa —solté desquiciada.

Él se rio descaradamente.

—Vale —dijo cruzándose de brazos para después frotarse la mandíbula—. ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué me mentiste, por qué trabajas para Victoria en su mansión, qué hacías en el Imperial y por qu…

—Vale, eso son muchas preguntas, Garabatos —me cortó y me miró como solía hacerlo justo antes de vacilarme. Al ver que no me reía, se lo tomó un poco más en serio—. ¿Hacemos una cosa?

Me limité a mirarlo esperando una respuesta.

—Por cada pregunta que me hagas, yo tendré derecho a hacerte otra. —Al ver mi expresión impasible, añadió—: Prometo contestarte sinceramente. Además, esto es una cita, ¿no? Tenemos que conocernos mejor. —Levantó una ceja y esperó mi respuesta.

Al oír la palabra «cita» volví a sentir cómo el corazón se me aceleraba. Acababa de descubrir que me había ocultado algunas cosas y, a pesar de ello, estaba nerviosa como si fuera mi primera vez con quince años. Me sentía idiota.

Noté a Edrian más nervioso de lo habitual. Aunque tampoco sabría decir qué señales había visto, simplemente lo sentía así.

—Si me mientes, te aseguro que esta será la primera y la última cita que vamos a tener —dije seriamente.

Y era verdad.

—De acuerdo. Haz la primera pregunta. Te lo debo. Pero, por favor, de una en una.

—¿Por qué no me dijiste que trabajabas en la mansión con Victoria?

—Porque es una situación muy difícil de explicar y tampoco hemos tenido mucho tiempo para conocernos en profundidad, que digamos. Hay cosas muy personales en esa historia que no me gustaría contar a la ligera. —Sus ojos estaban fijos en las luces de las farolas.

—Ahora tenemos tiempo. Soy toda oídos —respondí con firmeza.

—Ahora me toca a mí preguntar, ¿recuerdas? —Puse los ojos en blanco, pero llevaba razón. Había accedido a su estúpida propuesta —. Vale. ¿Por qué estaba Marc en tu casa?

—Victoria me ha ofrecido un puesto en la mansión. Esto implicaría dejar la recepción del hotel y Marc ha venido a decírmelo. Mañana tengo que ir allí y darles una respuesta definitiva —me limité a contestar.

Edrian se quedó inmóvil. Ni una expresión, ni una pregunta extra. Simplemente se quedó mirándome pensativo.

En su cara no descifré ninguna señal de si la posibilidad de volver a trabajar en el mismo espacio le agradaba o no.

—Te toca. —Íbamos en dirección al puente de Carlos. Aún no había tenido oportunidad de verlo a pesar de llevar tanto tiempo viviendo allí.

Señalé uno de los bancos que había en un jardín ligeramente apartado del bullicio de la calle para sentarnos con tranquilidad y conversar.

—¿Cuál es tu historia? —pregunté intencionadamente esperando una respuesta más extensa que la anterior mientras tomaba asiento.

Él puso una sonrisa melancólica. Era la segunda vez que le hacía esa pregunta, porque en la primera no obtuve respuesta.

—Mi padre se fue cuando yo aún era un crío. Tenía problemas con la bebida y con el juego. Supongo que no soportó la vergüenza de haber perdido nuestro dinero y se piró. Al menos, quiero pensar que fue por vergüenza y no porque no nos quisiera. Eso lo hace más fácil. —Hizo una breve pausa y tragó saliva para continuar—: Mi madre tuvo que trabajar día y noche para poder mantenernos. Yo era un apasionado de la cocina. A los once años ya experimentaba con los ingredientes en casa y le cocinaba a mi madre todos los días. Cuando cumplí los dieciséis, mi madre consiguió el dinero suficiente para apuntarme a clases de cocina. Ella siempre creyó en mí. Nunca puso ni un solo impedimento a que yo persiguiera mi sueño. Así que yo me prometí trabajar muy duro para poder devolverle todos esos años que había sacrificado.

Por primera vez vi a Edrian sin esa coraza de vanidad que tanto le caracterizaba. Por primera vez vi al muchacho vulnerable que se escondía tras cada broma. No vi al chef Fell. Era simplemente Edrian.

—No quise saber más de mi padre ni tener nada que ver con él, así que me cambié el apellido por el de mi madre, Fell. —Parecía que le estaba costando compartir todo aquello—. Cuando cumplí dieciocho años, el grupo Petrov sacó unas becas para jóvenes con talento. Estaban destinadas a promover estudios creativos y artísticos y la cocina era uno de ellos. —Se paró un momento en seco para pensar lo que iba a decir a continuación—. Fui becado

para estudiar en una de las mejores escuelas de cocina de Europa junto con otros nueve jóvenes.

Me dio la sensación de que había olvidado por completo nuestro pacto del turno de preguntas. Me estaba dando muchos más detalles de los que podría haber esperado.

—En nuestro último año, teníamos que presentar un menú completo como trabajo final. Victoria se presentó allí junto con otros empleados del grupo en una cata a ciegas. De entre todos mis compañeros, escogió mi cocina para degustarla en sus eventos y en su propia casa. Me contrató nada más terminar mis estudios y, desde entonces, trabajo para las galas del grupo y para su familia particularmente —concluyó. Se encogió de hombros y percibí que con eso había terminado de contestar a mi pregunta.

Notaba a Edrian más tenso de lo normal. Sentía que no era un tema del que le gustase hablar y lo entendía.

Desconocía que mi pregunta iba a llevarle a contar cosas de su pasado tan personales. Lo cierto era que yo no tenía derecho a exigir nada de todo aquello, pero ya no había vuelta atrás.

De alguna manera, yo también había tenido un golpe de suerte con todo eso del concurso y del puesto con Victoria. No sabía cómo, pero allí estaba.

Decidí quitar un poco de tensión y bromeé.

—Sin duda, fue un golpe de suerte, porque ese bocata que me hiciste estaba horrible —solté riéndome—. Dudo que te escogiera por la comida.

Él sonrió de vuelta, pero no todo lo que me hubiese gustado.

—Tu cara no decía lo mismo. —Levantó una ceja.

—Jamás admitiré que ese bocadillo es de lo mejor que me he echado a la boca en toda mi vida. —Y elevé la vista para no tener que mirarlo a la cara.

Sabía que su sonrisa se había ensanchado.

Edrian era como un niño pequeño para lo que tenía que ver con su trabajo. Saber que agradaba a los demás con su comida, y que era bueno en lo que hacía, le producía una satisfacción que su cara desvelaba irremediablemente.

Yo había visto a Edrian cocinar y vivía cada segundo del proceso. Disfrutaba con cada paso, y su satisfacción, al saber que sus platos gustaban, era aún mayor.

Me pregunté si yo sería igual con la pintura. Si se me ponía una expresión de niña cada vez que pintaba o que alguien disfrutaba viendo mis trabajos.

—¿Y no sientes que les debes algo por las oportunidades que te han dado? —pregunté con un nudo en la garganta, porque así era exactamente como me sentía a veces.

—Puede. —Giró su cuerpo para mirarme de frente y apoyó el antebrazo en el respaldo del banco. Miró al cielo sorprendentemente despejado y prosiguió—: Pero luego recuerdo la cantidad de horas que pasaba en la cocina de mi casa o lo mucho que me esforcé en aprovechar todas y cada una de esas oportunidades que me ofrecieron y se me pasa. Creo que lo que te hace merecedor de algo no es el número de oportunidades o facilidades que tengas. Es el empeño y el esfuerzo que pongas en aprovecharlas. —Volvió la cabeza para mirarme a los ojos—. Eso es algo que nadie puede hacer por ti.

Edrian contestaba así a la reflexión que yo había hecho en la cocina. Puede que por eso se pusiese a la defensiva aquella noche, porque pensó que yo lo juzgaría por su historia. Jamás lo hubiera hecho, pero todo lo que yo había dicho aquel día indicaba lo contrario.

—Dijiste que ibas a montar un restaurante. ¿Vas a dejar tu trabajo?

—Más o menos. Quiero terminar con mi trabajo de chef de eventos, pero dejar mi trabajo en la mansión es complicado… Tengo un vínculo muy especial con ellas, ¿sabes?

Me miró a los ojos sin apartar la vista ni un instante.

Recordé la noche de la gala, cuando ambas se pusieron a vitorear en el mismo momento en el que anunciaron al chef que había preparado el menú. Provocó una media sonrisa en mi cara y miré mis manos mientras me toqueteaba las uñas recién hechas en un rosa muy natural.

—Más de lo que te imaginas. Si me planteo coger ese trabajo es únicamente por ellas —dije con cariño—. Esas dos han sido como lucecitas en este caos de vida que llevo desde que llegué. Parece mentira que Victoria sea la generación intermedia, son como el día y la noche.

—Victoria es… —llenó sus pulmones de aire y lo soltó aclarando— complicada.

—Sí, todos decís lo mismo. —Puse los ojos en blanco.

Él sonrió y tomó una de mis manos para que lo mirara a la cara.

Las manos de Edrian eran fuertes y su piel era muy cálida. Tenía algún que otro corte reciente y eran ligeramente ásperas. Lo

contrario a mis manos frías y suaves. Temí por un segundo que a través del tacto pudiese notar mi pulso, cada vez más acelerado.

—¿Vas a aceptar el puesto? —preguntó con calma mientras me acariciaba el dorso de la mano con el pulgar.

—No lo sé —contesté sinceramente—. Al principio mi respuesta fue un no rotundo. Mis padres se han esforzado mucho para que yo pueda estar aquí y yo he trabajado muy duro para conseguir ese puesto de recepcionista… Pero después Marc me ha dicho que en cualquier momento podría volver al hotel y ahora me lo estoy planteando.

Para ser sincera, me lo estaban poniendo en bandeja. No sabía por qué se estaban tomando tantas molestias. Victoria me había escogido al azar y posiblemente podría volver a hacerlo con otra chica.

En lugar de eso, se esforzaban para que yo aceptara.

—Si te dan la oportunidad de volver al hotel, ¿cuál es el problema de aceptar su propuesta?

Suspiré preparada para una burla por su parte.

—El problema es que no es el único cambio que está ocurriendo en mi vida y creo que es demasiado. —Posiblemente se iba a reír de mí, pero se había sincerado tanto con respecto a lo que le había preguntado que tampoco podía ocultarlo más—. Me han aceptado en el Certamen Nacional de la Escuela de Bellas Artes de Praga.

—¿El concurso que se inaugurará en el hotel esta semana? —lo noté entre extrañado y sorprendido.

—El mismo. El problema es que yo no mandé mi solicitud. Alguien presentó mis trabajos por mí y, por alguna extraña broma del universo, me han seleccionado.

—Pero eso no tiene sentido, Vera. ¿Cómo consiguieron tus trabajos? ¿Entraron a tu casa a robar o qué? —dijo burlándose.

—No exactamente… —Le comencé a contar la historia mirando el suelo—. Yo, en un principio, me iba a presentar y llevé al trabajo un sobre con mi porfolio, pero finalmente me eché para atrás y decidí no inscribirme.

Edrian estaba expectante.

—Antes de irme, hubo una incidencia con un niño perdido y nos pasamos un buen rato buscándolo por todo el hotel.

—Lo recuerdo —me interrumpió—. Una camarera llegó con el chisme a la cocina. Esa fue la misma noche que te encontré llorando en las escaleras.

Asentí.

—Pues… En ese rato que estuvimos buscando, perdí el sobre con todo mi trabajo de años. No sé dónde ni en qué momento, porque recorrí más de la mitad del hotel buscando a ese niño. Tuve que dejármelo en alguna de las múltiples salas en las que estuve.

Para mi sorpresa, no vi ni un ápice de burla en la cara de Edrian. De hecho, parecía bastante serio.

—¿No lo encontraste? —preguntó.

—No. —Y añadí unos segundos después—: Hasta hace un par de días que me llegó una carta de admisión al concurso con mis dibujos en un paquete.

Edrian se había quedado con los ojos muy abiertos. Yo sabía que era una historia de locos.

—Es increíble —se limitó a decir y esta vez sí sonrió—. Enhorabuena, Vera.

—No hace falta que te burles, ya sé que soy un desastre. Lo sufro en mis propias carnes cada día.

—No me estoy burlando. Te daba la enhorabuena de verdad.

—Y eso, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué? —Incrédulo con mi respuesta, prosiguió—: ¿Qué más da si te inscribiste tú o lo hizo otra persona por ti? Te han elegido por tu trabajo y deberías estar feliz. Es un paso enorme. ¿O no es tu sueño dedicarte a eso?

Edrian y yo habíamos tomado decisiones muy diferentes a lo largo de nuestras vidas. Él había apostado por su sueño desde pequeño y yo, en cambio, lo había dejado de lado.

—Lo es, pero lo veo imposible. No tengo ningún tipo de formación y ya es muy tarde para eso —aseguré con firmeza.

Edrian me apretó con fuerza la mano que llevaba todo el rato acariciando.

—La palabra «imposible» es solo la excusa barata que el miedo utiliza para retenerte.

Puede que tuviese razón. Puede que solo fuese una excusa más de mis miedos a intentarlo. Tenía un debate interno de cabeza y corazón que me atormentaba en cada decisión.

Aún con el brazo apoyado en el respaldo, Edrian me rozó el hombro con los dedos de la otra mano.

—Espero no arrepentirme de esto y solo lo diré una vez, pero creo que ni tú misma eres consciente del talento que tienes, Garabatos. —Me giré un poco más para mirarlo a los ojos—. Me importa una mierda si has estudiado en una academia de barrio, en la escuela más pija del país o si en las ecografías de tu madre salías con un lápiz en la mano. La cuestión es que el arte tiene que hacerte sentir

y, por lo poco que he visto, tú de eso entiendes mucho. —Deslizó la mano hacia un mechón que tenía cerca de la cara y me la despejó. Yo me estremecí con su contacto y reprimí el impulso de cerrar los ojos—. Sé que no te hizo gracia que leyese tu cuaderno el día en que nos conocimos, pero ¡por Dios! Estaba enganchado. No me dio tiempo a ver todo lo que me hubiese gustado, algunas páginas hablaban sin necesidad de palabras. Eso es el arte, Vera. Eso es lo que te define como artista y no un título.

Sus ojos no se habían apartado ni un segundo de los míos.

Jamás pensé que iba a escuchar unas palabras así de la boca de Edrian. Tenía unos labios preciosos y bien arqueados. En ese momento solo pensaba en las ganas que tenía de besarle, pero reprimí el impulso de hacerlo porque tenía que solucionar demasiadas cosas antes de meterme en cualquier sitio del que no estuviese totalmente segura.

—Gracias —contesté devolviéndole el apretón para que viese que agradecía sus palabras de corazón—. Lo pensaré, ¿vale?

Él no pareció muy satisfecho con mi respuesta, pero sabía que no podía hacer nada más.

Mi tripa rugió fieramente y Edrian se echó a reír.

Siempre tan oportuna.

—Vamos a cenar, que se está haciendo tarde.

Se levantó y me tendió la mano.

—Una última cosa. Con respecto a lo que has dicho de que eres un desastre. —Hizo una pausa y se lamió los labios—. Es parte de tu encanto natural.

Tiró de mí y nos sumergimos en la multitud que transitaba las calles iluminadas de Praga.

19



—Para no gustarte mucho el dulce llevas medio pastel —dijo Edrian burlándose de mi entusiasmo por aquel postre.

—No he dicho que no me gustase —me defendí aún tragando el bocado que le acababa de dar—. He dicho que no cualquier dulce me encanta, que es muy distinto.

Finalmente habíamos decidido cenar en una taberna en lugar de ir al restaurante donde Edrian había reservado.

Necesitaba algo de normalidad y lo último que me apetecía era pensar cuál de los diez cubiertos debía usar y si era de fuera hacia dentro o viceversa. Él no se molestó en absoluto y sugirió otro sitio que conocía.

La cena estaba buenísima.

Al salir del bar dimos un paseo y justo antes de llegar al puente de Carlos vimos un puesto donde vendían *trdelník*, unos pasteles de

azúcar y canela que tenían forma de cilindro y se podían rellenar de diferentes ingredientes.

Edrian me contó que era algo típico de la zona y que en ese lugar los hacían muy buenos.

A pesar de haberle dicho que estaba muy llena, compró uno para cada uno rellenos de chocolate con avellana porque estaba completamente seguro de que me iba a encantar.

Tenía razón.

Antes de entrar al puente ya me había comido casi la mitad del rollo, y no eran precisamente pequeños.

Comencé a escuchar música a lo lejos.

—He de reconocer que estos están buenos, pero yo puedo hacerlos mucho mejor —comentó observando detenidamente la masa del dulce.

—Habrá que probarlos —solté dándole un bocado enorme al mío esperando que se ofreciese a cocinármelos, y por su mirada supe que se lo había tomado como un reto.

Poco me importaba si en ese momento me veía como una golosa. Aquella noche de octubre estaba disfrutando de mi pequeño capricho azucarado en una de las ciudades más bonitas de Europa y no pensaba desperdiciarlo.

Llegamos al puente y descubrí de dónde provenía la música que había estado escuchando desde hacía un rato. Era un cuarteto de cuerda que estaba tocando en mitad de aquel monumento.

Mientras caminaba sobre él, pensaba en lo afortunada que era. Cerré los ojos un par de segundos y sentí la corriente de aire que lo atravesaba. Me dejé llevar por el fresco de la noche de Praga, la

sensación a humedad del río, el sonido de la música y el encanto de aquel puente iluminado por farolas.

—Este puente es el único del mundo que aún tiene farolas de gas. —Edrian me apartó de mis pensamientos. Me había quedado embobada mirándolas—. Suelen ser automáticas, pero en el mes de Navidad las enciende manualmente el farolero de Praga. Es una peculiaridad que a los turistas les encanta. —Se quedó mirando al cielo unos segundos—. ¿Has visto nevar alguna vez?

—No —confesé—. He visto la nieve, pero solo en dos ocasiones. El clima fue un motivo por el que quise venir a este país. Es diferente al que estoy acostumbrada.

Me encogí de hombros y provoqué una media sonrisa en su cara.

—Creo que no he visto nada más bonito en mi vida que Praga en Navidad. Cuando está todo nevado es como estar en una ciudad de cuento. —Se giró para mirarme—. Te va a encantar.

La música era cada vez más fuerte. Un grupo de gente se acercaba a una de las múltiples estatuas que había a lo largo del puente. La estaban… ¿acariciando?

—¿Por qué están pasando la mano por esa estatua? —le pregunté directamente a Edrian.

—Porque quieren volver —se limitó a contestar con una sonrisa.

—¿Qué? —Mi cara mostraba que estaba totalmente perdida.

—Esa es la escultura de San Juan Nepomuceno. —Señaló la figura que había en el margen del puente rodeada por la multitud—. Debajo de ella hay dos grabados. A la izquierda hay un caballero acariciando a un perro y representa la fidelidad. La leyenda cuenta que todo aquel que lo roce gozará de lealtad plena por parte de su pareja.

Según nos acercábamos, veía cómo el metal del grabado estaba completamente gris y sucio…, excepto el sabueso.

¡Estaba reluciente!

—En cambio, a la derecha, la placa ilustra un momento en el que están tirando a san Juan al río. —En este grabado también se apreciaba el color dorado en la superficie donde la gente lo acariciaba—. En este caso, la leyenda dice que todos los viajeros que lo toquen volverán algún día a Praga.

Por un momento, pensé en la cantidad de personas que podrían haber pasado por allí prometiéndose regresar en un futuro. Pensé en todas las promesas que aquel puente habría escuchado, en las historias que habría vivido y en la cantidad de gente que habría conversado mientras paseaba sobre aquellos adoquines.

—Pero no deja de ser una leyenda. No pueden saber si es cierto o no —comenté escéptica.

—Y, aun así, mira la cantidad de personas que esperan su turno para tocar la estatua.

La cola de turistas se hacía cada vez más larga. Sus caras reflejaban ilusión por que llegara su momento, y fue entonces cuando la pregunta se formuló en mi cabeza.

—¿Por qué crees que tendemos a creernos este tipo de cosas aun sabiendo que probablemente no se cumplan?

Edrian me miró y esbozó una media sonrisa divertida.

—¿Por qué pedimos un deseo al soplar las velas en nuestro cumpleaños o cuando vemos una estrella fugaz? ¿Por qué nos alegramos al mirar una hora espejo o creemos en la suerte de un trébol de cuatro hojas?

Esperaba pacientemente mi respuesta.

Tras unos segundos, contesté con la única respuesta que tenía. La razón por la que yo hacía todo aquello. Porque sí, yo hacía todas las cosas que Edrian acababa de nombrar.

—Supongo que las personas necesitamos creer de alguna manera que la vida no se limita solo a lo que vemos. Necesitamos ponerle ese punto extraordinario para pensar que no todo depende de nosotros, sino que hay algo más que se escapa a nuestro control. Eso hace que la vida sea un camino más emocionante, ¿no crees?

—Dicho así, parece que creemos en la magia.

Introduje las manos en los bolsillos de mi abrigo y alcé la vista al cielo.

—Y lo hacemos, pero supongo que nos da demasiado miedo admitirlo.

Cuando pasamos la estatua de San Juan volví la vista atrás.

—El día que me vaya de esta ciudad también vendré —me prometí con la mirada fija en la gente que la rodeaba.

Edrian me sonrió. Me pareció ver una sombra de tristeza en su cara, pero quizá fuera mi imaginación.

Pasamos la primera mitad del puente de largo y nos acercamos al cuarteto de cuerda que comenzó a tocar una versión de «Demons», de Imagine Dragons. Esa canción podía estar perfectamente en la lista de mis diez canciones favoritas y la emoción se reflejó en mi rostro.

Empecé a cantarla inconscientemente.

Edrian me miró sorprendido.

—¡¿No sabes cuál es?! —pregunté incrédula.

—¿Debería?

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la barandilla para ver de cerca las barquitas del río y poder apreciar la catedral de San Vito, que había visitado unos días atrás junto con Becca, y el castillo que se veía en el horizonte, cerca del barrio de Malá Strana.

Aquel paisaje era precioso.

En un intento de alejarme de la barandilla para seguir nuestro camino, retrocedí unos pasos y mi espalda chocó con el pecho de Edrian, que se había colocado justo detrás de mí. Comenzó a cantar la canción acercando su cara cada vez más a mi oído. Yo no me moví.

Una vez más, me estaba vacilando. Claro que conocía «Demons».

—¿Algún día dejarás de tomarme el pelo? —dije mirando al río.

—Posiblemente el día en que dejes de provocarme sensaciones a las que no estoy acostumbrado. Así que lo dudo mucho.

Rodeó mi cuerpo con sus brazos y apoyó las manos en el muro de piedra justo sobre las mías.

El sonido de los violines nos envolvía y Edrian comenzó a cantar suave de nuevo. Notaba la calidez de su cuerpo en mi espalda y su aliento en mi oído.

—Definitivamente, cocinar fue el único talento que Dios te dio —declaré entre risas mientras lo escuchaba cantar.

En un movimiento rápido, Edrian me soltó una mano y me agarró la otra para voltear mi cuerpo en dirección a él. Mis manos chocaron con su pecho y él me agarró de la cintura.

Se acercó para susurrarme con una voz tan seductora que no pude evitar tensar todo el cuerpo.

—Créeme, Garabatos. Tengo muchas habilidades que aún no has tenido el placer de ver. —Me estremecí ante su profunda voz y noté

en mi oreja cómo sus labios se ensanchaban en una sonrisa.

—Tienes muchas cosas pendientes por enseñarme —contesté intentando que no se percatara de lo nerviosa que estaba.

Empezó a mecernos al ritmo de los violines muy sutilmente y separó sus labios de mi oído para mirarme fijamente con sus penetrantes ojos de color ámbar.

—Si quieres, empezamos ahora. —Levantó una ceja y puso esa cara pícara que en algún momento había dejado de detestar.

—¿Cómo que ahora?

Dio unos largos pasos hacia atrás y tiró de mí con él. Me agarró de la cintura con su brazo y me tomó la mano con el otro.

En apenas un par de segundos ya estábamos en medio del puente bailando al compás del cuarteto de cuerda que estaba solo a unos metros.

—¡¿Qué haces?! —dije muerta de vergüenza mientras Edrian me llevaba.

—Enseñarte mis habilidades como bailarín —contestó muy satisfecho como si no nos estuviera observando medio puente.

—¿Cómo es que sabes bailar esto?

—¿Cómo es que eres tan curiosa? No arruines la magia del momento.

—Si llego a saber que con habilidades te referías a bailar, te aseguro que no te hubiese retado ¡Qué vergüenza!

—¿De qué habilidades pensabas que hablaba? —preguntó mirándome extrañado.

Yo me puse aún más colorada si cabía.

—Yo no sé bailar, Edrian. —Traté de evadir la pregunta.

—Pero si lo estás haciendo ahora mismo. —Señaló con los ojos nuestros pies y yo lo seguí con la mirada—. Bueno, tienes razón. En realidad, lo estoy haciendo yo todo. Tú solo te has subido al carro.

Le di un manotazo en el hombro con la mano que tenía apoyada sobre él y se rio. Preferí centrar mi atención en Edrian y no pensar en quién podría estar mirándonos.

—Solo déjate llevar. No tienes que saber bailar para disfrutar del baile. Centra tus esfuerzos en no pisarme y yo haré el resto —se burló de mí mientras me soltaba la cintura para darme una vuelta.

—¿Y tú puedes hacer el esfuerzo para dejar de ser un incordio? —contraataqué casi al borde de la risa mientras volvía al calor de su cuerpo.

—Jamás —se limitó a contestar.

Durante unos segundos, me dejé llevar por completo. No había preocupaciones. No había decisiones que tomar ni motivos para ser perfeccionista. Durante unos segundos solo estábamos Edrian y yo. Dando vueltas, riéndonos, siendo nosotros y olvidándonos por completo de lo que podría pensar la gente que nos viera.

—Eres consciente de que somos dos imbéciles que bailan solos en medio de un puente, ¿verdad? —le dije.

—¿Solos?

—¿Qué?

—Mira a tu alrededor.

Aparté la mirada de los ojos de Edrian por primera vez desde que habíamos comenzado a bailar.

Ya no éramos los únicos que se habían dejado llevar por el momento. Un padre había sacado a su hija de unos seis años en volandas, un grupo de adolescentes habían hecho parejas y se lo

estaban pasando en grande imitando los pasos de Edrian, un matrimonio joven y un par de ancianos disfrutaban de un momento precioso a paso lento…

Al menos ocho parejas estaban bailando junto a nosotros y otras tantas se encontraban mirándonos, pensando si deberían unirse.

La iniciativa de Edrian de salir a bailar había creado un ambiente increíble. Seguramente ninguna de aquellas personas lo habría hecho si no hubiese habido ya alguien bailando. Alguien que estaba generando un momento de felicidad con algo tan simple como un lugar y una melodía. Alguien a quien le importaba tan poco la opinión del resto que no dudaba en hacer lo que le hacía feliz.

Estaba segura de que todas las personas que había a nuestro alrededor recordarían esa noche como uno de los momentos más bonitos de su vida. Porque así lo haría yo.

Cuando la canción terminó, todo el mundo fue a compensar económicamente a los músicos por su maravillosa actuación, incluido Edrian.

Y en ese momento, mientras veía cómo Edrian les daba la enhorabuena a los músicos y volvía con una sonrisa de oreja a oreja, me percaté de dos cosas.

Que no somos conscientes de la cantidad de oportunidades que perdemos por ser demasiado perfeccionistas y que sentía muchas más cosas por Edrian de las que me imaginaba.

Y eso me daba un miedo terrible.

20



El camino hasta la mansión de Victoria era completamente rural. La propiedad se ubicaba a las afueras de Praga, alejada de cualquier ruido que pudiese provocar el bullicio de la ciudad.

La noche anterior Edrian me dejó en la puerta de casa sobre la medianoche y me fui directa a la cama. Me dio su número de teléfono para que le escribiera. Aún no lo había hecho.

El chófer de Victoria vino a recogerme exactamente a las nueve de la mañana, como Marc me había dicho.

Llevábamos treinta minutos de trayecto cuando llegamos a una enorme puerta negra de hierro que se abrió automáticamente para dejarnos pasar.

La zona estaba completamente rodeada por altos setos podados al milímetro. El camino lo formaban pequeñas piedras que sonaban bajo el paso de los neumáticos. La entrada estaba repleta de grandes maceteros de piedra con diferentes arbustos y plantas.

Aún quedaban unos metros para llegar a la mansión, pero ya podía ver gran parte de la lustrosa fachada. Estéticamente me

recordaba al Imperial Prague. Un estilo clásico, pero con algunas reformas medidas al dedillo para que conservase su esencia. Tenía tres plantas bien diferenciadas y una amplia escalera que daba a la entrada principal.

—Ya hemos llegado, señorita Vera.

—¡Oh! No, no, solo Vera —aclaré mientras me quitaba el cinturón.

Asintió y le di las gracias al bajar del coche.

La casa era majestuosa. Aunque usar la palabra «casa» era un insulto para aquella villa.

Comencé a subir las escaleras hacia la entrada. Marc ya estaba en la puerta aguardándome.

—Vamos. Te está esperando —se limitó a decir y entró en el vestíbulo.

Fui tras él intentando seguir sus pasos. Pasamos por un par de salones y subimos otras escaleras en dirección al piso superior. Cuanto más miraba los detalles de las salas más me parecía que esa mansión era la hermana pequeña del Imperial. Los techos eran altísimos y estaba segura de que ocupaba tres veces más de lo que se veía desde la fachada principal.

Finalmente llegamos a la puerta del despacho de Victoria.

Marc entró para anunciar que yo estaba allí.

—Que pase —ordenó ella.

Entré en la habitación y Marc me lanzó una mirada de ánimo antes de salir y cerrar la puerta.

Victoria estaba de pie junto a la ventana mirando la que debía de ser la parte trasera de la propiedad. Vestía con ropa cómoda en un tono azul grisáceo. Se había recogido el pelo rubio en una coleta repeinada y apenas llevaba maquillaje.

—¿Has pensado en mi propuesta? —dijo sin apartar la mirada del exterior.

—Sí.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

No estaba segura de si estaba nerviosa o preocupada, pero notaba a Victoria mucho menos… ¿Victoria?

—Tengo algunas dudas que me gustaría resolver antes de tomar una decisión, si no le importa.

—Pregúntame lo que quieras.

Cogí aire.

Si decía algo que no debía, podía quedarme totalmente en la calle. Ni hotel ni mansión en la que trabajar.

—No entiendo por qué se ha tomado tantas molestias en contratarme a mí —me sinceré—. La primera vez en el hotel pudo ser impulsivo, porque usted necesitaba una asistente y yo estaba ahí en ese momento, pero ahora…

—No fue impulsivo.

—¿Qué?

—Que no fue impulsivo. —Cerró los ojos mientras se frotaba la sien y me miró por primera vez desde que había entrado—. Siéntate, por favor.

Obedecí y ella se apartó de la ventana para hacer lo mismo.

—Es cierto que fue casualidad que estuvieras en la habitación en ese preciso instante, pero, ¡por favor!, ¿crees que tengo pinta de dejar a mi hija o a mi madre en manos de cualquiera? —me preguntó perpleja entrelazando las manos sobre el escritorio—. Mira, Vera. Podría tener a la persona más cualificada de este país

cuidando de mi familia si quisiera. De hecho, ya han venido durante estos días varias candidatas que había elegido para tu puesto.

—¿Y por qué no se lo has dado a ellas? —Me di cuenta de que había dejado de hablarle de usted, pero me estaba molestando ese aire de superioridad.

—¡Porque mi hija no quiere a nadie que no seas tú! —me gritó.

Se pasó las manos por la cara y, al ver mi expresión de asombro, se disculpó.

—Perdona. —Era la primera vez que la veía disculparse—. Sandra siempre ha sido una niña muy complicada para las relaciones sociales. No conseguimos que se adapte a ninguna empleada… ni tampoco a los profesores. Parece insegura y desconfiada todo el tiempo. No tiene prácticamente amigas en el colegio. Ya no sé qué hacer.

Esa fue la primera vez que no vi a Victoria como una empresaria de éxito. Frente a mí, solo tenía a una madre preocupada por su hija.

—Pero Sandra habla por los codos, se ríe, es ocurrente y tiene una energía tremenda —recalqué.

Durante la conversación, pensé en que no podíamos estar hablando de la misma niña. Todo lo que yo había conocido de ella era alegría y diversión.

También es cierto que no había tenido la oportunidad de verla hablar con otras personas aparte de su abuela o su madre, pero me costaba procesar que pudiese haber una versión tímida y apagada de ese torbellino.

—Precisamente por eso te elegí a ti. —Ya recuperaba su tono habitual, más firme—. Porque cuando la vi hablando contigo, y te

abrazó sin conocerte de nada, supe que, por alguna extraña razón que no llego a entender, había conectado contigo. Y así ha sido. —Se levantó para acercarse a la ventana de nuevo y habló con su habitual tono firme y frío—. Durante estas semanas que ha estado a tu cuidado en el hotel, la he sentido mucho más receptiva; mucho más feliz. Sus profesoras han notado cambios en su actitud… Hasta que volvimos a casa. Yo me voy en dos días a Estados Unidos por negocios y no puedo dejarla así. —Sacó un papel del cajón de su escritorio y me lo puso encima de la mesa junto con un bolígrafo—. Ese es tu nuevo contrato. Puedes leerlo y añadir las condiciones que quieras. En él queda constancia de que podrás volver a tu anterior puesto de recepcionista cuando te plazca. —Hizo una pausa. En ese momento, cogí el contrato para leerlo por encima. Me paré en una cláusula con un hueco en blanco y, cuando entendí lo que significaba, la miré—. Di una cantidad y ese será tu sueldo. No pondré ninguna pega. Empiezas el lunes.

Victoria solía controlarlo todo. Al estar en el peldaño más alto de la pirámide social, no acostumbraba a rogar ni pedir nada.

Estaba dispuesta a cualquier cosa para que su hija fuese feliz. Ahora, aunque tratase de ocultarlo, se encontraba indefensa y vulnerable y recurría a lo único que conocía, el dinero.

La miré durante unos segundos. Estaba apoyada en la pared, cruzada de brazos, y se daba toquecitos con los dedos en su propia piel. Estaba nerviosa por si rechazaba la oferta.

Escribí la cantidad que quería, firmé el contrato y se lo entregué. Se quedó observándolo y me lo devolvió.

—Te falta un cero.

—No me falta ningún cero. Esa es la cantidad que quiero —confirmé con seguridad.

Ella frunció el ceño.

—Pero si esto no es ni el doble de lo que cobrabas en el hotel como becaria.

Se me escapó una sonrisa de incredulidad.

—Si he aceptado es porque quiero ayudar a su hija y haré todo lo posible para que esté bien. No por una suma de dinero surrealista. Hay cosas que no se pueden comprar —le aclaré en el tono más calmado que pude.

No contestó. Su expresión se había vuelto seria e impenetrable.

Era la primera vez que no me hacía pequeña delante de ella y sabía que, aunque no lo mostrara, mi respuesta le había sorprendido.

—Empiezo el lunes por la tarde cuando Sandra vuelva del colegio —dije mientras me levantaba de la silla para irme. Antes de salir por la puerta, me pidió una última cosa.

—¿Puedes…, puedes ir a verla? Está en el jardín con mi madre.



—¡Abuela, que esas no son iguales! —escuché gritar a Sandra en el exterior.

Me las encontré sentadas en un banco del patio trasero, bajo el famoso arco de flores del que tanto me habían hablado. Estaban jugando a hacer parejas con una baraja para niños.

—¿Cómo que no? Si las dos son azules —contestó Agatha fingiendo indignación.

La niña se rio estridentemente.

—Mira, abuela. Este es un burro y este, un conejo.

Agatha alejó la carta y se bajó las gafas a la punta de la nariz para verlo mejor.

—¡Tienes toda la razón! —admitió y tosió un par de veces.

Me acerqué a ellas muy sigilosa, por un camino de piedra, para no interrumpir su actividad, pero pocas cosas había en esta vida de las que Sandra no se diese cuenta. Estaba en todo.

—¡Vera! —Se levantó de un salto del banco y corrió hacia mí.

Me puse a su altura y se abalanzó a mi cuello.

—Hola, bonita —dije acariciándole la espalda.

La niña estaba eufórica de verme de nuevo y el corazón se me agrandó unos milímetros. Me odié por pensar que se habían marchado del hotel sin avisarme, porque yo no les importaba.

Se apartó con cara de extrañeza.

—¿Qué haces en mi casa? —preguntó con inocencia.

Agatha me sonreía desde el banco donde permanecía sentada.

—Pues parece que voy a quedarme cuidando de vosotras durante un tiempo —anuncié devolviéndole la sonrisa.

—¡¿De verdad?! —se sorprendió abriendo los ojos como platos.

Giró la cabeza en dirección a su abuela como si no se creyera lo que yo estaba diciendo y necesitase una segunda confirmación. Ella asintió.

—¡Bieeen! —exclamó brincando.

—¿Puedo jugar yo también? —pregunté acercándome a ellas.

Mientras Sandra me explicaba el juego, Agatha observaba con ternura la alegría de su nieta. Me dirigió la mirada y asintió muy ligeramente con la cabeza. Por un momento, nos comunicamos sin necesidad de palabras.

«Me alegro de que estés aquí».
«Yo también».

21



Después de un par de partidas, me despedí y un chófer me acercó a casa sobre la hora de comer.

Esa tarde la pasé dibujando.

El lunes a primera hora se llevaría a cabo la primera convocatoria del concurso y esa misma tarde empezaría con el trabajo en la mansión. Quedaban solamente dos días y no sabía lo que me iba a encontrar, pero ya había tomado la decisión de ir. Después de eso, ya vería si seguía participando o abandonaba, pero no podía renunciar a esa oportunidad.

Aún seguía dándole vueltas a la incógnita de quién habría presentado por mí mis dibujos.

Terminé el boceto y empecé con el sombreado. Estaba deseando hacer alguna obra de un tamaño superior a un A3, pero mi habitación era demasiado pequeña para meter un lienzo y pintar con óleo. Eso dificultaba las cosas.

Ese día me centré en el sentimiento que llevaba teniendo durante semanas. La sensación que me producía pensar que estaba en una

sala llena de personas merecedoras de estar allí. Todas ellas menos yo.

Dibujé con ayuda de un espejo un rostro que conocía muy bien saliendo de agua oscura. Tenía el pelo sumergido en ella y a su alrededor acechaban diferentes rostros de semblante serio reflejados en el agua, pero sin llegar a tocarla.

Quedaba muy lejos de ser un dibujo tétrico, pero, cuando lo vi terminado, me di cuenta de que lo había hecho bien, porque solo con mirarlo me producía exactamente la sensación que reflejaba: inseguridad.



El día anterior a la convocatoria lo pasé con Becca y Sophie. Fuimos en bus a visitar un pueblecito cerca de Praga.

Ya le había contado a Kaleb por teléfono el acuerdo al que había llegado con Victoria y no daba crédito, aunque se alegraba mucho por mí. Me había deseado suerte y ánimos para el concurso. Al día siguiente, nos veríamos en el hotel y tendríamos más tiempo para hablar.

Por otra parte, aún no le había dicho a Edrian la decisión que había tomado. No dejaba de pensar en la noche del puente y tenía muchas ganas de verle, pero necesitaba ubicar demasiadas partes de mi vida antes de meterlo en la ecuación. Ahora trabajaría para Victoria y no era buena idea iniciar una relación sentimental con uno de mis compañeros. Quizá tendría que habérselo comentado a ella antes de firmar aquel documento, pero me negaba a que controlase un ápice más de mi vida. Era una decisión que yo tomaría.

Saqué esos pensamientos de mi cabeza.

«Una cosa detrás de otra —me dije—. Primero el concurso y después gestionaré lo demás».

Sophie tuvo la idea de hacer turismo por las ciudades cercanas a la capital. Hicimos una lista de todos los sitios que queríamos visitar y nos comprometimos a emprender al menos un viaje exprés al mes.

El primer destino fue Karlovy Vary.

—Es la ciudad con más baños termales por metro cuadrado del mundo —nos informó Sophie leyendo lo que ponía en internet.

—Llevamos ya un rato andando —comenté cansada—. ¿Por qué no nos tomamos algo calentito?

—Opino que me encanta ese plan —dijo Becca frotándose las manos.

—Hay un café muy famoso cerca del río, a cinco minutos. —Sophie había tardado solo unos segundos en encontrarlo.

—Vamos, que se me van a caer las manos del frío —insistió Becca.

Tras unos minutos caminando, no pude evitar soltar una exclamación al llegar al río.

Los edificios de diferentes colores y alturas se alineaban a ambos lados del agua. Tras ellos, había colinas verdes cubiertas de árboles. Daba la sensación de estar en una cuna en medio de la naturaleza.

Algunas casas y edificios se encontraban en la ladera de las colinas y le daban a la ciudad un aspecto aún más rural. Sin duda, era una de las imágenes más bonitas que había visto en toda mi vida. Tomé un par de fotos como inspiración.

Entramos en la cafetería que se encontraba en el paseo que bordeaba al río. Pedimos un bizcocho de plátano para compartir, dos

capuchinos y un vaso de leche caliente para Becca. Ella nunca tomaba café.

—¿Qué tal con el tío de la galería de arte? —le pregunté mientras le daba un sorbo a mi café.

—Tía, me salió rana —contestó ella sin tristeza—. Fui hace tres días a darle una sorpresa a su estudio y lo pillé dándose el lote con una compañera de las clases de teatro que yo misma le había presentado.

—¡¿Que encima era amiga tuya?! —Sophie se mostró incrédula por la situación.

Becca asintió con los ojos bien abiertos.

—Tengo un ojo para los tíos… —comentó con ironía—. Luego dicen que nosotras somos las complicadas, pero las parejas más normales que he tenido han sido siempre chicas. Los hombres siempre te la pegan por algún lado.

—A ver, no todos son iguales… —solté yo.

—¡Mírala! Como se ha enamorado, me la han trastornado —se burló Becca—. ¡Vera, vuelve, por favor!

Me cogió por el hombro y me agitó el cuerpo.

—No estoy enamorada —me defendí entre risas.

—Más te vale —me dijo Sophie—. Porque al cocinitas le faltan muchas vueltas a la luna para merecerte un poco.

—Y ¿tú qué? —contraataqué—. ¿No tienes ningún enfermero yogurín en el hospital?

Sophie me miró como si la estuviera vacilando.

—El más joven del hospital tiene cuarenta años, Vera. Si quisiera un *sugar daddy* estarían genial, pero, si lo que busco es un novio, voy a tener que salir un poco más de fiesta y socializar.

—¡Bingo! —gritó Becca y se dirigió a Sophie—. El finde que viene salimos. Vera lleva aquí más de un mes y seguro que no sabe que la discoteca más grande de Europa está en Praga, y la culpa es toda nuestra. Además, tú hace meses que no sales.

—Me apunto —dije mirando a Sophie mientras ella ponía los ojos en blanco.

—Está bien. No voy a ser yo siempre la aguafiestas. La semana que viene salimos.

—¡Esto se merece otro bizcocho de plátano!

Nos comimos en cuestión de minutos el trozo que nos habían servido mientras cotorreábamos. Becca pidió otra porción.

Minutos más tarde, empezó a llover y tuvimos que volver a casa antes de la hora prevista.

Nos acoplamos en la última fila del autobús, porque iba prácticamente vacío, y cogimos los cinco asientos para las tres. Yo me senté en medio y mis amigas estiraron las piernas y se acurrucaron en mi regazo usando los abrigos como almohadas mientras les acariciaba el pelo. En cuestión de minutos, ambas se quedaron dormidas.

Sophie y Becca eran como el día y la noche. No podían ser más diferentes y a la vez me daba la sensación de que precisamente eso era lo que les hacía ser grandes amigas.

Eso me llevó a plantearme hasta qué punto las diferencias nos unen o nos separan del resto de las personas. Yo nunca había terminado de encajar en ningún grupo de amigas y era porque me sentía muy diferente. Cuando estaba claro que no me parecía a ellas, simplemente me apartaban o me iba. Cuando no eres

bienvenida en un lugar, lo notas, y con los años había aprendido a valorar más mi dignidad y mi orgullo que cualquier otra cosa.

En ese bus, mientras Becca y Sophie dormían, descubrí que con ellas no me sentía así, porque no se juzgaban. Ninguna me había hablado mal de la otra, y eso decía mucho de su forma de querer. Se entendían, habían aprendido a complementarse y a aceptarse tal y como eran. Eso me dio seguridad. Con ellas no tenía que fingir ser otra persona.

Por primera vez sentí que no tenía que cambiar mi pieza del puzle, porque la iban a abrazar exactamente como era y que, si había que adaptarse, lo haríamos juntas.



Al llegar a casa decidí escribir un mensaje a Edrian.

En el bus había tenido tiempo de reflexionar. Estaba claro que sentía cosas cada vez mayores por él y eso me asustaba. Desconocía si iba a ser capaz de lidiar con distracciones, además de todos los cambios que estaba sufriendo, y por experiencia sabía que los chicos como él no solían durar mucho con chicas como yo.

Acababa de salir de una ruptura bastante dolorosa y no soportaría una decepción más. Por esta vez le haría más caso a la cabeza y menos al corazón.

Hola, Edrian. Soy Vera

Hola, Garabatos ☺

Lo odié por conseguir sacarme una sonrisa incluso cuando tenía las cosas decididas. Me invadió el sentimiento de estar renunciando

a algo que podía hacerme feliz y, con él, una profunda tristeza.

He aceptado la oferta de Victoria, pero creo que tenemos que hablar para aclarar algunas cosas… Trabajamos en la misma casa y, por encima de todo, necesito centrarme en mi trabajo y mi futuro.
Además, dudo que a Victoria le haga mucha gracia esta situación

Eso qué significa?

Significa que tengo que poner en orden demasiadas cosas. No puedo perder este trabajo

Puedo hablar con ella…

No lo entiendes. Victoria es lo de menos. Mi vida está más inestable que nunca y lo último que necesito es cargar con un peso más

Pasaron unos minutos en los que no recibí ningún mensaje. Supe que no tendría que haber dicho eso último, pero el nudo de mi garganta iba en aumento y sufría una presión en el pecho que jamás había tenido.

Finalmente, contestó:

Está bien, Vera. No te molestaré más.
Mucha suerte mañana

Seguro que no entendió aquel cambio repentino de actitud. Ni yo misma sabía si era la decisión correcta, pero, como decía papá, a

veces lo que queremos no es siempre lo que debemos hacer.

Esperaba no estar equivocándome, porque ahora solo podía concentrarme en una cosa: el concurso.

22



A mi madre jamás le había presentado a una chica. Básicamente, porque había estado tan centrado en conseguir mi objetivo que no contaba con espacio para nada más. Claro que me había acostado con mujeres, pero todas mis relaciones, si se podían llamar así, no habían durado más de tres semanas. No terminaba de encontrar en ellas ese algo que creía deberían tener. Llegué a pensar que me acabaría quedando solo por aspirar a estándares demasiado altos y por ser tan perfeccionista. Hasta que apareció ella.

Si alguien me hubiese preguntado por mis sensaciones de la noche que paseamos por el puente de Carlos, jamás admitiría que no recordaba la última vez que alguien se había metido bajo mi piel de esa manera. Tampoco hablaría de la sensación que me producía su contacto ni del nudo que se formó en mi estómago cuando la saqué a bailar. Me ahorraría todas las veces en las que se me pasó por la cabeza besarla y, sin ninguna duda, no confesaría que, para mí, la imagen de Praga era mucho más bonita con Vera en ella.

Si alguien me hubiese preguntado por aquella noche, habría dicho que reímos, disfrutamos de nuestra mutua compañía y, con total certeza, que aquello supondría el comienzo de algo más. Eso pensaba hasta que un par de días más tarde recibí su mensaje.

No insistí demasiado, aunque no voy a negar que no me lo esperaba. Puede que, a pesar de las sensaciones que yo había tenido, no fuesen mutuas.

Por primera vez, me daban calabazas.

Esa noche me había sincerado con ella sobre partes de mi vida que no solía compartir. Había tardado años en superar el tema de mi padre. No me gustaba recordar las noches en las que él llegaba a casa hasta las cejas de alcohol o cuando desaparecía por días. Cuando lo recordaba, rememoraba también la expresión de dolor y vergüenza de mi madre.

Mi madre era una de las personas que yo más amaba en el mundo y no podía verla sufrir.

Yo quería que él cambiara a toda costa, pero, en lugar de mejorar por nosotros, se fue de nuestro lado cuando lo perdió todo. Nos dejó en la ruina sin remordimientos.

Sin embargo, me alegré de su huida. Con los años he aprendido a no sentirme culpable por ese sentimiento de alivio. En la actualidad, no sé nada de él, no podría decir dónde está mi padre ni qué está haciendo o si por algún casual sigue vivo, pero me importa bastante poco.

«Lo último que necesito es cargar con un peso más».

Esas palabras se me habían clavado tan profundamente que escocían. Sé que no había sido su intención, pero esa sensación me atormentaba desde hacía tiempo.

Mi madre lo había dado todo por mí, se había dejado la piel echando horas extras para que yo pudiera estar ahí. No podía devolverle los años perdidos, pero me esforzaba cada día para que tuviese una vida mejor y, aunque ella insistía en que no era necesario, todos los meses le hacía una transferencia para pagar al menos los gastos fijos de la casa y la comida.

Lo último que yo pretendía era ser una carga para alguien más. No traté de convencerla ni de insistir, no porque me diese miedo arrastrarme —para las cosas que me importaban, no existía el orgullo—, pero ella parecía tenerlo bastante claro, y cada uno es mayorcito para tomar sus decisiones.

El hecho de saber eso no suavizó el golpe.



Mi trabajo en el Imperial Prague concluía ese día.

Ya podía dedicarme íntegramente a elaborar las comidas de la mansión y a la reforma del restaurante.

Annie, la nueva chef, era un desastre, aún no podía dejarla completamente sola, pero al menos ya solo iba un par de veces a la semana para instruirla. De la noche a la mañana se había vuelto mucho más amable y simpática, aunque no dejaba de tener esa aura de estirada que se percibía a kilómetros.

El hotel tenía una antigua cocina en la planta más baja y, por la seguridad de todos, optamos por tener las clases allí.

—No pienso tocar eso. ¡Qué asco! —soltó Annie.

¿Cómo era posible que quisiese ser chef si le daban asco la mitad de los productos?

Sostenía un pulpo de varios kilos en alto mientras yo trataba de enseñarle a limpiarlo.

—El pulpo al horno es uno de nuestros entrantes principales. Tienes que aprender a limpiarlo para cocinarlo.

—Pero ¡para eso están los otros cocineros y los pinches…! ¿No? No entiendo por qué tengo que aprender a hacer el trabajo sucio siendo la jefa de la cocina.

Puede que no fuese el mejor profesor, pero con ella me estaba sacando un máster en paciencia.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—A ver, Annie. Un chef tiene que saber hacer desde el trabajo más básico hasta el más complejo. No puedes dirigir una cocina si no sabes todo eso. No sé cuántas veces te lo he dicho ya, pero tus subordinados no son tus esclavos, son tus compañeros, y te puedo asegurar que te va a tocar más veces de las que crees hacer un trabajo tan simple como picar una cebolla. —Por cierto, su técnica de corte era pésima.

Se quejó, pero al final accedió. Confesaré que disfruté al verla dar arcadas mientras lo limpiaba.

Ese día era la convocatoria del concurso de Bellas Artes. Todo el hotel estaba revolucionado. No sabía si Vera había decidido asistir finalmente, pero ese ya no era mi problema.

Al terminar, me cambié en una de las salas habilitadas para el personal y bajé las escaleras en dirección al vestíbulo para dirigirme a la mansión.

Entonces, me crucé con ella.

Iba acompañada de un chico rubio en dirección al salón de actos. Por un momento, pensé en decir algo que la incomodase, aunque realmente solo quería desearle suerte. Decidí que el silencio era la mejor opción en ese momento. La ignoré y seguí mi camino.

En cuanto entré en el coche, empezó a llover.

Una vez en la mansión, encontré a Sandra en la cocina. Estaba esperándome para que le preparase la merienda.

—¿Has hecho ya los deberes?

—Sí —contestó sonriente mientras se ajustaba la diadema.

—¿Segura? Luego no quiero que tu madre me eche un rapapolvo porque te he dado la merienda sin que hayas terminado tus tareas.

—Es verdad. ¡Lo prometo!

Sonreí satisfecho.

Conocía a Sandra desde que nació. Era una niña muy dulce con las personas de su entorno. A veces un poco traviesa, como cualquier niño de su edad, pero si había algo que destacar de ella es que, cuando prometía algo, lo cumplía.

Le preparé un bocadillo con atún, queso y huevo cocido. Mientras se lo comía y yo empezaba a preparar la cena, le pregunté con curiosidad:

—¿Qué tal en el nuevo cole?

Hacía un par de semanas que su madre la había cambiado de colegio por un incidente con otros niños. El simple hecho de recordarlo hizo que la rabia y la impotencia me inundaran.

Noté cómo ella se tensaba enseguida.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Sí. Hay una niña en mi clase que me cae bien. Se llama Mery.

—¡Vaya! Me alegro mucho.

—En poco tiempo es su cumple. Ha dicho que me iba a invitar —sonrió ilusionada.

Noté cómo se me hinchaba el corazón en el pecho. No había sido fácil para ella adaptarse a tanto cambio.

—La abuela dice que la tenemos que invitar a jugar un día a casa.

—Me parece muy bien —respondí—. Ya sabes a quién le tienes que preguntar.

Victoria pasaba demasiado tiempo de viaje y en el despacho. Nadie se atrevía a decirle nada respecto a eso, pero Sandra notaba su ausencia constantemente.

Cuando se terminó el bocadillo, se dirigió a su habitación sin decir nada más. Yo dejé la olla con la cena lista y volví al coche para visitar la reforma del que sería mi primer restaurante en propiedad.

23



«Impostora».

Esa era la palabra que se repetía una y otra vez en mi mente mientras me dirigía a la recepción del hotel para saludar a Kaleb tratando de ignorar las posibles miradas del resto de los participantes.

Por cómo mi compañero observaba al grupo de concursantes más cercano a las escaleras, supe perfectamente que las estaba analizando de arriba abajo. Ropa, maquillaje y pelo, en ese orden.

—Creo que voy a vomitar —susurré en voz baja apoyándome en el mostrador.

—No me extraña —respondió él—. Yo también tengo el estómago revuelto después de ver cómo ha combinado ese bolso con esos zapatos.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

Kaleb era la persona más positiva y cotilla que había conocido jamás, pero siempre conseguía sacarme una sonrisa. Y eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

La chica de la que hablaba iba muy maquillada con su pelo moreno recogido en una coleta alta con mechones violetas. Se había dejado uno de ellos como flequillo. Llevaba puesto un vestido negro corto de tirantes, unas botas gruesas de color rosa con plataforma y un bolso amarillo fosforito.

No tenía dudas de que todo era de buenas marcas, y no precisamente económicas.

La mayoría de ellos tenía estilos muy peculiares y extravagantes —y caros—, pero era de esperar. El certamen lo promovía la escuela de Bellas Artes de Praga, una de las academias de arte más prestigiosas de Europa. Era una escuela privada y, a excepción de los pocos que conseguían una beca, la matrícula, para cualquier persona con una economía normal, era imposible pagarla.

El concurso estaba abierto a todo el mundo, pero muy poca gente se atrevía a competir con la precisión técnica que tenían sus alumnos.

A medida que me surgían estos pensamientos, la sensación de farsa iba en aumento.

Kaleb se apoyó en el mostrador para acercarse aún más a mí.

—Relájate, chica. —Echó un vistazo general al resto de los participantes—. No tienes de qué preocuparte.

Aún no sabía por qué razón había aceptado ir a la convocatoria. Por Dios, ¡ni siquiera me había inscrito yo!

El dolor de estómago aumentó.

—Esta gente podría replicar un Monet con los ojos cerrados. Llevan preparándose para esto desde que empezaron a andar. Son máquinas de pintar. —Resoplé mientras sacaba el móvil y dejaba el

bolso detrás del mostrador—. Guárdame esto, por favor. Cuando termine, vengo a recogerlo, ¿vale?

—Como si esta no fuera tu casa. —Cogió el bolso y entró en la salita de personal para colocarlo en mi armario.

Se me hacía raro estar al otro lado del mostrador y sin uniforme. Daba gracias por no haber tenido que ir vestida de recepcionista. Era lo último que necesitaba.

Cuando Kaleb volvió, me cogió la mano y me habló sin filtros.

—Puede que esta gente te haga un *Mané* con los ojos cerrados —dijo casi enfadado—. Puede que sus bolsos valgan más de lo que tú vas a ganar en seis meses. Puede —sugirió en tono burlón— que vayan diez pasos por delante en moda y que tengan una capacidad para el estilismo que desconocemos. —Soltamos una carcajada a la vez—. Pero tú no eres menos que ellos por no tener nada de eso. Que estés aquí y que te hayan pasado tantas cosas desde que llegaste no es por casualidad. La vida te está dando una oportunidad. Te está diciendo a gritos cuál es el camino que tienes que seguir.

Le sonreí mientras le apretaba la mano.

—No te merezco —le dije.

—Ya lo sé. —Hizo un gesto que solo haría la persona más vanidosa del mundo.

Los dos nos echamos a reír.

—Por favor, vayan pasando al salón. En cinco minutos dará comienzo la asamblea —anunció uno de los organizadores que iba recorriendo el vestíbulo entre los distintos grupos de artistas.

—Me tengo que ir —le comuniqué a mi amigo.

—Suerte —me susurró mientras cruzaba el dedo índice y corazón de la mano.

Kaleb, además de tener una belleza exótica, era una de esas personas que alumbran a los demás. Era una persona faro. Yo, por el contrario, me consideraba bastante del montón. Nunca había tenido demasiados complejos, pero estaba lejos de considerarme destacable.

Al subir a la primera planta, uno de los artistas me golpeó con el codo.

—¡Ay!, perdón —exclamé a pesar de que sabía que no había sido mi culpa.

—¡Mira por dónde vas! —respondió el chico sin volver la mirada.

Si todos eran así de prepotentes y de maleducados, no iba a aguantar ni medio segundo en la competición.

—Ni caso —dijo una voz a mi espalda—. Sabe que es tu primer año e intenta intimidarte.

Así que lo sabían.

Me giré y vi a un chico rubio que subía las escaleras hasta alcanzar mi nivel.

—Thomas siempre ha sido un poco arrogante, y cuando trata de quitar a gente de en medio es un capullo integral.

Se pasó una mano por el cabello para retirarse dos mechones de la cara.

¿Cómo habían descubierto que era mi primera vez? ¿Sabían que no tenía estudios y por eso me consideraban fácil de eliminar?

Como si me hubiese estado leyendo la mente empezó a responderme.

—Aquí nos conocemos todos —confesó—. La mayoría somos estudiantes de la escuela que organiza el concurso y no es la primera vez que participamos. El resto de los concursantes viene de otras escuelas prestigiosas de arte en Europa. No hay mucha gente que pase la fase de selección y que nosotros no hayamos visto antes. —Bajó un poco el tono de la voz—. De hecho, es la primera vez que pasa en los tres años que llevo participando.

Cada vez me encontraba peor.

—Bueno, para todo hay una primera vez —dije intentando aparentar una seguridad que no tenía.

—Que no te intimiden. Piensa que juegas con la ventaja de que no saben nada de tu estilo ni de tu técnica.

¿Yo tenía un estilo y una técnica?

—Están acostumbrados a jugar en casa y conociendo de antemano a sus rivales. Tú eres un misterio en esta edición.

Me caía bien. Puede que no todos fueran igual de estirados. Puede que aguantase más de medio segundo en esto.

—Me llamo Vera —dije tendiéndole la mano.

—Elías. —Me la estrechó—. Encantado de conocerte, Vera. Serás una digna rival.

—No tengo dudas de que tú también —sonreí.

Justo en ese momento lo vi bajando las escaleras. Tenía una expresión impasible y un aspecto impecable.

Edrian se limitó a echarnos una mirada —que no sabría descifrar — y continuó su camino hacia el vestíbulo sin decir absolutamente nada.

Era mejor así.

Estaba segura de que su enfado conmigo le habría llevado a decir algo como «vaya…, de plebeya a noble por un día» o «¿dónde te has dejado el uniforme?». Y, francamente, no estaba para aguantar sus vaciles y mucho menos quería que esta gente se enterara de que trabajaba allí.

Aún teníamos una conversación pendiente, pero ahora mismo no estaba para hablar de eso. Así que definitivamente era mejor que pasase de mí.

—¡Elías!

Una chica nos gritó desde la puerta del salón mientras hacía un gesto con la mano para que me acercara.

—¿Te apetece sentarte con nosotros?

—Claro —acepté aliviada pensando que no tendría que pasar por todo aquello sola.



Mientras la organizadora hablaba, yo analizaba cada palabra para no perder detalle.

—¡Bienvenidos a la decimoquinta edición del concurso anual de la Escuela Nacional de Bellas Artes! —comenzó diciendo con una sonrisa radiante y a mi parecer un poco exagerada—. ¡Qué emoción! Los cuarenta y ocho artistas que os encontráis en esta sala habéis sido seleccionados de entre los más de mil aspirantes que se han presentado. Os doy mi más sincera enhorabuena.

Toda la sala aplaudió.

Por un momento miré al resto de los concursantes y pensé que alguno podría estar en la misma situación que yo, pero no detecté expresiones de inseguridad. Lo único que había en aquel salón era

un grupo de artistas muy emocionados por haber pasado la criba y otros tantos con una actitud tan narcisista que hasta me pareció verlos bostezar.

Ellos estaban muy lejos de mi nerviosismo e inseguridad.

Definitivamente, estaba sola en esto.

—Mi nombre es Evelyn Blanc y, aunque la mayoría ya me conocéis, soy la directora de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

El estómago se me revolvió aún más.

Aquella mujer tenía el pelo plateado recogido en un moño y era bastante alta. Llevaba un traje de dos piezas en color lavanda y por su sonrisa congelada parecía que la apuntaban con una pistola para que no dejara de hacerlo. Tenía que dolerle la cara.

—Sentimos tanto secretismo, pero hasta el día de hoy no hemos querido desvelar más información de la necesaria —dijo con una emoción que no toda la sala compartía—. La temática de esta edición es muy especial para nosotros y así hemos querido que quede reflejado. Ahora mismo saldréis de dudas y podréis comenzar a trabajar en la primera fase.

Se acabó. Era demasiada presión.

Desde que había entrado por la puerta del hotel, cada poro de mi cuerpo me decía que ese no era mi lugar, que debía salir de allí antes de que me comieran.

Estaba a punto de irme cuando la señora Blanc anunció la temática principal y mi cuerpo se paralizó por un momento.

—Este año hemos querido subir la dificultad y es la primera vez que en este concurso escogemos un tema completamente intangible. —Tras unos segundos de silencio y de tensión en la sala

lo desveló—: Hemos llamado a esta edición «Ecos del alma». —Se oyeron murmullos a la vez que aplausos.

Al oír sus palabras, noté cómo mi mente se imaginaba distintas obras y composiciones. Por un segundo, me imaginé intentándolo de verdad.

Pero eso fue, un segundo.

Me levanté dispuesta a salir de allí de la manera más sigilosa posible, pero, aunque mis pies se alejaban muy despacio hacia la salida, mi mente seguía escuchando las palabras de la señora Blanc a mi espalda.

—Este año indagaréis en las profundidades del alma humana, de sus sentimientos y expresiones. ¿No os parece maravilloso? —continuó con su exagerada sonrisa—. Habrá tres fases eliminatorias, de modo que, si vuestra obra no queda seleccionada, estaréis fuera del concurso. Además, en cada etapa os proporcionaremos un tema relacionado con esta categoría que hemos seleccionado, y las obras tendrán que cumplir unos requisitos concretos. Cambiarán según avance el concurso y, por tanto, serán diferentes en cada fase.

Dudaba que hubiera otra temática en la que me desenvolviese mejor. Todas mis obras llevaban un trasfondo de sentimientos. Era algo que siempre me había dado que pensar.

Aunque no creía mucho en las señales del universo, de alguna manera sentía que esta era una. Todo a mi alrededor me sugería que debía intentarlo. Lo único que me frenaba era precisamente aquello que podía hacerme ganar: mi seguridad.

Permanecí de pie delante de la puerta de salida.

Recordé brevemente cómo a los doce años perdí el primer puesto en un concurso de pintura del instituto. Me había esforzado tanto y

estaba tan segura de que iba a ganar que, cuando me llegó la noticia, me llevé la mayor decepción de mi vida y lloré toda esa tarde.

Mis padres pensaban que yo no los escuchaba, pero al llegar a casa comentaron que el niño que había ganado era un enchufado, porque, si se comparaban los dibujos y se ponían uno al lado del otro, estaba claro que el mío le daba mil vueltas. Siendo sincera, yo también lo creía. Podía ser pequeña, pero no tonta. Después se supo que el padre de Pablo, el niño que había ganado, era el novio de una de las señoras del equipo de dirección y del jurado.

Aquel fue el primer momento en el que fui consciente de que la vida no era justa, ni mucho menos fácil. Decidí no enseñar al resto del mundo lo que hacía, no volví a competir y ya no pensé más en que algún día podría llegar lejos en el mundo del arte.

Aparqué mi sueño.

Trabajaba para mí y en silencio, pero nunca para los demás.

Ese recuerdo fugaz me hizo quedarme a unos centímetros de la puerta. Tal vez, esta era la oportunidad de corregir aquella decisión pasada.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Ahí y en ese momento podía escoger ese camino que había rechazado tantas veces o, al menos, asomarme a ver qué podía pasar.

Volví muy discretamente a mi asiento junto a Elías. Estaba tan concentrado en lo que decía la directora que ni siquiera se había dado cuenta de mi breve ausencia. En cambio, una de las participantes que se ubicaba un par de filas por delante se giró para ver cómo regresaba a mi asiento. Esbozó una media sonrisa y volvió

a cotillear con la chica a la que Kaleb había criticado en el vestíbulo y que estaba sentada a su lado.

Por el rabillo del ojo vi cómo ambas proyectaban su atención en mi dirección apenas dos segundos.

Hice como si no las hubiese visto. Mantuve la mirada al frente y seguí escuchando a la mujer de sonrisa interminable que ya me estaba dando escalofríos.

—En unos minutos, tendréis en vuestras manos unos sobres con todo lo necesario para la primera fase. Ya os adelanto que tendréis dos semanas para presentar la primera obra. Solo cuando la primera fase haya terminado, se os dará a los seleccionados la información de la segunda. —Toda la sala se llenó de murmullos. Eso me hizo pensar que no se esperaban nada de todo aquello—. Y ahora os dejo con nuestra anfitriona y la presidenta del grupo que apuesta por vuestro futuro como artistas. Os deseo toda la suerte del mundo.

La señora Blanc bajó de la tarima entre aplausos de los alumnos y organizadores.

En su lugar, subió Victoria.

Me imaginaba que podía aparecer por allí. Al fin y al cabo, era su hotel y la que ponía todo el dinero. No me preocupaba demasiado que me viese porque en mi tiempo libre podía hacer lo que quisiera.

Volvía a ser la Victoria de siempre. Ya no había ni una grieta en ella de la vulnerabilidad que había visto unos días atrás.

—Buenos días, artistas —pronunció con aires de grandeza—. No voy a andarme con rodeos. El premio para el ganador del concurso será un cheque del grupo Petrov por valor de treinta mil euros y la oportunidad de exponer una de sus obras en el Louvre durante un mes.

Me quedé helada. Hasta ese momento ni me había planteado siquiera cuál podía ser la recompensa. Si ganaba, iba a poder cumplir un sueño que ni siquiera había imaginado.

—Recordad que os jugáis mucho en este concurso. —Fue entonces cuando su mirada se fijó en mí de una manera muy fugaz —. No lo desperdiciéis.

Era muy probable que después viniese a pedirme explicaciones sobre mi presencia allí. Rápidamente apartó la mirada y concluyó su breve intervención con una información crucial.

—Bajo vuestros asientos tenéis los sobres que la señora Blanc ha mencionado antes. En su interior encontraréis todo lo que necesitáis saber de cara a esta primera fase. Os pedimos que los abráis pacientemente en vuestra casa y, si os surge alguna duda, podéis escribir un correo al comité de organización de la escuela. —Tiró de su blazer hacia abajo para ajustarla y concluyó—: El grupo Petrov ha incentivado y apoyado siempre al talento artístico y esperamos mucho de vosotros. Os deseo mucha suerte a todos.

Bajó de la tarima y se dirigió a la salida. Había finalizado su acto de presencia en el evento. Posiblemente ni le apeteciese estar ahí. Pasó por mi lado y no me dirigió ni una mirada. Como si hace apenas tres días no me hubiese estado rogando que aceptara un puesto de niñera.

Nunca me acostumbraría a su frivolidad.

Los concursantes se levantaron de sus asientos y escuché opiniones de todo tipo en cuestión de un minuto.

Algunos se sentían decepcionados con la temática, porque la consideraban floja. Otros daban por sentado que ganarían, a pesar de que no sabían nada sobre las condiciones de cada obra. Y unos

pocos se quejaban del número de fases porque, al parecer, hasta entonces, siempre habían sido cinco etapas. Al ser tres, eso implicaba que tenían menos probabilidades de mantenerse en el concurso.

Por supuesto, Thomas, el chico que me había golpeado en la escalera y no se había disculpado, estaba en el segundo grupo.

Yo me limité a coger mi sobre e intenté pasar desapercibida mientras me escabullía entre los participantes hacia la salida, pero una voz tremendamente insoportable y aguda me interrumpió.

—¡Eh, tú! ¡La nueva!

Sin necesidad de girarme, supe que quien me llamaba era una de las chicas que había visto cuchichear hacía unos minutos.

Estuve tentada de no hacerlo y salir corriendo, pero decidí que eso alimentaría más su ego y no iba a darle el gusto a ninguno de ellos.

Me di la vuelta y vi a la chica de look extravagante con Thomas a su derecha.

—¿He acertado? —preguntó alegre como si hubiese sido una prueba que acababa de pasar—. Sabía que no eras de los nuestros. Tu cara no me suena de nada y te aseguro que soy implacable para las caras. —Se tocó un mechón de la coleta y empezó a retorcerlo en su dedo—. ¿De qué escuela vienes? No recuerdo haberte visto en otras ediciones.

—No vengo de ninguna escuela. No estudio arte —confesé todo lo serena que pude.

Su ceño se frunció al instante, pero, cuando se dio cuenta de ello, lo relajó y regresó a ese aire tranquilo que caracteriza a las víboras.

Por un segundo la había descolocado y lo disfruté.

—Y dime…, ¿cómo has conseguido pasar la criba? Me imagino que sabrás que solo los mejores artistas consiguen entrar en este concurso —ronroneó curiosa mientras me repasaba de arriba abajo —. No digo que no seas buena, pero sin estudios dudo de que tengas mucha idea de técnica. —Al final de la frase se tapó la boca, porque forzó una risa burlona y después me tendió la mano—. Encantada. Yo soy Marjan.

Su voz era aguda e inocente. Me atrevería a decir que, en cierto modo, dulce, pero estaba segura de que esa chica solo llevaba dentro veneno.

Puse la sonrisa más encantadora que pude y le tendí la mano.

—Encantada, Marjan. Yo soy Vera. —Si íbamos a jugar a las máscaras, la primera que se iba a hacer la tonta era yo—. Si te soy sincera, no sé cómo he acabado aquí. —Me reí con una sonrisa bastante creíble—. Vi el anuncio y algo me dijo que tenía que participar…, y mira: aquí estoy.

—Qué bien. Bueno, al menos podrás hacer la obra de la primera fase —soltó dando por supuesto que no iba a pasar de ahí. Thomas le rio la gracia.

Me dieron ganas de arrearle un puñetazo, pero mi cerebro fue más rápido que mi instinto y me calmó.

—Cuando uno de nosotros gane, estarás más que invitada a ver nuestras piezas en París. Así sabrás lo que son obras de arte de verdad —intervino Thomas.

—¡Thomas! No seas borde —Marjan le riñó falsamente. Habría apostado la cabeza a que lo estaba disfrutando—. Seguro que lo haces genial.

Decidí que era el momento de salir de allí cuanto antes.

—Muchas gracias y mucha suerte a todos —mentí como una bellaca.

—No necesitamos suerte. Tenemos talento, querida.

Mientras me dirigía a la salida podía escuchar los murmullos de esas hienas despotricando.

Elías, que había estado todo el rato sentado a mi lado y se había dedicado a hacer comentarios a su amiga durante la presentación, no pudo dejar su curiosidad de lado. Había estado esperándome en la puerta y se acercó para bajar las escaleras conmigo.

—Sabes que no tienes que hacerles caso, ¿verdad? —preguntó acelerando el paso para alcanzarme.

—No te preocupes. Me han dicho exactamente lo que necesitaba oír. —Así lo sentía.

Nunca me había importado decir lo que realmente pensaba. Siempre había sido bastante directa y no me iba a disculpar por ello. No me daba miedo meterme en conflictos cuando sabía que yo llevaba la razón, pero, si los podía evitar, mejor.

Sin embargo, en ese momento, las palabras de aquellos artistas esnobs me hicieron el efecto contrario.

Si esperaban meterme miedo con sus burlas, lo único que habían conseguido era que tuviera aún más ganas de que se tragaran sus palabras.

Me despedí rápidamente de Elías y pasé por recepción a recoger mis cosas. Afortunadamente, Kaleb estaba solo de nuevo.

—¿Cómo ha ido? —Intentó parecer despreocupado mientras me daba el bolso, pero yo sabía que en el fondo tenía miedo de que me hubiese echado para atrás.

—Ni idea. Solo sé que voy a darles una paliza a esta panda de engreídos repipis —contesté con firmeza.

Kaleb sonrió de oreja a oreja.

—¡Esa es mi chica! —Apoyó medio cuerpo en el mostrador, me dio un beso enorme en la mejilla y después me estrujó con fuerza—. Amiga, vas a petarlo mucho. Si colorean igual que visten, ya te digo yo que les vas a dar mil vueltas.

Levanté una mano con el sobre violeta.

—Aquí tengo las bases de la primera prueba. Te confirmaré mis posibilidades cuando llegue a casa y lo abra. —Lo guardé en el bolso y Kaleb intentó quitármelo de las manos, pero mis reflejos fueron más rápidos.

—¡Ábrelo ahora! ¡No me dejes con la intriga! —se quejó.

—Prefiero abrirlo cuando esté más tranquila —repliqué. Soné firme porque no me suplicó—. Por cierto, confirmamos que la chica de la coleta con las mechas lilas y la ropa de circo es un mal bicho. Ha intentado picarme al salir.

—¡Lo sabía! Ojo de loca no se equivoca… Aquí puedes verme muy formal porque soy todo un profesional, pero de loca tengo un rato. —En ese momento, sonó el teléfono del mostrador—. Tengo que dejarte, amor. No sé qué ha pasado para que cambies de actitud, pero recuerda siempre la seguridad con la que has salido de ese salón. Ese sentimiento va a ser tu mejor aliado en este proceso. Háblame luego cuando sepas algo más.

Ya estaba cogiendo el teléfono cuando me despedí con la mano y le mandé un beso.

A pesar de que tenía un dolor de cabeza tremendo por la presión y los nervios, había salido con buen sabor de boca.

Estaba harta de aquellos que miraban por encima del hombro. De los que se burlaban por considerar a los otros inferiores. De la gente que se creía con derecho a juzgar sin haberse puesto en los zapatos del resto. Harta de amenazas y de burlas. De la inseguridad que la opinión de otras personas me provocaba. De tomar decisiones por los demás y no por mí misma. Harta de vivir con miedo.

Eso había terminado.

Para todos seguiría siendo la novata que no podía competir contra ellos, y esperaba que siguieran pensándolo, porque desde la sombra iba a demostrarles lo que era capaz de hacer.

Esa mañana había entrado al hotel como un cordero ante una manada de lobos. Ahora salía como una loba, porque de cordero solo me quedaba la piel.

Y, por ahora, esa piel era lo único que me interesaba que vieran.

24



Al llegar a casa no encontré a ninguna de mis compañeras. Me hubiese gustado abrir el sobre con ellas, porque estaba demasiado nerviosa para hacerlo sola. Tanto Becca como Sophie se mataban a echar horas extras. Estaba muy orgullosa de ellas, pero me hubiera gustado tenerlas a mi lado en momentos como ese.

Inevitablemente, pensé en mis padres. Ellos, que me habían visto crecer, aún creían que seguía en la recepción de uno de los mejores hoteles de Praga. No encontraba el momento para contarles todo lo que estaba pasando. Sabía que se llevarían una decepción enorme. Ellos no habían apostado por un sueño para que yo lo tirase a la basura por otro.

Pero ¿ese era el único motivo?

No dejaba de darle vueltas a una idea. Ellos querían verme feliz y, si yo les explicaba bien las cosas, en algún momento lo iban a entender. Tal vez el motivo real era que quería evitarles el sufrimiento si esto salía mal y yo me derrumbaba. Yo podía soportar

mi propio dolor. Siempre lo había manejado así. No necesitaba ir con mis dramas a nadie para que me ofreciera dos palabras de consuelo y una pasadita en la espalda. Eso podía hacerlo yo misma. Mi tristeza podía llevarla, pero la suya no.

No era capaz de soportar cómo mis padres se veían afectados por mi culpa, y más por algo que había sido un capricho. Quizá mi decisión de no compartir con ellos mi situación era puramente egoísta.

Si todo salía bien, se lo diría, aunque dejasen de hablarme en meses por haber tardado tanto en enterarse. Si salía mal, me llevaría la peor decepción de mi vida, pero al menos solo cargaría con la mía y no con la de alguien más.

Así sería mucho más fácil.

No podía decepcionarlos de esa manera. Durante años me quise encasillar en una cuadrícula que ni siquiera tenía mi forma y tuve que cambiarme a mí misma una vez más para ser aquello que todos esperaban que fuera. Lo que debía ser.

En el trayecto del hotel a mi casa, de apenas diez minutos, localicé tiendas de materiales de arte y encontré unas cuantas a las que iría a la mañana siguiente.

En unas horas debía irme a la mansión y aún tenía que prepararme la comida. No podía demorarme mucho.

Me metí en la habitación para abrir el sobre. Tenía el tamaño de una cuartilla y en su interior se hallaba una hoja color malva que comencé a leer con las manos temblorosas:

ECOS DEL ALMA: Fase 1

Elabora una obra que cumpla con los siguientes requisitos:

- Subtema: La estructura del dolor.
- Tamaño máximo: 2 m × 2 m
- Tamaño mínimo: 50 cm × 50 cm
- Técnica: mixta sobre lienzo.
- Reglas particulares: obra monocromática. Se deberá escoger un solo color y emplear sus diferentes tonalidades.
- Prohibiciones: el uso del color negro.

Cualquier artista que no cumpla con alguna de estas condiciones será inmediatamente descalificado. Buena suerte.

Me quedé varios minutos releyendo las bases y solo podía pensar en cómo serían las siguientes pruebas si esa, que se suponía que era la más fácil, ya me parecía compleja.

Por una parte, estaba convencida de que podía demostrar que era capaz de competir contra ellos, aunque fuese a mi manera. El hecho de que hubiesen escogido esa temática era una señal. Por primera vez en mucho tiempo, tenía una sensación de seguridad que recorría cada célula de mi cuerpo, pero por otra parte me sentía aterrorizada.

Aun así, estaba deseando empezar a dar forma al concepto de la obra, a trazar las primeras pinceladas y a vivir en esa obra durante los días que tuviese que trabajarla.

Para mí, el arte siempre había sido una relación entre dos cosas: el cuadro y el artista.

Lo que todo el mundo sabe es que el artista da vida a la obra. Eso es un hecho objetivo que nadie va a poder negar, pero lo que poca gente conoce es aquello que sucede más allá de lo superficial.

Cuando desde el primer atisbo de inspiración entras en una espiral de creatividad, opciones, ideas…, y tu mente va más rápido de lo que puedes llegar a controlar y te invade la emoción a través de un cosquilleo y estás tan absorto en ella que sientes mariposas en el estómago…

Supongo que la sensación es muy similar a lo que sientes cuando estás enamorado.

Se podría decir que el amor es arte en muchos sentidos.

El artista da vida a la obra.

La obra provoca que el artista se sienta vivo.

Ambos forman parte de un solo proyecto, un vínculo, y caminan en la misma dirección.

Lástima que en el amor no siempre fuera así.



—¡He vuelto a ganar! —gritó la anciana elevando los brazos todo lo que sus fuerzas le permitían.

Era la tercera ronda que jugábamos y Agatha parecía que tenía un pacto con el dado. Era incontable el número de veces que había matado a mis fichas.

En las tres partidas había escogido el rojo, porque decía que le daba suerte. Y vaya si lo hacía.

Yo estaba acostumbrada a jugar con mi familia al parchís en España, pero jamás había conocido a nadie a quien el azar le sonriera tanto.

—Tres de tres. Eres una anciana con suerte —comenté mientras recogía las fichas.

—Todo el mundo cree que el parchís es solo un juego de azar, pero tiene su parte de astucia, y esta perra vieja tiene muchos años encima —dijo dando un sorbo al zumo de naranja natural recién exprimido que le había servido al terminar la segunda partida. Lo habían dejado preparado, junto con la merienda, en una bandeja en el comedor—. ¿Jugamos otra o no te apetece?

—¿Para darte una paliza otra vez? No, gracias. Ya tengo por hoy el ego bastante subido. Tal vez otro día. —Agitó la mano en el aire para después coger el vaso y terminarse el zumo.

—Uno de estos días vamos a jugar al Pictionary y veremos quién gana —me atreví a decir recogiendo el tablero.

—¿Qué es el pitinary? —preguntó la pequeña.

Sandra estaba tirada en la alfombra de color crema haciendo los deberes. Desde hacía un rato, había estado bastante callada.

—Es un juego en el que una persona dibuja algo y otra tiene que adivinar lo que está dibujando antes de que se acabe el tiempo —expliqué mientras veía demasiados colores en el suelo para estar leyendo—. ¿No tienes ninguna duda? —Me levanté para acercarme y ver mejor lo que estaba haciendo.

Y efectivamente había estado demasiado callada en la última media hora para estar haciendo los deberes.

—¡Oye! —le regañé con un tono suave—. Tú tenías que estar haciendo los deberes, no dibujando.

En cierta manera supe que le daba vergüenza que la hubiese pillado.

—Es que no me gustan los deberes. —Se dio media vuelta en la alfombra y se quedó tumbada bocarriba con el ceño fruncido.

—Hay cosas que, aunque no te gusten, tienes que hacerlas, porque son tu obligación. Además, hoy solo tenías un par de ejercicios de lectura y algunas sumas. Con lo lista que eres, eso lo haces enseguida. —Intenté animarla—. Primero van las obligaciones y luego las cosas que te apetece hacer. A mí también hay cosas que no me gustan, como madrugar para trabajar, pero luego tiene su parte buena que es venir aquí a verte. ¿A que te gusta cuando los llevas a clase y la profe te dice lo bien que los has hecho?

—Sí… —contestó sin muchas ganas.

—Pues es lo mismo. Vamos a hacerlos ahora y luego te vas a ir a cenar y a la cama, aunque me tenga que quedar hasta las doce de la noche contigo —le dije seria—. Recoge todo esto y espérame en tu habitación que voy enseguida.

Ella obedeció a regañadientes.

No me apetecía mucho quedarme hasta las doce en mi primer día en la mansión, pero por no haber estado más atenta la niña se había puesto con otra cosa en lugar de con su tarea. No me iría de allí hasta que no los hubiese terminado.

—No la culpo. La vena artística siempre ha estado en la familia y nunca hemos sido mucho de números. Mi hija Vicky ha sido la única que ha rechazado esa parte suya y ha elegido otro camino… —intervino Agatha con la voz quebrada.

¿A qué se refería con que había rechazado su parte artística? ¿Es que Victoria pintaba o algo por el estilo?

No iba a ser yo quien lo preguntase. Eso estaba claro.

¿Y Agatha?

Por lo que había visto, se defendía con el dibujo medianamente bien, pero estaba segura de que me lo hubiera dicho en algún

momento. No, el dibujo no era.

Entonces pasó por mi mente el fugaz recuerdo de un ave fénix. Un vestido absolutamente precioso que solo alguien con una sensibilidad y delicadeza enorme habría podido diseñar.

Agatha.

Con todo esto del concurso había olvidado lo que me impactó que ella fuese la diseñadora de esa increíble prenda.

Ese día llevaba un camisón largo amarillo. Agatha vestía con color y elegancia hasta para estar en casa. Me resultaba raro pensar que ella hubiera diseñado aquel vestido que Victoria había lucido en la gala. No por el diseño, que era increíble, sino por el color negro. No me imaginaba a Agatha eligiendo ese color para un vestido tan bonito.

Supuse que fue una petición de Victoria.

—No he tenido ocasión de decírtelo, pero el vestido que diseñaste para la gala benéfica era precioso —me atreví a decir.

A pesar de ser un cumplido, fijó sus ojos en el suelo y habló con tristeza.

—Yo ya no hago esas cosas. —Sentí que había tocado un tema que posiblemente fuera demasiado personal para ella—. El boceto base que eligieron para realizar ese vestido lo hice hace más de quince años. Mi mente ya no funciona como antes. Ahora, sería incapaz de diseñar algo así.

Su respuesta me pilló desprevenida. Esperaba un simple gracias o algo que no me hiciera sentir avergonzada de meterme donde no me llamaban.

—Cuando llevas toda tu vida dedicándote a algo que te apasiona, es muy difícil reconocer cómo tu cuerpo y tu mente se deterioran de

tal manera que te impiden hacer lo que para ti antes era como respirar. Ahora, hasta tener ideas me supone un esfuerzo enorme. Y qué te voy a contar sobre bocetear o coser con el pulso que tengo… —Suspiró y miró al techo como si intentase despejar su mente de esos pensamientos—. Por eso, me encanta verte dibujar con mi nieta. Las dos sois tan vivas y os gusta tanto el dibujo que me recordáis a mí cuando diseñaba mis colecciones.

—Tu nieta va a llegar muy lejos si se lo propone. Es una niña muy espabilada y tiene talento —fue lo único que alcancé a decir.

—Tú también lo harás si te lo propones, claro —contestó mirándome desde la silla con una ceja arqueada como si supiese cosas que yo no le había contado—. ¿Te gusta tu trabajo?

Me había pillado.

—Bueno, no, sí… Me gusta pasar tiempo con vosotras —balbuceé.

—No me refiero a este trabajo. Esto claramente es algo temporal, querida. Me refiero a aquello para lo que has estudiado y te has formado.

—No te quiero aburrir con eso.

—Te he preguntado yo. Además, no tengo nada mejor que hacer que sentarme a leer o que el gorila de Marc me lleve a ver el jardín. Imagínate… Hablar contigo es el canal más entretenido que tengo en la programación de hoy —contestó bromeando, pero con voz seria.

Yo sonreí.

Una de las cosas que más me gustaba de Agatha era lo graciosa y directa que era. Podía soltar la broma más increíble del mundo y aun así mantenía su compostura y no soltaba ni media carcajada.

—No me disgusta —respondí, y aclaré—: el trabajo, quiero decir. Es un puesto que no me disgusta. No es el trabajo de mis sueños, pero creo que ahora es el momento de encaminar mi vida un poco más hacia lo que verdaderamente quiero ser… No sé. Como dijiste, la vida es muy complicada. Nunca voy a estar segura de lo que estoy haciendo al cien por cien, pero pienso que es ahora o nunca.

—Ya veo, ¿y por qué estás tan segura? —preguntó curiosa.

Era el momento de contárselo.

Tampoco podía ocultarlo mucho más. Aunque no hubiera hablado directamente con ella, Victoria ya lo sabía y era cuestión de días que Agatha acabara enterándose también.

Muy resumidamente le conté lo del concurso. Desde la inscripción misteriosa hasta la conversación con Marjan, si a eso se le podía llamar conversación.

Agatha estuvo muy atenta a todo. Juraría que ni siquiera pestañeó.

—¿Y aún no sabes quién entregó la solicitud por ti? —alcanzó a preguntar.

Negué con la cabeza.

—¿Y no crees…?

—¡Vera! ¡Tengo dudas! ¿Puedes subir, pooorfa? —Sandra la interrumpió a grito pelado asomada a la barandilla desde la segunda planta.

—¡Vooooy! —contesté—. Tengo que irme —le dije a Agatha señalando en dirección a las escaleras.

Ella asintió sin decir una palabra y muy pensativa.

Tres horas más tarde, Sandra ya estaba en la cama. Los deberes consistían en unas ocho páginas llenas de sumas y restas. A Sandra le costaban en exceso. Entre eso y que al bajar al comedor había puré de verduras para cenar, un plato que Sandra odiaba, el horario de mi primer día se alargó más de la cuenta.

Menos mal que me iban a pagar también las horas extras.

Cerré la puerta de la habitación con todo el sigilo para no despertarla.

—Deberías irte a casa, querida —oí en un susurro.

Agatha estaba detrás de mí apoyada en su bastón aún con su llamativo camisón puesto.

—No te preocupes por mí. No es molestia. También es parte de mi trabajo —contesté.

—Hay muchas cosas que no son parte de tu trabajo y aun así las haces, y lo sabes —dijo ladeando la cabeza y levantando una de las comisuras de sus labios.

Tenía razón. Yo no tenía que quedarme hasta que la niña se acostara ni mucho menos, pero me salía hacerlo. Total, en casa no iba a encontrar a nadie al llegar.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo. —Se dio media vuelta sin esperar mi respuesta dando por hecho que la seguiría.

Nos encontrábamos en el segundo piso, donde estaban todos los dormitorios, algunos baños y un par de salas de estar. Se dirigió lentamente con su bastón hacia las escaleras para subir una planta más.

Yo aún no había estado en esa zona de la mansión. Jamás había visitado el tercer piso.

Por supuesto, tenían un salvaescaleras, pero Agatha me hizo un gesto para que la ayudara a subir aquellos enormes peldaños de mármol. Fuera de casa siempre usaba su silla de ruedas, pero sus piernas seguían funcionando. Simplemente las tenía hinchadas y le costaba caminar por el dolor.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Por supuesto —contestó con firmeza.

En el peor de los casos siempre podría bajar en el elevador.

La cogí de su delgado brazo y apoyé mi otra mano en su espalda. Ascendimos muy despacio escalón a escalón.

Agatha aparentaba ser una mujer fuerte y sana para la edad que tenía, pero, cuando la sostuve, noté lo frágil que era su cuerpo.

Le temblaban las piernas y los brazos; apenas tenía fuerza para agarrarme la mano. Aun así, se esforzaba en cada paso. En el último tramo ya la notaba agotada y seguramente no podría bajar sin ayuda mecánica, pero al menos había conseguido lo que se había propuesto.

Me indicó que la siguiera. Cruzamos varios pasillos con habitaciones cerradas y se paró delante de una puerta doble de madera blanca con una cerradura.

Se quedó observándola unos segundos.

—Voy a enseñarte algo muy especial. Hace demasiado tiempo que no entro, porque yo ya no soy la que era y esta sala me trae demasiados recuerdos de tiempos que no volverán. —Hizo un parón para mirarme a los ojos y entregarme una llave—. No me gusta que nadie extraño entre aquí, pero he pensado que serías de las pocas personas que conozco que lo apreciaría.

La llave era antigua y llevaba relieves grabados en el metal. Podría haber pertenecido perfectamente al país de las maravillas.

—Venga, ¿a qué esperas? Ábrela —me ordenó impaciente.

Antes de que mi cabeza pudiese darle vueltas a lo que podría haber detrás de aquellas puertas blancas, introduje la llave y las abrí de par en par.

25



No pude evitar abrir la boca y gesticular un silencioso «guau». De entre todas las cosas que pudiese haber ahí dentro, jamás se me habría ocurrido algo así.

Aunque Agatha no había encendido aún la luz, podía verse perfectamente cada rincón de la habitación. Frente a mí se encontraba una cristalera que ocupaba toda la pared del fondo y parte del techo que permitía el paso de la luz exterior. La luna atravesaba los ventanales de una forma casi mágica e iluminaba con rayos azules y blancos toda la sala. Los techos eran increíblemente altos, más que en las habitaciones del resto de la casa.

A pesar de haber algunas cosas cubiertas con sábanas blancas, distinguía perfectamente los maniquíes a la izquierda de la sala, las telas ancladas a la pared de múltiples colores y otras tantas en canastos, la máquina de coser sobre la amplia mesa de madera y un enorme espejo junto a una barra de ballet. Me fijé en un corcho y una pizarra que había colgados a la derecha, aún con ideas en ellos,

y me acerqué para verlos más de cerca. Eran anotaciones sobre el corte y el tejido de algunas prendas. Había medidas escritas en la pizarra junto con algunos patrones… Era inmenso.

Me encontraba en el taller de Agatha.

—Esto es increíble —dije bajo el techo abovedado.

—Sabía que te gustaría. Eres de esas personas que saben apreciar la belleza de un sitio así. Siempre ha sido mi lugar favorito de la casa. —Se acercó lentamente a un mueble cubierto con una sábana, junto a una estantería con decenas de libros—. También era el de mi marido. Cuando no estaba trabajando en la empresa, se sentaba en ese sillón a leer. Mientras, yo creaba mis colecciones en aquella mesa. —Dirigió su mirada a la zona en la que se encontraba la máquina de coser.

—¿Puedo? —le pregunté al mismo tiempo que colocaba mi mano encima de lo que parecía ser un dosier.

Era una carpeta gordísima de la que sobresalían papeles, muestras de diferentes telas e incluso algún que otro adorno de plumas.

—Es la última colección completa que diseñé. Con esa obra aparqué mi carrera hace ya diez años. —Tuve la sensación de que esas palabras eran más un pensamiento en voz alta que un comentario hacia mí.

Aquella habitación guardaba miles de recuerdos para ella en su mayoría felices, pero a veces, solo a veces, el hecho de haber vivido una vida plena y de tener miles de recuerdos buenos puede transformarse en tu peor enemigo; especialmente cuando las personas con las que los has compartido ya no están o incluso cuando tienes la certeza de que no vas a ser capaz de volver a

aquello que te hacía tan feliz. Supongo que ese era el caso de Agatha.

Sacudió la cabeza como si quisiera despejar la mente para volver a la realidad.

—Todo tuyo. Vamos a comprobar si tienes buen gusto. —Levantó una ceja y esbozó una sonrisa pícara que demostraba la seguridad que tenía en su trabajo.

Abrí la carpeta y empecé a ojear todos los diseños. Había cientos de apuntes y no entendía ni la mitad. No tenía ningún conocimiento sobre moda. La única opinión que podía dar era completamente subjetiva con base en mi instinto. Deslicé mis manos por las diferentes telas para palpar el tejido y, aunque el boceto era bastante realista y específico, imaginé todos y cada uno de los diseños. Vi un traje de dos piezas de pantalón y americana que me pareció absolutamente precioso en color burdeos. También había varios vestidos de diferentes largos y estilos que me habría puesto sin pestañear, aunque fuese solo una vez.

Eran esa clase de diseños que no importaba a qué cuerpo lo adaptases, porque cualquier mujer que tuviese la oportunidad de llevarlos se sentiría poderosa, elegante, sexy y delicada al mismo tiempo.

Solo con verlos, se sabía que eran de Agatha. Estaban llenos de color y, aun siendo tan estridentes, conservaban la elegancia.

Ojeé todo el dosier hasta que llegué a la última pieza y no pude evitar mostrar mi emoción.

—¡Madre mía! Agatha… —Me llevé una mano a la boca, abierta por inercia.

El vestido que había en esa página o, mejor dicho, el monumento que se hallaba ante mí, era absolutamente majestuoso. Era un vestido largo en color petróleo. Dejaba ambos hombros parcialmente al aire, con uno de los brazos cubiertos por una manga larga ajustada con transparencias y la otra se componía de una banda que caía con gracia por el brazo. En un tono dorado y con un grosor tan fino que parecían destellos, un bordado en color plateado subía por el pecho y llegaba hasta la muñeca.

Toqué el hilo y las telas pegadas a esa página imaginándome por unos segundos cómo sería ponerse algo así.

Jamás había llevado algo tan bonito. Si concretaba un poco más, diría que jamás había comprado algo que sobrepasase los cien euros. Papá y mamá no podían permitírselo y yo estaba demasiado centrada en ahorrar. Eso no significaba que no supiese apreciarlos. De hecho, sabía que, el día en el que pudiese permitírmelo, tendría un vestidor para mí sola lleno de ropa y de zapatos increíbles.

Aunque, siendo honesta, el vestidor era algo secundario. Lo que más apreciaba era lo que Agatha me estaba enseñando: una habitación con amplios ventanales por los que entrara muchísima luz dedicada única y exclusivamente a mi trabajo.

Pero para eso aún quedaba mucho.

Me había quedado mirando ese último vestido durante demasiado tiempo y Agatha notó mi interés.

—Esa pieza fue la estrella de la colección de invierno de ese año. El día de la presentación no dejó a nadie indiferente.

—No me extraña. Creo que nunca había visto un vestido que me llamase de esta manera. Es precioso, de verdad —contesté sinceramente cerrando la carpeta.

—No hace falta que me hagas la pelota, querida —bromeó arrugando el morro—. Yo no soy Victoria, puedes ser todo lo sincera que quieras.

—Te… Te aseguro que no tengo ninguna necesidad de hacerte la pelota, Agatha. —Observé el corcho sobre la pared buscando un papel que había visto al entrar y lo señalé—. ¿Ves ese diseño de falda y blusa verde de ahí? —Ella halló el boceto con la mirada en la pared y asintió—. Es horrible. Es algo que jamás me pondría. Ni aunque me pagaran.

Su respuesta fue una carcajada.

—¿Ves? Soy sincera.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Eso es lo que pasa cuando hay épocas en las que tienes que contratar a diseñadores externos porque no llegas a la entrega y hay que hacerlo todo deprisa y corriendo. —Ni siquiera sabía que no era suyo el diseño. Me la había jugado por completo—. Me gusta tu sinceridad.

—Este vestido, en cambio, lo llevaría el resto de mi vida como una segunda piel y no me lo quitaría jamás. Es el vestido de éxito de toda una artista. El día que pueda presentar de verdad mi trabajo al resto del mundo, me gustaría vestir una obra de arte así. Este y la mayoría de los que he visto en la carpeta. Eres una diseñadora increíble…, teniendo en cuenta que mi criterio en el mundo de la moda es nulo.

Abrió los ojos como platos.

—¿Nulo? Tú y yo hacemos exactamente lo mismo. La sensibilidad no distingue entre artes, querida. La sensibilidad es arte.

Me observó con una expresión amable y se dirigió hacia la salida apoyándose en su bastón. Al llegar al marco se giró.

—Este es tu taller ahora. En tus horas libres, puedes disponer de él.

Bajé las manos y el corazón me dio un vuelco, porque no estaba segura de si había entendido bien.

—¿Cómo? —Parpadeé.

—Vera, ya nadie utiliza esta habitación… y, por lo que me has contado esta tarde, dudo que tengas un sitio en condiciones donde pintar las obras del concurso. Me imagino que habrás pensado en hacer de tu habitación una zona de trabajo, pero me parecía un desperdicio no ofrecerte el taller. Puedes usarlo como quieras. Siéntelo tuyo.

¿Estaba de broma?

—¿Qué? —¿Me estaba ofreciendo el taller de mis sueños para hacer las obras durante el concurso? No me lo podía creer. Por muy bien que sonara aquello, no podía aceptarlo. Papá siempre me había enseñado que nadie en esta vida regala nada, y aunque fuera así… Sentía que era un sitio demasiado especial para ella como para convertirlo de alguna manera en algo mío—. Yo no puedo aceptarlo. De verdad que se lo agradezco, pero suficientemente bien se porta usted como para aprovecharme así. Gracias, pero no puedo.

Esperaba que no pensara que era una desconsiderada. No quería ofenderla, pero era demasiado. Y no lo pude evitar: ante su ofrecimiento, volví a tratarla de usted.

—Escúchame, querida. —Su tono de voz era más serio—. Necesito que esta sala vuelva a tener la vida creativa que la caracterizaba. Te voy a contar lo que va a pasar si no aceptas. —Levantó la mano a la altura de los hombros y comenzó a gesticular con el bastón—. Esta ciudad no es precisamente barata para vivir y

probablemente estés en un piso de estudiantes. Vas a utilizar el único espacio que tienes para pintar durante meses, respirando sustancias tóxicas. Ya estamos entrando en temperaturas muy frías y en un par de semanas estaremos bajo cero. Por lo tanto, no podrás abrir las ventanas a no ser que quieras morir congelada o que te guste pintar con siete capas de abrigo y guantes. —Se había alterado ligeramente, pero envidiaba la seguridad y la firmeza con la que estaba diciendo todo aquello—. Vas a acabar desesperada, con la impotencia de no poder luchar contra tus propios límites y te vas a arrepentir todos los días del resto de tu vida de no haber aceptado mi propuesta por orgullosa o… —Hizo una pausa y bajó el bastón para volver a una postura elegante—. Puedes utilizar esta sala que está completamente vacía en la que nadie te molestará y disfrutar de un aire limpio mientras duermes. Tú decides.

Muy a mi pesar, no había ni una sola palabra que Agatha hubiese pronunciado que no fuera cierta. Incluido lo de orgullosa.

—No quiero abusar de su confianza…

—¿Acaso me lo has pedido tú? —No me dio tiempo a contestar—. No. Pues no hay más que hablar.

Se quedó mirándome durante lo que me parecieron minutos. Se me pasaron un sinfín de motivos por los que no debería aceptar la ayuda que me estaba ofreciendo, pero, por otro lado, estaba ante una posibilidad única de trabajar en condiciones y, gracias a eso, de contar con alguna oportunidad de ganar el concurso. Agatha interrumpió mis silenciosas reflexiones.

—Me he pasado la vida viendo cómo muchas personas a mi alrededor desperdiciaban su talento al tomar decisiones erróneas. Me caes bien, Vera. Veo muchas cosas de mí en ti —se sinceró—. No

busco nada a cambio. A mí ya me pueden quitar lo bailado. Me quedan, si Dios quiere, un par de años aquí. Solo intento ayudarte a que consigas eso que tanto deseas y que a la vez te da tanto miedo. —Hizo una pausa y resopló—. También veo en ti muchas cosas de mi nieta. Quiero que sea feliz y que consiga todo lo que se proponga. Aunque sea pequeña, no ha tenido una infancia fácil. —No estaba segura de a qué se refería, pero dudaba a que fuese por los problemas para socializar, sino más bien a la causa de ellos—. Me gustaría que algún día, si alguien tiene la oportunidad de ayudarla como yo estoy haciendo contigo, le tienda esa mano. —Después de eso, parpadeó un par de veces y volvió a coger su habitual tono de señora mayor quejica y bromista—. Así que, por favor, niña, no me seas terca y pinta aquí. Tampoco te estoy ofreciendo una cantidad indecente de dinero como para que te lo pienses tanto. —Se puso en la cintura la mano que no sujetaba el bastón.

Tras unos segundos, le respondí:

—Está bien —acepté—, pero vamos a hacer un trato. —Levantó una ceja y escuchó atentamente mi proposición—. Yo voy a usar su taller para realizar mis obras durante el concurso, pero usted va a aceptar a cambio que le pinte una y se la regale.

Abrió la boca para decir algo y la corté.

—Y no, no me va a pagar absolutamente nada. Yo elegiré la obra y la aceptará, aunque le parezca horrible —aclaré.

Arqueó una ceja y quince segundos después contestó a mi oferta.

—Punto número uno: como vuelvas a tratarme de usted, seré la vieja más insoportable de la historia y te haré desear renunciar. —Se esperó a que yo asintiese para proseguir—: Y punto número dos: si me tengo que quedar un cuadro tuyo por obligación y no me gusta,

¿puedo decirte al menos lo horrible que me parece? No soy una anciana que acostumbre a hacer la pelota y, a estas alturas, tú no vas a ser la primera a la que se lo haga.

—No esperaba menos de ti —contesté volviendo a nuestro habitual tono informal—. Entonces ¿tenemos trato?

—Puedes mover tus cosas cuando quieras —sonrió con una ceja arqueada y dio media vuelta en dirección a las escaleras—. Tenemos un concurso que ganar y una panda de gilipollas a los que dar una paliza.

—¡Agatha! —dije sorprendida por su comentario.

—¿Qué? Seré vieja, pero de esos han existido toda la vida, querida.

Y ambas bajamos a pie las escaleras entre risas.

Me dio la sensación de que Agatha bajaba con más vitalidad de la que tenía al subir.

26



Salí por la puerta de atrás procurando hacer el menor ruido posible. Marc se había ofrecido a llevarme si se me hacía tarde porque a partir de las nueve de la noche ya no había ningún chófer disponible. Aunque él vivía en un pueblo cercano, disponía de su propia habitación en la mansión como un miembro más de la familia. Por lo poco que sabía, era un hombre parco en palabras y más aún cuando se trataba de temas personales. No tenía ni mujer ni hijos y llevaba trabajando para Agatha desde los dieciséis años. Ahora rondaría los cuarenta y tantos.

Era una persona muy profesional y aparentemente bastante fría, pero me caía bien. Por eso, no lo llamé aquella noche, sino que me dispuse a caminar ayudada por el Google Maps del móvil, que me indicaba la parada más cercana del autobús. ¡Esperaba llegar al último!

La mansión estaba a las afueras de la ciudad y era un trayecto bastante largo en coche. Ir a pie hasta mi casa era completamente inviable. A los dos minutos de empezar mi camino hacia la parada, me arrepentí de la decisión.

Hacía un viento horrible y mi sensación térmica era de un par de grados bajo cero. Sentía que, del frío que hacía, se me iba a caer la cara y la mano que sujetaba el móvil. Los quince minutos a pie hasta mi destino se me hicieron eternos.

Al finalizar el camino privado de la mansión, salí a la carretera y me coloqué en la acera. La calle estaba completamente desierta. Me sentí la persona más imbécil del mundo, porque acostumbraba a tener ideas malas, pero esta era con diferencia la peor que había tenido hasta la fecha.

A los casi veinte minutos de camino, no sentía ninguna parte del cuerpo. Para soportar el frío me repetí a mí misma que, al llegar a casa, me prepararía el baño más caliente de la historia junto con una taza de té.

Algo bueno saldría de todo aquello…, o puede que no llegara nunca a disfrutar de ese baño.

Oí el motor de un coche acercarse por detrás de mí.

Se paró a unos metros con los focos apuntándome. Yo no miré hacia atrás en ningún momento y seguí mi camino acelerándome. El coche por su parte avanzó un poco más, acortó la distancia y volvió a pararse.

Yo seguí. No me giré ni un solo segundo. Les supliqué a mis piernas que no se detuvieran. Yo, que sobrepensaba todas mis decisiones tanto, fallaba en algo tan sencillo como no deambular sola por la noche por una zona desolada y sin escapatoria. Las películas de terror las odiaba por un solo motivo. De entre todas las alternativas que podían tomar sus protagonistas, siempre elegían la peor. Pero la
PEOR
con mayúsculas.

Ahora mismo me sentía exactamente así. Como si alguien desde su sofá me estuviese viendo y riéndose de lo estúpida que había sido.

Genial, Vera.

Estaba completamente sola, en una carretera aislada de un país extranjero. ¿Qué podía esperar de aquello? Ya estaba pensando en las mil y una cosas que podía hacerme el conductor de ese coche.

No mires hacia atrás. No te pares. Muévete. Sigue.

Volvió a avanzar y esta vez, además de acortar más metros la distancia, me dio las largas.

Me espanté. Corrí todo lo rápido que mis piernas me permitieron. Estaba muy asustada. No eres consciente del miedo que se puede llegar a sentir hasta que no lo experimentas.

Antes de que me diese cuenta, el conductor aceleró para ponerse a mi altura.

Recé todo lo que supe y me paré en seco al oírlo hablar.

—Garabatos, ¿por qué corres? —Me alegró en el alma escuchar esa voz.

Me giré y allí estaba Edrian en su coche, con la ventanilla bajada, el ceño medio fruncido y una ceja arqueada.

Primero, sentí el alivio más grande de toda mi vida y luego me invadió la rabia.

—¡¿Estás de coña?! ¡Estaba absolutamente aterrada! Me has dado un susto de muerte, imbécil —le grité con la respiración agitada.

Solo tenía ganas de echarme a llorar, pero no le iba a dar el gusto.

—¿Susto? Susto es el que te llevarás si no te subes al coche y sigues caminando a oscuras por aquí —me riñó y quitó el seguro del

coche—. Venga, te llevo a casa.

—Iba a la parada de bus. Puedes dejarme allí —pronuncié sin dejar mi orgullo de lado y sabiendo que lo único que me apetecía era sentir el calor de la calefacción de su coche.

—Deja de comportarte como una cría. No pienso dejarte en la parada muerta de frío hasta que pase el próximo bus. —Esa guerra ya la tenía perdida. Era discutir por discutir y me fastidiaba tener que admitir que, por una vez, él estaba siendo el sensato de los dos—. Venga, sube.

Abrí la puerta y, tal y como había imaginado, el coche estaba caldeado. Me froté las manos y la cara y me dejé caer en el asiento. Olía a él. Aún tenía en el cuerpo el susto de hacía apenas unos minutos.

—Tengo que pasar por mi casa primero. Está aquí al lado —me informó—. ¿Te importa?

Lo que más me apetecía en el mundo era llegar a mi casa y darme una ducha de agua caliente. Cuando Edrian me dijo que tenía que pasar por la suya, no fue la ilusión de mi vida, para qué mentir, pero al fin y al cabo se había ofrecido a llevarme e iba a ahorrarme más de media hora de camino.

Edrian vivía solo.

Su edificio era casi tan antiguo como el mío, pero el piso, además de ser enorme, estaba completamente reformado. La encimera y los muebles negros contrastaban con el blanco de las paredes y el gris del suelo. No me sorprendió que la casa estuviese impoluta. Edrian

era organizado y se notaba a leguas que también muy perfeccionista.

Por lo que me había contado, su madre no tenía mucho dinero, así que supuse que Victoria le pagaba lo suficiente como para poder permitirse una casa así, teniendo en cuenta que Edrian no tendría más de veintisiete años. Era imposible que hubiese acumulado tanto dinero con un sueldo simplemente bueno. En ese momento, me di cuenta de que realmente no tenía ni idea de la edad de Edrian. Tampoco sabía si el piso era suyo o de alquiler. Probablemente esta fuese la respuesta más sensata porque, hoy en día, ¿quién tiene la vida resuelta con esa edad?

—Siéntate donde quieras —dijo señalando al sofá de cuatro plazas que tenía en el salón—. Termino enseguida.

Dejó las llaves en el recibidor y se metió a la habitación.

La última vez que había visto a Edrian, me había dejado en mi casa después de una noche increíble, pero lo último que le había dicho era que no podía pensar en nada más allá de mi trabajo. Literalmente lo había rechazado por teléfono.

Desde que entré en su coche, todas las dudas empezaron a aflorar en mi cabeza. Recordé de golpe el momento que habíamos vivido juntos en el puente de Carlos.

Quería sacar el tema y explicarle, pero ¿cómo iba a sonar convencida si aún no sabía lo que quería para mí? No deseaba enredar más la situación. Suficientemente confundida me encontraba ya.

—Vives bastante lejos del centro —apunté mientras me dejaba caer en esa maravilla de sofá.

Y por bastante, a casi una hora en coche. La mansión de Victoria estaba apenas a diez minutos de la casa de Edrian, pero el hotel quedaba a muchos kilómetros.

—Es más cómodo así. —Salió con un portátil y una carpeta fina y se sentó a una mesa redonda de comedor ubicada junto al sofá—. La escuela de cocina está a media hora de aquí y ya has visto la distancia que hay hasta la mansión. El trabajo en el hotel era algo temporal. —Abrió el ordenador y empezó a teclear—. No merecía la pena cambiar de casa. Me gusta estar aquí.

Lo podía entender.

Era una zona con solo un puñado de edificios de hasta cuatro plantas y muchas casas de campo. ¿O más bien de bosque? En realidad, estaban ubicadas en una pequeña llanura repleta de árboles y hubiese apostado lo que fuera a que el número de coches que pasaba por allí en un día era mínimo.

Desde el ventanal del salón solo se vislumbraban árboles y montañas con más árboles. Las vistas eran preciosas, pero a él no se lo iba a decir.

Poco después de subirnos al coche, empezó a llover con fuerza. Solo de pensar que me podría haber pillado el chaparrón, sumado al frío que hacía y a la espera del autobús, me entraron los siete males.

Como si me hubiese estado leyendo el pensamiento, comentó de pasada:

—¿Te imaginas que te llega a pillar esta lluvia estando ahí fuera? —A continuación, actuó como si fuera una obra de teatro—. Menos mal que he aparecido con mi corcel para rescatarte de tus decisiones sumamente insensatas.

Me irritó. No hacía ninguna falta restregármelo por la cara.

—¿Sabes lo que es un acto de buena fe? —No lo dejé responder —. ¡Oh! Claro que no. Tú haces las cosas esperando que la gente te entregue su alma de por vida.

—¿Te piensas que ando rescatando damiselas todos los días? La cocina ocupa todo mi tiempo y las actividades de superhéroe las he dejado aparcadas. —Ese comentario me hizo cerrar los ojos y contar hasta cinco en mi cabeza para no soltarle alguna barbaridad, pero Edrian no lo iba a dejar pasar—. Aún no he oído salir de tu boca preciosa ni un «gracias». —Se mordió la mejilla por dentro con un gesto que hizo que se le marcase aún más la mandíbula y enarcó las cejas sin apartar la vista del ordenador.

«No lo insultes».

«Te ha recogido y te va a llevar a casa».

«Sabes que es un imbécil, pero pórtate bien».

«Estarías cogiendo una hipotermia si no hubiese aparecido».

Ignoré completamente sus comentarios. El único agradecimiento que vería por mi parte sería mi silencio. Con eso podía darse por satisfecho.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté curiosa.

Edrian permaneció callado unos segundos. Me imagino que decidiendo si me merecía una respuesta, y luego suspiró.

—Es el menú del Imperial para lo que queda de semana —contestó—. Ha habido quejas con dos de los platos del día y he tenido que cambiarlo entero. Tengo que mandar a los proveedores los nuevos ingredientes que necesitamos y las recetas modificadas al nuevo chef.

—¿Tan malos estaban tus platos que tenéis que cambiar el menú de toda la semana? —me burlé aguantándome la risa todo lo que

pude.

Edrian giró la cabeza muy despacio hacia mí y esbozó una media sonrisa pícara que hizo que se me quitaran las ganas de reírme.

—No eran mis platos. Mi sustituta se encarga de todas las recetas nuevas y aún se está adaptando. No seas tan dura con ella, Vera. —Sabía perfectamente que la pulla no iba dirigida a la pobre chica, pero intentó hacerme sentir mal de todos modos—. Aún es una chef novata. No tiene experiencia en estas cosas. Cómo te pasas… —dijo mirándome sin quitar su sonrisa de imbécil.

Le saqué la lengua al mismo tiempo que le hacía una mueca de niña con rabieta y él se rio descaradamente.

La idea de haber muerto congelada bajo la lluvia me parecía cada vez mejor.

Miré a través del cristal para relajarme.

Hubo un silencio de un par de minutos en el que solo se oían las teclas de su portátil y entonces recordé que había una cosa que me tenía intrigada desde hacía días. No dudé en ir directamente al grano.

—¿Cómo sabías dónde vivía? —pregunté sin apartar la vista del cristal.

—¿Cómo?

—Viniste a recogerme a mi casa la otra noche, ¿cómo sabías dónde era? —Me volví para mirarlo y estaba ladeado en la silla con el cuerpo girado hacia mí—. Nunca te dije nada.

—Un mago nunca desvela sus trucos —me vaciló.

—¿Cómo lo sabías? —insistí con un tono más serio.

No se iba a librar de responderme. Sabía que haría lo posible por mantener el misterio, porque así era él, pero no iba a permitir que se

fuera de rositas.

—¿Intuición? —Se encogió de hombros.

—¡Edrian! Déjate de rollos y dímelo.

Él se pasó una mano por la nuca y resopló.

—Me parecía raro que no me lo hubieses preguntado antes —admitió cruzándose de brazos y dejándose caer en el respaldo de la silla—. Te seguí.

—¿Qué? ¿En modo psicópata acosador? —Me arrepentí de pronunciar esas palabras en el mismo momento en el que salían por mi boca.

No por ofenderlo, sino porque, si Edrian era un psicópata de verdad, lo mejor hubiese sido hacerme la loca.

Entrecerró los ojos y me miró como si hubiese dicho que la tierra era plana.

—Eres tonta —se burló de mí por lo que acababa de decir—. Fue la noche que te encontré en las escaleras de la planta inferior del hotel. Después de cenar en la cocina. Sabía que estabas mal por algo y quería asegurarme de que llegabas bien a casa. Solo eso.

Y entonces ¿por qué hizo como si hubiera sentido alivio al no tener que acompañarme?

—Fuiste un borde —apunté por si se le había olvidado ese pequeño detalle.

—Y tú hablaste de cosas que no deberías criticar si no conoces la situación —me recriminó.

—¿Qué situación, Edrian? ¿La tuya o la de Victoria?

Tensó todo el cuerpo y tardó unos segundos en contestar, pero no vaciló en su respuesta:

—Ambas.

—¿Alguna vez serás sincero conmigo?

—¡Lo he sido! —me contestó dejando de lado su trabajo para dirigirme toda su atención.

—¡No es cierto! —espeté.

—¡Sí lo es! Todo lo que te he dicho es completamente verdad.

Verdad a medias.

No tenía ganas de discutir y, ciertamente, no tenía ningún derecho a exigir información cuando no éramos ni siquiera amigos.

—¿Has terminado? Llévame a casa —le ordené incorporándome del sofá.

—¿Por qué haces siempre lo mismo? —preguntó también levantándose de la silla para ponerse frente a mí.

—¿Hacer el qué, Edrian? Solo quiero irme a mi casa.

—No hasta que hablemos —dijo con calma mientras se estiraba para impedirme el paso.

—Hoy no vamos a hablar nada —intenté rodearlo, pero su cuerpo me lo impidió.

—Entonces ¿tampoco me vas a contar por qué me enviaste esos mensajes después de la noche que paseamos juntos? —Arqueó las cejas y dio un paso en mi dirección. Su cuerpo rozó ligeramente el mío.

Estaba segura de que se me había notado en la cara la sorpresa ante su pregunta.

Había ido directo al grano.

—Ya sabes por qué —contesté firmemente mirándole a los ojos.

Edrian bajó los brazos que había tenido cruzados hasta entonces y dio un paso más para pegar su cuerpo al mío. Acercó su cara lo suficiente como para sentir su respiración.

Yo no retrocedí.

—No me creo que Victoria y el trabajo sean la razón para que quieras alejarte de mí —pronunció con calma en un tono severo.

Ya me había enfrentado antes a Victoria y sabía de sobra que me necesitaba. No me daba miedo su reacción y sabía que no era un motivo de suficiente peso como para dejar de lado mis sentimientos, pero… ni yo misma sabía por qué estaba rechazando todo aquello.

Aun estando confusa, quería aparentar seguridad.

—Ese es el único motivo que debes saber. El resto no es asunto tuyo —repliqué con brusquedad.

—Está bien. —Se separó y una ola de frío me recorrió la piel. Cerró el portátil y cogió el abrigo y las llaves—. Dejaré de meterme donde está claro que no me llaman. No quiero que cargues con un peso más. —Abrió la puerta y me cedió el paso—. Te llevo a casa.

«Lo último que necesito es cargar con un peso más».

Esas eran las últimas palabras que le había escrito en el mensaje y, como había imaginado, le había dolido mi respuesta.

Sentí una punzada en el pecho que no esperaba.

No quería hacerle daño, pero tampoco quería que me lo hiciera a mí.

Sabía cómo era Edrian. En el hotel tenía a todo el personal detrás de él. Era guapo, divertido, caía bien a todo el mundo. Podría estar con cualquier persona que él quisiera. Y yo… era simplemente yo.

Salí por la puerta sin decir nada más y con una de las peores sensaciones que había tenido nunca.

27



El día que encontré a Vera andando a oscuras por la carretera, yo había terminado de trabajar más tarde de lo habitual. Preparé la comida de la mansión para dos días completos, cenas incluidas, y llegué agotado al coche.

Al mediodía, había recibido un mensaje de Samuel con quejas y más quejas sobre el menú que Annie había preparado. Pensaba pedirle explicaciones a Victoria en cuanto pudiese. Aún no comprendía por qué había contratado a alguien tan incompetente. Me estaba haciendo trabajar el doble.

Cuando vi una figura caminando en la oscuridad, la reconocí al instante. Era imposible no hacerlo. ¿Qué pretendía al andar sola por aquellas calles a esas horas?

Una vez que se percató de quién era yo, se enfadó tanto por el susto que le había dado que tuve que disimular alguna que otra sonrisa, aunque me divertía verla irritada, y más si la causa de ello era yo.

Pero, si me ponía serio, un sentimiento de impotencia y preocupación recorría mis venas al pensar que podría haberle pasado algo.

Ya en mi casa, más tranquila, trató de aparentar que nada había ocurrido entre nosotros. Un muro inquebrantable se interponía entre ella y yo y no había manera de que me permitiera pasar, pero no pensaba rendirme.

Aproveché para hacérmelas de héroe y sacarla aún más de sus casillas.

Se debatía entre si gritarme o no. Yo necesitaba saber por qué me apartaba.

No esperaba que sacase el tema de Victoria. No le había mentido. Todas las palabras que habían salido de mí eran ciertas. Otra cosa es que hubiera omitido algunos detalles.

Solo empeoraría la situación decírselo. Ella sobrepensaba demasiado las cosas. Si le decía la verdad, me apartaría aún más. Se puso a la defensiva y yo no tenía ánimos para todo aquello.

Dejé de discutir y la llevé a casa.

La tensión se palpó en el ambiente durante los cuarenta minutos de camino. No intercambiamos más que un par de comentarios en todo el trayecto. Me dio las gracias, esperé a que entrase en su portal y me fui de allí. El interior del coche se quedó impregnado de su olor.



Pasaban los días y Annie no mejoraba en habilidades ni en actitud.

Aunque se negase a hacer muchas cosas y tuviera comportamientos de niñata, al menos era amable conmigo.

Ese día, estaba probando con Martha, una de las mejores cocineras que teníamos en el Imperial, una nueva receta para la crema de espárragos.

Dejé a Annie sola durante cinco minutos. Cinco.

Empecé a escuchar cómo daba órdenes de una manera despectiva a una de las camareras.

—La próxima vez mira por dónde vas. ¡Me has manchado el uniforme de café!

—Lo siento, Annie. Ha sido sin querer.

—Y ¿eso qué soluciona? Saldré hecha un asco al comedor si me reclaman los clientes. Quizá hable con dirección para que sepan lo descuidada que eres.

Eso era el colmo. Me acerqué para detener ese espectáculo.

—¡Ya es suficiente! Ve a la sala de personal —le ordené.

—Pero es que…

—¿Prefieres que te ponga en evidencia delante de todos como acabas de hacer con ella? Tal vez debería.

Sin decir ni una sola palabra más, me obedeció y salió de allí.

La camarera, a la que minutos antes había gritado, comenzó a llorar. Toda la cocina se había quedado en silencio.

—Tranquila, no va a pasar nada. —Le puse la mano en el hombro—. Siento mucho que te haya gritado así. No volverá a ocurrir. Me encargaré de informar sobre su mal comportamiento. No voy a permitir que os trate así.

—No es culpa tuya. Solo cumples órdenes, como todos —dijo mi segundo al mando desde la otra punta.

—Aun así, informaré de todo esto, lo prometo.

Salí de la cocina en busca de Annie y la encontré andando en círculos por la sala de personal.

Cerré de un portazo. Estaba furioso con ella.

—¡¿Qué te crees que estabas haciendo?!

—¡Me ha manchado! Un chef no puede…

—Un chef trabaja en la cocina. Las manchas son parte de nuestro trabajo. Si no te manchas, seguramente serás una chef de mierda y, si te manchas y tienes que salir al comedor, te cambias la filipina, que para eso hay cuarenta uniformes más —le expliqué con firmeza—. Quitando eso, que sea la última vez que tratas así a un subordinado. ¿Te ha quedado claro?

Ella miró al suelo avergonzada. A veces me daba la sensación de que era tres personas distintas al mismo tiempo y no en el buen sentido.

—Está bien…

—Te aseguro que como vuelva a repetirse hablaré con Victoria al respecto.

Ella sonrió.

—Prometo ser más amable, pero no te molestes. Victoria no me despedirá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pregúntale a ella.

Después de aquello, por supuesto que lo iba a hacer.

Al salir de la mansión, fui al que sería mi nuevo restaurante. Esa mañana, Agatha me había contado, en su habitual tono poco disimulado, que le había cedido el taller a Vera para que trabajase en los cuadros del concurso.

Recibí la noticia aparentando total indiferencia, aunque una chispa creció dentro de mí al pensar que la iba a ver por allí más a menudo.

Me detuve en la fachada del restaurante de mis sueños. Había comprado hacía meses aquella vieja tienda de antigüedades. El dueño se jubilaba y no tenía hijos

a quien cederles el negocio. Había estado semanas liquidando sus últimas existencias y, para cuando la compré, lo había vendido prácticamente todo.

Me encapriché de aquel bajo por la localización, pero sobre todo por las dimensiones. La tienda contaba con una sala de exposiciones y eso le daba muchos metros al local.

Para cuando llegué, Manuel estaba saliendo de la habitación que habíamos improvisado como almacén.

Manuel se había convertido en mi persona de confianza para el restaurante. Era el encargado de toda la reforma y, después de tantos meses trabajando juntos, también era mi amigo.

—Ahora mismo estamos haciendo lo básico y nos llevará una semana, pero necesitamos que apruebes los diseños y materiales finales, Edrian. —Me dio un dosier con todos los detalles.

—Lo haré, te lo prometo. ¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté ojeando las páginas.

—El tiempo que nos lleve terminar la cocina, que es lo más complicado.

—¿Sabes qué pasa? Que le falta algo. —Le señalé el diseño que habían propuesto para las sillas y el mostrador—. Yo esto podría verlo en cualquier restaurante de buena cocina. No me dice nada.

—No sé qué esperas de un restaurante con esta calidad culinaria. Esto es lo que se lleva ahora.

Me quedé pensativo unos segundos.

—Déjame que le dé una vuelta, ¿vale?

—Las que quieras. Total, son tu restaurante y tu dinero.

Sonreí ante aquel comentario.

En esos momentos, la obra era un desastre. Solo se veía una planta baja amplia llena de cables y polvo por todos lados, pero ahí estaba materializado todo mi esfuerzo.

Imaginé el día de la inauguración, cuando le enseñara a mi madre este proyecto por fin terminado. Quería demostrarle que todo su trabajo había servido para que yo pudiese estar ahí. Lo único que deseaba en esta vida era que mi madre se sintiese orgullosa de mí, pero, sobre todo, de ella misma.

—Por cierto, Edrian. —Manuel iba a pedirme algo—. Ya sabes que mi mujer está embarazada y que en unas semanas dará a luz…

—No digas más. Puedes tomarte los días libres que quieras. Solo por el tiempo y el esfuerzo que le dedicas en un día a la obra, podrías librar dos. Eres un adicto al trabajo.

—Si todos los jefes fueran como tú, habría más gente con ganas de trabajar. Muchas gracias. —Se dio la vuelta para cerrar la puerta del almacén.

Manuel era una gran persona y el mejor en su trabajo.

—¡Espera, Manuel! —lo llamé antes de que pudiera echar la llave—. ¿Es aquí donde habéis metido todas las cosas que dejó el antiguo dueño?

—Sí, están todas ahí. La semana que viene las recogen para donarlas, como ordenaste.

Tenía el fugaz recuerdo de haber visto un antiguo soporte de madera.

—Déjame que las revise un momento. —Abrí la puerta.

—Por supuesto —me dijo antes de irse.

El almacén estaba lleno de materiales para los obreros, pero en la parte del fondo dejaron algunos de los objetos que no habían logrado vender en la liquidación. El dueño nos los cedió por si queríamos usarlos en la decoración del local.

Entre vasijas, relojes y algún mueble, se encontraba un antiguo caballete color caoba, que solo necesitaba una capa de barniz.

Lo cogí y me pasé toda la tarde tratando de dejarlo en la mejor de las condiciones.

28



Esa mañana desayuné con Sophie en una cafetería de la ciudad. Nos pedimos dos cafés y unas tostadas con aguacate, tomate y huevo. Estaban increíbles, aunque echaba de menos el jamón de España.

—No me puedo creer que esa señora te haya dejado su taller de millonaria para que pintes —comentó Sophie mientras le daba un bocado a la tostada.

—Créeme. Yo tampoco.

Aún no terminaba de asimilar que esa misma tarde empezaría mi obra en el taller de mis sueños.

—Y yo trabajando en turnos de horas infumables. A veces pienso que me he equivocado de trabajo.

—No seas tonta, tienes vocación para ser enfermera. Además, te encanta. Eres la persona más maternal que conozco —la animé mientras le daba un sorbo al café y me ajustaba la bufanda.

Nos acomodamos en la terraza de la cafetería porque el sol se había asomado un poco esa mañana, pero duró menos de cinco minutos. Ahora, el cielo estaba completamente nublado y hacía un

frío horrible. Para la semana siguiente se esperaba una ola helada con probabilidades de nevada.

—Ya lo sé. Luego veo a la jefa que tienes y se me pasa. —Se rio descaradamente y eso hizo que se me derramara el café.

Antes de que dijera algo más, Sophie me preguntó en un tono más serio.

—Y con el cocinero, ¿qué piensas hacer?

Suspiré largo y tendido.

—No lo sé —me limité a contestar.

—Te gusta. Y, por lo que veo, más de lo que pensaba, porque estás aterrada.

—¡No estoy aterrada!

—¡Oh, amiga! Claro que lo estás. Tú tienes miedo de que no salga como esperas. Te da miedo que no sea como tú quieres y prefieres no tener nada a empezar y que salga mal.

Parpadeé varias veces asimilando sus palabras.

Nunca le había hablado a Sophie de mis inseguridades ni de mi relación con Álex, pero me había calado.

—No me mires así, soy como una madre, ¿recuerdas? Yo lo sé todo. —Me guiñó un ojo.

Cerré los ojos unos segundos antes de decir lo que estaba a punto de salir de mi boca, porque, una vez que lo dijese, no había vuelta atrás.

—Vale, me gusta. Puede ser un imbécil cuando quiere, pero me gusta —admití a regañadientes—. No sé si me estoy equivocando con él.

—Yo solo puedo decirte que, si es un buen tío y te atrae, le des una oportunidad. Al fin y al cabo, ninguna de tus razones tiene

directamente que ver con Edrian, ¿no? —Se comió el último trozo de su tostada y habló con la boca llena—. Todas tus excusas son cuestiones ajenas a él.

A veces odiaba con toda mi alma que Sophie me diera las respuestas más sensatas, porque me hacía sentir estúpida.

—Vamos a pedir la cuenta, que tengo que pasar a comprar los materiales antes de ir a la mansión. ¿Me acompañas? —Abrí el bolso para sacar la cartera.

—Cobarde —me dijo al mismo tiempo que llamaba al camarero—. Sabes que llevo razón.

La imité con una mueca.

Justo en ese momento pasó por esa calle un rostro que conocía muy bien y que dibujó una sonrisa en mi cara.

Kaleb, con un abrigo largo y elegante, iba de la mano de un chico de piel morena. Alguna vez había mencionado que tenía pareja, pero nunca lo había visto, ni siquiera en fotos. Realmente era tan guapo como lo describía, aunque, siendo Kaleb, no me esperaba menos de su gusto para los hombres.

Le hice un gesto con la mano y se acercó a nuestra mesa.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás? —me saludó mientras me levantaba a darle dos besos y después me dirigía a su novio—. Este es Finn.

Me saludó con una radiante sonrisa.

—Así que tú eres la compañera de trabajo tan maravillosa que ha perdido Kaleb. —Me eché a reír, aunque no estaba segura de que fuera tan maravillosa—. Lleva días quejándose de que ahora no tiene con quién cotillear.

—Para qué mentir. Es totalmente cierto —soltó Kaleb con su sobreactuación dramática—. La vida sin ti en el Imperial es mucho

más gris.

—¡Qué exagerado eres, Kaleb! Solo hace unos días que me fui.

—Suficiente —dijo poniéndose la mano en la frente como si estuviera a punto de desfallecer.

Todos nos echamos a reír.

—¿Es tu día libre? ¿Dónde vais? —les pregunté.

—Vamos de compras —me contestó Finn—. Este sábado vienen a cenar a casa algunos amigos. Como la hemos comprado hace relativamente poco, está algo vacía y queremos ver cosas de decoración.

—En esta calle hay una tienda preciosa que hace esquina. Seguro que encontráis algo que os guste —dije señalando con la mano.

—Es justo una de las que habíamos visto por internet. Por cierto, ¿os apetecería venir a la cena? —preguntó Finn mirándonos a ambas y después a Kaleb—. Va a ser muy familiar. Vienen de Hawái un par de amigos de Kaleb y yo he invitado a unos cuantos colegas de la academia.

¿Academia? ¿Era policía o algo así?

—Por mi parte, sabéis que estáis más que invitadas. Además, creo recordar que sois tres, ¿verdad? —Mi amigo frunció el ceño al intentar recordar—. Decidle también que se venga.

—¡Ah! ¡Qué guay! —exclamó Sophie—. ¡Allí estaremos! Se lo diremos a Becca.

La miré incrédula porque se había apuntado demasiado rápido y no era propio de ella, pero la verdad es que nos vendría bien socializar.

—Pues allí estaremos. —Así confirmé la respuesta que mi amiga había dado.

—¡Estupendo! Pensaremos bien el menú del sábado. Quiero que sea algo medianamente casero. —Se dirigió directamente a su compañero—. Que ya sabemos lo que pasa cuando te pones a experimentar y no quiero que te pases todo el día en la cocina. Algo sencillo, pero que esté rico.

Me sentí muy feliz por Kaleb. Finn se veía un chico alegre. Tenía su trabajo de lo que quiera que fuera y además sacaba tiempo para tener un hobby como la cocina.

Kaleb se merecía algo así.

—No te preocupes, cielo —le tranquilizó Finn y después se dirigió a nosotras—. ¡Nos vemos el sábado, queridas!

Se despidieron, pero, mientras se dirigían a la tienda, Kaleb se dio la vuelta.

—¡Y no se os ocurra venir vestidas con cualquier cosa! Que cuando veáis a los amigos de Finn querréis darle una alegría al cuerpo y espero… —dijo poniendo el énfasis en esta palabra— que lo hagáis. ¡No digáis que no os avisé!

Sophie me miró con los ojos como platos y las dos nos echamos a reír.



Tras comprar los materiales que me faltaban, fui un par de horas antes a la mansión para poder colocarlo todo y empezar con el boceto.

Saqué la llave que Agatha me había dado la noche anterior y la introduje en la cerradura.

El estudio era aún más bonito de día.

El enorme ventanal, que ocupaba la pared del fondo y parte del techo, dejaba pasar tanta luz que parecía que estuviese en medio del jardín. Justo en el centro de la habitación habían dejado un caballete color caoba. Imaginé que Agatha había ordenado llevarlo allí y me dije que más tarde se lo agradecería. Los caballetes eran muy caros y, si me iba bien en el concurso, había decidido comprar uno más adelante, porque por el momento pretendía poner una sábana y trabajar en el suelo. Me lo iba a ahorrar.

Dejé las bolsas y el lienzo en la mesa de madera y me dispuse a organizarlo todo. Cogí un carrito con ruedas que encontré, de cuatro pisos y vacío, y empecé a colocar los materiales en las bandejas. Había comprado pintura al óleo de diferentes tonos, disolvente, pinceles de distinto grosor y textura, cinta de carrocero, alguna que otra espátula y un par de trapos.

Me puse mi camisa vieja de confianza y me coloqué cerca del ventanal para comenzar el boceto.

Tenía claro lo que quería hacer, pero pasarlo al lienzo era otra cosa completamente distinta. Pensé que la mayoría de los participantes usarían el color rojo para su obra. Debía ser monocromática y el rojo es el color que te imaginas cuando piensas en el dolor, pero yo quería ir más allá.

Nos pedían explorar la estructura del dolor, ¿no? Pues bien, quería que mi obra, por los elementos que llevaba, y no por los colores, fuera capaz de reflejar dolor.

¿Cómo iba a representar la estructura de algo intangible?

No iba a ser fácil, eso lo tenía claro.

El dolor puede manifestarse de múltiples maneras y yo decidí hablar el único idioma que conocía de él.

Tracé las líneas de mi boceto con algunas imágenes de referencia que había encontrado en internet. Mi mente entró de lleno en la pieza.



Dos horas más tarde, vi por la ventana que el coche de Marc entraba a la finca. La peque acababa de llegar del cole.

Cuando llegué a la planta inferior, Marc tenía a la niña en sus brazos.

Me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio y me la pasó con mucho cuidado para no despertarla. Al tomarla, la noté caliente y con los mofletes colorados.

—Ha llegado del colegio con algunas décimas y con síntomas de catarro. Se ha quedado frita en el coche —me contó Marc mientras miraba el reloj de su muñeca—. Voy a llamar al doctor para ver si puede venir esta tarde.

—Está bien. Voy a acostarla y a pedir que le preparen una sopa calentita para cuando despierte. Seguro que le sentará bien. —La observé de reojo apoyada en mi hombro y le acaricié el pelo.

Me dirigí hacia las escaleras.

—Una cosa más —dijo Marc, y yo me di la vuelta—, hoy te quedas sola con el resto del personal. Me llevo a Agatha al hospital a hacerle unas pruebas. No sé a qué hora volveremos.

—¿Agatha está… bien? —pregunté cautelosa.

Él abrió la boca para decir algo, pero un hilo de voz salió de una de las salas de estar y le cortó.

—No te preocupes, querida. Son cosas de mi estómago y de la dieta que llevo. Aún hay alimentos que no me sientan del todo bien

y quieren barajar todas las posibilidades para que mejore cuanto antes. Nada más —me contestó Agatha quitándole importancia al asunto.

Marc se acercó a ella para ayudarla a caminar hasta el coche.

—Bueno, seguro que todo va estupendamente —añadí confiando en cada palabra que salía de mi boca—. Tu nieta se queda en buenas manos.

—No lo dudo —contestó sonriendo.

—Te aviso si el doctor puede venir esta tarde, y llámame si necesitas algo. —Marc se despidió mientras se ajustaba la chaqueta del traje y acompañaba a Agatha hasta el coche.

Subí al cuarto de Sandra y le preparé la cama.

Aún dormida, la dejé sobre las sábanas, le busqué un pijama y le tomé la temperatura.

Tenía treinta y siete y medio. Nada de lo que alarmarse por el momento.

La habitación de Sandra era mucho más encantadora que todo lo que yo hubiese podido soñar de niña. Las paredes estaban pintadas de un color entre azul y violeta pastel y todos los muebles eran blancos. La cama se situaba en el centro. Tenía una pequeña mesilla a su lado y un baúl a sus pies. Al fondo del cuarto estaba su escritorio, bajo la ventana que daba al jardín, junto a una butaca aterciopelada. A la izquierda de la puerta de entrada quedaba su armario de tres puertas y frente a la cama una enorme estantería de varias baldas.

Un espejo de cuerpo entero se situaba al lado de la ventana. Por el momento, no le hacía mucho caso, pero lo agradecería en unos años. No era una habitación recargada ni mucho menos. Había

algunos libros y peluches en la estantería, pero lo normal para una niña de su edad.

Me senté a su lado para quitarle la ropa del cole y ponerle el pijama. Le quité los zapatos y los calcetines sucios y le puse unos limpios. Luego fui con los pantalones del pijama y la senté ligeramente para poder sacarle el jersey y la camiseta.

Cuando le subí la camiseta interior para cambiársela me fijé en el reflejo de su espalda a través del espejo.

¿Eso era una cicatriz?

Una mancha más oscura que su tono de piel le cubría gran parte de la espalda.

Empezó a despertarse.

—Abuela…

—Hola, bichito —le dije mientras terminaba de vestirla dulcemente dejando mis preguntas para más tarde—. La abuela ha tenido que irse y tú por lo que veo estás malita. ¿Cómo te encuentras?

Al terminar de vestirla la senté y ella automáticamente se dejó caer en la cama como una muñeca de trapo.

—Vera, me duele aquí —dijo señalando la garganta— y aquí. —Luego la cabeza—. Y tengo mucho calor.

Esta niña no estaba para otra cosa que no fuera dormir.

—Hoy no vamos a hacer nada —le susurré mientras la arropaba con las sábanas—. Vas a quedarte aquí durmiendo y voy a prepararte algo calentito para que te lo tomes cuando te despiertes y esa garganta mejore, ¿vale?

Ella asintió y le sobraron segundos para volver a dormirse.

Le acaricié el pelito rubio y la dejé durmiendo plácidamente.

Para encontrar la cocina, me pasé unos minutos dando vueltas por la planta baja, porque desconocía su ubicación. Hasta ese día no había tenido la necesidad de saber dónde estaba. Me preparaba la comida en casa y la engullía antes de salir a trabajar, y alguien del personal de la casa se encargaba, siempre puntual, de colocar la merienda en el comedor. Por fin, la encontré.

Las dimensiones de la cocina eran casi tan grandes como las del Imperial, solo que esta, en lugar de ser un monstruo de metal, era mucho más refinada. La encimera marmolada en beis, los armarios blancos, una isla preciosa en mitad de la sala. Ciertamente, era muy bonita.

Por muy arrogante que fuera Victoria, en ciertas cosas tenía motivos para serlo. Su gusto era impecable.

Entonces me di cuenta de que el horno estaba encendido y había ingredientes esparcidos en una zona de la cocina.

Mierda. Había alguien.

29



Llevaba días rompiéndome la cabeza dándole vueltas a cuál sería la mejor estética para el restaurante. No sabía qué le fallaba. Todo lo veía demasiado serio, demasiado lujoso, demasiado visto… No encontraba el punto intermedio entre la elegancia y la chispa.

Aquella tarde, nada más llegar a la mansión, telefoneé a Victoria.

El asunto de Annie tenía que zanjarse.

—Dime, Edrian, ¿qué pasa?

—Pasa que la nueva es una inútil y me está tocando trabajar el doble porque no sabe hacer bien ni lo básico de su trabajo.

La cocina del Imperial funcionaba únicamente porque el resto del personal conocía muy bien sus tareas y se organizaban entre ellos.

—Pues enséñale mejor —soltó.

La mayoría de las veces las respuestas de Victoria eran increíbles.

—Te aseguro que yo no puedo hacer más por ella. Es prepotente y ha tenido encontronazos con varios compañeros. O me explicas por qué estás empeñada en mantener a Annie, cuando claramente no vale para el puesto, o te juro que la dejo tirada y serán tuyas las críticas por la descontrolada y horrible cocina del Imperial.

Se quedó pensativa unos segundos y se resignó.

—Annie es la nieta de uno de los inversores alemanes más importantes de una nueva operación. Necesito que seas amable con ella y que trates de que esté

contenta. Una nieta feliz implica un abuelo feliz, y un abuelo feliz es lo que necesito para llevar a buen puerto esta operación. No puedo perder esto, ¿entiendes? —No podía creerlo. Estaba poniendo en juego la eficiencia y el bienestar del Imperial por ganar una operación—. Te aseguro que no pretendo contratarla. Solo necesito que crea que sí hasta que esa operación esté firmada y ya pondremos alguna excusa para echarla, como las que me has dado.

—¿Y qué más quieres que haga? Ha sido un milagro que no haya habido una intoxicación en el hotel todavía.

—Que te acompañe a esa reunión que tienes. Seguro que así aprende del resto de los profesionales y puede ver cómo se desenvuelven. Además, así la llevas a cenar. —No podía creer lo que estaba oyendo. Cuando fui a replicar, me cortó—. Por favor, de verdad que es muy importante para el grupo. Haz esto por mí. Solo un par de días más y te prometo que es el último favor que te pido.

Por alguna estúpida razón, me convenció y accedí.

Tras colgar, comencé a hacer el postre favorito de Agatha. Era mi día libre, pero me había enterado de su cita en el médico y sabía que odiaba los hospitales más que cualquier otra cosa en el mundo. Aunque no pudiese comer demasiado dulce, le sentaría de maravilla un trocito de postre al llegar.

Preparé la masa y me dirigí a la despensa a por unos huevos.

Al salir, encontré a Vera de pie en mitad de la cocina. Parecía tan sorprendida como yo. La última vez que la vi, entraba en el portal de su casa y habíamos discutido.

—No sabía que estabas aquí —comentó.

Sonreí sarcásticamente y volví a centrarme en mi receta.

—¿No me digas? No habrías puesto un pie en la cocina de saber que yo estaba aquí.

Ya empezaba a estar harto de esa situación. Tampoco ayudaba que Agatha estuviese en el hospital, y eso me producía una angustia interior que no sabía controlar.

—No seas exagerado —contestó mientras se acercaba a ver qué estaba haciendo—. ¿Podemos intentar llevarnos bien, aunque sea en el trabajo?

—Creo que esa pregunta me corresponde hacerla a mí —respondí mientras rompía los huevos y los batía.

No podía creer que me estuviese pidiendo una tregua. ¡Si era ella la que siempre estaba a la defensiva!

—¿Qué necesitas? —le pregunté suavizando mi expresión.

—Sandra está con fiebre.

Me giré instintivamente, preocupado.

—¿Qué le pasa? ¿Has llamado al médico?

—Son solo unas décimas. —Intentó quitarle importancia—. Marc ha dicho que llamaría al médico para ver si podía pasarse esta tarde a verla y estoy a la espera de noticias. La he dejado durmiendo arriba y he bajado a prepararle una sopa caliente para cuando se despierte, pero…

Por fin entendí por qué necesitaba mi ayuda. Estaba seguro de que había bajado dispuesta a cocinar y no tenía ni la más mínima idea de por dónde empezar. Así que el hecho de verme allí le había supuesto un alivio.

—Pero no tienes ni idea de cocinar —solté apoyándome en la encimera al mismo tiempo que me cruzaba de brazos.

Entrecerró los ojos y me miró fijamente. Con la dulzura más falsa que había visto jamás, habló. Me estaba divirtiendo demasiado.

—Voy a ignorar tu comentario y te diré que sí sé cocinar, pero que desconozco por completo cómo funciona esta cocina. —Sabía que se reconcomía por dentro y yo no dejaba de sonreír—. Te agradecería enormemente que, ya que estás aquí, le preparases tú la sopa.

Me quedé mirándola durante unos segundos y, sin decir ni una palabra, elegí unas cuantas verduras de la despensa y me puse manos a la obra.

Se dispuso a salir, pero aún podía picarla más.

—Garabatos —la llamé sin darme la vuelta—. Te ha faltado el «por favor», pero vas mejorando.

Casi pude ver cómo se ponía roja como un tomate y terminaba de sacarla de sus casillas.

—¡Es tu trabajo! Avísame cuando esté, Cocinitas.

Salió por la puerta y la satisfacción me invadió.

Esa mujer me gustaba demasiado.

30



El médico llegó poco después y examinó a Sandra. Le recetó un par de medicamentos para bajar la fiebre, los mocos y la tos y le mandó reposo durante unos días.

La fiebre había llegado hasta casi los treinta y nueve grados, pero ya estaba bajando de nuevo.

¿Dónde demonios estaba Edrian?

Había transcurrido una hora y aún no había recibido ningún mensaje para recoger la sopa.

La niña estaba durmiendo plácidamente y, aunque no tuviese trabajo que hacer, me sabía mal subirme al taller a pintar y dejarla allí. Me senté en una butaca que había al lado de la cama y empecé a esbozar rayas verticales en mi cuaderno de dibujo. Mis flores favoritas eran los tulipanes; siempre me habían transmitido algo que no encontraba en otras. Comencé a dibujar unos cuantos en un jarrón alargado.

Aún me preguntaba qué sería esa marca tan grande que le había visto a Sandra en la espalda. Hasta ahora no la había desvestido nunca. Con seis años, ella misma se valía para todo eso.

Esperaba con todas mis fuerzas que no fuese una cicatriz. El simple hecho de que eso pudiera ser una quemadura, o el rastro de alguna lesión fuerte, me provocaba ganas de vomitar al pensar lo que podría haber sufrido esa niña tan pequeña.

No lo había visto con claridad por la tenue luz de la lámpara, pero se lo preguntaría en otro momento a Agatha o a Marc.

La puerta se abrió lentamente y Edrian apareció con una bandeja y un plato tapado.

—¿Cómo sigue? —Dejó la bandeja en la mesilla de noche y se sentó en la cama junto a la niña para tocarle la frente.

—Ya se ha ido el médico y le está bajando la fiebre —le informé.

Como si hubiese detectado la presencia de Edrian, Sandra se despertó.

—Hola, renacuaja. —Edrian le dedicó la sonrisa más tierna y encantadora del mundo.

Hasta ese momento desconocía que fuese capaz de sonreír de esa manera, como si ella tuviese una parte importante de su corazón.

—Ed —logró decir la niña mientras se iba espabilando—. Quiero galletas.

¿Ed?

Este se echó a reír.

—Cómo se nota que ya estás un poco mejor. —Cogió el plato de sopa que había traído tapado y se lo enseñó—. No has comido nada en todo el día. Primero vas a tomarte esta sopa que te he hecho y después Vera y yo decidiremos si te hago las galletas.

Sandra me miró por primera vez desde que se había despertado y sonrió al darse cuenta de que seguía allí. Hizo pucheros para darme aún más pena y que cediera a su petición de las galletas.

Definitivamente, le estaba bajando la fiebre.

—Déjate de pucheros y tómate toda la sopa. Luego hablaremos del postre —aporté.

Ella no estaba en posición de rechistar ni tampoco tenía fuerzas para ello. Se puso una servilleta de tela sobre la camiseta del pijama y Edrian empezó a darle la sopa.

Por cómo olía, esa sopa debía de ser mano de santo. Yo seguí con mis flores mientras los escuchaba.

—La abuela dijo que hoy no trabajabas en casa. —Sorbió sopa de la cuchara.

—Y, como siempre, tu abuela tiene razón. Hoy es mi día libre.

—¿Y qué haces aquí?

Edrian se lo pensó dos veces antes de hablar.

—He venido a cuidarte porque estás malita.

Mentira.

Edrian ya estaba en la casa antes de saber que Sandra estaba enferma y se había enterado por mí, pero entonces ¿por qué estaba realmente en la mansión si era su día libre?

—¿Y la abuela?

—La abuela se ha… —empecé a contestar, porque deduje que Edrian no tenía esa información al igual que no sabía que Sandra había llegado con fiebre, pero me cortó.

—La abuela se ha ido a hacer unos recados con Marc a la ciudad y enseguida volverá. —Giró la cabeza hacia mí un segundo y por su mirada supe entender lo que quería decirme:

«No digas nada del hospital».

Yo asentí.

—¿Es que sois amigos? —preguntó curiosa ante nuestra mirada cómplice.

Estaba claro que había muchas cosas que a su edad no entendería, pero era una niña muy espabilada.

—Sí —contesté rápidamente mirando de reojo a Edrian—. Somos muy buenos amigos, ¿verdad, Edrian?

Entrecerró los ojos tan ligeramente que para la niña fue imperceptible. En cuanto abrió la boca me arrepentí de no haber dicho que nos odiábamos a muerte.

—¡Oh, sí! Los mejores. A Vera le encanta jugar conmigo —soltó en un tono divertido y le dio otra cucharada.

No pude evitar ponerme colorada después de la indirecta que acababa de escupir.

Él, por su parte, se lo estaba pasando en grande.

—¿Y a qué os gusta jugar? —siguió preguntando Sandra.

—Pues últimamente a Vera le gusta jugar a las adivinanzas. Ella hace algo y yo tengo que adivinar el motivo.

—Pero en clase jugamos a las adivinanzas y no se juega así —contestó Sandra extrañada ante la explicación de Edrian.

Pensaba matarlo en cuanto saliéramos de allí.

—Lo que quiere decir… —intenté arreglarlo rápidamente— es que yo le doy pistas y él tiene que adivinar lo que estoy describiendo.

—Bueno, eso de pistas habría que verlo…

Me aclaré la garganta para interrumpirlo y obligarle a cambiar de tema.

—¿Has terminado ya? —le preguntó cuando quedaban apenas un par de cucharadas.

—Sí, ya no me entra nada más. —Sandra se recostó tocándose la tripita llena. Al menos no seguía pidiendo galletas—. ¿Puedo dormir más?

—Claro, princesa. —Me levanté para colocarle bien las sábanas al mismo tiempo que Edrian se apartaba a un lado de la sala. Cogí la bandeja—. Si necesitas algo, me llamas.

Mi turno ya había acabado y a la niña se la veía mucho mejor. Puede que me quedase en el taller un rato antes de irme.

Me disponía a salir detrás de Edrian por la puerta.

—Ed —Sandra lo llamó y le tendió la mano.

Yo lo miré desconcertada y él se acercó a la cama con una sonrisa.

—No se me olvida.

Hicieron una especie de saludo secreto con las manos, como el que tienen dos amigos en el colegio.

—Descansa, renacuaja. —Le dio un beso en la frente antes de cogerme la bandeja con el plato de sopa y salir por la puerta.

Hasta entonces, no había visto a Edrian tratar con ningún miembro de la casa salvo el día que nos encontramos a Marc en mi portal.

Parecía que tenía una relación muy especial con la pequeña. Sandra estaba tranquila y era ella misma cuando estaba con él, y no voy a negar que ver esa faceta tan paternal de Edrian hizo que el corazón se me saliera un poquito del pecho.

Por un momento, me invadió la pena. Siempre que yo había estado enferma, mi madre o mi padre permanecieron a mi lado. Se

habían pasado las noches en vela por mi insistente tos, se aseguraban de que me tomara las medicinas, me controlaban la fiebre… ¿Dónde estaba la madre de esa niña? Se estaba perdiendo toda la infancia de su hija. Por muchas horas que trabajase. Por mucho que fardara de darle la mejor vida posible, ¿dónde estaba cuando la persona que más la quería en el mundo la necesitaba?

Volví a pensar dónde estaría el padre de esa niña. Hasta ahora no había oído ni una sola mención al respecto ni Sandra había preguntado por él.

Por otro lado, pensé también en la suerte que tenía esa niña por tener a Agatha por abuela, a Marc, a Edrian y a mí, supongo. No sabía hasta qué punto podía considerarse suerte tenerme a mí, pero lo que sí sabía es que, mientras estuviera en su vida, no le faltaría ni un ápice de cariño. Sandra crecería rodeada del amor de todos nosotros, aunque su madre no estuviera presente para dárselo.

Salí de la habitación, pero Edrian ya se había ido.

Me fui directa al taller.



Ya había pintado la capa base cuando recibí el mensaje de Marc:

> Ya hemos llegado, pero Agatha está muy cansada y se ha acostado. Mañana hablas con ella. Hoy no la molestes. Ya me encargo yo de Sandra. Puedes irte a casa cuando quieras.
> Tienen que seguir haciéndole más pruebas

Le di las gracias y le hice caso.

Ya eran las siete y se había hecho de noche. Había encendido un flexo que se sujetaba al caballete y una lámpara de pie para iluminar

el resto de la habitación. Si mi padre me hubiese visto en ese momento, me habría dicho que me iba a dejar los ojos de fijar tanto la vista, pero estaba más que acostumbrada.

Sonaba en el altavoz una de mis canciones favoritas, «When You Say Nothing at All», de Ronan Keating.

Cómo agradecía que las casas de la República Checa estuvieran tan bien aclimatadas. En el exterior haría una temperatura de un grado, pero yo iba con un top de tirantes y una rebeca fina.

Estaba a punto de terminar lo que me había propuesto ese día cuando empecé a oler algo que me resultaba familiar. Cerré los ojos y percibí el olor del azúcar, la canela…

—¿Quieres uno para ti sola o compartimos?

Me di la vuelta sobresaltada y vi a Edrian delante de mí con el pelo húmedo y dos platos. Su contenido hizo que mi rostro se iluminase sin poder evitarlo.

Había cocinado *trdelník*, como me prometió.

—¿Tengo pinta de estar a dieta? —espeté tirándome a por uno de los platos y luego medité lo que acababa de preguntarle al ver su expresión de duda—. Mejor no contestes.

—No pensaba hacerlo —contestó con su habitual sonrisa.

Me dirigí al enorme sofá que había colocado en medio del taller y apagué la luz que iluminaba el lienzo. Edrian me siguió.

Me había vendido muy rápido por un postre casero.

Justo antes de dar el primer bocado, me di cuenta de que Edrian estaba observándome.

—¿Qué? ¿Tengo pintura en la cara? —pregunté llevándome una mano a la mejilla.

—Estoy expectante por ver tu cara al probarlo. Como sé que no me vas a decir lo bueno que está, al menos tu expresión te delatará —confesó.

Notaba el calor de aquel pastel recién hecho en mis manos. Le di el primer bocado e intenté con todas mis fuerzas no hacer ningún gesto, pero en cuanto distinguí el sabor a canela mis ojos se cerraron solos.

No me hacía falta abrirlos para saber que Edrian estaría delante de mí con su insoportablemente atractiva cara de satisfacción.

—Está increíble. —Ya que mi cara había hablado por mí, no tenía sentido mentir.

—¡Dios mío! ¿Un cumplido saliendo de ti? ¿Sandra te ha pegado la fiebre? —Hizo un gesto con la mano para tocarme la frente.

Su tacto era cálido y acogedor. Le aparté la mano con cuidado y no pude evitar reírme.

—Lo cierto es que hago bastantes cumplidos, pero solo a personas que se lo merecen.

—¿Yo no me lo merezco?

—Ahora que me has preparado este manjar, sí. Por eso te lo he hecho.

—¿Y antes no? —Se quedó asombrado ante mi respuesta y empezó a contar con la mano—. Veamos, Garabatos… Salvé tu libreta de una muerte segura. ¡Dos veces! Te hice la cena cuando estabas triste, te llevé a conocer la ciudad más bonita del mundo y te enseñé a bailar. —Hizo una pausa para seguir pensando—. Te rescaté de la fría y peligrosa noche y hace un par de horas he evitado que quemases la casa. Por no hablar de que te estás comiendo el mejor *trdelník* que has probado jamás.

—Teniendo en cuenta que solo me he comido dos en toda mi vida, no es un logro tan grande —apunté.

Se quedó perplejo ante mi respuesta.

Tuve que reprimir una sonrisa. Edrian podría ser muy egocéntrico y tener el don de sacarme de quicio, pero en este caso tenía toda la razón. Todo se resumía en que disfrutaba mucho metiéndome con él y a él le pasaba lo mismo conmigo.

—¡Está bien! Gracias —contesté forzada, y le di otro bocado al dulce.

—Eres insoportable —concluyó.

Quedé muy satisfecha con esa respuesta.

Miré el paisaje que nos envolvía a través del cristal y vi cómo las copas de los árboles se balanceaban ligeramente por el viento. La mansión estaba rodeada de kilómetros de un espeso bosque de pinos silvestres y algunos sauces. Ya le había echado el ojo a uno para dibujarlo en mis ratos libres.

Cuando acabase la primera obra.

Más allá de la canela, empecé a percibir un olor muy diferente…, a limpio. Olía fresco, como a jabón de lavanda o de aloe vera…, y entonces até cabos.

—¿Te has duchado? —pregunté cambiando completamente de tema.

—Sí —contestó sin vacilar.

—¿Te duchas aquí? ¿Dónde demonios te has duchado? —Sabía que Edrian tenía confianza con la familia después de varios años de trabajar con ellos, pero ¿tanta como para ducharse en su mansión?

—A veces —contestó con toda la normalidad del mundo. Y añadió al verme insatisfecha con su respuesta—: No me mires así, Marc

también lo hace. La cocina es un arte muy bonito, pero muy sucio. Hoy he cocinado tres platos diferentes y me he puesto perdido de harina. Aquí sobran las habitaciones y Victoria me ofreció una de ellas por si necesitaba ducharme o dormir alguna vez.

«Qué considerada», sonó en mi mente con el tono más irónico posible. Aunque tampoco estaba en condiciones de juzgar, porque yo había accedido a usar un taller que en mi vida podría permitirme.

—¿Por qué tres platos?

Su mirada quedó perdida en algún punto del suelo.

—*Medovnik* —contestó, como si yo supiese a lo que se refería—. El pastel de miel es el postre favorito de Agatha. No puede comer mucho porque no le sienta bien, pero le gusta tomarse muy de vez en cuando un trocito con el té. —Una sonrisa nostálgica asomó en su cara—. Como sé que odia los hospitales, pensé en hacerle uno para que se lo encontrase al volver.

—Un gesto muy bonito.

—Y luego la señorita me ha pedido una sopa y esto. —Volvió a su habitual tono juguetón.

—No me voy a quejar, pero que conste que lo has hecho porque has querido —agregué llevándome otro bocado a la boca—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Agatha —se limitó a decir.

¿Había hablado con Agatha de mí? ¿En qué contexto habían hablado para que yo saliera en la conversación?

Edrian pareció leer mi expresión de desconcierto.

—No te montes películas que yo no he preguntado nada. Me lo dijo ella. Creo que no sabe que tú y yo nos conocemos —aclaró pasándose la mano por el cabello húmedo para peinarse—. Pero

ahora que he dejado el trabajo en el hotel y que voy a pasar más tiempo por aquí…

—No importa que lo sepa.

—Ya lo sé. Somos muy buenos amigos, ¿recuerdas? —Sonrió falsamente, y yo estuve a punto de echarle la bronca por lo que le había dicho a Sandra, pero me habló mientras observaba mi cuadro —. ¿Qué es?

Ladeé la cabeza pensando qué respuesta darle.

Ahora mismo no tenía ningún sentido. El boceto se había borrado casi por completo al darle las primeras capas y ahora mismo solo se veían un par de manchurrones de color violeta.

Sí. El violeta había sido el color que había escogido para mi obra. Era justo el intermedio entre el azul tristeza y el rojo rabia. Siempre pensé que el dolor no era una emoción en sí, sino un sentimiento derivado de un cúmulo de emociones demasiado complejo de explicar. Y, de entre todos los tipos de dolor que existen, yo lo había enfocado al dolor que se siente cuando te parten el corazón. Solo lo había experimentado una vez, pero había sido suficiente como para saber que arrasa con toda la energía de tu cuerpo. El día en el que tu corazón se rompe, dejas de ser tú para ser una nueva versión de ti. No podría decir con certeza si esa nueva versión es mejor o peor que tu yo anterior, supongo que eso solo depende de ti. Lo que sí tenía claro es que es un dolor que atraviesa de una manera tan profunda que deja una marca que posiblemente nunca llegue a curarse del todo.

La peor parte de este tipo de dolor no son los días en los que no puedes comer ni levantarte de la cama, ni tampoco aquellos en los que el llanto no te deja respirar. No son los días en los que sientes

que te falta el aire ni es el reflejo que ya no reconoces en el espejo. No es ver cómo todo lo que hacías ha dejado de tener sentido ni tampoco la sensación de desgarrarte por dentro con cada respiración.

La peor parte de un corazón roto es esa fase del dolor en la que te quedas a vivir de manera permanente. La que viene cuando empiezas a levantar cabeza. Ese momento en el que ya ves desde otro punto de vista cómo y cuánto has sufrido. Porque el «problema» de pasar por un desamor es que siempre sales con más amor propio del que tenías. Aprendes a quererte y a darte el lugar que mereces.

Y eso está muy bien, pero también es horrible. Porque no hay nada peor que ver sufrir a quien más quieres.

Echar la vista atrás y ver cómo te han hecho daño, cómo has sido capaz de soportar tanto, cómo lo único que quieres hacer es disponer de una máquina del tiempo y aparecer en tu pasado para abrazar a esa chica acurrucada en la cama, que no deja de preguntarse por qué no ha sido suficiente, para decirle con seguridad:

«Todo pasará. Vas a salir de esta. Yo me encargaré de ello».

Eso era lo que quería reflejar en mi obra.

Volví de mis pensamientos y le contesté a Edrian brevemente:

—La parte del dolor que no se ve.

Él sonrió tristemente mirándose las manos.

—Ni se va —añadió.

Lo miré perpleja y supe que entendía perfectamente de lo que estaba hablando.

—Aprender a vivir con ciertas cosas no significa que dejen de doler. Simplemente te acostumbras a que el dolor sea una parte de ti —dijo dejando el plato en la mesita que tenía al lado.

—¿Seguro que no tienes alma de artista? —bromeé ante su sorprendente y profunda reflexión.

—¡Claro que la tengo! Ya te he dicho que la cocina es un arte. Poco convencional, pero lo es —contestó muy orgulloso.

Quizá estaba cometiendo un error al no darle a Edrian una oportunidad. Puede que Sophie tuviese razón y yo solo pusiese excusas por miedo a sufrir de nuevo.

Edrian no era Álex.

No podía pasar toda mi vida huyendo del dolor.

—Que no se te suba a la cabeza, pero es un arte que todo el mundo agradece. Mi abuelo dice que una persona con el estómago satisfecho es una persona feliz. Yo solo me defiendo un poco, pero siempre he querido aprender a cocinar bien —confesé acurrucándome un poco más en el sofá.

—Tu abuelo es muy sabio. Ya lo podrías haber heredado.

Le tiré el cojín que tenía más cerca sin pensarlo dos veces y Edrian lo cogió al vuelo con una sonrisa tan cautivadora que, si no hubiese sido porque estaba sentada, me habrían temblado las piernas.

—¿Tienes algún día libre la semana que viene? —me preguntó de golpe.

—El miércoles no trabajo —contesté—. Lo pedí libre para poder entregar a mediodía la obra del concurso.

—Estupendo —respondió recogiendo los platos y dispuesto a salir por la puerta—. El miércoles te acompaño a entregar el cuadro y

después tienes tu primera clase de cocina. ¿Prefieres en tu casa o en la mía?

31



Ver a Vera pintar por primera vez era tan natural como ver correr el agua de un río. Parecía que estaba hecha para eso. No se concebía la pintura sin ella. Estaba hecha por y para hacer bailar el pincel sobre el lienzo.

En la habitación de Sandra también había estado dibujando en su cuaderno. Un ramo de tulipanes para ser exactos. La serenidad que transmitía cuando dibujaba era contagiosa.

A mí, lo que conseguía darme paz y calmarme en mis peores momentos era cocinar.

Acababa de descubrir que no era lo único.

Podía pasarme horas junto a ella solo por la sensación de paz que me generaba.

Llevaba un par de minutos observándola cuando se dio la vuelta y sonrió como una niña al ver lo que contenía la bandeja.

Me ofrecí a darle una clase de cocina el mismo día que debía acabar de instruir a Annie, porque no me producía ningún remordimiento cancelar la última clase con ella.

Annie no opinó lo mismo.

—¿Me estás dando plantón?

—Es solo una clase. Solo te estoy diciendo que me ha surgido algo muy importante y no puedo asistir.

—¿Seguro que no quieres continuar un par de semanas más con las clases? Creo que estoy progresando.

Tenía que estar de coña.
—Seguro. Lo siento, pero tengo trabajo en el restaurante.
Bajó la vista y se entristeció.
Me iba a arrepentir de esto, pero se lo prometí a Victoria.
—Pero en compensación quiero proponerte algo.
Solo esperaba que aquella invitación no me trajera consecuencias inesperadas.

32



Al día siguiente, también llegué unas horas antes para continuar con el lienzo.

Podía pasarme las horas muertas en aquel taller. La obra me absorbía por completo y yo me entregaba felizmente a ella. Pintaba con rabia, con tristeza, con amor… Daba pinceladas al ritmo de las canciones de mi *playlist* y no estaba pensando en si la obra sería lo suficientemente buena para pasar de fase. Me estaba dejando llevar por mi instinto.

Marc me había informado de que Victoria llegaría esa semana para quedarse de manera indefinida.

Desconocía cuál sería su reacción al saber que Agatha me había cedido el taller para mi uso personal, pero lo que sí tenía claro era que no le iba a gustar nada.

—No vas a soltar prenda, ¿verdad? —le pregunté a Marc por tercera vez sobre los resultados de las pruebas de Agatha.

—Ya te lo he dicho, Vera. No sabemos nada aún. Probablemente no estén hasta la semana que viene —contestó cansado de mi insistencia.

—Si lo supieras, tampoco me lo dirías —dije mientras me quitaba la bufanda y la dejaba en el guardarropa.

—Pues no. Es un asunto personal de Agatha.

—A veces detesto que seas tan correcto —admití en tono de broma.

—Y yo que tú seas tan cabezota. —Se estaba poniendo el abrigo para salir—. Ella misma te lo diría.

—Sabes que no. Haría como que no pasa nada y por eso me preocupa —repliqué.

—Lo sé. Es tan terca como tú, pero también es la mujer más fuerte que conozco. —Me pasó la mano por el brazo y salió de la mansión.

Supongo que tenía razón. Tampoco me iba a preocupar por fantasmas que no existían.

Esa tarde ambas se quedaron en la cama. Agatha estaba cansada de la salida y las pruebas del día anterior y Sandra aún estaba enferma, aunque ya sin fiebre.

Solo me quedaban unos días para entregar la obra y aún la tenía a medias. Aproveché cada rato libre para avanzar y agradecí enormemente disponer de aquel taller para trabajar en condiciones. Realmente no sé qué habría hecho si solo hubiese podido pintar en mi habitación.

Al salir del trabajo, Marc me llevó directamente a casa. Últimamente mis compañeras estaban reunidas en la cocina cada

vez que yo llegaba de trabajar. Agradecía mucho poder cenar con ellas.

Becca casi se atragantó con un trozo de zanahoria cuando le contamos el plan que teníamos en casa de Kaleb y Finn.

—¡Ah, no! A mí no me metáis en vuestro saco —dijo bebiendo agua mientras se recomponía—. Vosotras habéis confirmado que ibais a ir. Yo no.

—¿Por qué? Será divertido —la animó Sophie.

Nunca esperé presenciar una situación en la que Becca no quisiera hacer un plan y fuese Sophie quien intentase convencerla.

—A mí eso de las cenas familiares no me va mucho.

—No es una cena familiar —agregué yo para que pareciese algo más informal—. Solo van unos amigos a pasar el rato. Nos vendrá bien socializar. A las tres.

—Venga… —le rogó Sophie.

Becca miró al techo preguntando en un susurro qué había hecho en otra vida para merecerse eso y ambas chillamos de alegría al comprobar que nuestra estrategia había funcionado.



—Recordadme por qué he accedido a venir —dijo Becca mientras llegábamos a la ubicación que Kaleb me había pasado.

Íbamos paseando por los callejones de Praga.

—Porque nos quieres —contestó Sophie.

—Tienes razón. Ojalá os quisiera menos.

En la calle que estábamos atravesando solo se escuchaba el sonido de nuestros tacones golpeando el asfalto y nuestras carcajadas ante la respuesta de Becca.

Kaleb había insistido en que fuésemos arregladas. La cena iba a ser en su casa, pero conociéndolo sería algo elegante.

Sophie se había soltado la melena rubia y se había hecho unas ondas al agua. El *outfit* que había escogido era unos pantalones acampanados verde militar, un top blanco y unas sandalias de tacón. Acostumbrada a verla con gafas, sudadera y moño por la casa, daba gusto verla cuando se arreglaba. Becca había elegido un vestido negro corto de tirantes con unas botas de plataforma. El vestido dejaba ver su clavícula y los tatuajes de sus brazos que quedaban tapados bajo el abrigo acolchado. Se había planchado el pelo negro y le caía justo rozándole el hombro.

Las dos iban realmente preciosas, y no lo decía porque las hubiese maquillado yo, que también, sino porque de verdad eran guapísimas.

Por mi parte, me había recogido la melena en un moño repeinado y había dejado un mechón a modo de flequillo al que había hecho un tirabuzón. Mi vestido era azul eléctrico de corte midi y cuello *halter*. Llevaba parte de la espalda al aire, pero la tapaba el enorme abrigo de pelo gris que le había quitado a Becca.

Hacía una de las noches más frías hasta la fecha. Estábamos un par de grados bajo cero y había sido una idea horrible ponerse vestido.

Al entrar en el edificio, no pude evitar abrir ligeramente la boca cuando vi la portería. La nuestra parecía un cuchitril de mala muerte en comparación con aquella. El portero, que llevaba uniforme, nos saludó muy amablemente y nos preguntó a qué planta nos dirigíamos. Nos acompañó hasta el ascensor y después volvió a su puesto.

Cuando llegamos al último piso y Finn nos abrió la puerta tuvimos que hacer acopio de todos nuestros esfuerzos para no parecer imbéciles ante el asombro que nos produjo el lujo de su casa.

Vivían en un ático completamente reformado y se notaba que todo era nuevo.

¿De dónde sacaba tanto dinero la gente?

—Pasad, chicas. —Finn nos invitó a pasar y se apartó a un lado para cedernos el paso y cerrar después la puerta.

—Esto es para vosotros. —Le tendí la cesta que habíamos preparado horas antes.

Los padres de Sophie habían enviado una caja llena de productos españoles y había de sobra. Así que decidimos, por cortesía de nuestra amiga, llevar un par de botellas de vino y algo de embutido.

—No hacía falta, de verdad. —Finn se quedó unos segundos observando la cesta—. ¡Vino español y jamón ibérico! ¡Qué ganas de probarlo! Muchísimas gracias a las tres. —Nos deleitó con su encantadora sonrisa—. El salón está justo enfrente.

Encabecé al grupo y fui directa a donde creía que había señalado el novio de mi amigo.

—¿Y dices que Kaleb es jefe de recepción en tu hotel? —me susurró Becca al oído como si me hubiese leído el pensamiento. Asentí—. ¿Y el novio a qué se dedica? Porque, por muy bien pagado que esté un trabajo como el suyo, o ha heredado una fortuna, o es imposible que haya podido pagar un piso así con su sueldo siendo tan joven. Este ático, solo por estar donde está, valdrá más de un millón de euros; ni hablemos de la reforma.

—Ni idea. Creo que Finn es policía o militar. Mencionó algo de que vendrían sus amigos de la academia a cenar —aclaré sin poder dar

una respuesta clara.

Kaleb se levantó de la butaca en la que estaba sentado con una copa de vino.

—Ya ha llegado el alma de la fiesta —nos saludó a las tres con un abrazo a cada una—. Venid que os voy a presentar a mi equipo.

El salón comedor era enorme. Tenía una pared completa acristalada con puertas correderas que daba a una terraza muy acogedora. Estaba segura de que desde ese balcón se podía ver toda Praga.

Justo enfrente de donde estaba Kaleb había una pareja con rasgos muy similares a los suyos.

—Os presento a Loa y a Keoki: mi hermana mayor y su marido, que resulta ser también mi mejor amigo. Me quieren tanto que han cruzado el planeta solo para verme —se regodeó vanidosamente.

—Hay cosas que por muchos años que pasen nunca cambiarán y tu ego es una de ellas, hermanito —soltó su hermana Loa con una risa burlona.

Este ignoró su comentario.

—Esta es Vera, mi amiga y compañera de trabajo y…

—Yo soy Sophie y ella es Becca. Mucho gusto —añadió rápidamente Sophie por si Kaleb no recordaba sus nombres.

—Encantados, chicas —respondió Keoki.

Le dejamos nuestros abrigos a Kaleb y nos acomodamos.

—¿Habéis tenido tiempo de visitar Praga? —preguntó Sophie sentándose al lado de Loa. Becca la siguió.

—Qué va. Hemos aterrizado esta mañana y hemos dormido un par de horas —contestó casi avergonzada—. Con la diferencia horaria hemos llegado muertos y el vuelo se nos ha hecho eterno. —

Loa alargó los brazos para estirar ligeramente su espalda—. Menos mal que nos quedamos un par de días más, pero hoy no sé hasta qué hora aguantaremos.

Nuestro anfitrión fue a la cocina y nos quedamos hablando con sus invitados. La hermana de Kaleb y su cuñado eran realmente agradables. Keoki nos contó que era médico y Loa, profesora de submarinismo. Hacían una pareja preciosa.

Ella tenía una melena frondosa y rizada y la piel perfectamente bronceada. Llevaba un vestido de punto de manga larga y unos botines de tacón. Keoki, aunque también estaba bronceado, tenía la piel más clara que su mujer. Con el cabello recogido en un pequeño moño, su largo le llegaba por encima del hombro. Se había vestido con una camisa y unos pantalones elegantes y anchos.

Estuvimos conversando con ellos durante unos minutos.

—¿Cómo es posible que siempre lleguen tarde los mismos? —Una voz desconocida salió del interior de la casa en dirección al salón.

—Ya sabes cómo son. A clase tampoco llegaban puntuales. Sobre todo Enzo —contestó Finn desde la cocina.

Entró por la puerta un hombre rubio con un delantal manchado. Vestía con una camisa azul, remangada hasta los codos, que hacía juego con sus ojos. Con un mentón marcado en profundidad y una nariz perfectamente recta, teníamos delante de nosotras a uno de los chicos más guapos que jamás habíamos visto.

Se quedó mirando a Sophie nada más entrar.

La observé de reojo y juraría que estaba a punto de caérsele la baba. Hice un esfuerzo para no reírme.

—Encantado de conoceros. Yo soy Adler, un amigo de Finn de la academia.

—Otro policía —soltó Becca sin pensar.

Adler frunció el ceño.

—¿Policía? —preguntó extrañado y soltó una carcajada antes de elevar la voz—. ¡Finn! ¿Qué les has contado?

No entendía nada. Entonces ¿no eran policías?

Sonó el timbre y Adler miró al cielo y de sus labios casi me pareció ver que salía un «Aleluya».

—Ahora vuelvo. —Se dirigió a la puerta principal y desde allí nos pegó un grito—. Espero que os guste el bacalao porque hoy cocina Finn y esa es su especialidad. —Hizo una pausa para abrir—. Su restaurante ganó una estrella Michelin por sus platos de pescado y marisco el año pasado.

Un momento, ¿su restaurante?

¿Finn tenía un restaurante propio?

—Siempre los últimos en llegar —escuché decir a Adler al resto de los invitados.

—Pero si solo han sido veinte minutos —se disculpó alguien.

—La culpa ha sido de Enzo, que me ha tenido esperando diez minutos —comentó una voz que conocía a la perfección.

Un escalofrío me invadió todo el cuerpo.

Até cabos. La academia de la que Finn había hablado no tenía nada que ver con la policía o los militares. Nada más lejos de la realidad. Se refería a la Academia Culinaria Nacional. Los compañeros de Finn se dedicaban a la gastronomía, al igual que él. Como Edrian.

Edrian era uno de los amigos de Finn y también había sido invitado a esa cena.

¿En qué momento me había visto envuelta en esa situación?

Sentí cómo me faltaba cada vez más aire. No podía respirar.

Seguían en el recibidor, así que Edrian aún desconocía que yo estaba allí.

—¡Ah! Que traes a alguien —añadió Adler y después gritó por toda la casa—. ¡Edrian viene acompañado!

Al oír su nombre, como si hubiesen estado programadas para ello, automáticamente Sophie y Becca giraron la cabeza en mi dirección con los ojos fuera de sus órbitas.

Loa y Keoki estaban hablando entre ellos sobre la hora a la que deberían recogerse para poder ver la ciudad al día siguiente y agradecí enormemente que no se hubiesen percatado del gesto tan descarado que habían hecho mis amigas.

—Ella es Annie —contestó Edrian—, la nueva chef del Imperial.

¿Por qué había traído a su sustituta?

Kaleb salió de algún rincón para intervenir.

—Finn me comentó ayer que ibas a traerla. Bienvenida, cariño. —Entró en el salón donde estábamos todos y con un gesto los invitó a pasar—. Nuestra casa es la vuestra. Dejad los abrigos por aquí.

Fulminé a Kaleb con la mirada como jamás pensé que podría hacerlo. En ese momento lo único que quería era asesinarlo.

En el fondo Kaleb no tenía ningún tipo de culpa. Yo jamás le había hablado de Edrian, pero, si no fuese por él, no estaría en esa situación.

Me miró y puso cara de desconcierto. Claramente no entendía lo que estaba pasando.

En ese momento todos entraron en el enorme salón.

Edrian apareció con su habitual y radiante sonrisa que se desvaneció en cuanto me vio.

—Vera —la cara que puso Edrian fue exactamente la que esperaba; no solo por la sorpresa de encontrarme allí, sino porque había ido acompañado de una chica—, ¿qué haces aquí?

Todos se quedaron en silencio.

Yo no era quién para exigir nada. No podía juzgarlo. Al fin y al cabo…, era yo quien había puesto distancia entre los dos, ¿no?

No me importaba lo más mínimo. Habíamos decidido ser amigos. Solo amigos.

Pero entonces ¿por qué me dolía tanto el pecho al verlo con otra chica?

No tenía ningún derecho a sentirme así. Los celos nunca habían sido una parte de mí, pero lo que estaba sintiendo en ese momento… Me ardía todo el cuerpo.

Annie parecía tener la misma edad que yo. Era una chica mona y rubia con el pelo muy corto y un estilo más urbano que el nuestro. Había venido con unos pantalones vaqueros negros y anchos, unos tacones de plataforma y un top de brillo que dejaba al aire casi toda su espalda. Parecía simpática y tenía una risa muy potente. Siempre había sido fan de ese tipo de carcajadas estridentes.

Si a Edrian le gustaba, entendía perfectamente por qué.

—¿Y tú? Podría preguntarte lo mismo —solté en tono ofendido.

Sabía de sobra que yo había trabajado con Kaleb.

—Vosotros, ¿os conocéis? —preguntó mi amigo curioso por la situación.

—También trabaja en la mansión —solté sin pensármelo dos veces con un tono de indiferencia extremo.

Pensaba omitir por completo toda la información extra. Por lo que respectaba al mundo, Edrian y yo éramos compañeros de trabajo.

Lo miré de arriba abajo y lo odié con toda mi alma porque jamás lo había visto tan guapo. Se había peinado a conciencia y vestía una camisa verde grisáceo que hacía resaltar los tonos dorados de su piel y su pelo.

Luego me odié a mí misma por haberlo pensado.

Hubo un silencio que duró unos segundos y se notaba claramente que el aire se podía cortar con un cuchillo.

—¡Necesito algunas manos expertas por aquí! —gritó Finn desde la cocina. Era el único que no estaba en el salón y su grito de auxilio me pareció lo más maravilloso del mundo en ese momento.

—¡Oído, cocina! —contestó Adler al mismo tiempo que cogía a Enzo y a Edrian de los hombros y los arrastraba a la cocina. Annie los siguió.

Sentía que la cabeza me iba a explotar.

Kaleb me hizo un gesto para que lo siguiera, y lo hice. Me llevó a una habitación de la casa, que deduje que era la suya y la de Finn por la cama de matrimonio y los marcos de fotos.

Cerró la puerta al entrar.

—Amor, ¿puedes contarme qué es lo que me he perdido? —me dijo cruzándose de brazos.

Yo dejé caer el culo en la cama. Las piernas no me aguantaban en pie ni un segundo más.

Finn entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con cautela a su pareja, y este me señaló esperando una respuesta.

—Eso me gustaría saber a mí. ¿Tú sabías que Edrian y Vera se conocían? —interrogó Kaleb cruzándose de brazos.

—¿Yo qué iba a saber? —Levantó las manos a la altura del pecho como si así fuese a librarse de la reprimenda de Kaleb por no haberle contado el chisme—. Pero, teniendo en cuenta que los dos han trabajado en el Imperial, que Edrian es el chef privado de Victoria en la mansión y que hace unos días me enteré por ti de que Vera también, no me resultaría raro que se conocieran. Lo que no esperaba es que fuese relevante —contestó inocentemente Finn.

Kaleb puso los ojos en blanco y se mordió el labio.

—Yo que pensaba que a Edrian lo habían largado del hotel y que ahora estaba sin trabajo. ¿No se te ocurrió comentarme que también trabajaba en la mansión? —le reprendió mi amigo—. Bueno, vamos a lo importante, ¿qué pasa aquí?

Dirigieron toda su atención hacia mi persona.

—Y ¿por qué tu amiga se piensa que soy policía? —preguntó confuso Finn.

—Porque se lo dije yo… —confesé rascándome la cabeza.

—¿Por qué narices dijiste eso? —insistió Kaleb con los ojos abiertos.

—¡Porque hablasteis de una academia! Pensé que era la academia de policía. ¡¿Quién se iba a imaginar que eras compañero de Edrian de la escuela culinaria?!

Estaba claro que tenía que dejar de dar por hecho cosas.

Mi amigo se llevó la mano a la boca y contuvo todo lo que pudo la risa.

—Lo que no te pase a ti… —Se puso serio—. Venga, empieza a soltar prenda que hay un bacalao en el horno y no tenemos toda la noche.

Supongo que a Kaleb podía contarle toda la historia. Sabía que podía confiar en él y que no se lo contaría a nadie. Esperaba que Finn fuera el mismo tipo de persona.

Tampoco había ninguna gran historia que contar. Simplemente habíamos quedado una vez y yo lo había apartado para centrarme en otras cosas y darle prioridad a la parte profesional de mi vida. Lo que pensaba omitir era toda la parte sentimental que me hacía pensar que la había cagado.

Pasé cinco minutos explicando la situación que me había llevado a ese momento, confesando que teníamos una cita la semana que viene e intentando mostrar una completa indiferencia por Edrian. No tuve éxito.

—Tía —empezó a decir Kaleb cuando terminé de hablar con una mano en la boca—, siento decírtelo, pero estás pilladísima.

—Y tanto —añadió su novio.

—Y, encima, ¡tenéis una cita la semana que viene! —recordó Kaleb superemocionado con el culebrón mental que se había creado —. Pero entonces ¿por qué ha traído a Annie como acompañante?

Sentí una punzada en el pecho y volví a notar que las piernas me flaqueaban. ¿En qué momento creí que eso de mantenerme indiferente iba a funcionar con estos dos?

Kaleb miró a Finn en busca de una respuesta.

—A mí no me mires. Puede que sea mi amigo, pero lo único que sé es que me pidió traerla para que aprendiese algunos trucos de nosotros porque estaba muy verde —contestó levantando las manos a la altura del pecho.

Ya estaba harta de todo aquello.

—Vale. Se acabó. Volvemos al salón y aquí no ha pasado nada —dije levantándome en dirección a la puerta.

Escuché la voz de Kaleb en susurros mientras me alejaba.

—Sabía que iba a ser una gran noche, pero no esperaba que prometiese tanto. Teníamos que haber comprado más vino.

Para mi amigo, esto era como ver su telenovela favorita, y no lo culpaba porque parecía que el guionista de mi vida se lo estaba pasando en grande.

33



¿Cómo era posible que Vera hubiese acabado en aquella cena?

Cuando Finn propuso invitarnos a cenar, porque se había ido a vivir con Kaleb, me dijo que sería algo íntimo y familiar; por eso, lo último que esperaba encontrarme al llegar era a la antigua compañera de trabajo de su novio.

Para colmo yo había ido con Annie. Tenía claro lo que Vera pensaría de aquello.

En la cocina, Adler y Enzo estaban en la enorme isla emplatando los canapés y los platos fríos mientras discutían sobre los beneficios de la cúrcuma. Finn estaba pendiente de una olla enorme con lo que parecía ser uno de los platos principales, y Annie y yo nos encontrábamos en un extremo de la larga encimera cortando verduras mientras ella se reía escandalosamente por un comentario que yo había hecho y que no tenía ninguna gracia.

Vera entró en la cocina preguntando a Finn si necesitaba ayuda con algo.

Siempre estaba preciosa, no importaba si la veías al final del día con el maquillaje hecho un desastre, con ropa cómoda para pintar o con el uniforme del Imperial. Pero esa noche estaba especialmente deslumbrante.

La voz de Finn me apartó de mis pensamientos.

—Si quieres, ayuda a Kaleb a poner la mesa. Esto ya está casi listo.

Se dirigió al cajón que Finn le había indicado y supe que se haría un lío con la cantidad de cubiertos que habría allí.

El resto comenzó a sacar bandejas de comida.

Me coloqué justo detrás de ella mientras los demás se dirigían al comedor. Su cabello desprendía un delicioso aroma floral.

—Tienes que coger este que es el de ensaladas y entrantes y este otro que es para el pescado —le susurré por detrás señalando los tipos de cuchillos—. Estos son los dos tenedores que van con ellos y estos los cubiertos de postre —indiqué cogiendo un cuchillo y una cuchara de tamaño pequeño.

Mi pecho rozaba su espalda y podía sentir perfectamente su respiración al igual que ella notaba la mía.

—Gracias —se limitó a decir y empezó a contar unidades para todos los comensales.

Estaba enfadada.

—Yo… no sabía que ibas a estar aquí —le susurré para que nadie más pudiese escucharnos.

—Ya veo. —Dirigió la mirada a Annie y la retiró al instante. Fue apenas un segundo, pero ya la había visto.

—Vera, ella no es… —empecé a explicarme.

—Me da igual —me cortó rápidamente y siguió contando.

—¿Podemos hablar más tarde?

—No.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque no quiero.

—¿Por qué no?

—Por favor, déjame.

—No quiero —insistí en un tono más grave y serio—. ¿Por qué no?

Cogió aire y yo no me aparté de ella. Su pelo rozaba mi mejilla.

Sabía que estaba sufriendo una lucha interna.

—Porque estoy cansada de confiar en la gente y que me decepcionen una y otra vez. Porque no quiero más explicaciones baratas que no solucionan absolutamente nada. Porque estoy evitando a toda costa que me hagan daño y tú, Edrian, lo tienes todo a tu favor para hacérmelo. —Su respiración se había acelerado—. Y eso es algo que no pienso permitir.

Ahí estaba. Ese era el verdadero motivo por el que me apartaba.

Le rocé el brazo con los dedos y se estremeció ante mi contacto. Si solo supiera…

—Vera, yo jamás…

—Déjame, por favor.

Se revolvió ligeramente para apartar mi mano y se dirigió con todos los cubiertos hacia la mesa.

Suspiré hondo. Si todas sus dudas se basaban en el miedo a que le hiciese daño, no pensaba darme por vencido. Me armé de valor para superar lo que quedaba de noche y entré en el comedor tras ella.

Kaleb presidía la mesa, al igual que Becca, la amiga de Vera que acababan de presentarme junto con Sophie, que se hallaba en el otro extremo. Como era de esperar, su familia se había sentado junto a él. Los seguíamos Enzo, yo y Annie. Esta última había decidido sentarse al lado de Becca. Adler se había colocado a la izquierda de Finn seguido de Sophie y Vera, que se había sentado estratégicamente flanqueada por sus dos amigas, aunque, para su desgracia, había quedado justo frente a mí.

Empezamos con los canapés. Había seis tipos y estaban increíbles. Finn siempre había sido de los mejores de nuestra clase.

—Y vosotros ¿cómo os conocisteis? —preguntó Sophie a la pareja anfitriona.

—Fue todo culpa de Edrian —contestó Finn limpiándose con una servilleta de tela.

—¡Cuenta! Yo no conozco esa historia —insistió Annie.

Traté de buscar con la mirada a Vera un par de veces, pero no levantó la vista en ningún momento.

—Sois unos exagerados —espeté.

—Venga, que la cuento yo. —Kaleb estaba deseando ser el centro de atención —. Hace un año más o menos, teníamos un evento importante en el hotel y contrataron a Edrian. Acostumbraban a traerlo solo en ocasiones muy especiales. —Me señaló y le dirigió una mirada cómplice a su novio—. Unos días antes, vino para hacer algunas pruebas y trajo a Finn como invitado para que conociera las cocinas del Imperial. Yo estaba trabajando, como de costumbre, y, en cuanto Finn me vio, se enamoró perdidamente de mi belleza y del culo que me hace el uniforme y le rogó a Edrian que nos presentase.

Todos nos echamos a reír. Era verdad que el uniforme generalmente sentaba bastante bien.

—Mas o menos, cariño. —Le acarició el brazo dándole la razón como a los niños y aclaró—: Es cierto que me pareció atractivo y le pregunté a Edrian por él. Entonces me lo presentó, y Kaleb me dio su número sin yo pedírselo —recalcó—. Y un año más tarde aquí estamos.

—Bueno, eso son detallitos sin importancia —dijo mi amigo.

—Edrian, estás hecho un cupido —comentó Adler.

—A ver si la vida algún día me lo devuelve —respondí bebiendo de la copa de vino e instintivamente miré a Vera.

—Pero si eres un rompecorazones, Ed. Siempre has sido el que más pretendientas ha tenido de los cuatro —siguió diciendo Adler llevándose un trozo de pan casero a la boca—. El que sí que no se come una rosca es Enzo.

—¡Oye! —Este le tiró un trozo de corteza a la cara—. Tengo belleza sureña, ¿vale? Lo que pasa es que no sabéis apreciarlo. En Italia soy un verdadero partidazo.

Enzo era italiano. Al contrario que el resto, tenía el pelo negro y los ojos muy oscuros. Si el canon de belleza en República Checa se encontraba en ser rubio con ojos azules, Enzo suspendía con honores.

Pillé un par de veces a Adler hablando con Sophie. Conociendo a mi amigo y lo tímido que era para las mujeres, estaba encantado con ella. A Sophie se la veía una muchacha sencilla y agradable. Harían una pareja preciosa, pero eso lo hablaría más tarde con él.

A Becca, en cambio, la noté muy interesada en Annie. No dejaba de observar sus gestos y recé por que no empeorara la situación, pero parecía la típica persona que sigue sus propias reglas. Vi cómo una sombra maliciosa atravesaba su mirada y dejó de morderse la lengua que supuse que llevaba reteniendo toda la velada.

—Y vosotros ¿de qué os conocéis? —siseó.

—Del trabajo —contestó Annie feliz de que le hubiesen preguntado—. Yo estoy ocupando el puesto que Edrian ha dejado vacante como chef. Él me ayuda con muchas de las recetas y hemos estado varios días cocinando juntos. Me ha dado muchos consejos. Edrian es el mejor. —Me miró con una sonrisa y yo no tuve más remedio que forzarla.

Victoria se iba a acordar de esto.

—Vaya, ¡qué considerado! —apuntó Becca.

Vera seguía mirando su plato de comida como si fuera lo más fascinante del mundo. Sabía que en el fondo se lo estaba pasando en grande. No tenía ninguna intención de interrumpir a su amiga.

—Sí, la verdad es que se ha portado muy bien conmigo. No sé qué habría hecho sin él —añadió Annie con una voz excesivamente dulzona y acercándose un poco más a mí.

Mi primer instinto fue apartarme. No entendía por qué Annie se comportaba de esa forma tan pegajosa y territorial conmigo cuando nunca antes lo había hecho.

Hice como que estaba pendiente de la conversación que mantenían Finn y Enzo, pero toda mi atención estaba en el otro extremo de la mesa.

Kaleb, por su parte, desde la presidencia también estaba escuchando disimuladamente, o eso creía él, porque Kaleb era la persona más descarada de la tierra.

—Ya veo —contestó Becca jugueteando con un trozo de comida en el plato—. Y ¿hasta cuándo va a seguir ayudándote?

—Le dije que me gustaría alargarlo hasta fin de año. Hacemos muy buen equipo y creo que juntos trabajamos genial, pero Edrian me ha dicho que está muy ocupado con la organización del nuevo restaurante… —canturreó casi haciendo pucheros y me pasó una mano por la espalda que quise apartar de inmediato. ¿A qué narices estaba jugando?—. El miércoles iba a ser mi última clase, pero a Edrian le ha surgido algo muy importante y me la ha cancelado. Es un hombre muy ocupado, así que supongo que el martes será nuestro último día juntos, ¿verdad, Ed?

Di un respingo ante el contacto de Annie. Becca me miró esperando una respuesta como si fuera lo más interesante del mundo mientras un brillo malicioso atravesaba sus pupilas.

Cuando le propuse a Vera la clase culinaria, ya sabía que me tocaba trabajar con Annie, pero cancelé la sesión en cuanto accedió.

—Sí, pero ya estás más que preparada —me limité a contestar.

Y, si no estaba preparada, que se buscase la vida. Después de aquello no pensaba volver a verla jamás.

—¡Anda! —Becca se hizo la sorprendida como si acabase de caer en la coincidencia y subió el tono de su voz—. ¿El miércoles no habías invitado a Vera para cocinar juntos en tu casa?

Hubo un silencio en toda la mesa como si acabara de pasar un ángel.

La cara de Annie cambió por completo. No hubiese sabido definir su expresión, pero un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Automáticamente me levanté de la mesa ignorando por completo las palabras de Becca y me dirigí a Adler:

—Vamos a sacar los platos calientes. —Me desplacé a la cocina sin mirar a nadie—. Y tú ni te muevas, que bastante has hecho ya —dije señalando a Finn.

Este último obedeció.

—Te acompaño —balbuceó Annie con una voz más débil y me siguió a la cocina.

En cuanto tuve oportunidad, le agarré el brazo y la saqué al pasillo.

—¿Qué narices te crees que estás haciendo?

34



Gracias a Dios, ninguno de los amigos de Finn, incluidos Edrian y Annie, se enteraron de que la pareja anfitriona me había metido en una habitación para sonsacarme información. Estaban demasiado concentrados en la comida.

Esperaba con todas mis fuerzas que este tema pasara desapercibido en la cena y pudiese disfrutarla en la medida de lo posible.

Al volver al salón, envié un mensaje al grupo que teníamos Sophie, Becca y yo y les pedí que no me preguntaran nada hasta llegar a casa. Allí contestaría cualquier interrogatorio al que quisieran someterme.

Tras el encuentro con Edrian en la cocina, volqué todos los esfuerzos de mi mente en recuperar el poder de mis emociones y de mis pensamientos. No pensaba mostrar ni un ápice de debilidad.

Becca me había prometido no preguntarme nada hasta llegar a casa, pero en mi mensaje no le prohibía hacer comentarios o meter

pullas durante la cena. Esa era su especialidad y yo no la detendría.

Cuando Annie se levantó de la mesa y fue tras Edrian, mi amiga se mordió los labios intentando reprimir una sonrisa. Yo sabía que todo lo que estaba haciendo no era para dañar a Annie, sino para poner en una situación incómoda a Edrian, pero no podía más con ese juego.

Todo el mundo volvió a sus respectivas conversaciones y, cuando me aseguré de que nadie nos escuchaba y de que los que se fueron a la cocina habían desaparecido, le apreté la rodilla a mi amiga.

—Deja de hacer lo que estás haciendo —le supliqué al borde de un ataque de nervios.

—Por favor, si te lo estás pasando en grande. —Becca bebió un trago de su tercera copa de vino y me susurró—. No sé qué ha podido pasar entre vosotros, pero, si estabas mínimamente preocupada por este pajarito —señaló el asiento vacío de Annie—, te digo ya que no tienes de qué preocuparte.

—En primer lugar, no estoy preocupada. No somos nada —aclaré —. Y, en segundo, está claro que ella está coladita por él. —Eso era tan evidente que ni Becca podía negarlo.

No culpaba a la chica de absolutamente nada. Ella estaba en todo su derecho de hacer y decir lo que quisiera. Puede que me irritara un poco la forma en la que hablaba, pero no era motivo suficiente para odiarla.

—¿Coladita? Pero si la pobre se está arrastrando —apuntó moviendo la mano con la que aún sostenía la copa—. Amiga, estás enfocando tu atención en la persona equivocada. En las clases de teatro nos enseñan una cosa que se llama lenguaje corporal, y el de Edrian no deja de gritar «quítamela de encima».

Eso no tenía ningún sentido. No la hubiese invitado a una cena con sus amigos si lo que decía Becca era cierto.

Una cosa era el trabajo y otra muy distinta su vida personal y privada.

—Entonces ¿por qué la ha traído aquí? —pregunté como si fuera la prueba de que Becca se estaba equivocando.

—Eso pregúntaselo a él. Yo solo te digo lo que veo. —Mi amiga se levantó de su asiento—. Ahora vuelvo.

—Ni se te ocurra, ¿adónde crees que vas? —La agarré del brazo.

—Tranqui, solo voy a hacer pis —pronunció con su voz más calmada.

Mi respuesta fue una mirada de advertencia.

Tras preguntarle a Kaleb dónde estaba el baño, Becca se adentró en la casa.



—Nosotros nos vamos ya —dijo Keoki levantándose de la mesa al mismo tiempo que su mujer.

—Pero si aún no hemos sacado el postre —espetó Kaleb.

—Se me cierran los ojos, *kaikaina* —se quejó su hermana mientras cogía los abrigos del sillón—. Mañana tenemos un tour temprano y quiero estar descansada. Por favor, no me des la brasa.

Kaleb aceptó que tuvieran que irse y a regañadientes los acompañó hasta la salida.

—Siempre ha sido la aburrida de los dos. —Tras un portazo, Kaleb encogió los brazos mientras volvía a su sitio.

—¿Qué te ha llamado? —pregunté curiosa ante la palabra que había utilizado Loa para dirigirse a mi amigo.

Kaleb esbozó una media sonrisa.

—Es una palabra en hawaiano. *Kaikaina* significa «hermano pequeño». Loa pocas veces me llama por mi nombre —contestó con cierta nostalgia.

—¿Echas de menos tu tierra? —Mi pregunta cruzó la mesa.

Mi amigo suspiró.

—Me encanta mi trabajo y mi vida aquí, pero cuando pasas tanto tiempo lejos del lugar que te ha visto crecer… Bueno, es complicado no echarlo de menos todos los días. —En las palabras de Kaleb solo había cariño y nostalgia.

En ese momento, percibí que, detrás de lo superficial que Kaleb parecía a veces, había una persona que echaba mucho de menos a su familia y su país.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Enzo desde su asiento señalando a la terraza—. ¡La primera del año!

Todos se levantaron corriendo de sus asientos y se dirigieron a la cristalera.

¿Qué narices estaba pasando?

Fui la última en acercarme a la ventana y ver lo que realmente estaba fascinando al resto. Como ligeras partículas resistiéndose a la gravedad, las motas blancas caían en una lluvia a cámara lenta.

Nieve. Estaba nevando.

Sin pensármelo dos veces abrí la puerta transparente y salí a la amplia terraza del ático.

—¡Vera, te vas a congelar! —oí gritar a Sophie.

Sentí el gélido frío de la noche impactando contra mi cuerpo y me atravesó subiendo por la columna. Tuve que cruzar los brazos instintivamente, pero no me importaba en absoluto.

Eché la cabeza ligeramente hacia atrás y dejé que los copos se posasen en mis brazos desnudos, en mis mejillas, en mi nariz… Estaba viendo nevar por primera vez en toda mi vida.

Lo estaba viendo de verdad.

Sabía que para muchos era como ver llover, aquí estaban más que acostumbrados, pero, para una persona que no había visto jamás caer un copo de nieve, era como si hubiese descubierto la octava maravilla del mundo.

El frío inundó cada rincón de mi cuerpo. Me invitaba a entrar de nuevo en el piso y estaba a punto de dar media vuelta en dirección a la puerta… Hasta que mi vista llegó más allá de la terraza y me quedé paralizada.

Como había imaginado, desde allí se veía absolutamente toda la ciudad.

Me dirigí hacia la barandilla para ver mejor aquel paisaje que parecía sacado de una película.

No sabía cuánto tiempo llevaba nevando, pero algunos tejados ya acumulaban una ligera capa de nieve. Podía distinguir claramente el río, el Reloj Astronómico, la torre de la Pólvora y el puente de Carlos que había cruzado con Edrian hacía unas semanas. Me costaba imaginar una imagen tan increíble como aquella.

Un manto de pelo gris me cubrió los hombros y noté el calor de mi abrigo contra mi piel. La persona que lo había colocado se apoyó a mi lado.

—Te dije que era preciosa. —La voz de Edrian sonó suave, como si estuviese siendo muy meticuloso con cada palabra que salía de su boca.

Al contestar, mis ojos seguían fijos en el paisaje.

—Aunque solo haya sido por una vez, tenías razón.

Enzo, Sophie y Adler también se habían animado a coger sus abrigos y salir a ver el paisaje.

—Tiene pinta de que va a cuajar un poco —escuché decir a Enzo en voz alta mientras se frotaba las manos.

—Te debo una explicación —susurró Edrian acercándose un poco más a mí para que nuestros amigos no lo escucharan.

Dudaba que pudiesen hacerlo. Los tres estaban absortos en su conversación sobre la localización de los distintos sitios de la ciudad y se hallaban a varios metros de nosotros.

—No me debes nada. Ese tipo de asuntos son cosa tuya. No me incumben —aclaré cortante.

En el fondo me moría de ganas por preguntarle qué estaba pasando con Annie, pero no pensaba dejar mi orgullo a un lado por satisfacer mi curiosidad en un arrebato estúpido de celos. Una vez más, esa barrera que utilizaba cada vez que algo me aterraba se interpuso entre nosotros.

—¿De verdad crees que me voy a tragar eso? —preguntó incrédulo y se giró hacia mí—. Mírame a los ojos y dime que te ha dado igual que haya venido con Annie a la cena.

Me erguí confiada frente a él y levanté la vista para mirarlo a los ojos. Al acercar mi pecho, casi rozando el suyo, cuadré los hombros para dar una respuesta lo más creíble posible.

Sin dejar de mirar esos ojos de color miel, que parecían hablar por sí solos, dije con firmeza algo que no sentía en absoluto.

—Me-da-e-xac-ta-men-te-i-gual.

Mentirosa.

Edrian se mordió el labio inferior. Se sentía impotente ante la actitud que yo estaba teniendo y que sin duda lo estaba sacando de sus casillas.

Se acercó aún más a mí y agachó la cabeza. Sentí en el rostro la calidez del vaho que salía de su boca al hablar.

—No te creo, Garabatos —pronunció muy despacio. Su nariz casi rozaba la mía—. Aprende a mentir mejor.

—¿Te apetece también darme una clase sobre eso? —le solté vacilando sin miramientos—. Como parece que a ti se te da tan bien.

Se tocó la parte interior de la mejilla con la lengua y luego sonrió con picardía.

—Sabía que estabas celosa.

—Vete a la mier…

—Edrian, ¿vas a entrar? —Una voz dulzona nos interrumpió.

Annie estaba junto a la puerta de cristal.

Eché un vistazo a nuestro alrededor. No quedaba nadie en la terraza salvo nosotros. Estaba tan pendiente de lo que tenía que decir que no me había dado cuenta de que habían vuelto a entrar.

—Voy en un momento —contestó él.

—¡Oh, no! —le dije a Annie con una sonrisa radiante muy bien fingida—. Yo ya no siento las manos. Es todo tuyo. —Y sin mirar a Edrian volví al calor del ático.

35



Tras bajar en el ascensor, salimos a la calle nevada. Aún caían suavemente algunos copos sobre el asfalto blanco.

Vera y sus amigas se dirigían a casa.

—Esperad un momento. Os acompañamos —les grité desde la acera.

—¿No vas a llevarme a casa? —me dijo Annie casi haciendo pucheros.

—Yo te acerco —se ofreció Enzo—. Me pilla de camino.

Dudo que alguien pudiese llegar a imaginar el alivio que sentí en ese momento. Le debía la vida a Enzo.

—Estupendo. Edrian y yo acompañaremos a las chicas a la suya. —Adler cruzó una mirada de complicidad con Sophie.

Vera estaba a punto de soltar que eran lo suficientemente mayorcitas como para ir solas, pero al mirar a su amiga Sophie se percató de lo mismo que yo llevaba viendo toda la noche entre ella y Adler. Por eso, finalmente accedió.

Annie se sonrojó. Entrecerró los ojos y apretó los puños.

—¡Eres un imbécil, Edrian! —me gritó histérica—. ¡Victoria te va a despedir cuando le cuente a mi abuelo cómo me has tratado! ¡No te molestes en aparecer el lunes por el hotel! —Sus gritos se oyeron por toda la calle—. ¡Vamos, Enzo! —le ordenó.

Se le había ido la pinza. ¿En qué momento le había dado pie para que pensase que había algo más entre nosotros?

Por otro lado, por lo que acababa de decir, ella desconocía mi verdadera posición en el hotel y en la vida de Victoria.

Durante la cena, había mostrado un lado demasiado delicado e inocente. Esa faceta desapareció por completo para convertirse en una niña con una rabieta descomunal por no haber conseguido lo que quería, aunque no era la primera vez que la veía enfadada.

Se dio la vuelta indignada y comenzó a andar. Enzo se limitó a encogerse de hombros y con resignación la siguió.

Él era demasiado bueno. Yo la hubiese dejado tirada en medio de la calle después de este numerito sin remordimientos. Que llamara a un taxi para irse a su casa. Ya había aguantado lo suficiente. Me daba igual si Victoria se molestaba.

Nos quedamos parados viendo cómo desaparecían tras dar la vuelta a la esquina.

—Vaya genio… —Becca rompió el silencio.

—Te dije que era un rompecorazones —añadió Adler mientras caminaba calle abajo con una risa floja. Las amigas de Vera se rieron y echaron a andar a su lado.

Yo me disponía a seguirlos cuando Vera me agarró del brazo y me frenó.

—Espera. —Su tono era muy serio—. ¿Vas a explicarme qué demonios tiene que ver Victoria en todo esto?

Nuestros amigos siguieron en dirección a su casa y no miraron atrás.

Annie acababa de soltar que se lo contaría a Victoria y me despediría. Lo que ella no sabía es que no podía despedirme, ni lo haría.

—¿Ahora quieres explicaciones? —dije enfadado—. Si me hubieses dejado contártelo todo desde el principio, esto no habría pasado. Si tu amiga no se hubiese puesto a jugar a los detectives, todos habríamos salido contentos de esta cena.

Es cierto que, si Becca no hubiese pinchado a Annie, yo habría cumplido mi parte y no tendría que aguantar los sermones de Victoria.

Una mirada desafiante fue su respuesta ante mi reproche.

Me froté la sien tratando de poner en orden mis pensamientos. Tenía que contárselo.

—Annie es la nieta de uno de los nuevos inversores de Victoria. Parece ser que es un pez gordo alemán que quiere formar parte del grupo e invertir en sus negocios. Victoria está muy interesada en tenerlo entre los socios y quería agradarlo de alguna manera. —Hice una pausa para aclararme la garganta—. Hace unas semanas me pidió un favor. Annie quería ser chef y trabajar en el

Imperial. Lógicamente, y como he podido comprobar, el puesto le quedaba muy grande. Le faltan años de estudio y de práctica y, por si fuera poco, cuando algo se sale de sus planes, se pone un poco…

—¿Desquiciada? ¿Desequilibrada? —Vera me dio varias opciones.

—Nerviosa. —Aunque «nerviosa» se quedaba muy corto para definir la reacción que acababa de tener—. Victoria se empeñó en que podía cubrir la plaza que yo dejaba vacante y me pidió el favor de que la «ayudara a adaptarse». —Hice unas comillas con los dedos—. Básicamente he estado trabajando el doble. Necesitaba tenerla contenta para agradar a su inversor. —Suspiré profundamente —. Lo que yo no esperaba era que Annie creyera que estaba interesado en ella… de esa forma.

—La has traído como pareja a cenar con tus mejores amigos —agregó con la mayor ironía del mundo—. Habría que estar loca para pensar que quieres algo con ella…

—¡Porque mis amigos también son los mejores en su trabajo! —contesté con la misma contundencia que ella había utilizado—. No esperaba que se lo tomase como una cita. Le dije claramente que Victoria creía que le podía venir bien para terminar con la formación.

Cuando me di cuenta, ya era tarde. Había hablado de más.

—¿Victoria te pidió que la trajeras a una cena personal? —preguntó con incredulidad.

—Sí, me lo pidió. —Sabía que el momento de contarle la verdad era inminente.

—¡¿Y por qué accediste?! —cuestionó estupefacta—. ¿Tanto te controla esa mujer que no eres capaz de decirle que no a nada? ¡Hasta en tu vida personal está metida!

Desde que conocí a Vera, se había mantenido huraña con todo lo que tuviese que ver con Victoria y su entorno. Si no hubiese sido por ello, no habría tenido motivo para ocultárselo, pero… Lo había hecho y ya no había vuelta atrás.

—Tú no lo entenderías —le contesté. Vera apretó los puños a ambos lados del cuerpo y no dejó de mirarme.

—Por supuesto que lo entiendo —respondió. La conversación empezaba a ser una discusión y ella cada vez estaba más enfadada—. Sientes que le debes la vida porque toda tu carrera profesional está vinculada a ella.

Ojalá fuese solo eso.

—Las cosas no son así —dije secamente y casi con tristeza.

—Yo creo que sí. —Noté que Vera había llegado a su límite—. No eres capaz de negarte a nada de lo que te pide. Te has convertido en su perrito faldero de por

vida y no consigues ver la persona que realmente es: una jefa que se aprovecha de sus empleados y que abusa de su poder. Que soborna y manipula para lograr lo que quiere. Una hija que utiliza a su madre en su propio beneficio… Yo misma vi cómo en la gala la llevó ante los periodistas por el diseño de su vestido y después ni se molesta en cuidarla. Una madre que abandona a su hija en su peor momento y la deja al cuidado de casi una desconocida porque su trabajo y su ego están por encima de cualquier cosa. —Subía el tono con cada frase. Me dije a mí mismo que Vera no sabía de lo que hablaba, pero apreté la mandíbula y tensé el cuerpo para no saltar—. ¡Una mujer arrogante, déspota y fría, que solo se preocupa de sí misma! ¡Esa es Victoria!

Me merecía todo aquello por no haber sido sincero con ella a tiempo, pero era doloroso. Cada palabra se me clavó en el pecho como un puñal.

No aparté mis ojos de los suyos ni un solo segundo mientras hablaba.

Ella esperaba una respuesta.

Yo me limité a mirarla con las palabras a punto de salir de mi boca, pero no llegué a pronunciar ni una sola.

Vera bufó y se dio la vuelta en dirección a su casa.

Sentía que la perdía con cada paso que daba. La perdía de verdad. No éramos nada, no me había dado la oportunidad de ser yo mismo con ella y, aun así, sentía que ya había algo que no podía ignorar y mucho menos dejarlo ir por cobardía.

Porque estaba siendo un maldito cobarde.

Si la perdía, que fuese porque ella lo decidía así, pero al menos que supiese toda la verdad.

Cogí aire y, cuando estaba a varios metros de mí, le conté lo que había estado guardando todo este tiempo:

—Victoria es mi tía, Vera.

36



—¿Qué acabas de decir? —le pregunté con la boca seca.

A escasos metros de mí, Edrian me miraba con resignación.

—Lo siento… Quería habértelo dicho desde el principio, pero no me he atrevido. —Bajó la mirada y se encorvó ligeramente en una postura de derrota.

—¿Y has preferido mentirme? ¿Eres el sobrino de Victoria? —pregunté más para mí que para él.

Así que era eso.

Después de todo, la sensación que tenía de que Edrian estaba ocultando algo más allá de lo que me contaba no era tan descabellada.

Había sido una tonta. Una tonta incrédula que había confiado en él. Ahora muchas cosas empezaban a tener sentido.

Durante todo este tiempo había creído que era un chico con mucho talento que se había sacrificado por su sueño. Que había

luchado con esfuerzo y que tuvo la oportunidad de vivir de ello gracias a Victoria.

Una persona a la que la vida por fin le devolvía lo que se merecía.

Qué equivocada estaba… Edrian no era más que otro niño rico al que se lo daban todo hecho.

La sangre en mis venas palpitaba cada vez con más fuerza y ya había dejado de sentir el frío. Los ojos me ardían y empezaron a martillearme la mente más pensamientos de los que podía controlar.

Lo que me dolía no era que Edrian lo hubiese conseguido todo porque fuera el sobrino de Victoria. Solo él sabía el verdadero trabajo que había puesto detrás de lo que tenía. Lo que verdaderamente me dolía era que me hubiese hecho sentir comprendida. Que me hubiese mentido para hacerme creer que éramos similares.

No dejaba de pensar en todas las cosas que le había dicho. En los pensamientos y reflexiones que había compartido con él…

¡Por Dios! ¡Acababa de poner verde a su tía!

La cabeza empezó a darme vueltas y los ojos me picaban a rabiar. La nieve seguía cayendo despacio y con cada copo que caía sobre mi cabeza me sentía más pequeña, más débil.

—Nunca te he mentido, Vera —se atrevió a decir. Abrí la boca para replicar, pero me cortó al levantar una mano suavemente y le dejé seguir—. Jamás te he mentido. Sé lo que estás pensando. Toda la historia que te conté aquel día es cierta. Lo de que mi padre nos dejó solos, el esfuerzo que tuvo que hacer mi madre para salir adelante, lo del dinero… —Se le quebró la voz y me sentí mal por él por un segundo—. Victoria apareció justo antes de que yo entrara a la escuela de cocina. Hasta entonces yo no sabía de su existencia ni

de…, de que estábamos emparentados. —Tragó saliva con fuerza—. Es verdad que te lo he ocultado, pero después de escucharte y de ver la visión que tenías de ella… No sabía cómo decírtelo. Tras la noche del puente, dijiste que era un inconveniente para nosotros trabajar juntos porque no querías problemas con Victoria. Si te decía que era mi tía, ni siquiera me hubieses vuelto a dirigir la palabra. ¿Me equivoco?

No contesté porque estaba completamente en lo cierto. No me hubiese acercado a él ni me habría permitido sentir la más mínima de las emociones sabiendo que era el sobrino de mi jefa…, pero eso no era una excusa.

—Eso no te da derecho a engañarme.

—Lo sé y lo siento. Pero no te he engañado. Nunca lo he pretendido. Simplemente no quería que tuvieras la imagen de mí que estás teniendo ahora. No soy un niño mimado que ha conseguido lo que tiene gracias a la arpía de su tía. —Hubo unos segundos de silencio en los que pareció pensarse a conciencia si seguir hablando o no. Noté que se peleaba con las palabras, intentando encontrar las adecuadas. Finalmente, tras un suspiro de resignación, continuó—: Solo ves lo que ella quiere que veas. —Su voz era suave y calmada. Sus ojos se encontraron con los míos—. Si supieras toda la historia que hay detrás, quizá la verías de otra forma. Ella no es el monstruo que tú te crees.

—Hay cosas que no se pueden justificar.

Dio un par de pasos hacia mí y yo solo podía pensar en cómo me ardían los ojos. Había demasiadas cosas que asimilar, demasiadas cosas en las que debía pensar. El dolor en la sien me seguía martilleando.

—No la estoy justificando. Solo estoy diciendo que las personas se construyen con base en lo que han vivido. Nadie nace siendo déspota ni con un escudo permanente que los vuelve fríos. La vida y las personas que te hacen daño te moldean para ser así. No espero que estés de acuerdo con las cosas que hace o dice, porque ni siquiera yo puedo hacerlo a veces. Solo espero que entiendas cómo habrías acabado actuando tú en su lugar. Cómo serías ahora si hubieses tenido que jugar con las cartas que le tocaron a ella.

No pude articular ni una sola palabra. Ya había una neblina de agua que me impedía ver con nitidez a Edrian cuando una lágrima silenciosa se deslizó por mi mejilla.

Él no se había alterado en ningún momento. Había mantenido una voz tranquila y suave porque verdaderamente quería que yo lo entendiese, pero… Era demasiado. Sentía que, si pasaba un minuto más ahí, me iba a ahogar.

La cara de Edrian cambió cuando me vio llorar. Su expresión era de culpa… o de dolor. Me desgarró verlo así.

¿Cómo era posible que mi instinto me empujara a abrazarlo?

Ya no sabía si estaba llorando por su mentira, por sentir que en cierta manera llevaba razón, por verlo tan afligido… o por la impotencia de no saber lidiar con la situación en la que me encontraba.

—Por favor… Déjame… —suplicó acercándose un poco más casi a punto de rozarme el brazo.

Lo aparté bruscamente.

—No puedo más con esto. —Me sequé las lágrimas con torpeza e intenté volver a retomar la compostura—. Es mucho más de lo que ahora mismo puedo aguantar. No quiero saber más. No sé qué

decirte. No sé qué esperas que te diga… —Me pasé las manos por la frente. No podía ni pensar—. Tengo que irme.

—Vera…

Me di la vuelta y empecé a caminar a paso ligero aún con la cara húmeda y con muchas más ganas de llorar, pero no pensaba romperme del todo hasta llegar a casa. No pensaba volver por mucho que suplicara. Si lo miraba a los ojos una vez más…

Edrian no me llamó más veces. No intentó convencerme para que volviera ni se ofreció a acompañarme. Sabía que eso empeoraría las cosas.

Un par de calles más abajo encontré un taxi que, sin pensármelo dos veces, cogí para ir a casa. Al cerrar la puerta vi al final de la calle una figura negra y difuminada volviendo sobre sus pasos tras asegurarse de que llegaba sana y salva.

37



Cuando me desperté, estaba sola. Había pasado toda la noche llorando y apenas había dormido. No me sorprendió que el reloj marcara las doce y media del mediodía cuando abrí el ojo y decidí que ya era hora de levantarme.

Me hice un café para despejarme y me senté en el sofá con la manta más calentita que encontré.

La noche anterior acabé mentalmente destrozada.

Becca y Sophie ya estaban con el pijama puesto cuando llegué a casa con el maquillaje corrido y los tacones en la mano. Al verme aparecer, el instinto de ambas fue venir a abrazarme, y en ese momento, por fin, me rompí.

Les conté todo lo que había pasado y Becca me pidió disculpas por haber actuado así durante la cena.

—Ni se te ocurra pedirme perdón. Esto no es ni mucho menos culpa tuya —respondí.

Estuvo con la mirada perdida unos segundos. Apretó los labios y miró a Sophie.

—¿Qué pasa? —pregunté. Algo me estaban ocultando.

—Antes… —empezó a decir Becca mientras se pasaba una mano por un mechón negro—. Cuando fui al baño, realmente he ido a cotillear qué hablaban en la cocina.

—No te puedes estar quieta, ¿verdad?

Ella ignoró mi comentario y siguió hablando.

Becca descubrió a Edrian y a Annie discutiendo en el pasillo entre susurros. Ella estaba alterada y muy enfadada. No dejaba de reprocharle a Edrian que la hubiese dejado plantada por mí como si le estuviese poniendo los cuernos. Me dedicó unas palabras no muy agradables, según Becca.

—Te juro que estuve a punto de entrar en escena para cruzarle la cara a la envidiosa esa y mandarlos a los dos a la mierda. En ese momento pensaba que verdaderamente estaban saliendo por la reacción desproporcionada que ella estaba teniendo —prosiguió aún sin dar crédito a lo que había ocurrido—. Hasta que él le dijo que… Si se le ocurría volver a hablar de ti así, le diría a todo el mundo que era una verdadera inútil y que no era capaz de hacer nada por sí misma y probablemente acabaran echándola. —Abrí los ojos como platos y no fui capaz de articular palabra—. Estaba muy enfadado. Le advirtió que, si no estaba de acuerdo con ello, ya sabía dónde estaba la puerta.

—Me imagino que intentaría controlarse durante el resto de la cena, porque creyó poder arreglarlo, pero cuando nos fuimos, al ver que Edrian pasaba totalmente de ella, se le fue la pinza —agregó mi amiga Sophie atando cabos.

Poco después nos fuimos a la cama y caí rendida de tal manera que, a pesar de la intensidad de la noche, no me dio tiempo de analizar nada de lo ocurrido.

Ahí sentada, removiendo el café, mi mente no dejaba de darle vueltas a la situación. Cuanto más lo pensaba, más sentido cobraban algunas cosas.

Edrian era el sobrino de Victoria y por eso no se negaba a ningún favor que le pedía su tía; al fin y al cabo, era su familia. Eso podía entenderlo, aunque su actitud fuese cuestionable.

Por otro lado, y era algo en lo que no había caído hasta ahora, Edrian también era nieto de Agatha y primo de Sandra. Recordé cuando los vi en el cuarto de la pequeña, la complicidad que ambos tenían, la confianza con la que ella hablaba, ese saludo tan familiar… Como si fueran hermanos.

Pero entonces ¿la madre de Edrian era hermana de Victoria o lo era el padre que los abandonó? Edrian mencionó que su tía apareció en su vida poco antes de recibir la beca de estudios y, suponiendo que eso fuese cierto, no había sabido de su existencia hasta ese momento. ¿Victoria habría dejado a su sobrino y a la madre de este abandonados a su suerte a pesar de toda la fortuna que tenía? Habría sido despreciable hasta para ella.

Luego estaba el tema de sus amigos. Ninguno había mencionado nada sobre eso. Me pregunté si quizá no había sido la única que desconocía esa información.

Y lo que le había escuchado Becca la noche anterior…

No le di la oportunidad a Edrian de explicarse y ahora me surgían demasiadas dudas. Pero ya no tenía tiempo para darle más vueltas.

Me duché rápidamente y me fui directa a la mansión.

Tras una larga discusión con Agatha, perdí claramente.

—¿Ves como no es para tanto? Eres una exagerada y una agonías, querida —dijo ella cuando observó cómo empezaban a germinar los doscientos tulipanes que habían plantado hacía un par de semanas. En unos meses, acabarían de florecer.

El médico había recomendado reposo en la cama hasta que estuvieran los resultados, pero Agatha quería salir de aquella casa y ver el jardín a pesar del frío tan insoportable que hacía.

Luchar contra ella era como darse de bruces contra un muro, así que le insistí en que se pusiera cuatro capas de abrigo y que llevase la cabeza y las manos bien abrigadas. No iba a resfriarse bajo mis cuidados.

—Estos tulipanes van a ser preciosos —exclamó mientras miraba con anhelo los primeros brotes.

—Son las flores más bonitas del mundo —comenté entendiendo perfectamente la emoción que sentía Agatha, porque yo también estaba deseando que florecieran para admirarlos.

—Es una flor resistente. Aguanta grandes heladas y aun así no pierde su color, su firmeza, su templanza. Si en otra vida pudiese elegir qué ser, sería un tulipán de color amarillo.

Un grito interrumpió nuestro momento de tranquilidad.

—¡¿Se puede saber qué hacéis aquí fuera?! —Victoria estaba con los brazos cruzados junto a la puerta de cristal—. Vera, ¿estás loca o qué te pasa?

Se acabó la paz y la tranquilidad.

—Lo siento —me disculpé mientras ayudaba a Agatha a levantarse y a entrar en la mansión de nuevo.

—Si mamá enferma por esto, lo vas a sentir de verdad.

Ya estaba con amenazas y acababa de llegar.

—Tranquila, Vicky. Ha sido idea mía. Si pasaba un minuto más en esa habitación, me iba a dar algo de verdad —me defendió Agatha —. Vera solo ha intentado seguir las órdenes del médico y yo…

—Y tú, como siempre, tan terca como una mula.

Agatha se encogió de hombros.

—De alguien has tenido que heredarlo. Yo también me alegro de verte, hija.



Ayudé a Agatha a quitarse los guantes, el abrigo, la bufanda y todas las capas de ropa extra que llevaba. La mansión estaba perfectamente aclimatada y se podía ir sin problema en manga corta dentro de ella.

Mientras colgaba el abrigo en el armario, Agatha se retiró el jersey y hablaba de cómo le iba a cantar las cuarenta al médico la próxima vez que lo viera por haberla mantenido retenida durante días.

Me fijé en que llevaba una camiseta interior blanca con cuello de barca que dejaba al descubierto parte de sus hombros.

Al darse la vuelta para coger su camisón, vi algo que me resultó familiar.

Juraría que era casi de la misma forma. Casi del mismo tono, aunque algo más envejecida por las manchas de su piel. Por la

espalda de Agatha asomaba el borde de lo que parecía una marca prácticamente idéntica a la que tenía Sandra.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me atreví a decir.

Me miró con curiosidad.

—Sabes que a estas alturas no tengo pelos en la lengua. Pregunta lo que quieras.

—Es que… Es un tema delicado. Es sobre tu nieta. —No sabía hasta qué punto me incumbía ese tema, pero necesitaba salir de dudas.

—¿Le ha pasado algo? —Noté el tono de preocupación en su voz.

—No… Bueno, es que… Es que he visto que tiene una marca en la espalda —balbuceé con miedo de su respuesta—. Cuando le puse el pijama la otra noche la vi… No quiero meterme donde no me llaman, pero creo que tú también la tienes y…

—Y quieres saber de qué se trata.

—Lo siento. No tenía que haber preguntado. Perdóname —me disculpé por segunda vez en el día y me dirigí a la puerta.

—Es una marca de nacimiento. —La voz de Agatha hizo que me detuviese y me diese la vuelta para escucharla—. Sandra y yo tenemos exactamente la misma mancha con la misma forma. Es bastante fea a pesar de ser de color rosa, pero yo he aprendido a quererla con los años. A mi nieta le está costando un poco más. ¿Sabes por qué a Sandra le cuesta tanto socializar?

Negué con la cabeza ligeramente. Me entró un dolor horrible de estómago.

—Mi hija se empeñó en llevarla a ese colegio tan pijo del centro en el que tienen cincuenta extraescolares y creyó que la mejor opción era apuntarla a ballet. —Supe perfectamente lo que venía a

continuación—. Todas sus compañeras se rieron de ella. Dijeron que, si alguien la tocaba, se contagiaría del virus de la mancha rosa y le saldrían ronchas así por todo el cuerpo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló la voz—. Hasta entonces no había tenido motivo para preocuparse por esa mancha, porque nadie salvo nosotros sabía de su existencia y para ella era algo normal. Le hacía hasta ilusión tener una mancha como la de su abuela. —Soltó una risa ahogada—. Decía que nos unía. Que podíamos saber lo que la otra pensaba, como si estuviéramos conectadas…

»Pero después de ese día tan horrible mi nieta volvió a casa siendo una niña distinta. No quería ir al colegio, cualquier extraño era una amenaza para ella y dejó de hablar a las personas que no eran de su círculo. Unos días más tarde le confesó a Vicky lo que había pasado. Ya te puedes imaginar la reacción de mi hija. Montó en cólera. Sandra cambió de colegio, pero no ha vuelto a ser la misma. —Se quedó mirando unos segundos a la nada antes de proseguir.

»De joven, yo también detestaba esta mancha. Era la parte de mi cuerpo que más odiaba. Intentaba taparla todo lo posible y solo quería arrancármela del cuerpo para hacer como si nunca hubiese estado ahí… Hasta que apareció mi marido. —Una sonrisa nostálgica iluminó su cara—. Él hizo que consiguiera quererla, abrazarla y sentirme especial por tenerla, porque eso fue lo que él hizo. Aprendí a quererla igual que él me quería a mí. —Se giró para darme la espalda sin dejar de hablarme. Aunque había estado aguantando desde hacía un rato, mis ojos comenzaron a humedecerse. No quise interrumpirla—. A veces la manera más bonita que tiene alguien de

demostrar amor es enseñándote cómo quererte a través de sus ojos…, y eso fue lo que él hizo.

Agatha se subió la camiseta interior y pude ver la marca al completo. Le cubría casi toda la espalda en distintos tonos de piel rosada, desde ambos omóplatos hasta cerca de las lumbares.

Tenía una forma bastante peculiar, parecía ¿una especie de corazón?

No. Un corazón no.

¿Una cola de sirena?

La misma cola que había visto la primera semana de mi llegada al hotel. Ese corazón de tres puntas cuyo significado había intentado adivinar varias veces. Ya había visto aquella marca antes: bordada en uniformes de color petróleo, tallada en el mármol del mosaico principal, formando vidrieras de colores en los ventanales…

La marca de nacimiento que compartían Agatha y Sandra era el logo del Imperial Prague. Su marido había elegido su mayor inseguridad como símbolo del hotel más increíble que hubiese visto jamás.

Ante ese gesto tan romántico, mi rostro se empapó de lágrimas.

—El Imperial no era un simple negocio para él. Lo veía como una auténtica obra de arte. Siempre fue su proyecto más querido —confesó con una voz suave mientras su camiseta se deslizaba por la espalda.

Y entonces lo entendí: aquel hotel simbolizaba una doble declaración de amor.

—Al Imperial le dio la imagen de lo que más quería y te dedicó su mayor logro.

Asintió con sus ojos vidriosos clavados en mí.

—La ballena que hay en la fuente del patio interior fue un regalo que mi hija le hizo al hotel cuando Sandra nació con la misma mancha. A mí siempre me ha parecido que tenía la forma de una cola de ballena. Son animales magníficos. Por eso para nosotras son tan especiales, y a mi nieta le chiflan tanto que va con su mochila de ballenas a todas partes. Dentro siempre lleva un peluche de una ballena azul que yo le regalé. Dice que es nuestro secreto. Es una niña muy especial.

«Es un secreto de la abuela y mío».

Eso fue lo que me contestó aquel día en el hotel cuando le pregunté qué había tan importante dentro de esa mochila.

—Ya lo creo que lo es —confirmé.



Morado. Violeta. Lila. Malva. Púrpura.

Todos los tonos de este color bailaban de mi cabeza al lienzo simulando sombras, luces, reflejos… Emociones. La obra ya iba adquiriendo la forma que tenía en mi cabeza y la mayoría de los elementos ya estaban bien definidos.

Los sábados no trabajaba, pero tampoco tenía nada mejor que hacer. Después de pasar un rato con Agatha, me volqué en mi pieza monocromática.

Llevaba los auriculares puestos, y a todo volumen sonaba «The Other Side», de Ruelle, mientras mi mano fluía por la tela sin pensar en lo que estaba haciendo. Las sombras en color berenjena, las luces en lavanda y blanco, un rostro mucho más limpio que el otro, un límite que separa ambas realidades… y una promesa.

Todo aquello en apenas un metro cuadrado de lienzo.

Tras más de cuatro horas perdida entre la pintura, la música y los trazos, decidí que era el momento de dejar los pinceles. Comencé a recoger y, cuando me dirigía al baño para limpiar el material, me detuve ante la mesa de costura de la entrada.

Mientras estuve pintando, alguien había dejado un jarrón precioso con veinte tulipanes de diferentes colores.

Me acerqué para olerlos y encontré una tarjeta con una orden y el nombre de una floristería.

> Taller de la tercera planta
> Amatista floristas

Hacía solo cinco horas que le había dicho a Agatha que eran mis flores favoritas y le había faltado tiempo para encargar un ramo.

Estaba tan centrada pintando la obra y escuchando música que no había visto ni oído nada.

Un grito en el piso de abajo me sobresaltó.

—¡Agatha! —vociferó Edrian—. ¡Marc! ¡Llama a una ambulancia!

38



Mientras Victoria, Edrian y Marc se fueron al hospital junto a la ambulancia, yo me quedé cuidando de Sandra.

Cuando Edrian entró a la habitación de Agatha con la cena se la había encontrado en el suelo inconsciente.

Con los gritos, Sandra se había echado a llorar y estuvo alterada durante un buen rato hasta que, tras un poco de charla, un dibujo y un cuento, cayó rendida.

En ese instante, bajé al vestíbulo y Edrian apareció por la puerta. Se acercó a mí. Venía solo.

Abrí la boca para preguntarle, pero tuvo que ver mi cara de preocupación, porque se adelantó.

—La van a ingresar un par de noches, pero ya está despierta. Estará en observación. Marc y Victoria se quedarán con ella esta noche.

Mi cuerpo se relajó un poco.

A un paso de mí, Edrian permanecía de pie con un aspecto realmente apagado. Acostumbrada a ver su pelo castaño claro impoluto, se me hacía raro verlo con el cabello revuelto y con la mirada cansada. Juraría que sus ojos estaban algo rojos e hinchados.

A pesar de tener una infinidad de preguntas y una conversación pendiente, en ese momento solo pensaba en las ganas que tenía de abrazarlo. Quería notar el calor de su cuerpo y decirle que todo iba a estar bien.

La cobardía se apoderó de mí una vez más y, en lugar de eso, crucé los brazos y me abracé a mí misma.

—¿De…, de verdad que está bien? —insistí con la voz quebrada.

Estaba realmente preocupada. Cuidar de ella, al igual que de Sandra, se había convertido en algo más que un trabajo. Eran personas que ahora formaban parte de mi vida.

—Le ha preguntado a la enfermera que si puede poner ambientador de lavanda y algunas velas aromáticas, porque el olor a hospital le produce urticaria —contestó con una media sonrisa—. Está bien, de verdad. Es de las personas más fuertes que conozco.

Marc me había dicho lo mismo hacía solo unos días. Me hubiese gustado creer que ser una persona fuerte lo era todo, pero por desgracia no siempre era así.

Aunque confiaba en que el motivo del desmayo fuera algo propio de la edad, no pude contener las lágrimas. No sabía si lloraba por ella, por el cariño que le profesaba o por pensar en cómo sufriría Sandra si algo le ocurría a su abuela, a su confidente, a su mejor amiga.

Sentí una ola de calor de lo más reconfortante. Unos brazos me rodearon y la calidez del cuerpo de Edrian me envolvió por completo.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo pequeña que era a su lado y de la anchura de sus hombros. No pensé ni por un segundo en apartarme. Necesitaba ese abrazo profundamente, así que me acurruqué entre sus brazos y dejé que su cuerpo me acogiera. Apoyó su barbilla en mi cabeza y lloré.

—Estoy seguro de que solo habrá hecho más esfuerzos de los que debe y el cuerpo le ha dado un aviso. —Me acarició la cabeza y el cuello con una mano—. En unos días la tienes de vuelta con sus quejas.

Me apretó fuerte contra su pecho para que supiera que estaba ahí conmigo…, o para sentir que yo estaba ahí con él.

Agatha no era ni más ni menos que su abuela y Edrian había llegado con una sonrisa forzada para hacerme sentir que todo estaba bien. Me sentía culpable, porque me tocaba ser la fuerte y no fui capaz. Pero puede que ese abrazo no fuese solo para consolarme a mí, sino porque él también lo necesitaba. Así que lo estreché entre mis brazos. Dejé que me llenara la sensación de tener su cuerpo junto al mío y que me invadiera el olor a lavanda y a pino que desprendía su piel.

En ese momento no importaban las conversaciones pendientes, los temas sin cerrar o las riñas que hubiésemos tenido días atrás. Todo eso dejó de existir. Solo estábamos nosotros. Y así nos quedamos durante un buen rato, en silencio, con la certeza de que ninguno de los dos hablaría. Porque no era el momento de

preguntas o de reproches, sino de ser el refugio que el otro necesitaba.

Al día siguiente, Marc se quedó con Sandra para que Edrian y yo pudiésemos ir a ver a Agatha. Victoria también había pasado temprano por la mansión para ducharse y cambiarse de ropa, pero ya había vuelto al hospital.

Tenía que pasar allí un par de días, así que me encargué de preparar una bolsa con su ropa y algún libro para que no se desesperara, aunque algo me decía que lo iba a hacer igualmente.

También había comprado un ramo de flores para darle alegría y color a su habitación. Quise llevar uno parecido al que ella me había regalado, porque sabía que también amaba los tulipanes, pero, cuando fui a la floristería que aparecía en la tarjeta, me dijeron que no tenían. De modo que opté por una mezcla de margaritas y algunos lirios.

«Le van a encantar», había comentado Edrian al entrar en el coche.

Una vez en el hospital, subimos a la habitación de Agatha y no había ni rastro de Victoria.

Pensé que se habría pirado a alguna reunión.

—¡Menos mal! Ya estaba cansada de estar aquí. —Suspiró dando por hecho que veníamos a llevarla a casa.

—Aún no, Agatha —dije con una sonrisa—. Vas a tener que quedarte aquí unos días más hasta que los médicos sepan qué es lo que ha pasado.

Resopló tras descubrir que su esperanza de salir de allí tendría que esperar.

—Voy a buscar al médico para ver si hay alguna novedad —explicó Edrian mientras salía por la puerta.

Aún con las flores en la mano, dejé la bolsa de ropa sobre uno de los sillones.

—Esto es para ti. —Coloqué el ramo sobre el regazo de Agatha—. Quería darte las gracias. Ya no solo por dejarme trabajar en ese taller de ensueño, sino por los tulipanes y por el caballete que me prestaste para poder dibujar.

—¿Tulipanes? ¿Qué tulipanes? —preguntó sin dejar de mirar los lirios—. Muchas gracias, querida. Anda. Ponlo en la mesa junto a las otras.

Señaló el otro extremo de la habitación, pero yo seguía mirándola confusa por lo que acababa de decir.

—¿No me enviaste unos tulipanes al taller ayer por la tarde? —pregunté extrañada.

—Me caes bien, querida. Te diría que hasta te considero mi amiga, pero no te tengo tan mimada.

Se le escapó una risa de burla.

Me giré hacia la mesita y vi unas flores. Hasta ese momento no me había fijado en el ramo de tulipanes que había ya en su habitación. Era idéntico al que tenía en el taller, veinte tulipanes de colores y una tarjeta con el nombre de la floristería: Amatista.

—¿Y… estos tulipanes? —logré preguntar.

—Los han traído hace una hora. De parte de Edrian. —Se acomodó en la cama—. Son bonitos, ¿a que sí?

—Preciosos. —Estaba segura de que eran exactamente iguales que los míos—. Entonces… El caballete de pintura…

Ella frunció el ceño y rio a carcajada limpia.

—¿Crees que he sido como un duende mágico que te ha ido dejando cosas? —Su risa era cada vez más fuerte—. Igual vas a tener que mirártelo, Vera.

Me reí mientras le daba vueltas a la cabeza.

Sí que existía ese «duende», pero no era quien yo creía.

—Veo que ya has conocido a mi nieto —soltó de repente, y me sacó de mis pensamientos—. Es lo mejor que le ha pasado a mi familia en estos últimos años —agregó sin dejar de mirar los tulipanes.

—¿Por qué solo en los últimos años? —pregunté curiosa.

Ella suspiró.

—Realmente, tengo dos hijos. Victoria siempre fue el ojito derecho de su padre. Lo hacían todo juntos y se querían con locura. Michael, por el contrario, era una persona mucho más fría y solitaria. Envidiaba a Victoria en todo. Cuando mi marido murió, dividió la herencia en tres partes iguales: Michael, Victoria y yo. Su deseo siempre había sido que sus hijos siguieran sus pasos y llevasen al grupo Petrov a lo más alto, pero lo de dirigir una empresa no entraba en los planes de Michael. Quiso vender las acciones que le correspondían a un extranjero que venía con la idea de hacer cambios drásticos y transformar todo lo que mi marido había construido. Mi hija Victoria lo impidió. —Los rumores que me había contado Sophie eran ciertos.

—¿Consiguió que su hijo se quedara con las acciones? —Me daba miedo preguntar demasiado, pero necesitaba conocer toda la

historia para entender lo que estaba pasando.

Ella negó con la cabeza.

—Tras fuertes discusiones, mi hija le compró su parte de la empresa por el triple de su valor de mercado y se puso a la cabeza del grupo. Michael se desentendió de nuestra familia y desapareció con el extraordinario pago que Vicky le había dado a cambio de las acciones. No volvimos a saber nada de él hasta que, hace unos ocho años, descubrimos a través de un detective privado que Michael se había casado y había tenido un hijo, Edrian. —Suspiró resignada. Sin duda todo aquello la removía demasiado—. Perdió toda su fortuna apostando y jugando y abandonó a su familia a su suerte dejándolos con una infinidad de deudas que pagar. Ellos no sabían nada de nuestra existencia. Michael le había dicho a su mujer que era hijo único y que sus padres habían fallecido.

»Cuando mi hija Victoria se enteró, a pesar de no conocerlos, intentó cuidar de ellos como lo que eran, su familia. Trató de compensar todo el daño que su hermano les había causado. —Oculté mi sorpresa ante la actitud de Victoria, pero no pude evitar preguntarme si solo tenía corazón para su familia—. Puede que me haya perdido gran parte de la vida de mi nieto, y me he sentido culpable por ello todos los días, pero él no lo hace. Es agradecido hasta la médula y jamás ha tenido ningún reproche hacia nosotras. Ha visto crecer a Sandra y es como un hermano para ella.

—¿La madre de Edrian no quiso vivir con vosotros? —Al fin y al cabo, si Edrian tenía su propio piso y pasaba tanto tiempo en la mansión, ella se quedaba sola.

—Le ofrecimos la posibilidad, pero ella prefería la comodidad de su hogar y su vida tranquila. No la culpo. Más de una vez he

pensado que ojalá yo tuviese la opción de escoger una vida más sencilla, lejos de tanto lujo. Una vida en la que mi familia cenase todos los días en la misma mesa, donde mi hija no tuviese que estar pendiente de tantas cosas… —Se dio cuenta de que estaba hablando de más—. Pero, bueno, no tengo esa opción, así que no hay por qué darle vueltas.

—Tiene una familia preciosa. —Le cogí la mano y se la apreté.

—Preciosamente peculiar y desequilibrada. —Su débil carcajada inundó la habitación—. Pero sí, aunque no seamos una gran familia y ni mucho menos perfecta, no la cambiaría por nada del mundo. —Su mirada se posó en mi rostro. Puso la mano que tenía libre sobre la mía y con una dulce sonrisa supe lo que me estaba diciendo.

«Sabes que eres como de la familia».

Me limité a devolvérsela.

«Significa mucho para mí».

—¡Cuánto inútil hay en este hospital! —Victoria entró por la puerta trajeada y con un café en la mano—. ¿Tan difícil es encontrar a alguien competente?

—¿Puedes simplemente sentarte y relajarte? —le dijo su madre—. Vas a hacer que me muera, pero de verdad.

Victoria resopló en respuesta a su comentario, pero le hizo caso con una mirada de advertencia.

—Mamá, por favor, no juegues con eso.

Edrian entró unos segundos después.

—Parece que aún nadie sabe nada. —Se acercó a la cama de Agatha y le dio un beso en la cabeza. Mi corazón traidor se conmovió ante ese gesto—. Hola, abuela, ¿cómo estás?

—Perfectamente. ¿Cómo voy a estar? Deseando salir de aquí.

—No sé para qué le preguntas. Para ella todo lo que no sea estar agonizando es estar perfectamente —comentó mi jefa.

Edrian trató de levantarle el ánimo.

—En unos días podrás volver a casa.

—Se me va a hacer eterno —contestó Agatha frotándose la cara. Después se dirigió a mí—: ¿Cómo está mi nieta?

—Está bien. Se alteró al oíros gritar cuando vino la ambulancia, pero es normal. Todos estábamos muy nerviosos. Luego conseguí calmarla y se quedó más tranquila. Ya sabe que estás bien y que en unos días volverás con ella para jugar a las parejas.

—Claro… —Fijó la mirada en su hija y habló con tono de acusación—. Si algún día dejan de retenerme aquí.

—¡Mamá, por favor!

A mí se me escapó una risita. Me divertían las ocurrencias de mi anciana amiga. Si las miradas mataran, la de Victoria me hubiese dejado pajarito en ese momento.

Estaba segura de que la oportuna entrada del médico me había salvado de un comentario poco agradable.

—Muy buenas. —Miró unos papeles que traía—. Vamos a bajarla para una última prueba y, en cuanto lo tengamos todo, podremos dar un diagnóstico claro. —Se dirigió a nosotros—: Vamos a tardar unas cuantas horas. Les recomiendo que vayan a descansar un rato.

—Yo no me muevo de aquí —dijo Victoria sacando su portátil y algunos documentos—. No me fío de dejarte aquí sola. Parece que aquí nadie se entera de nada.

El doctor levantó las cejas perplejo y Edrian intervino para suavizar ese incómodo momento.

—Bueno, pues nosotros sí nos vamos ya. Vera tiene que trabajar en su cuadro y yo también he de organizar algunas cosas. —Me hizo un gesto para que me levantara.

Casi me pareció ver cómo se encendía una bombilla en la cabeza de Victoria cuando Edrian mencionó la obra.

—Ya me han dicho que te has instalado en el taller de mi casa —soltó cortante sin venir a cuento.

Abrí la boca y empecé a balbucear, pero rápidamente Agatha salió en mi defensa.

—Yo se lo cedí. ¿Algún problema?

Al notar la tensión, el doctor salió de la sala indicando con un gesto que volvería enseguida.

—Sí, su jefa soy yo. —Utilizó su habitual tono autoritario sin dejar de mirarme—. A quien le tienes que preguntar lo que puedes hacer o no es a mí y a nadie más. ¿Entendido?

Cómo odiaba que hubiese vuelto.

—Ya está bien, Victoria. Ella no tiene culpa de nada. —Edrian habló a mi favor—. Necesitaba una sala para pintar y el taller no se usa desde hace años. En realidad, no te afecta que esté allí.

—Me molesta porque es mi casa y la que manda soy yo. No quiero que pase nada sin que yo me entere. —Lo único en lo que yo pensaba era en cómo lo iba a saber si siempre estaba ausente—. Y hablando de cosas de las que me he enterado… El abuelo de Annie no está nada contento. Ya hablaremos de eso tú y yo más tarde.

Edrian se mostró perplejo ante su comentario.

—¿Estás de broma? ¡Me mandaste a enseñar a una niñata que no sabía lo que era la carne al punto! Se pensó que quería algo con ella

y se le fue la pinza —estalló.

Ella se miró las uñas y habló con toda la calma del mundo.

—Bueno, a veces para lograr el éxito tenemos que hacer pequeños sacrificios.

No me podía creer que hubiese soltado eso. En otras palabras, le estaba diciendo a su sobrino que se camelase a una ricachona por el bien de su negocio. Sabía que era rastrera, pero no esperaba que a ese nivel.

El teléfono de Victoria empezó a sonar.

—Vera y yo nos vamos. —No se molestó en volver a mirarla y caminó en dirección a la puerta.

—¡Edrian! —le gritó su tía con el teléfono en la mano.

Pero Edrian ya había salido de la habitación y, antes de que mi jefa pudiese decirme algo, lo seguí.

Sin embargo, pude escuchar lo que dijo Victoria al descolgar.

—Dime, por favor, que has encontrado algo.

39



Mientras yo pintaba, Sandra practicaba la lectura a mi lado, en la alfombra, al ritmo de bandas sonoras de Disney. Le dije que era imposible concentrarse en lo que estaba haciendo mientras escuchaba música, pero ella me recordó que yo dibujaba también con ella y no supe cómo explicarle que para pintar no necesitaba concentración.

Finalmente, la dejé hacer lo que quisiera.

Hoy era un día importante. Su compañera Mery la había invitado a su fiesta de cumpleaños y era la primera vez que se apuntaba a algo que no implicara la protección de su casa. En este nuevo colegio, las niñas de su clase eran amables con ella, pero Sandra ya desconfiaba y se sentía insegura por lo que había vivido. Hasta que, por una extraña razón, insistió en ir al cumpleaños de Mery.

Por supuesto, Victoria estaba informada y había dado su visto bueno.

Edrian se había acomodado en el amplio sofá del taller a leer un libro que había cogido de la biblioteca. Apenas habíamos hablado desde que salimos del hospital, pero no tenía dudas de que él estaba esperando a que yo tomase la iniciativa.

Escuché un pitido fuera de la mansión y grité con emoción.

—¡Vamos, que Marc ha llegado! Coge el regalo de Mery.

Ella dio un salto y echó a correr.

—¡Lleva cuidado!

—¡Vaaale! Adiós, Ed. —Le echó los brazos al cuello y lo apartó de su lectura. Él le devolvió el abrazo.

—Pásatelo bien, ¿vale?

Tardó treinta segundos en bajar los tres pisos. Unos minutos más tarde, vi cómo se dirigían al coche negro de Marc por las escaleras de la entrada principal y desaparecían en el camino que atravesaba el bosque.

—¿Cómo has hecho eso?

Edrian estaba detrás de mí observando la obra. Me quedaba una última capa de luces y algunos detalles, pero ya se podía ver claramente el concepto.

Había conseguido que fuera bastante realista y estaba muy orgullosa del resultado que se iba viendo.

—¿Cómo consigues crear tu mejor receta? —le pregunté, pero se mantuvo callado—. Pues es lo mismo. Práctica y más práctica.

—Eso no es cierto. Yo por mucho que practique es imposible que haga eso —recalcó acercándose para apreciar las pinceladas mientras yo seguía en el taburete—. Da gracias a que sé distinguir el rojo del magenta.

No pude evitar reírme.

—Cuando vayamos el miércoles a entregar la obra, podrás preguntarles a los profesionales cómo lo hacen. Quizá hasta aprendas algo —sugerí.

—¿«Va-ya-mos»? ¿En plural? —Me miró perplejo con esos ojos que impedían pensar con claridad—. Pensaba que después de la otra noche ya no querías que…

—¿No te han enseñado que no debes dar cosas por sentado? —bromeé.

Pensé en cancelar aquel plan una infinidad de veces, pero después de saber casi toda la historia, o al menos eso esperaba, entendía mucho más a Edrian.

Victoria no era una persona amena y, aunque era absurdo que justificase algunos de sus comportamientos, no debió de ser fácil para él lidiar con toda esta situación.

Me dedicó una sonrisa tan radiante que hubiese iluminado hasta la habitación más oscura. Era demasiado atractivo.

—Desde luego que, si alguien ha intentado enseñármelo, no has sido tú.

Me levanté y me acerqué a él.

—Prométeme que no hay más —le exigí—. Dime que no me has ocultado nada que yo deba saber.

A sabiendas de que podía estar cometiendo un gran error al confiar en él, decidí hacerlo. No me consideraba ingenua por ello.

Había tenido varias parejas a lo largo de mi vida y con ellas, rupturas, pero verdaderamente solo me habían roto el corazón una vez. Y cómo dolió. De esas heridas que no piensas que el tiempo cure, sino que cada día que pasa crees que tu corazón se agrieta y se fractura más.

Si Edrian quisiese romperme el corazón de nuevo, podría hacerlo. Y en ese momento pensaba darle todas las armas para ello.

Asumí que yo jamás amaba a medias. Porque, aunque el dolor me desgarrara por dentro, seguiría dándolo todo una y otra vez. Esa era yo, aunque hubiese intentado negarlo, aunque lo hubiese apartado con mil excusas.

Sophie tenía razón: me daba miedo apostarlo todo y perder, pero nunca había sabido querer de otra manera. Escogería mil veces sufrir por amor que no haberlo sentido nunca por miedo a arriesgarme.

A solo unos centímetros de distancia, Edrian me apartó un mechón detrás de la oreja y se pringó el dedo con pintura violeta de mi cara.

—Te lo prometo. No hay nada más. —Me manchó la punta de la nariz con esa misma pintura y sonrió—. Te queda bien el morado, Garabatos.

—A ti no demasiado —confesé.

Soltó una risa burlona y yo deslicé sigilosamente los dedos por las cerdas del pincel que tenía en la mano.

—Pero si no me has visto nunca… —Le pasé la palma llena de pintura morada por un lado de la cara.

Edrian cerró los ojos y se quedó quieto para luego abrirlos ligeramente y mirarme con una expresión que sin duda clamaba «dime que no acabas de hacer eso».

—Lo que yo decía. —Apunté conteniendo la risa al mismo tiempo que me limpiaba en mi camisa ya manchada—. El morado definitivamente no es tu color.

Aguanté dos segundos en la misma posición y en cuanto lo vi moverse medio milímetro eché a correr por el taller.

—¡Te vas a arrepentir de haber hecho eso, Garabatos! —Cogió la paleta que estaba usando para mi obra y se pringó la mano que tenía libre.

Tras un par de vueltas por la sala, llegué hasta la mesa de costura y me coloqué al otro lado, pegada a una esquina de la habitación, de manera que la mesa fuese un obstáculo entre nosotros.

—¿No querías saber cómo lo hacía? Pues lección número uno: conoce bien el material que estás utilizando —le dije jadeando entre risas sin dejar de analizar cada uno de sus movimientos.

Dejó la paleta y, con una mirada felina, empezó a acecharme. Tocó algo debajo de la mesa con la mano que tenía limpia y escuché un clic.

—Lección número dos: experimenta con él todo lo que puedas y deja que te guíe —continué.

Lo estaba disfrutando.

—Me está pareciendo fascinante. —Y sonó otro clic.

Pensé en salir por uno de los laterales, pero entonces Edrian desplazó la enorme mesa de madera con tal facilidad y rapidez que parecía que tenía una fuerza sobrehumana. Pero no, ¡la mesa tenía ruedas! Ese sonido era el seguro que había quitado a las patas para poder moverla y acorralarme.

Pegó la mesa a la pared y solo dejó una vía de salida, donde ya estaba colocado con una sonrisa victoriosa tras haber acorralado a su presa con éxito. Me negaba a rendirme tan fácilmente.

Intenté escabullirme con un movimiento rápido, pero nunca tuve ninguna oportunidad. Me rodeó por el vientre con sus manos,

manchándome la camisa y los brazos, y después de un par de risas y pataleos consiguió que me volviese a mirarlo. Me agarró por la cintura y me apoyó contra la pared.

Aún jadeando y sin borrar esa sonrisa pícara de su cara me susurró con su cuerpo pegado al mío:

—¿Y la tercera?

Miré sus labios definidos y su mandíbula marcada que se tensaba por momentos. Podía ver cada poro de su piel de lo cerca que estaba.

—Lección número tres. —Me costaba respirar y ya dudaba si era por la adrenalina del momento o porque lo tenía a centímetros de mí —. No sois dos elementos. Aprende a ser uno con él.

Me pasó la mano con pintura morada por el lateral de la cara justo como yo lo había hecho minutos antes.

—Te dije que te ibas a arrepentir —susurró.

Apretó mi cintura para acercarme aún más a él y reprimí un jadeo cuando sus labios presionaron los míos.

Me besó con devoción.

Los labios de Edrian eran tan suaves como los había imaginado. Sus manos, a las que había visto hacer maravillas en la cocina, me recorrían la espalda restregando la pintura por mi camisa.

Cuando enredé los dedos en su pelo para atraerlo aún más hacia mí, Edrian gimió y su lengua buscó la mía con ansia. Estaba tan sedienta de él como él lo estaba de mí.

No me importaron todas las razones que había tenido durante esos meses para no acercarme a él. Solo escuchaba a mi cuerpo llamarlo con desesperación. Que su boca no dejara nunca de

acariciar la mía, porque sabía que, después de probarlo, todo me sabría a poco.

Su mano se posó en mi cuello y sus labios, sin dejar de besarme, se deslizaron por mi mejilla limpia hasta llegar al lóbulo de mi oreja que, nada más acariciarlo, estremeció cada centímetro de mi cuerpo.

Bajó hasta mi cuello, donde se detuvo para acariciar muy suavemente la piel con sus labios, justo antes de presionar con fuerza su lengua contra mi carótida.

—Edrian… —gemí aún con su pelo enredado entre mis dedos.

Deslizó sus manos hasta mis caderas y presionó con fuerza sus pulgares contra ellas. Bastó eso para que mis manos quisieran empezar a buscar su piel debajo de la ropa.

El cuerpo de Edrian era tan firme y definido como acogedor. Recorrí sus antebrazos apreciando la suavidad de su piel, cada músculo, cada vena. La calidez que emanaba de él era cada vez mayor y yo sentía cómo la temperatura de mi cuerpo iba también en aumento.

Apenas unos segundos más tarde, sus labios volvieron a acechar mi boca y una sensación fría me recorrió la zona del cuello donde momentos antes Edrian había estado.

Apoyó una de sus manos en mi cintura y, cubriendo mi mejilla con la otra, me dio un beso suave y profundo justo antes de apoyar su frente y su nariz contra la mía. Puse ambas manos sobre su pecho que, por su respiración agitada, no dejaba de subir y bajar.

—Me gustan estas lecciones. —Su habitual sonrisa pícara apareció de nuevo en su rostro—. Puede que me acostumbre a esto del arte después de todo.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero repetirlo? —pregunté con voz de superioridad.

Edrian sonrió ante el desafío que había encontrado en mi pregunta y tensó ambas manos. Acercó muy despacio su cara a la mía y se paró justo antes de rozar mis labios. Yo cerré los ojos y…

—Lo que yo decía. Es imposible resistirse a mis encantos.

Se separó de mí con un movimiento rápido y cogió el abrigo.

Tenía tantas ganas de cruzarle la cara por lo que acababa de hacer como de cogerle de la camiseta y obligarle a besarme de nuevo.

—¿Sabes? Si el egocentrismo fuese un pecado verdaderamente gordo, tendrías una celda reservada en el infierno desde hace tiempo —le solté mientras volvía a mi taburete. Lo escuché reírse—. ¡Cocinitas! —Se paró justo en el marco de la puerta—. Gracias por el ramo de tulipanes.

Frunció ligeramente el ceño al mirar el jarrón que había a mi lado, pero su media sonrisa lo delató.

—¿Cómo has…?

—Soy muy observadora —me limité a contestar—. Lo que no sé es cómo has averiguado que eran mis favoritas.

Él tan solo se encogió de hombros.

—Ten cuidado con lo que dibujas. Yo también soy muy observador.

Mi mente se transportó al cuarto de Sandra. A un boceto que estaba retocando mientras Edrian le daba de cenar.

No pude ocultar mi cara de sorpresa.

—Y, con respecto a lo que has dicho —se humedeció el labio inferior—, puede que tengas razón y tocarte las narices me lleve

directamente al infierno. Pero solo por ver esa sonrisa molesta en tu cara merecería la pena poner mi nombre en esa celda de eterno sufrimiento.

Y, con su expresión más engreída, se puso el abrigo y se fue.

Me quedé unos segundos observando los tulipanes. Sonreí ante la idea de que quizá había sido demasiado prejuiciosa con Edrian. Tal vez, y solo tal vez, me había equivocado descomunalmente con él.

40



Al escuchar a Sophie hablar de Adler, me pregunté si a mí se me ponía la misma voz melosa y esa cara de tonta cuando hablaba de Edrian.

Esperaba que no.

Sophie llevaba toda la mañana hablando de los mensajes que se habían estado intercambiando y se tiraba de los pelos de lo nerviosa que estaba. Adler la había invitado a cenar.

Me había pedido que la acompañara de compras antes de ir a trabajar para encontrar algún conjunto, ya que le había dado la neura de que no tenía nada que ponerse.

—Eres plenamente consciente de que lleves lo que lleves vas a ir preciosa, ¿verdad? —dije mirando un vestido que le sentaría increíble por el color, pero del que odiaba la estructura.

—¿Qué tal este? —me preguntó dudosa ladeando la cabeza y poniéndose la percha por encima.

La miré de arriba abajo y me crucé de brazos.

—Pero ¿tú vas a una primera cita o a buscar cacho en una discoteca a las tres de la mañana? —Me reí y le arranqué de las manos el vestido de cuero con tablillas en la falda. Sabía perfectamente lo que estaba pasando—. Tú no quieres llevar esto y lo sabes. No tienes que cambiar nada para gustarle a Adler. Si quiere una cita contigo es porque le gustas exactamente tal y como eres. —Hice una pausa comprendiendo que había más posibilidades—. Y, si quiere que cambies algo de ti, entonces es que no se merece salir contigo.

—No sé, Vera… —Encogió un poco los hombros y se hizo aún más pequeña de lo que ya era—. Adler es el típico chico que lo tiene todo. Un trabajo increíble, dinero, independencia y unos ojos de infarto. Yo no dejo de ser una aburrida enfermera que vive aún en un piso compartido y que, por la mañana, suele quemar los huevos de lo dormida que está.

Me hice la indignada.

—¡Oye!, y ¿dónde estarías mejor que con nosotras? —Puse los brazos en jarras.

La sonrisa que me dedicó Sophie era triste.

—Estoy segura de que, te pongas lo que te pongas, el único pensamiento que aparecerá en su cabeza sobre tu ropa será el de querer quitártela —le dije a mi amiga.

—¡Vera! —Se puso como un tomate y yo me reí a carcajada limpia.

—¡¿Qué?! Es la verdad. Tengo dos vestidos que me vienen un poco justos. Creo que a ti te quedarían perfectos. —Le ofrecí mi brazo en jarra—. Venga, compramos algo de dulce y café y nos

vamos a casa a jugar a las modelos. —Entrelazó su brazo, más menudo, con el mío.

—Vale, pero ¿y si no me gusta nada?

—¿Estás diciendo que tengo mal gusto? —Me llevé la mano al corazón y me hice la ofendida justo antes de darle la solución—. No pasa nada. Asaltamos el armario de Becca.



Tenía el corazón a mil por hora.

Había pasado días bajo la seguridad del taller de Agatha y en todo momento había confiado en lo que estaba haciendo.

Ahora, en el coche de Edrian, aparcado a una calle del centro de exposiciones donde tenía que llevar mi obra, me asaltaron todas las dudas que no había tenido durante esas semanas.

¿Y si no estaba a la altura de las demás? ¿Y si hacía el ridículo? ¿Y si era una idea tan cutre que ni siquiera me dejaban presentarla?

—Eh, lo más difícil lo has conseguido ya. —Me acarició el brazo desde el asiento del conductor—. Y has hecho un trabajo increíble. Puedes con esto.

Qué equivocado estaba. Pintar era la parte fácil. Lo complicado era enfrentarme a ese grupo de serpientes y aguantar las críticas poco creativas que se les ocurriese hacerme.

Salimos del coche y Edrian sacó del maletero la obra envuelta.

Según avanzábamos hacia el edificio, me entraban más nauseas. La sensación era similar a la que había tenido el día de la primera convocatoria. Seguía pensando que yo no debería estar ahí. Las miradas de todos me señalaban como una impostora y, ante eso, tenía la sensación de hacerme cada vez más pequeña.

Edrian tuvo que notarlo.

—Si en algún momento quieres echar a correr, me dices una contraseña y nos vamos —me susurró sin dejar de andar en dirección a la puerta—. La contraseña puede ser «Tengo hambre».

Yo sonreí ante la tontería que acababa de soltar. Tenerlo cerca en ese momento era reconfortante. Me hacía sentir más segura y su presencia, de alguna manera, me calmaba un poco.

Di mi acreditación en la entrada y me entregaron un papel para que rellenara con el título de la obra y todo lo que quisiera aportar sobre ella.

—Esto por aquí. —Un señor muy formal me entregó el pase de entrada—. Y le recuerdo que habrá ojeadores durante la exposición de hoy. Entre esta noche y mañana tendrán los resultados y las instrucciones para la siguiente fase. ¡Buena suerte!

Los nervios se adueñaron de mi estómago.

En unas horas ya iba a saber si había pasado de fase.

Pudimos acceder con la entrada a la sala de exposiciones. No miré demasiado a mi alrededor porque no deseaba encontrarme con nadie. Solo quería dejar mi obra e irme sin más. La sala, de paredes blancas y de un tamaño inmenso, parecía un laberinto. En varios muros colgaban ya obras realizadas por los participantes; otros estaban vacíos con solo un número. La mayoría de los trabajos expuestos eran de color rojo, como suponía. Había representadas escenas de matanza, corazones humanos, mucha sangre y algunos demasiado gores para mi gusto.

Me habían asignado el puesto número veintisiete. Busqué mi sitio y, casualmente, Elías, el chico que había sido tan amable conmigo el primer día, estaba colocando su cuadro en el veinticinco.

El color que predominaba en su obra era el amarillo. Pero no un amarillo ocre que tira a marrón, sino un amarillo pollito, amarillo sol, amarillo felicidad. Una elección atrevida para representar el tema que nos habían propuesto.

—Vera —me saludó con un gesto amistoso—. Veo que no te has echado para atrás.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunté curiosa.

—Bueno… Marjan y Thomas pueden llegar a ser muy persuasivos con sus comentarios. —Se rascó nervioso el brazo.

—Si salgo de este concurso, te aseguro que no será por lo que puedan opinar esos dos. —Y lo decía en serio. Sus burlas podían afectarme, pero no pensaba abandonar bajo ningún concepto.

La mirada de Elías se dirigió por encima de mi hombro hacia el chico alto que sostenía mi cuadro entre las manos.

—Él es Edrian —presenté a mi acompañante.

—Mucho gusto —saludó este, y Elías asintió.

Y luego se produjo un silencio incómodo. Demasiado incómodo.

—Colocamos esto y nos vamos —me apresuré a decir mientras desenvolvía el lienzo.

Una vez colgado en su sitio, me alejé un metro y medio junto con Edrian y Elías para apreciar el resultado.

En un principio, no tenía muy claro cómo iba a quedar la composición, pero estaba más que orgullosa de mi trabajo.

La ilustración estaba dividida en dos partes por una línea vertical, claramente diferenciadas para mostrar dos versiones de mí: la pasada y la presente. Ambas se hallaban en escenarios completamente opuestos. Había utilizado como referencia dos fotografías que me había tomado prácticamente desnuda. En ambas

me hallaba de perfil y en una perspectiva que ocultaba por completo mis partes más íntimas. Estaba cubierta solo por una bata transparente con destellos.

A la derecha, estaba sentada en el suelo, abrazada a mis rodillas dobladas y con la espalda apoyada en esa pared temporal imaginaria que dividía el lienzo. La bata corta estaba raída y mi piel, resquebrajada; llena de grietas y agujeros por la ausencia de trozos que se hallaban en el suelo, pero no había sangre. Estaba rodeada por un fondo de oscuridad en el violeta más lóbrego que pude encontrar, humo, rostros indefinidos y manos que intentaban agarrarme. Manos que eran de todo menos humanas. Por mi mejilla caían lágrimas y mi expresión era de una tristeza evanescente. Como si no pudiese moverme ni mi ser estuviese realmente ahí.

En el otro extremo del muro invisible, estaba mi versión más reciente: de rodillas, con las manos aporreando la pared que las separaba y con la frente apoyada en ella. Esta parte de mí estaba en uno de los cielos más bonitos que hubiese visto jamás. Con nubes esponjosas llenas de luz y varias tonalidades de violeta, unas más azuladas y otras más rosadas. El batín estaba intacto y relucía ante el contacto de la luz, y mi piel era de un lila tan claro que parecía porcelana; porcelana que alguien había tratado de reparar. Las mismas grietas pronunciadas que tenía la chica en la oscuridad eran las que recorrían el cuerpo de la chica de luz, solo que estas parecían más tenues. Había vuelto a colocar los trozos que se habían caído, pero no había logrado que encajasen del todo. Era una muñeca de porcelana que había intentado recomponer un puzle al que siempre le faltarían pequeños fragmentos. Su expresión era de puro dolor. De impotencia al no poder pasar esa línea que las dividía.

Y lo que me hacía estar realmente orgullosa de mi obra era que, mirando ambas partes, no percibías el dolor en la chica que estaba en la oscuridad, sino en la que se estaba desgarrando por llegar al otro lado.

Parpadeé para esconder mis lágrimas.

Edrian estaba a mi lado admirándola.

Aunque él había visto gran parte del proceso, hasta ese momento no me había dado cuenta de lo que implicaba que mirase mi cuadro. Me sonrojé al pensar que me estaba viendo, al menos parcialmente, desnuda.

Comencé a oír murmullos.

—Lo has conseguido —me susurró Edrian al oído.

Estaba a punto de decirle que no se adelantase, que aún no había pasado la primera fase, pero, cuando vi de dónde provenían esas voces, supe que no se refería al concurso en sí.

Una quincena de personas se había acercado a contemplar mi obra y me dio la sensación de que respiraba por primera vez desde que habíamos entrado.

Entre susurros, y como si no pudiese oírlos, la gente empezó a comentar.

«Es preciosa».

«Mira qué conseguida está la piel».

«¿De qué escuela viene esta chica?».

«¡Qué pasada!».

«¿Cómo ha podido hacer esto con el poco tiempo que teníamos?».

«Esta es la que no tiene estudios, ¿verdad?».

Volví a sentir presión en el pecho y la mano de Edrian rozó la mía. Me concentré en la sensación de su contacto para no pensar en lo que la gente estaba diciendo.

—Pero bueno, ¿al final te has atrevido a seguir? —La voz aguda de Marjan sonó a mi espalda—. ¡Vaya!, veo que te lo has tomado en serio. Bonita figura —dijo refiriéndose a mi cuerpo—. En cambio, una técnica pésima. ¿De verdad te crees que con eso puedes ganar algo?

Se burló y le hizo un gesto a Thomas y a otro chico para que la siguieran con un enorme lienzo envuelto.

Se dirigieron al número trece y destaparon la obra. No podía ser otro número.

Entre tonos magentas había distintos rostros intentando salir del cuadro. No era demasiado realista, pero mentiría si dijera que no me producía desagrado. Daban unas ganas constantes de apartar la mirada.

Marjan esbozó una sonrisa victoriosa ante la multitud que había dejado de lado mi obra para acercarse a la suya.

—Será una arrogante, pero la tía es buena.

Elías había aparecido de repente y se había colocado a mi lado sigiloso como un gato. Había olvidado que estaba ahí.

—Se le da bien —contesté.

—No te preocupes, el tuyo es increíble —intentó consolarme—. Aún no entiendo cómo se te ocurrió presentarte a este concurso. Hay que tener mucha iniciativa.

Yo sonreí con ironía.

—No lo hice.

—¿Cómo que no? —preguntó confuso.

—Al principio sí que iba a hacerlo, pero a última hora me eché atrás. Mis trabajos de muestra desaparecieron y unos días más tarde me llegó la confirmación de que había sido aceptada en el certamen. —Elías frunció el ceño—. Alguien presentó mis trabajos en mi lugar y aún no sé quién fue.

Yo ya había dejado de darle vueltas a aquello.

Thomas, el compañero maleducado de Marjan, nos miraba con interés desde la esquina más cercana a la puerta de salida.

—¡Vaya, pues qué suerte! —contestó Elias efusivo—. Menos mal que alguien lo hizo por ti. ¡Mira dónde estás!

—Supongo que sí —admití.

Edrian recibió un mensaje y vi cómo Marjan caminaba hacia nosotros. Me apresuré a comentar lo que llevaba rondando en mi cabeza desde que ella había aparecido en escena.

—¿Y si nos vamos? Me está entrando un hambre…

Edrian me colocó la mano en la espalda.

—Justo me acaban de enviar un mensaje del nuevo restaurante, que tengo que ir a firmar unos papeles. ¿Te vienes?

Asentí y me despedí de Elías, que volvió a adentrarse en el laberinto de obras.

Me caía bien. Después de todo, era el único participante que se había mostrado amable conmigo y no me veía como un bicho raro.

—Deberías mirar el foro —soltó Thomas cuando estábamos a punto de salir.

Me paré en seco.

—¿Qué foro?

Él sonrió como si fuera la pregunta más estúpida del mundo.

—En la plataforma de Postart hay un foro específico para el concurso donde hablamos entre nosotros. Estamos todos. Te recomiendo que entres y le eches un vistazo.

Se separó del muro y se dirigió hacia Marjan.

—Gracias —dije, aunque ni me escuchó—. Supongo.

Caminamos en dirección al coche. Me fijé en que Edrian llevaba una pegatina pegada en el maletero: «Chef a bordo».

Era una rata con un gorro de cocina y un par de cubiertos en las manos. Sonreí divertida por la ocurrencia.

Al entrar, me rugió el estómago.

—Lo de que tengo hambre es cierto —dije poniéndome el cinturón.

—Y lo de que tengo que pasar por mi nuevo restaurante también. —Arrancó el coche—. Ahora te toca a ti ver mi obra de arte.

41



El restaurante de Edrian estaba en obras. Había muchísimo polvo en el ambiente y estaban trabajando en la instalación de la cocina. Con lo que había montado, apenas podía visualizarlo, pero se me ocurrían mil formas para decorarlo.

Un hombre bien vestido, bronceado y algo sudoroso nos recibió en lo que supuse que iba a ser el mostrador principal. Edrian le dio una palmada en la espalda.

—Edrian, estos son los permisos que nos piden para seguir con la reforma. —Por su aspecto ya lo había intuido, pero el acento lo delataba: hablaba mi idioma.

—¿Qué tal tu mujer? —preguntó Edrian.

—Cada día más gorda. A puntito de dar a luz.

El hombre le entregó un montón de papeles en una carpeta y Edrian se sentó a leerlos en una silla de madera.

—¿De qué parte de Latinoamérica eres? —pregunté en español. Después de tanto tiempo me sonó hasta raro hablar mi propia lengua.

Él abrió los ojos y esbozó una sonrisa plena al ver que hablábamos el mismo idioma.

—¡De Colombia! Soy Manuel, un placer, señorita. Veo que usted viene de España. Antes vivía con mi familia en León, pero por el mundo de las reformas me vine a trabajar a Praga.

—Yo soy Vera.

—¡Me imaginaba! Usted debe de ser la muchacha por la que Edrian se pasó toda una tarde poniendo a punto ese caballete…

—Puede que no sepa hablar español, pero el oído lo tengo muy fino —intervino Edrian con media sonrisa y arqueando una ceja sin dejar de mirar los papeles.

Manuel se acercó ligeramente y se tapó la boca para susurrarme.

—A veces es demasiado cascarrabias para lo joven que es, pero tiene buen fondo.

—Y buen ego —añadí.

Él se rio estrepitosamente ante mi comentario y llamó la atención de su jefe, que levantó la vista hacia nosotros por encima de los papeles.

—Sí, eso también —soltó Manuel.

Edrian se levantó mientras firmaba en una de las últimas hojas.

—Ya está todo.

—Perfecto. Gracias. —Cogió los papeles—. Con respecto a lo de este fin de semana…

—Manuel, ya te dije que no tenías que venir a trabajar. Pasa unos días con tu mujer que seguro que lo agradece.

—¿Estás seguro? Porque aún quedan…

Lo agarró por los hombros.

—Manuel. Siento ser yo quien te lo diga, pero eres un adicto al trabajo.

Este lo miró con la boca abierta.

—¡¿Y me lo dices tú?!

Edrian sonrió y se dirigió a la puerta.

—No te quiero ver hasta el lunes. —Hizo un gesto con la mano y, tras despedirme también de Manuel, lo seguí.

42



Aún recordaba cómo le temblaban las manos al entrar en el centro donde debía exponer su primera obra. En cuestión de una hora la había visto asustada, insegura, decidida y confiada.

Cuando desenvolvió la obra, no hubo ni una sola persona en la sala que no se girase para contemplar su cuadro. Destacaba por encima de los demás; al menos, en estética.

No podría definir con palabras el cúmulo de sensaciones cálidas que me invadieron al verla emocionada con su obra. Vera era preciosa en cualquier estado: alegre, triste, irritada, avergonzada…, pero en ese momento hubiese jurado que brillaba de otra manera.

¿Era posible que un estado emocional hiciese cambiar nuestra apariencia física? Porque, de todas las versiones de Vera que había visto hasta la fecha, la orgullosa de sí misma y de su trabajo era una de las más increíbles.

Me dio mucha alegría que me permitiese acompañarla en un momento tan importante para ella.

Ya estábamos en mi piso y, de entre todos los ingredientes que había para cortar, Vera había escogido una cebolla con la que llevaba minutos peleándose. Tuvo que apretar con fuerza los ojos de lo mucho que le ardían y no pude evitar burlarme de ella mientras yo sazonaba la carne.

Finalmente, había decidido tener la clase de cocina en mi piso, porque decía que Sophie estaba histérica por su cita con Adler.

Un estruendo hizo que Vera se volviese hacia la ventana. En el exterior nevaba con fuerza.

—Venga, que no es para tanto —comenté al verle los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Que tú seas un insensible inmune a las cebollas no es mi problema. ¿De qué clase son estas cebollas? No recuerdo la última vez que lloré tanto. —Se pasó el antebrazo por los ojos.

No pude evitar una carcajada.

Tras hacer unos rollitos de burrata fríos y haber puesto la paletilla en el horno hacía casi una hora, estábamos con la ensalada de marisco.

—Puedo sacarte las gafas de bucear si quieres.

—Tarde para verme hacer el ridículo. —Colocó la cebolla en el cuenco—. Esto ya está.

Era el momento perfecto para una copa de vino. Me dirigí a uno de los armarios de madera y saqué una botella.

—En ese caso, mientras esto termina de hornearse, vamos a tomarnos una merecida copa de vino.

Mientras yo comprobaba cómo iba nuestro plato principal en el horno, ella me ayudó a poner en un bol las gambas y el cangrejo cortado junto con la cebolla y una vinagreta.

Vera gimió ante el increíble olor a tomillo y carne que desprendía la bandeja.

—Le quedan diez minutos. Está increíble. —Cerré la puerta del horno, me retiré el delantal y me lavé las manos—. ¿Ves cómo no ha sido para tanto?

—¿Siempre cantas victoria antes de probar tus platos?

La isleta central tenía dos alturas distintas. Vera estaba sentada en la parte más baja con los pies colgando. Había dejado los zapatos en la puerta e iba en calcetines. La Vera despreocupada también era una de mis favoritas.

Me encogí de hombros y llené dos copas.

—Tengo el tiempo muy medido. Si sigues una receta, no es tan difícil. Lo complicado de mi trabajo es crear platos nuevos.

—Por lo tanto crees que te va a salir perfecto —afirmó.

—Mientras que no se te ocurra sabotear nuestro plato, sí. —Le ofrecí la bebida.

Se la llevó a los labios y me miró por encima del vino.

Si me seguía mirando así, dudaba que pudiese contenerme a besarla.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te incomodes? —preguntó—. Prometo no juzgar nada de lo que me digas. Es mera curiosidad.

—Entonces, adelante. —Me apoyé en la encimera frente a ella.

—Eres muy joven para tener tu propio piso y poder montar un local de ese calibre.

—¿Me estás preguntando por mi edad o lo que realmente quieres saber es si mi tía me financia?

—¿Ambas?

—No soy tan joven como crees.

—¿Veinticinco?

—Veintisiete —corregí—. Y tú debes tener… ¿Qué? ¿Unos treinta?

—¡Oye, que no soy tan mayor! —Me pegó un latigazo en el hombro con un paño de cocina y lo esquivé entre risas.

Adoraba irritarla de esa manera y adoraba aún más escucharla reír con mis cosas. Su risa llenaba toda la habitación y me envolvía como una manta suave y calentita.

—¡Vale, vale! Era broma. —Interpuse mi mano entre nosotros—. Veintidós, supongo.

—Veintitrés en unas semanas —corrigió.

—Guau… —Me sacó la lengua en respuesta y le dio un sorbo al vino—. Y con respecto a lo otro… No me avergonzaría si fuese así, pero lo cierto es que he pedido un préstamo al banco para el local. —Dio vueltas al líquido rojizo de la copa mientras yo seguía explicándole—. Ya te dije que mi tía me paga bien y me ayuda con el alquiler del piso, porque no es mío, Garabatos. En cuanto al restaurante, no te voy a negar que se ofreció a financiarme, pero yo quería que fuera algo completamente mío. Uno también se cansa de ser la sombra de alguien.

No conseguía descifrar su expresión, pero su respuesta me alivió.

—No te juzgaría si fuese de otra manera —confesó, y nuestras miradas conectaron—. Tu abuela me contó toda la historia. Y… Alguien me dijo una vez que no se debe criticar las decisiones de una persona cuando nunca has jugado con las cartas que le tocaron.

Levanté ambas cejas.

—Muy sabia la persona que te dijo eso. Deberías hacerle caso más a menudo.

—No acierta con tanta frecuencia como cree. —Entrecerró los ojos y dio su último sorbo.

—Veo que te ha gustado. —Solté una risa grave y le serví otra copa.

—No está mal —dijo. Tuve que contener la risa porque estaba seguro de que no sabía diferenciar un vino de dos euros de otro de treinta.

Aproveché la situación.

—Eso es un cumplido bastante chapucero para un vino de doscientos treinta euros.

La pillé tragando y estuvo a punto de escupírmelo en la cara.

—¡¿Doscientos qué?!

—Es broma —confesé entre risas—. Es un vino de los que serviremos en el restaurante como recomendación. No vale más de veinte euros. Eres de las primeras en degustarlo.

Suspiró profundamente aliviada.

—¿Has pensado ya en un nombre?

—¿Para el restaurante? —Asintió—. No, aún no.

—¿Y la temática?

—¿Debe tener una temática?

—¡Todo es mejor cuando tiene una temática! Puede ser una época o un elemento, o incluso un personaje. Si yo pudiese montar algo desde cero, haría locuras con el diseño. Jugaría con los colores y las texturas. Haría cosas que no se ven en otro lugar.

—La gente viene al restaurante a probar mi comida. Yo juego con todo eso que has mencionado dentro de cada plato.

—Pero lo estás planteando como una experiencia meramente gastronómica. ¿Cuántos restaurantes clásicos, elegantes y serios hay? —No me dejó responder —. Miles. Pero ¿y si fuera una experiencia al completo? Un restaurante que estimulara todos tus sentidos. Si fuera mi proyecto, definitivamente lo haría así. Tampoco digo que montes un restaurante de barrio si te gusta la alta cocina, pero estoy segura de que existe el término medio entre la elegancia y lo extravagante…

Vera hablaba con pasión de todo aquello. Se notaba que disfrutaba con cualquier cosa que implicase creatividad. Era de ese tipo de personas que te contagiaban la ilusión y la alegría cuando hablaba de cosas que le gustaban.

Estoy seguro de que ella podría haber seguido charlando durante horas, y yo estaba deseando escuchar todas y cada una de sus ideas, pero de repente paró y se sonrojó.

—Perdón —dijo encogiéndose—. A veces me emociono demasiado cuando me pongo creativa. Sea lo que sea, tu local será perfecto.

—¿Perdón? —Sonreí con suavidad y me aparté de la encimera para acercarme a ella—. Podría escucharte durante horas. Créeme. Lo último que quiero, cuando hablas de lo que te gusta, es que dejes de hacerlo.

—¿Horas? Lleva cuidado con lo que deseas porque podría tirarme días hablando sin parar —me advirtió.

Si supiera que mi único deseo era pasar un día detrás de otro junto a ella…

Le acaricié el pelo con una mano y dejé mi copa en la parte alta de la isleta. La miré y sus ojos verdes me evaluaron el rostro como si pudiesen leer a través de mí.

—Como si quieres hablar de por vida. —Me lamí los labios—. Te escucharía encantado.

Una sonrisa nerviosa la traicionó.

—Esa insinuación es muy atrevida, Cocinitas.

—¿Es que dos compañeros de trabajo, que intentan ser amigos por no matarse y perder sus respectivos puestos, no pueden escucharse mutuamente? —Mi voz ya era apenas un susurro.

Posé ambas manos al inicio de sus muslos e instintivamente abrió las piernas para que me acercase más a ella.

—Tú y yo nunca llegamos a ser amigos. —Llevó sus brazos hacia mi cuello.

—Ahí tengo que darte toda la razón. —Mis manos se deslizaron hacia sus caderas rozando las nalgas y sus ojos se encontraron con los míos.

Hacía un rato que había notado cómo el calor subía por mi cuerpo. Me incliné y nuestras narices se rozaron suavemente y, si lo había calculado bien, antes de que nuestros labios se encontraran, susurré:

—Tres…, dos…, uno… —El sonido del horno llenó la cocina.

Me agarró de la camiseta ante mi tentativa de ir a sacar la bandeja.

—Ni se te ocurra moverte.

—No pensaba hacerlo —contesté contra su boca y de un empujón brusco la atraje hacia mí barriendo el poco espacio que quedaba entre nosotros. Presioné su cuerpo contra el mío.

Rozó ligeramente mis labios con los suyos. No llegó a besarme. Acariciaba muy sutilmente la superficie, tentándome, y notaba cómo la temperatura de mi cuerpo empezaba a subir.

Pasó la punta de la lengua por las comisuras de mi boca y por las zonas de mis labios que segundos antes había rozado.

Tenía la sensación de que, si no me besaba ya, me iba a volver loco y, al mismo tiempo, lo estaba disfrutando enormemente.

Noté cómo mis músculos se tensaban y, con un gruñido, la besé con impaciencia. Nuestras bocas se encontraron con urgencia en un beso profundo y húmedo. Sentí cómo se estremecía bajo mi contacto. Mis manos, apoyadas en sus muslos, la agarraban por encima de la ropa.

El aire de la cocina se volvió denso.

Deslicé mi mano por su hombro para apartar el cárdigan que llevaba y ella echó la cabeza hacia atrás, dejando su piel a mi merced. Arqueó la espalda cuando descendí hasta su cuello y me detuve en su clavícula.

Su respiración, al igual que la mía, comenzó a ser irregular, y yo sonreí victorioso al comprobar cómo se estremecía con cada roce de mis labios.

Ella estaba aferrada a mí dejándose llevar, como si no hubiese nada más maravilloso en el mundo, cuando el rugido de su estómago superó el estruendo de la tormenta de nieve.

Ensanché la sonrisa y subí para darle un suave beso en la mejilla.

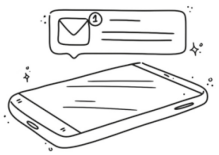
Joder, la quería.

—Tan oportuna como siempre —comenté aún jadeando. Le acaricié un mechón de pelo.

Ella se limitó a encogerse de hombros y a poner cara de no haber roto un plato en su vida.

—¿Mesa para dos?

43



Todo salió absolutamente increíble. Los rollitos italianos volaron, la ensalada de marisco estaba exquisita y ligera, y la carne se deshacía en la boca. Aún no terminaba de entender cómo había conseguido que la salsa con bourbon supiese así de espectacular. Era una explosión de sabores.

Edrian acababa de sacar un postre que había preparado en secreto.

En apariencia era una especie de tarta con textura gelatinosa, pero el sabor era el de una torrija. Iba acompañado de un chorrito de chocolate caliente y helado de yogur. Había adornado con frambuesas y miel. El resultado era de diez, aunque no esperaba menos.

La nieve seguía golpeando la ventana cada vez con más fuerza.

—No sé si voy a poder llevarte a casa con este temporal. —Se llevó una frambuesa a la boca—. Puede que tengas que quedarte aquí hasta que despejen las carreteras.

—Menos mal que tienes un sofá amplio en el que puedes dormir sin que me coman los remordimientos.

El piso de Edrian era moderno y amplio, pero solo tenía un dormitorio.

—No sé quién te ha dicho que soy tan caballeroso, Garabatos, pero te aseguro que, si alguien de los dos tiene que dormir en el sofá, que espero que no, no pienso ser yo. —Se levantó y recogió los platos.

—Eso ya lo veremos. —Lo desafié imitándole y recogí el resto de las cosas que quedaban en la mesa—. Ya que te niegas a llevarme a casa, qué mínimo que ofrecerme la mayor de las comodidades.

—¿Y no es lo que estoy haciendo? —preguntó mientras se secaba las manos—. Te doy la opción de dormir conmigo en mi amplia y lujosa cama. No hay nada más cómodo que eso.

—Si crees que voy a dormir contigo hoy, estás…

Mi móvil sonó y me apresuré a cogerlo. La notificación era un e-mail. Las manos comenzaron a temblarme y noté un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Qué pasa? —me preguntó preocupado.

Eran los resultados de la primera fase del concurso.

Levanté la vista sin haber abierto aún el mensaje.

—Ya están los resultados.

—¿Y bien?

El corazón me iba a mil por hora. No quería abrirlo. No estaba preparada para ver cómo mi trabajo no era lo suficientemente bueno.

—No sé si quiero saberlo —confesé.

Edrian me quitó el móvil de las manos y lo alejó todo lo que pudo de mí mientras interponía entre nosotros la mano que tenía libre para que no me acercara.

—¡Oye! ¡¿Qué haces?! —Intenté llegar hasta él, pero era imposible—. No tienes derecho.

—Escúchame —dijo con una voz sumamente calmada—. Sé lo que sientes, pero que esperes un minuto, un día o un mes no va a cambiar lo que pone en este correo. —Me relajé un poco—. El trabajo ya está hecho y la opinión del jurado también. No tiene sentido que lo alargues.

Tenía toda la razón. Ya nada iba a cambiar el resultado, pero no estaba segura de estar preparada para que Edrian Don Perfecto me viera fracasar.

Aunque, al mismo tiempo, pensé que ya iba siendo hora de enfrentar el miedo que tenía al rechazo y esta era la mejor oportunidad.

—Vale. —Cogí aire. Esperaba no arrepentirme de lo que estaba a punto de decir—. Pero quiero que tú veas el resultado primero y luego me lo digas.

Me tembló sutilmente la voz.

—¿Estás segura? —preguntó arqueando una ceja sin moverse.

Volví a inspirar profundamente.

—Muy segura —contesté, esta vez con firmeza, y bromeé para liberar los nervios—. Si no paso a la segunda fase, recordaré que fuiste tú quien me lo dijo y te podré usar de saco de boxeo.

—Huiré del país antes de que des el primer golpe, no sufras.

Bajó el móvil muy despacio y abrió la notificación.

Comenzó a leer sin decir ni una palabra. Yo luché por no llevarme las manos a la boca. Sentía cómo me palpitaba el corazón en la cabeza.

Exploré su rostro intentando encontrar en su expresión un ápice de emoción o felicidad, pero los ojos de Edrian se limitaron a encogerse mirando la pantalla y después se alzaron para mirarme con condescendencia.

—No me digas que… —Se me cortó la voz.

Él negó con la cabeza y comenzó a leer muy despacio.

Estaba fuera.

—«Estimada señorita Vera —se aclaró la garganta—: adjuntamos el listado de aspirantes que han pasado a la siguiente fase de la decimoquinta edición del concurso nacional. —Su tono era débil—. Lamentamos informarle… —se detuvo un segundo ahí; había fracasado— de que las pautas e instrucciones para esta segunda fase no estarán disponibles hasta el jueves. —Me miró, sonrió y anunció con emoción—. Pero, por otra parte, tenemos el honor de comunicarle… —dejó de leer— ¡que ha sido seleccionada para continuar en…!».

—¡Es broma! Es broma, es broma… —lo interrumpí.

—Para nada, Garabatos. Estás dentro.

Grité de emoción y me abalancé hacia su cuello. Edrian me abrazó y me levantó en volandas.

Había pasado de fase. Era una de las veinte semifinalistas. Mi obra había sido elegida como una de las mejores.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Les ha gustado tu trabajo. —Tras depositarme en el suelo y, aún abrazándome, me habló apoyado en mi cuello—. Sabía que podías.

Por primera vez creí que tenía verdaderas posibilidades de ganar. Me sentí capaz de todo.

Me aparté para mirarle a los ojos y escruté su rostro. Edrian me había animado a hacer esto desde el minuto en que supo lo del concurso. Más allá de sus bromas, era una persona que había creído en mí desde el principio. Él sabía lo que era luchar por un sueño, y allí estaba, viviendo el suyo.

Ahora que conocía toda su historia, solo podía pensar en lo mucho que lo admiraba y en que se merecía estar donde estaba. Lo que sentía por Edrian era la mezcla perfecta entre atracción, cariño y admiración.

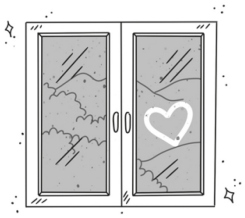
Y, tras haber recibido la mejor noticia de mi vida de su boca, supe que estaba enamorada de él.

Lo atraje hacia mí para besarlo.

Fue un beso entre dos personas que habían decidido no conformarse con lo cotidiano y que apostaban por su pasión dispuestas a superar obstáculos. Dos personas que creían que los imposibles eran la excusa con la que se alimentaba el miedo. Por muy diferentes que fuéramos, estábamos unidos por dos grandes sueños que, de alguna manera, nos conectaban.

Él ya estaba cumpliendo el suyo y, aunque yo hubiese apostado un poco tarde por el mío, este solo era el comienzo de mi camino.

44



Quince segundos.

Ese fue el tiempo que necesitó Edrian para dejar mi teléfono en la mesa y acercarme hasta su dormitorio sin dejar de besarme.

La emoción del momento nos envolvía a ambos y el contacto se había vuelto más hambriento y voraz. Sus manos acariciaban mi figura buscando la suavidad de mi piel.

Aún de pie, sobre la alfombra color gris de su cuarto, sus dedos viajaron hasta los botones de mi cárdigan y la tela se deslizó por mis hombros hasta caer al suelo.

La tenue luz que entraba de la cocina delineaba nuestras siluetas mientras él me levantaba con facilidad, me depositaba en la cama y se inclinaba sobre mí.

Noté la dureza de su cuerpo y eso hizo estremecer el mío. Lo atraje aún más hacia mí, con impaciencia. Sus manos acariciaron mi costado, rozando con sus dedos el borde de mi corto top de tirantes. Ahora solo se dedicaban a saborearme a mí.

Tiré de su camiseta y me deshice de ella.

Deslicé mis manos por su torso desnudo haciendo trazos invisibles. Sus músculos se contraían bajo la caricia de mis dedos y su boca se deslizó hasta mi cuello, como había hecho unas horas antes.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó pegado a mi piel.

Retiró el tirante y comenzó a besar mi cuello, mi hombro, mi clavícula. Su boca se deslizó hasta el límite de mi camiseta y se detuvo para mirarme fijamente justo antes de que apareciera un brillo animal en sus ojos dorados.

Edrian se deshizo del top y sus dedos dibujaron un camino descendente por mi pecho en mi piel cálida y temblorosa.

Volvió a besarme sin dejar de acariciarme y yo respondí enredando los dedos en su pelo y rodeándolo con mis piernas para atraerlo. Cada roce de su piel me llenaba de una manera increíble y sensorial y, aun así, sentía que no era suficiente. Necesitaba más.

Acerqué mi mano al botón de su pantalón para desabrocharlo y, en un movimiento grácil y apresurado, Edrian se deshizo de él para después tirar del mío.

Me acomodé en la cama y en cuestión de segundos ya estaba a mi lado reclamando mi contacto. Gemí ante el roce de su piel desnuda contra la mía.

Ardía.

El cuerpo de Edrian era una escultura digna de admirar. Se movía con elegancia y sabía perfectamente lo que hacía. Dónde acariciarme. Dónde besarme. Era como si ya hubiéramos hecho esto mismo varias veces. Como una coreografía bien ensayada.

Nuestros cuerpos habían pasado de ser dos figuras independientes a convertirse en un ser único que bailaba con deseo

al ritmo de una canción que aún no estábamos preparados para entonar, pero la sentíamos en todo nuestro ser.

Las sábanas se arrugaban bajo nuestros trazos. Edrian comenzó a descender por mi vientre y cuando se detuvo justo entre mis piernas una oleada de calor me invadió.

Los cristales del ventanal comenzaron a empañarse. La nieve no dejaba de caer.

Edrian conocía perfectamente mi cuerpo, como si en vidas pasadas lo hubiese recorrido mil veces. Sus ojos, llenos de satisfacción al verme arquear la espalda, delataban lo mucho que estaba disfrutando de tenerme entre sus brazos derritiéndome.

Edrian era asombroso.

Levantó la cabeza con una sonrisa engreída.

—No tengo muy claro que te esté gustando… —Intensificó el ritmo y mi cuerpo se retorció de placer con un gemido.

Qué cabrón.

Una oleada de calor subió por mi cuerpo a punto de hacerme estallar… Justo cuando sus besos comenzaron a ser cada vez más lentos, más suaves, menos hambrientos.

Con la respiración agitada, la piel perlada de sudor y el cabello revuelto, se incorporó ligeramente y se detuvo para observarme.

Ambos estábamos completamente desnudos.

Exploró mi rostro y traté de no sonrojarme, pero fue prácticamente imposible. Recorrió mi figura con la mirada para después volver a mirarme a los ojos.

Me sentía completamente vulnerable.

—Joder, Vera —susurró mordiéndose el labio—. Eres una maldita obra de arte.

Se inclinó y, antes de que dejara caer por completo el peso de su cuerpo sobre el mío, me abalancé sobre su boca y Edrian perdió el poco control que le quedaba.

Noté cómo ocupaba cada rincón de mi ser. Nuestros nombres escaparon varias veces en susurros ahogados bajo el sonido de la nieve golpeando el cristal.

Durante ese instante, solo existíamos nosotros.

Incluso mientras me estremecía bajo el peso de su cuerpo, me sentía más segura que nunca. Desconocía en qué momento él había pasado de ser un incordio a un lugar seguro para mí.

Edrian me producía la misma sensación de calidez que pintar. El mundo se desvanecía y no existía nada más.

Pero aquí era distinto, porque no estaba sola.

Nos perdimos entre ritmos y caricias y una ola lenta y envolvente me recorrió el cuerpo mientras sentía cómo la misma sensación arrastraba a Edrian.

Tras unos segundos de silencio, se separó de mí con cuidado y me hizo un hueco en su pecho para que me recostara mientras recuperábamos el aliento.

—La próxima vez —dijo a la par que me daba un beso en la coronilla—, te lo pensarás dos veces antes de mandarme al sofá.

—La próxima vez, lo haremos en el sofá. —Y le planté un beso en el cuello.

Me acurruqué en ese hueco perfecto que se formaba entre su mandíbula y su hombro y noté cómo los músculos de su cara se contraían en una de sus increíbles sonrisas.



A las cuatro de la mañana, un pensamiento, que rondaba por mi cabeza desde hacía horas, me impedía conciliar el sueño.

Edrian dormía profundamente a mi lado.

Lo odiaba por ser tan perfecto. Hasta durmiendo parecía que lo había dispuesto todo para ser aún más atractivo.

Me escabullí de entre sus brazos para ir a la cocina y se dio la vuelta sin despertarse. Me había desvelado hacía cosa de una hora por el ruido de la tormenta y no había conseguido volver a dormirme. Me puse la camiseta de Edrian.

Llené un vaso con agua, cogí el móvil que horas antes había dejado sobre la encimera y, acomodada en el sofá, abrí el buscador.

Postart.

No entendía por qué Thomas se había tomado la molestia de informarme sobre el foro. Entendía que no era nada oficial del concurso, porque lo hubiesen puesto a disposición de todos, así que debía de ser más un chat en el que hablaban informalmente los concursantes.

Busqué el nombre del concurso y me registré con un usuario falso para entrar en el chat. No me pidió ningún tipo de dato adicional, solo el país, el usuario y la contraseña.

Comencé a leer la última conversación sobre los resultados.

No había nombres completos, solo usuarios, así que no podía saber quién comentaba qué.

@lucky_artist: Ya han salido los resultados.

@sharkfin12: ¿Habéis visto quién ha pasado a la segunda fase? No me puedo creer que la pringada esta siga en el concurso.

@gummybox: Es imposible que esté durando tanto. Su técnica es una mierda.

@petitebrush: A mí me gustó bastante su cuadro. Se nota la falta de conocimientos, pero el concepto era bueno.

@rexstorm: Yo creo que deberían limitar el concurso a alumnos de la escuela.

@sharkfin12: Llevamos años formándonos para que una zorra inexperta con suerte venga a quitarnos puestos.

@lucky_artist: Puede que hayan visto potencial en ella.

@gummybox: Pues, si han visto potencial, que la rechacen y le den una beca para estudiar, pero está claro que esto le queda grande.

@sharkfin12: Desde luego que aquí no pinta nada. Mejor que se dedique a otra cosa, aunque seguro que tampoco tiene dónde caerse muerta.

El pulso se me había acelerado y, cuando dejé de leer, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ese era el último mensaje. Nadie salió en mi defensa.

Me pregunté si Elías estaría en este foro. Por una parte, esperaba que no, porque no había hablado a mi favor y no me gustaba pensar que no había sido capaz de hacerlo, pero, por otra, creía que era mejor así. Si lo hacía, serían capaces de hacerle la vida imposible y no se lo merecía.

Marjan había marcado su territorio durante el concurso, pero jamás me había insultado directamente. Aunque, al esconderse detrás de un usuario, era mucho más fácil.

Thomas se había asegurado de que viera todas esas conversaciones.

¿Cómo podía llegar alguien a ser tan cruel?

Ninguno de ellos creía que me mereciera estar allí.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y sentí cómo el mundo se me echaba encima. El pecho me pesaba y me costaba

respirar.

Enterré la cara en las rodillas y comencé a llorar en silencio.

El sofá se hundió y unos brazos largos y firmes me rodearon por la espalda para atraerme hacia sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Edrian con voz de preocupación mientras me daba un beso en la cabeza.

Se había puesto un pantalón corto.

Ese abrazo quebró un poco más el muro que yo había creado, y que ahora no era más que una fina lámina de cristal agrietada, y las lágrimas brotaron con más fuerza de mis ojos.

Sollocé. Lloré. Solté.

Edrian vio el móvil que sujetaba en la mano y lo cogió despacio, como si pidiera permiso esta vez.

Se lo permití y comenzó a leer.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba contra mi espalda. El brazo que aún me sostenía me agarró con más fuerza mientras leía el chat y su piel empezó a arder.

Unos cuantos tacos salieron de su boca y pensé que iba a estrellar el móvil contra el suelo, pero de la nada su cuerpo se relajó y lo dejó sobre la mesa delicadamente.

Volvió a rodearme y yo traté de secarme las lágrimas.

—Sabes que te mereces estar ahí tanto o incluso más que ellos —me susurró al oído—. Precisamente, porque te ven como una rival, necesitan hacerte más pequeña. No les des el gusto.

Ya me había relajado un poco, pero no podía retener las lágrimas que se deslizaban como una cascada por mis mejillas.

—No lo entiendo… —sollocé—. No les he hecho nada.

—Claro que no. La envidia no hace más que envolver a las personas en otra realidad y las empuja a destruir todo lo bueno que ven en los demás. No pretendas entenderlo ni buscar una razón, porque la envidia no entiende de eso. Solo entiende de odio.

Me recosté contra su pecho y me acunó mientras me acariciaba.

Edrian se quedó despierto y trató de bromear sobre la situación, y, aunque yo intentaba esbozar leves sonrisas, no estaba por la labor.

Entonces, se puso a darme una descripción detallada de cómo pensaba decorar el restaurante para distraerme y, al cabo de un rato, cuando me vio más relajada, me pidió consejo. Sabía que me encantaba hablar de aquello.

Yo le hablé de un lugar acogedor. Como una cabaña en el bosque llena de árboles, plantas y muebles de madera, pero en una versión mucho más elegante. Imaginé estanterías llenas de libros que los clientes pudiesen leer y Edrian sonrió ante mi idea: una chica que disfrutaba en soledad de una buena comida y de la compañía de un buen libro.

Edrian también se puso creativo y juntos imaginamos recetas con nombres de personajes y elementos relacionados con aquella ambientación: La Comarca, Robin Hood, El Bosque Encantado, Nunca Jamás…

Y así nos pasamos un buen rato, hasta que la hinchazón de mis ojos y el cansancio pudieron conmigo. De un momento a otro, dejé de hablar y me quedé dormida.

45



Al no dormir en casa, sabía que recibiría algún mensaje de mis amigas, pero lo que no esperaba era encontrarme con que Sophie tampoco había dormido allí. Se me escapó una sonrisa al imaginarme la entonación de Becca.

> Sois unas sinvergüenzas! La próxima vez que os pongáis de acuerdo para trincar,
> al menos avisad de que tengo la casa sola. Así yo también me doy una alegría.
> Ya estáis tardando en mover el culo aquí para contarme todo con detalle

Esa tarde trataría de llegar temprano para hablar con ellas. Tenía demasiadas cosas que contarles. Pero aún había una persona a la que me hacía casi más ilusión decirle que había pasado a la siguiente fase.

Cuando llegamos a la mansión, fuimos directos a verla. Esa misma mañana había llegado del hospital.

Me moría por contarle a Agatha que lo había conseguido. Ella me había dado el apoyo que necesitaba para hacerlo y ahí estaba: una simple chica que amaba el arte peleando por un sueño. Gracias, en gran parte, a ella.

Con una sonrisa amplia, entré en su habitación con Edrian a mi espalda.

La vi recostada en la cama mirando por la ventana. Por un momento dudé de que fuera ella.

Su piel estaba pálida y juraría que también parecía más delgada. Unas bolsas oscuras bajo los ojos la hacían verse más apagada. El aspecto que tenía era más bien demacrado. Como si esa semana que había pasado en el hospital hubieran sido en realidad meses.

A medida que avanzaba, mi sonrisa se fue haciendo más pequeña. Miré a Edrian e hizo un gesto sutil que no me gustó nada. Se dio la vuelta y supe que había ido a buscar a Marc o a Victoria para preguntar qué habían dicho los médicos.

Yo me acerqué a la cama y Agatha me dedicó una sonrisa.

—Ya se me hacía raro que no estuvieses por aquí.

Me senté en un sillón junto a ella.

—Lo siento. Ayer pedí el día libre para entregar la obra y luego… —No sabía si contar que había cenado con Edrian.

—Luego estuviste con mi nieto —agregó con gentileza.

—¿Cómo sabes…?

Se rio débilmente.

—Habría de estar ciega para no ver cómo te mira Edrian. Y me gusta verlo así de vivo. —Vaciló un segundo antes de hablar y me sonrojé—. ¿Cómo ha ido el concurso?

Me mordí ambos labios a la vez y me hice de rogar.

—¿Qué? ¿Has pasado? Dime algo, ¡por favor!

—He pasado, Agatha —revelé emocionada—. Les ha gustado mi trabajo y he pasado de fase.

—¡Oh, querida! —exclamó llevándose las manos a la boca. Sus ojos estaban más húmedos de lo habitual y el rostro se le iluminó—. Sabía que podías. Te mereces que valoren todo tu trabajo. —Una idea pasó por su cabeza y sonrió maliciosamente—. Les has dado una buena patada en el culo a esa panda de gilipollas.

Me reí.

No pensaba bajo ningún concepto contarle lo del foro, porque Agatha en ese momento solo necesitaba noticias buenas para recuperarse más rápido.

—Creo que nunca me acostumbraré a escuchar groserías de tu boca.

—Y eso que me pillas en mi época más recatada. —Levantó las cejas y luego suavizó la expresión—. Tenía muchas ganas de volver a casa.

Me cogió la mano y sentí sus huesos y la piel áspera bajo las yemas de mis dedos. La agarré con firmeza tratando de reconfortarla.

—En unos días, cuando estés más descansada, saldremos de nuevo a ver los brotes de tulipanes. —Traté de animarla porque sabía que la habitación se le caía encima después de haber estado tantos días en el hospital—. Estoy deseando que florezcan para haceros unos jarrones increíbles de flores y decorar vuestras habitaciones. Ya me dirás de qué color los prefieres. Yo espero que salgan amarillos y rosas. Me encantan los rosas, aunque los blancos también son preciosos…

—No voy a verlos, Vera.

—Ahora no, pero en unos días, cuando estés mejor, podemos asomarnos a la puerta del jardín a ver cómo van —le aclaré.

Su expresión no cambió y un escalofrío recorrió mi columna.

—No. —Me miró con condescendencia—. No voy a verlos florecer.

El corazón me dio un vuelco. ¿Qué estaba diciendo?

—Me… Me estás diciendo que…

—Dos meses —respondió—. Eso es lo que me han dado.

Me quedé inmóvil. Sin poder decir ni una palabra. Sin poder preguntarle qué era lo que le ocurría. Me limité a mirarla y a pensar en lo idiota que había sido por no preguntar primero por su estado de salud. Por hablar de sus preciosos tulipanes que jamás vería florecer. Por haber sido tan egoísta al pensar en mi estúpido concurso antes que en ella.

Agatha se estaba muriendo.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y la enjuagué rápidamente.

—No llores, querida. He tenido una vida espléndida. —Volvió a su tono burlón que ahora me recordaba al de Edrian—. ¿No ves que soy la envidia de todos? Ya quisiera más de uno morirse con esta edad.

La palabra «morirse» me revolvió el estómago y noté la bilis subir por la garganta.

—No es por eso —dije con la voz temblorosa, pero me uní a esa forma tan peculiar que tenía de tomarse las cosas con humor—. Es que ahora me tengo que buscar una nueva compañera para jugar al parchís.

Las dos soltamos una carcajada ahogada aún con las manos unidas.

—Vicky es malísima con los juegos de mesa; si quieres ganar fácil, es tu persona, pero, si quieres un juego más reñido y emocionante, Marc es tu hombre. Tratará de desplumarte sin miramientos —me advirtió.

—Pues igual que tú, que juegas sin piedad, aunque sea con garbanzos.

—Es que, si jugamos, jugamos bien. —Se quedó pensativa un momento—. Hace tiempo que aprendí que nunca puedes jugar a medias; o lo das todo, o más te vale que no empieces la partida.

—Intentaré recordarlo.

La miré a los ojos. Tenía demasiadas cosas que decirle a esa señora. Había sido más que un trabajo, ella se había convertido en mi familia durante esos meses y siempre formaría parte de ella, pero no era el momento.

Oí el pomo de la puerta.

—Abuela… —Edrian había entrado en la sala.

Me pasé las manos por el pelo y me levanté de la silla.

—Os dejaré solos. Voy a ver a la niña. —Le di un apretón rápido en el brazo a Edrian y, sin mirarlo a los ojos, cerré al salir.

Hasta ese momento, no había pensado en quién más sufriría.

En Sandra.

Su abuela estaba muy enferma y en dos meses ya no estaría con ella. Su mejor amiga desaparecería de su vida.

Cuando llegué al primer piso, la habitación de Sandra estaba entreabierta y escuché la voz de la pequeña en su interior. Me detuve en la puerta y agucé el oído.

—… Eso es lo que dice mamá, Kepor.

¿Quién narices era Kepor? Nunca la había pillado hablando con amigos imaginarios.

—Que dentro de poco la abuela se irá a otro sitio, pero que, aunque no la veamos, va a estar aquí. —Hizo una breve pausa—. Así que no te preocupes, porque no vas a estar solo. Yo también soy como tú, ¿te acuerdas? —Se produjo un silencio más largo que el anterior—. Hay niños a los que no les gusta eso. Me dicen que soy un bicho raro y se pintan puntos rojos en la cara para burlarse, pero la abuela es guay y ella me dijo que tenía suerte.

Hizo una pausa tan larga que estaba decidida a entrar cuando volvió a hablar y me detuve.

—La abuela se va a morir, ¿sabes? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la idea de que una niña de seis años hubiese pronunciado esa frase y escuché como sorbía por la nariz—. Y yo no quiero que se muera, Kepor. —Comenzó a sollozar—. No quiero. —Su llanto aumentó—. ¡No quiero!

Entré despacio y me acerqué a ella.

Estaba tirada en la alfombra con rotuladores y varios folios a medio dibujar, esparcidos a su alrededor, y una pequeña figura mullida de color azul a su lado.

Kepor.

Kepor era su secreto.

Era la ballena de peluche que su abuela le había regalado.

La levanté del suelo y le di un abrazo. Ella no dejó de llorar mientras le pasaba las manos por la espalda.

Parpadeé para evitar que mis ojos me traicionaran y traté de calmarla.

—Puedes llorar todo lo que quieras —la consolé—. Llorar es bueno.

—A mí no me gusta llorar. No me gusta estar triste —sollozó.

—Pero, cielo, hay cosas que puedes elegir y cosas que no puedes elegir. —La aparté un poco y traté de explicárselo de la mejor manera posible—. Hay cosas que simplemente pasan. Pasan y ya está, no puedes cambiarlas. —Ella asintió con la cabeza restregándose los ojos—. Cuando te pasen cosas buenas estarás feliz y cuando te pasen cosas malas estarás triste. Si estás feliz, ¿a que te ríes mucho? —Le hice un poco de cosquillas y ella asintió con una ligera sonrisa—. Pues cuando estás triste, lloras. Y no pasa nada. Llorar es bueno porque se va un poco de tristeza.

—¿Sí? —Parpadeó perpleja con los ojos rojos.

—¿A que te sientes mejor después de llorar un poquito? —Cogió su ballena y volvió a asentir—. Eso es porque has sacado un poco de tristeza de tu cuerpo. Llorar un poquito de vez en cuando no es malo.

—¿Llorar cura? —preguntó acariciando a Kepor.

—Más de lo que te imaginas. Llorar todo el tiempo no es bueno, pero un poquito cuando estés muy triste sí.

Siguió toqueteando su peluche.

—La abuela… —empezó a hablar con voz temblorosa.

—Ya lo sé, bichito. Pero la abuela ahora mismo está aquí. Ahora necesita mucho cariño de nuestra parte. Hay que cuidarla y hacer que esté superfeliz antes de que se vaya. —Dudaba si estaba haciendo bien en pedirle eso a una niña de seis años. No sabía cómo debía explicarle la situación, así que cambié de tema—. ¿Y ese peluche que llevas ahí?

Como si de repente se hubiese dado cuenta de que no debería haberlo enseñado, lo escondió detrás de ella y abrió los ojos como platos poniéndose tensa.

—Nada.

—¿Ese es Kepor? —pregunté con cuidado para que saliera de ella la iniciativa de contármelo—. ¿Puedo conocerlo?

Se relajó y dejó caer los hombros mientras lo sacaba de nuevo. Pensó que yo era una amiga y no tenía por qué ocultarlo.

—Es un secreto.

—¿Y yo puedo saberlo?

Me miró con atención, como si estuviese evaluando si era digna de confianza para saberlo. Finalmente, sonrió y me tendió la ballena.

No dio muchos detalles, pero se abrió más de lo que esperaba. Me enseñó su marca de nacimiento y me dijo que su abuela tenía otra idéntica. Que era igual que la cola de las ballenas y que eso era especial, aunque no a todo el mundo le gustase. No me habló de los niños de su antiguo cole en ningún momento y yo tampoco pregunté.

—A mí me parece preciosa —confesé—. Encima de color rosa. Eso sí que es especial. —Sandra sonrió ante el cumplido—. ¿Y por qué se llama Kepor?

Era un nombre bastante peculiar para que la niña lo hubiese elegido al azar.

—Keporkak. Significa «ballena jorobada». Se lo puso la abuela.

—Es un gran nombre. Creo que le queda perfecto.

Sin venir a cuento, me preguntó si podía subir al taller a pintar conmigo.

—Claro —contesté mientras recordaba que tenía una segunda fase que preparar—. Vamos a pedirle a Edrian que nos prepare algo de chocolate.

Su sonrisa fue amplia. Sandra era muy lista, pero también tenía una inocencia envidiable.

Mientras corría escaleras abajo gritando el nombre de su primo, en mi mente solo esperaba que su madre estuviese a la altura de la situación para que no la perdiera entre tanta desgracia.

46



Cáncer de páncreas en estadio cuatro.

Marc nos contó que Agatha lo sabía desde hacía unas semanas, pero que, antes de decir nada, quería saber hasta qué punto estaba avanzado y qué opciones tenía.

Se había propagado hacia otras partes de su cuerpo, y, siendo muy optimistas, le daban hasta cuatro meses de vida, pero, siendo realistas, solo dos. Agatha tenía setenta y cinco años y metástasis. Los tratamientos básicos como la cirugía o la quimioterapia eran inviables en ese punto o la probabilidad de que funcionasen era muy baja.

Victoria, que llevaba horas encerrada en su despacho, era la única que lo sabía.

A todos nos habían estado ocultando el verdadero origen de sus síntomas. Incluso a Edrian, que debía prepararle las comidas al milímetro, le dieron simplemente una lista de alimentos y modos de

preparación que su cuerpo iba a tolerar con la excusa de que era un simple problema digestivo.

Agatha insistió en que quería subir al taller con nosotras, y, por mucho que repitiéramos que debía descansar, no se bajó del burro.

Subió en el elevador y se acomodó en el sillón verde botella, que antes había sido de su marido, a disfrutar de un buen libro mientras miraba cómo Sandra y Marc jugaban a las casitas en la alfombra.

Era la primera vez que veía a Marc relajado en su puesto de trabajo. Parecía despreocupado, tirado en aquella alfombra con la corbata y el botón del cuello de la camisa desabrochados. Ponía voces raras para hacer que las muñecas hablasen y tuve que contener varias veces la risa al verlo así.

Edrian, tras habernos preparado unas palmeritas de chocolate de las cuales solo quedaron las migajas, se sentó a la mesa amplia del taller con el ordenador a gestionar cosas del nuevo restaurante. Yo me puse a dibujar en mi cuaderno mientras esperaba las instrucciones de la nueva prueba.

—¡Esto no me gusta! —soltó Marc con una voz aguda. Tenía una muñeca pequeña entre sus manos.

—¡Te lo tienes que comer todo! —contestó Sandra con otra que parecía la de su madre—. Para hacerte mayor.

—Pero esto es brócoli, ¡puaj! No es nada chachi.

Edrian explotó en una carcajada contagiosa que llenó la habitación.

Marc lo miró con cara extrañada y Edrian habló por todas:

—Oírte decir «chachi» con esa voz de pito es lo mejor que me ha pasado jamás —se burló secándose las lágrimas de la risa.

—¿Ya no se dice «chachi»? —preguntó curioso con su habitual tono, y eso acentuó la risa de Edrian—. Me gustaría verte a ti jugando. —Entrecerró los ojos y volvió a agudizarla—. ¡Oh!, Edrian. Ven a jugar con nosotras. Seguro que lo pasamos superguay.

De la risa, Sandra rodó por la alfombra. Le pareció muy divertido ver a sus dos figuras más «paternas» jugar a las casitas y burlarse de esa manera.

Yo observaba la escena desde el sofá, pensando en que no sabía cómo había acabado allí, entre esas personas que para mí eran hasta hacía unos meses completos desconocidos. Y, a pesar de ello, me alegraba tanto formar parte de aquello que guardé esa escena en el rincón más seguro de mi mente. Porque quería recordarla para siempre.

La imagen se vio interrumpida por un semblante pálido y serio.

—¿De qué os reís tanto? —preguntó Victoria mientras nuestras carcajadas se atenuaban de repente.

Su aspecto era horrible. Me recordó al día que me contrató, con el pelo revuelto y los ojos rojos y vacíos.

—Marc dice palabras ridículas y Edrian se ríe de él —confesó la pequeña aún jadeando.

Todos nos reímos, menos ella.

—Marc debería ponerse bien el uniforme y hacer su trabajo en lugar de estar jugando con muñecas —pronunció sin ni media sonrisa en su rostro.

Marc se apresuró a levantarse y a ajustarse la corbata.

—Disculpe, señora. Solo estábamos distrayéndonos un poco.

—Distrayéndoos —repitió como si analizara la palabra—. Mi madre ni siquiera debería estar aquí. Necesita reposo absoluto.

—Estoy bien —contestó Agatha débilmente—. Necesitaba esto.

—Me estoy dejando la piel buscando doctores de toda Europa que nos ofrezcan un buen ensayo clínico y ¿qué me encuentro? Que estáis aquí partidos de risa en lugar de hacer algo productivo y que realmente ayude. —Nadie se atrevió a hablar—. Todo lo tengo que hacer yo. Como siempre.

Nos miró fijamente y se fue.

Minutos después, Marc salió de la habitación y un choque de realidad nos inundó.

La cabeza me iba a explotar por todas las emociones que había vivido en las últimas veinticuatro horas. Había demasiadas cosas que asimilar. Por si fuera poco, de camino a casa me llegó un mensaje con las indicaciones de la segunda prueba. Estaba todo cubierto de nieve, por la fuerte tormenta de la noche anterior, pero el cielo ya estaba despejado.

No pude esperar y me detuve para leerlo.

ECOS DEL ALMA: Fase 2

Elabora una obra que cumpla con los siguientes requisitos:

- Subtema: El sentido del perdón.
- Tamaño máximo: 1 m × 2 m
- Tamaño mínimo: 50 cm × 100 cm
- Técnica: mixta sobre lienzo.
- Reglas particulares: debéis utilizar más de una técnica en vuestra obra.

Cualquier artista que no cumpla con alguna de estas condiciones será inmediatamente descalificado.
Buena suerte.

Una vez más, la temática del concurso guardaba relación con mis inquietudes. El eco de mi alma llevaba meses resonando en mi interior. Mi vida estaba cambiando y yo no hacía más que dejarme llevar.



A Becca le salía cada vez mejor la tortilla de patatas. Me había pedido la receta y ahora siempre las hacía ella.

Estábamos poniéndola al día mientras cenábamos con música de fondo.

La cita de Sophie con Adler había ido bastante bien. Al parecer, después de la cena, Adler la llevó a su piso y hablaron hasta las tantas de la madrugada para después quedarse dormidos. Solo hubo algunos besos, pero, según ella, nada más.

Estaba feliz. No podía dejar de sonreír. Brillaba como nunca la había visto antes. Y yo me alegraba muchísimo por ella.

Cuando me tocó hablar a mí, no supe por dónde empezar. Tenía un cóctel de noticias que ni siquiera había asimilado aún, así que decidí contar solo la parte que concernía a Edrian y al concurso.

Dejé la salud de Agatha a un lado. No sé si porque no creía que fuera conveniente hablar de una noticia así con mis amigas o por la sensación de que me iba a desmoronar tras la primera palabra que pronunciase sobre el tema. En cualquier caso, no estaba preparada para ello.

Empecé por mi acceso a la segunda fase del concurso. Estaban tan felices como si les hubiese pasado a ellas y eso me subió el ánimo. Me costó hablar de mis diferencias con otros participantes y me ahorré todo el tema de los insultos a través del foro. No quería preocuparlas de más.

Lo que había pasado con Edrian, en cambio, me salía con tanta facilidad como respirar.

—¡Te lo dije! Estabas pillada hasta las trancas. Se te veía en la mirada —exclamó Sophie.

Becca pegó un bufido seguido de una carcajada.

—Amiga, porque tú no te has mirado al espejo. —Se dirigió a Sophie—: Se te pone la misma cara de tonta que a ella…, o peor. —Sophie le soltó un manotazo amistoso—. Aunque he de reconocer que yo también estoy enamorada, ¿no se me nota?

Sophie y yo nos miramos extrañadas dispuestas a empezar con el interrogatorio mientras sonaba «Flying Peacefully», de Morgan.

—¿Enamorada? ¿De quién? —soltamos a la vez.

Becca sacó del bolso grande que había colgado detrás de su silla un tocho de folios encuadernado con anillas. Lo situó frente a su rostro de manera que solo veíamos sus ojos.

—Enamorada… ¡del papel que me han dado para una película increíble! —gritó.

Pegamos un bote de la silla y empezamos a chillar con ella.

—¡Enhorabuena!

—Nadie se lo merece tanto como tú.

Lo había conseguido. Tenía el trabajo de sus sueños. Mi amiga, que tantos años había luchado por ello, podría por fin demostrar su talento.

La abrazamos y, tras alguna que otra lagrimita de felicidad, Sophie subió el volumen del altavoz y empezamos a bailar.

—*I want it* —cantó Becca dando saltos por la sala—. *I'll go for it.*

—*And I won't miss the chance* —siguió Sophie con el bote de kétchup por micrófono.

—*I won't miss the chance.* —Cogí el micro improvisado e hice los coros.

—*'Cause I don't want to be afraid to be at last free, flying peacefully!* —acabamos gritando las tres por el salón como si estuviésemos dando el mayor concierto de nuestra vida.

Aquella noche decidimos que esa iba a ser nuestra canción y prometimos que nunca dejaríamos que el miedo nos impidiese seguir adelante.

Flying peacefully.

47



Ese viernes me sentía excesivamente agotada. Estaba deseando llegar a casa y meterme en la cama a leer o a disfrutar de una peli.

No fui consciente de lo mal que se encontraba Agatha hasta saber lo de su enfermedad.

Al parecer había estado ocultando su malestar todo lo posible y sufría en silencio para no preocuparnos.

En cierta manera, le reprochaba haberlo mantenido en secreto, pero en el fondo no podía culparla por querer vivir el resto de sus días sin miradas de pena y de preocupación; sin la tristeza agazapada en cada esquina. Porque así sentía que eran ahora nuestros días, envueltos en un aura amarga y con el tiempo pisándonos los talones.

Mi mente no dejaba de repetirme que había sido una desconsiderada por no haber sido capaz de ver las señales. Todos esos dolores de cuerpo, el cansancio que tenía constantemente, los problemas de estómago y las toses… Había estado demasiado

enfocada en mí. Había sido una egoísta y la había dejado sufrir en silencio.

Durante los días siguientes, me dediqué en cuerpo y alma a ellas, incluso en mi tiempo libre.

Por suerte, su pasatiempo favorito era subir al taller conmigo y echar la tarde allí arriba mientras yo pintaba la obra de la segunda fase.

Esta vez decidí pintar con acrílico únicamente para que Agatha no se viese forzada a oler los químicos y el aguarrás del óleo. Era más complicado de manejar, pero no me importaba. Prefería que ellas disfrutaran en el taller y yo, al mismo tiempo, de su compañía.

Pasábamos las horas muertas en aquella sala. A veces jugábamos al parchís, a las muñecas o a juegos de mesa que le gustaban a Sandra, pero la mayoría de las veces simplemente nos dedicábamos a hacer cosas independientes, cada una centrada en lo suyo, escuchando música suave de fondo. Agatha había vuelto incluso a dibujar en su libreta de diseños, aunque no nos permitía ver nada.

Esos ratos eran, sin duda, mis favoritos.

Era como si pudiese ver la creatividad flotar por la habitación; como si, a través de las notas, estuviéramos manteniendo conversaciones silenciosas en el aire. Como si, por unas horas, esa aura de tristeza se desvaneciese gracias a la ilusión por lo que hacíamos.

Si en esta vida existe algún tipo de magia, sin duda aparece en momentos como esos.

Victoria, en cambio, pasaba los días encerrada en su despacho sin darse por vencida en su búsqueda. Intentaba tirar de contactos para

que metieran a Agatha en algún ensayo clínico, pero, por lo que yo sabía, aún no le habían dado una respuesta.

Edrian venía a la mansión siempre que tenía un hueco libre, pero el restaurante necesitaba su supervisión más que nunca y estaba siempre de reuniones con interioristas y proveedores. Él insistía en quedarse más tiempo con Agatha, pero su abuela, terca como una mula, lo mandaba a paseo.

—Está tan cerca de cumplir su sueño que no voy a permitir que lo pierda por esto —me dijo en una ocasión.

Esa vez, Manuel no paraba de llamarlo al móvil y Edrian le respondía una y otra vez para resolver así las cosas y quedarse más tiempo con ella. Agatha prácticamente lo echó de casa y tuve que reprimir una risa para no quitarle seriedad a la magistral actuación de mi amiga.

No habíamos tenido demasiado tiempo para hablar de nosotros ni para estar solos, pero, para ser sincera, creo que a ninguno de los dos nos importaba.

Ambos estábamos inmersos en nuestros proyectos profesionales. Eso nos dejaba muy poco margen para estar juntos, pero, aunque el tiempo fuera escaso, y la mayoría de las veces estuviéramos acompañados de Agatha o Sandra, las miradas de complicidad, la tensión, los roces «casuales» y nuestras habituales riñas no faltaban nunca. Eso era más que suficiente para ambos.

Metí las llaves en la cerradura del portal y entré en el viejo ascensor de mi edificio. Al llegar a mi planta, traté de abrir las puertas. No se movían.

Seguí empujando varias veces, pero las puertas estaban atascadas.

Llamé a Sophie a grito pelado. Menos mal que tenía turno la noche siguiente y hoy estaría en casa todo el día. Oí abrirse la puerta de mi casa, aunque no podía verla.

—¡¿Qué ha pasado?! —me dijo alarmada desde el descansillo.

—No abre —contesté—. Apáñatelas y llama a quien tengas que llamar, pero sácame de aquí.

—Voy ahora mismo —dijo dirigiéndose a nuestro piso. Aunque no podía verla, juraría que se quedó a mitad de camino—. Por cierto, ha llegado…

—¡Sophie! ¡Eso luego! ¡Sácame de aquí primero! —dije casi enfadada golpeando la puerta del ascensor.

—¡Vale, vale!

Tras casi cinco minutos esperando, las puertas empezaron a agitarse y sentí cómo alguien intentaba abrirlas desde el pasillo.

—Sophie, dime que no estás confiando en tu fuerza sobrehumana y que has llamado a alguien, por favor.

Con un último movimiento brusco la puerta se abrió y me lancé a abrazar a Sophie, pero no era mi amiga quien estaba esperándome en el pasillo.

Era Álex.

—Hola, guapa.

El Álex que me había dado plantón por irme a trabajar fuera. Ese que me partió el corazón seis meses atrás y no le importó ni lo más mínimo cómo me sentía. El hombre por el que había llorado tantísimas veces hasta quedarme sin voz.

Ese Álex estaba en la puerta de mi piso en Praga.

—¿Qué narices haces aquí? —No pude ocultar mi sorpresa mientras salía del ascensor y entraba a casa.

—He venido a hablar contigo. Necesito que me escuches. Llevo toda la tarde esperándote.

Esto tenía que ser una broma.

—¡Sophie! —Mi compañera salió con el teléfono pegado a la oreja.

—¡Ah! Ya estás fuera. —Colgó el teléfono—. Veo que tu amigo ha podido sacarte de ahí.

—¿Amigo? —Me giré hacia Álex, que en ese momento cerraba la puerta de la entrada—. ¡¿Le has dicho que eres mi amigo?!

—Es que si le decía que era tu ex me iba a cerrar la puerta en las narices —contestó con total normalidad.

—¡¿Es tu ex?! No jodas. —Sophie se llevó las manos a la boca.

—¿Nos puedes dejar solos un momento? —pidió Álex a mi amiga.

Ella levantó las manos y se metió en la habitación. Demasiado tenía que aguantarnos la pobre.

Me crucé de brazos en mitad de la cocina.

—Habla.

Álex cogió aire y dio un paso hacia mí. Yo no me moví. Lo recordaba más guapo, pero aun así no podía negar que seguía siendo atractivo.

—Cálmate. Sé que estás enfadada porque fui yo quien te dejó, pero vengo a decirte que me equivoqué. —Esperó a que dijera algo, pero me limité a arquear las cejas—. Cuando terminamos, me encontraba bien. Lo intenté con un par de chicas, pero sentía que me faltaba algo, ¿sabes? No entendía qué me pasaba. Hasta que empecé a pensar en ti todos los días. Estabas en todas partes. Te comparaba con absolutamente todas las personas y situaciones de mi vida. Entonces entendí que ese vacío que tenía eras tú.

—¿En serio? ¿De verdad crees que me voy a tragar eso?

—Es la verdad. —Vaciló un segundo—. Te quiero, Vera. Eras el amor de mi vida y lo sigues siendo. No quería llamarte por teléfono, porque sabía que no querrías hablar conmigo. Hablé con tu madre y me dio esta dirección. He venido a buscarte para hacer las paces. Lo siento.

¿En qué momento pensaría mi madre que era buena idea darle mi dirección a mi ex?

Por otra parte, mi madre me había visto sufrir mucho por Álex. Sabían lo mal que lo había pasado con nuestra ruptura y lo mucho que lo quería, y, a decir verdad, tampoco le había contado nada sobre Edrian. La tenía bastante desinformada de mi vida actual, no podía culparla.

Álex estaba arrepentido y me pedía una segunda oportunidad. Había soñado con ese momento todos los días, desde que lo dejamos hasta que me subí a ese avión. Había tenido meses para darse cuenta de todo eso, pero la vida no es como una película. Solemos darnos cuenta de lo que realmente queremos cuando ya lo hemos perdido.

Aquella persona que tenía delante de mí era la misma que se había quedado en España. La misma de la que me había enamorado unos años atrás. La misma por la que habría dejado muchísimas cosas de lado con tal de verlo feliz.

Pero, después de todo lo que había luchado por nuestra relación, él no estuvo dispuesto a hacerlo por mí cuando más lo necesitaba y yo ya no era la persona que abandonó su país. Tenía una vida diferente y era una mujer diferente.

Puede que ahora mi vida fuese un tanto peculiar y más complicada, pero también era increíble. Y esa era la clase de vida que siempre había soñado tener. Una vida extraordinaria gracias, en parte, a las cosas más insignificantes. Los pequeños detalles me hacían sentir afortunada.

Y podía compartirla con alguien que entendía todo eso.

Cogí aire antes de hablar.

—Te agradezco que hayas venido hasta Praga para hablar conmigo, pero estoy feliz aquí. Tengo un trabajo maravilloso y unas personas increíbles a mi lado. —Intenté buscar las palabras más adecuadas y menos hirientes—. Yo ya he pasado página y no quiero volver a esa etapa. Ya no soy la misma.

—Eso lo dices ahora, pero seguro que cuando vuelvas…

—Álex, no tengo pensado regresar por ahora. —Su cara era de desconcierto—. ¿Esperabas que lo dejase todo para volver a España contigo?

—Bueno, no exactamente así, pero quería que lo intentáramos de nuevo… —se excusó.

—En España —recalqué.

—Sí —admitió—. En España. Esperaba que quisieses volver conmigo.

Se me escapó una carcajada ahogada.

—Esto es increíble. —Me pasé las manos por el pelo y me dirigí a la puerta—. Pues siento decirte que tengo una vida aquí que me encanta, por cierto. Con personas que me aceptan exactamente como soy y que me apoyan en las decisiones que tomo. Quiero esta vida y ya tengo una persona con la que compartirla.

No quería soltarle de esa manera que estaba quedando con alguien, pero me había enfadado tanto descubrir que había venido solo para convencerme de volver que se me había escapado con total naturalidad.

—Con que es eso… —Su cara se transformó en una mezcla de decepción y de enfado—. No hace falta que uses excusas de mierda. Puedes decirme abiertamente que te estás tirando a otro.

Tenía el descaro de reprocharme que estuviese con otra persona cuando él me acababa de soltar que había estado de flor en flor.

—Se acabó. Vete. —Abrí la puerta de la entrada al mismo tiempo que vi a Sophie asomarse al pasillo por si necesitaba ayuda.

—Te vas a arrepentir de esto y te aseguro que yo ya no voy a estar cuando vuelvas —me advirtió cruzando el umbral.

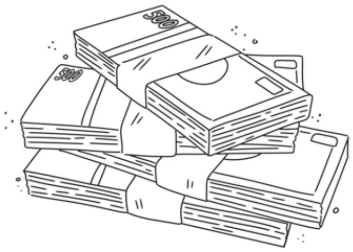
—Espero que eso sea cierto, porque lo último que quiero el día que vuelva a casa es cruzarme contigo. —Le cerré la puerta en las narices y lo escuché maldecir antes de bajar las escaleras.

Me apoyé en la puerta, miré a Sophie y solté de golpe todo el aire que había estado conteniendo.

—¡Será desgraciado! —musitaba mi amiga desde la entrada de su cuarto.

Aún con el corazón a mil por hora debido a la tensión del momento, me despedí de mi amiga sin dar más explicaciones y salí en dirección al único lugar en el que debía estar.

48



Adler y yo nos íbamos de viaje en unos días. Me habían llamado unos proveedores de Italia para ver unos materiales y le había pedido a mi amigo que me acompañase. Serían apenas dos días.

Ya sabía exactamente qué hacer con el concepto del restaurante. Había contactado con un diseñador y le había contado la idea. Era posible que fuese muy descabellada, pero no puso ninguna pega y en una semana me había rediseñado cada rincón del local. Acababa de darle a Manuel el nuevo dosier.

—Edrian, esto es cambiar por completo la idea inicial.

Ojeó todas las páginas y supe que no estaba del todo conforme con la idea.

—Sí y no. La estructura y distribución es la misma y la cocina va a ser exactamente igual. Lo que modificamos es la estética de la zona para los clientes y aún estamos a tiempo, ¿no?

—Sí… Estamos a tiempo, pero esto no es una pequeña modificación. Es pasar de un extremo a otro. Seguro que se va a salir del presupuesto.

—Eso no es problema. ¿Podemos hacerlo o no? —pregunté con impaciencia.

—Sí, podemos.

—¡Estupendo!

Confiaba plenamente en el criterio de Manuel. Él podía plasmar con detalle lo que yo tenía en mente.

Tras definir el coste de los materiales, los muebles y las estructuras que necesitábamos, fui a visitar a Victoria a su despacho.

Estaba deseando inaugurar el restaurante. No podía esperar a que Vera lo viese.

Al llegar a la mansión, fui directo a buscar a Victoria. Aun después de tantos años, se me hacía raro llamarla «tía».

La encontré en su sillón al teléfono con el pelo revuelto y ojeras de no haber dormido en días. Decenas de papeles se amontonaban en su escritorio.

La puerta estaba abierta y entré sin llamar.

—¿Cómo que no es posible? ¿Sabes la cantidad de veces que te he salvado el culo?

No parecía una conversación muy amistosa.

—Todo tiene un precio en esta vida. Lo he aprendido por las malas. Dime cuál y es tuyo, pero, por favor, necesita una oportunidad…

Quien fuera que hubiese al otro lado empezó a despedirse.

—¡No! Por favor…

Se separó el móvil de la oreja y empezó a sollozar.

Me acerqué y le acaricié la espalda.

Mi tía Victoria podía ser tremendamente fría con todos y tener métodos cuestionables, pero en el fondo solo había sido una niña que se cargó a la espalda un enorme saco de responsabilidades con tan solo dieciocho años.

—Lo he intentado todo, Edrian. Todos los médicos me dan el mismo diagnóstico. No hay nada que hacer.

—Eso ya lo sabías. Todos lo sabíamos.

—Mi madre se muere y no puedo hacer nada…

—Claro que puedes. —Me miró incrédula—. Puedes estar con ella.

—No me refiero a…

—¿Le has preguntado qué es lo que ella quiere? Aunque la hubieran aceptado para algún tratamiento experimental, someterse a eso no es ninguna tontería. No creo que Agatha…

Sonó el teléfono. Era un número oculto.

Victoria palideció.

—¿Quién es? —le pregunté.

Ella me ignoró y cogió el móvil. Puso el altavoz para que yo lo escuchase.

—¿Qué quieres, Pol?

La observé con los ojos abiertos como platos. Pol era el padre biológico de Sandra. Aunque no tenía nada de padre después de lo que hizo.

—Ya sabes lo que quiero.

—No pienso darte más dinero.

¿La estaba chantajeando?

Mi relación con Victoria se estrechó cuando empecé a trabajar para ella, pero la conocía desde que estaba en la escuela culinaria y Pol empezó a formar parte de su vida. Nunca me cayó bien y, con todo el dolor de mi corazón, finalmente tuve razón.

—Entonces ya sabrás lo que te espera. —Cambió por completo el tono y eligió uno más forzado—. ¡Cómo echo de menos a mi hija! ¡Qué ganas de estar con ella!

Un sentimiento de rabia me poseyó y cogí el teléfono.

—¡Mira, pedazo de escoria! ¡Como te acerques a esta familia, te juro que te mato! ¿Me has oído?

—Edrian, ¿eres tú? ¡Cuánto tiempo!

—Te voy a meter en la cárcel.

—Victoria —se dirigió a mi tía—, ya sabes lo que tienes que hacer.

Entonces colgó.

Miré a mi tía furioso esperando una explicación de todo aquello.



Ya en casa, me di una ducha de agua fría. Necesitaba procesar todo lo que Victoria acababa de contarme. No me había quedado del todo tranquilo, pero me prometió que no iba a hacer ninguna estupidez.

Llamaríamos a la policía y ellos se encargarían.

Nada más salir de la ducha, alguien tocó al timbre.

49



Eran casi las diez de la noche y fui en un taxi. Esperaba que estuviese en casa por la hora que era, pero ni me había molestado en llamar para asegurarme.

Toqué el timbre.

Un «voy» tardó en sonar más de lo que esperaba. Un minuto después, que me pareció una vida entera, la puerta se abrió.

Edrian apareció frotándose el pelo con una toalla sobre el cuello y otra rodeándole la cintura. Tenía pinta de que acababa de salir de la ducha.

Al verme, una sonrisa iluminó su cara.

—Hola —me limité a decir.

—¿Has venido a unirte a la fiesta? —dijo apoyándose en el marco de la puerta.

Yo puse los ojos en blanco, pero me reí y eso liberó parte de los nervios que traía conmigo.

—Anda, pasa y ponte cómoda. —Se apartó para dejarme entrar.

Me quité la ropa de abrigo y me apoyé en el brazo del sofá.

—Siento haber venido sin avisar.

—¿Está todo bien? —me interrogó mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Sí. Bueno… No. Quiero decir…, con tu abuela todo bien, si es lo que preguntas. —Relajó los hombros un poco y se acercó a mí para acariciarme los brazos.

Me estremecí ante su contacto y tuvo que notarlo.

—Entonces ¿qué pasa? —preguntó con suavidad—. No es que me esté quejando de que vengas, pero algo me dice que no es una visita sin más.

El pelo mojado, el torso desnudo y una única toalla rodeando la cintura de Edrian no me ayudaban mucho.

—Hoy… He tenido una visita inesperada —confesé, y me armé de valor para hablar—. Ha venido mi exnovio desde España a pedirme que vuelva con él.

—¡Vaya! —Aflojó el contacto de sus brazos—. Desde luego, eso no me lo esperaba…

—Eso no es lo importante, ya te lo explicaré. La cuestión es… —Cogí aire y me puse de pie—. Hablar con él ha hecho que me dé cuenta de algunas cosas que, hasta ahora, me había costado mucho entender. —Tragué saliva y noté el desconcierto en su cara—. Las personas tendemos a dar por sentadas muchas cosas. Vemos la vida como un lapso enorme de tiempo cuando la realidad es que, si la comparamos con siglos de historia, una vida es apenas un suspiro. —Edrian parecía no entender nada—. Damos por hecho que habrá cosas eternas y solo nos percatamos de lo mucho que las queremos

cuando es demasiado tarde. Y sé que soy la persona más orgullosa y cabezota del mundo, pero no quiero arrepentirme el día de mañana por no haberlo dado todo hoy. —Agarré su mano y solté, intentando que la voz no me temblase, lo que llevaba tiempo conteniendo—: Nunca se me han dado bien las palabras ni expresar lo que siento con ellas. Vivo con miedo a equivocarme. Con miedo a la decepción y al fracaso. Vivo con el miedo de no llegar a ser lo que la gente espera de mí y decepcionarlos. —Edrian, que me escuchaba con paciencia y curiosidad, me acarició la cintura con su mano libre—. Lo que quiero decir es que la mayoría de las veces un boceto no define al cuadro, ni una primera capa, ni puede que la segunda. Aprendemos a confiar en el proceso porque creemos en el resultado final de nuestro proyecto. Y yo… quiero confiar. Quiero confiar en que esto saldrá bien y…

—Yo también te quiero, Garabatos —confesó con una media sonrisa.

Me quedé con las palabras a punto de salir de mi boca y ya no fui capaz de decir nada. Mi cuerpo se relajó de golpe, a pesar de que el corazón me seguía aporreando el pecho con fuerza. Aunque sentía que solo había dicho una tontería detrás de otra, por lo nerviosa que estaba, Edrian me había leído entre líneas.

Lo quería y estaba enamorada hasta las trancas de él.

—Aquella noche, en la que encontré tu cuaderno tirado en la calle del Imperial, quedé fascinado por lo que hallé dentro, por la forma que tenías de expresar las cosas y de ver el mundo. Descubrí todo eso antes de conocerte a ti y solo quería ver más y más. Unos minutos más tarde, apareciste tú: preciosa, despistada e increíblemente furiosa diciéndome que era un fisgón.

Nos reímos juntos.

—Estabas metiendo las narices donde no debías. Había cosas muy personales en ese cuaderno.

—Lo sé, pero por eso eres el desafío más alucinante que he tenido en mi vida. —Se lamió los labios—. Porque primero me enamoré de tu arte y luego descubrí que tu arte eras tú. Toda tu esencia la vuelcas en cada cosa que haces. Por muchos muros que has intentado levantar para protegerte, cada uno más grueso que el anterior, dudo que existiese un material que me hubiera impedido llegar hasta ti.

Procesé lo que Edrian acababa de insinuar y por un segundo me olvidé de respirar.

—No hemos tenido el mejor boceto ni la primera capa más uniforme —continuó sonriendo ante la peculiaridad de la comparación—, pero no podría vivir tranquilo sabiendo que no lo intenté de todas las maneras.

Parpadeé para ocultar la humedad de mis ojos y solté todo el aire que estaba conteniendo.

Me permití tres segundos de silencio.

Tres segundos para comprobar lo que el orgullo y el miedo podrían haberme hecho perder. Bastaron tres segundos para leer al fin a la persona que tenía delante. En ese tiempo tan breve, terminé de entender que él era todo lo que yo quería. Y lo quería. Tres segundos en los que los pocos fragmentos que permanecían de mi barrera se resquebrajaron estrepitosamente y cayeron al suelo.

—Lo intentamos. —Le cogí la cara entre las manos y me agarró por la cintura—. Aquí es donde quiero estar. Contigo.

50



Desde que le di con la puerta en las narices no volví a tener noticias de Álex y lo agradecí.

Cuando cogí ese vuelo a Praga, jamás hubiese dicho que acabaría de niñera y participando en un concurso de arte, pero así era mi vida ahora y no deseaba otra. Supongo que de eso se trata: de encontrarte frente a situaciones inesperadas como consecuencia de tus elecciones. A veces, solo a veces, lo que resulta es incluso mejor de lo que tenías previsto.

Tras varios días trabajando en mi obra, cuidando de Agatha y ocupándome de la niña, me sentía agotada.

Eran más responsabilidades de las que podía abarcar y, aunque Edrian me ayudaba en sus ratos libres, me costaba mantenerme en pie al llegar a casa.

Ese viernes, al meterme en la cama, se me ocurrió entrar en el foro de nuevo por si habían dicho algo relevante del concurso. Leí comentarios sobre el nuevo tema y algunas quejas, pero nada que

me interesase realmente… Hasta que vi algo que hizo que mi corazón se parara durante unos segundos:

@sharkfin12: ¿Habéis oído lo que dicen de la novata?

@lucky_artist: ¿Por fin se ha retirado?

@gummybox: No tendremos esa suerte xD

@sharkfin12: Dicen que su candidatura ha sido tongo. Esta mañana en la escuela han oído hablar a Evelyn Blanc sobre ello.

@petitebrush: ¿Cómo que tongo? ¿Dices que ha utilizado su influencia para entrar al concurso?

@rexstorm: A mí también me lo han dicho.

@gummybox: Yo había escuchado que antes era recepcionista en el Imperial Prague, pero que la echaron.

@petitebrush: Qué pringada. No puede conservar ni un mísero puesto como ese.

@sharkfin12: Pues no la echaron. Está trabajando para Victoria.

¿Cómo narices sabía Marjan que yo trabajaba para Victoria? La mansión estaba en medio de la nada y yo no trataba con ellas fuera de esas paredes. ¿Sabía que Edrian era su sobrino cuando nos vio al entregar la primera obra?

Ellos desconocían que Victoria y yo no congeniábamos. Por eso, no me parecía extraño que creyeran que había entrado por influencia…

Seguí leyendo.

@petitebrush: ¿Victoria Victoria? ¿Del grupo Petrov?

@lucky_artist: ¿La principal patrocinadora del concurso? Pues ya sabemos de dónde viene.

@sharkfin12: Evelyn dice que ha sido la misma Victoria la que echó la inscripción. Que insistió en que tenía mucho potencial para entrar.

@gummybox: ¡Qué fuerte! He de reconocer que se ha buscado un buen enchufe.

@sharkfin12: Mañana mismo estoy reclamando para que la echen.

@petitebrush: A ver, si somos sinceros…, la mayoría de nuestros padres son antiguos alumnos y miembros del comité.

@rexstorm: Pues que hubiese nacido en buena familia. Es una rata que se ha colado. No la queremos aquí.

@sharkfin12: No va a durar mucho.

Con las manos temblorosas, aún sujetando el móvil, me di un par de segundos para respirar y asimilar lo que acababa de leer.

Era imposible que Victoria hubiese entregado mi solicitud. Victoria era la persona que más me odiaba, después de Marjan, que ya se había encargado de ponerme en evidencia delante de todos tras un usuario tan cutre como @sharkfin12.

Todo aquello no tenía sentido. ¿Se estarían equivocando?

¿Qué probabilidad había de que Victoria quisiera ayudarme y hubiese intercedido por mí? ¿Qué sacaba ella de todo esto?

Lo único que sabía con seguridad era que ya daba igual lo mucho que me esforzase. Si se estaba hablando de eso, no pasaría a la siguiente fase. Todo mi trabajo no había servido para nada. Iba a decepcionar una vez más a las personas que habían depositado su confianza en mí… Por culpa de Victoria.

¿Y si no había pasado de fase por mi trabajo, sino por su influencia? ¿Y si me había hecho falsas ilusiones? Pero no tenía ningún sentido que Victoria hubiese hecho aquello.

Fuera como fuese…, ya no iba a cumplir mi sueño.

Comencé a llorar desconsoladamente. Un sollozo cargado de dolor salió de mi pecho y me abracé las piernas mientras soltaba todo lo que había retenido durante esos días.

Desperté a mis compañeras que entraron preocupadas a mi habitación.

No dijeron ni una sola palabra. Se limitaron a sentarse cada una a un lado y me abrazaron. No preguntaron motivos, no pidieron explicaciones, no quisieron saber si mis razones eran suficientes para ese llanto tan desconsolado, simplemente me acompañaron. Me dejaron llorar hasta que me quedé sin voz y yo me dejé acunar.

Cuando me hube calmado, Sophie comenzó a hablar:

—Parece que las tres hemos tenido un día complicado.

Me giré hacia ella y me llevé las manos a la boca cuando vi su frente.

—¡¿Qué te ha pasado?! —grité.

No me había dado cuenta de que le habían dado varios puntos en la frente. Al llegar a casa, ambas estaban en sus habitaciones y yo solo estaba deseando acostarme.

—Un paciente al que se le ha ido la olla —contestó Becca.

—Se ha alterado un poco —corrigió Sophie. Era demasiado correcta—. Hemos forcejeado y me he golpeado con una silla cuando me ha tirado al suelo. Parece más grave de lo que realmente es. Luego me ha pedido disculpas.

—Como si eso fuera suficiente —añadí.

—Acababa de perder a su mujer en un accidente —susurró mi amiga.

Becca y yo nos quedamos en silencio sin saber qué decir.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada a este tipo de cosas. Esto ha sido un accidente. Él no pretendía hacerme daño, solo estaba en shock por la noticia —trató de quitarle importancia y luego sonrió con esa aura tan entrañable y acogedora que la caracterizaba.

Me pregunté cuántas veces habría llegado Sophie a casa con una sonrisa después de haber tenido tragedias como esa en el hospital. Jamás se había quejado ni un poco sobre su trabajo y nosotras nos limitábamos a preguntar «¿qué tal el día?», a lo que ella siempre respondía con un «bien, como siempre».

La abracé.

Entonces me di cuenta de que había dicho «las tres» y me dirigí a Becca.

—Y a ti ¿qué te ha pasado?

—Pues… Han encontrado a otra actriz más adecuada para el papel y me han dado uno secundario. —Se encogió de hombros—. Es una mierda enorme, pero no me puedo quejar. Es mucho más de lo que me hubiese esperado hace dos semanas.

—Estamos buenas —soltó Sophie.

Entonces, me acordé.

—Bueno, siempre nos quedará «Flying Peacefully».

—Llegará nuestro momento, chicas. Que no cunda el pánico. No sé qué haría sin vosotras —se sinceró Becca.

—Anda que yo… —bufé.

Sophie se recostó un poco.

—Somos las tres tan distintas que, si hubiésemos estado en una habitación llena de gente, jamás nos habríamos elegido entre nosotras…

—… y, a pesar de eso, no podríamos haber escogido a nadie con quien entendernos mejor —añadí.

Ambas sonrieron y Sophie comenzó a tararear la canción.

Becca se incorporó de un salto y vi la emoción de su cara.

—¡Vale, necesito que me digáis que sí a lo que voy a proponer!

—Vale, tengo miedo. —Sophie abrió los ojos como platos.

—Vale, yo también —contesté.

Nos salió una risa nerviosa.

—¿Y si nos tatuamos el título de esa canción? —Extendió ambas manos con las palmas hacia arriba para revelar su gran idea.

—¡Yo no me he hecho un tatuaje en mi vida! —contestó Sophie aterrada.

Yo tampoco. No es que me diese miedo o fuese reacia a ello, simplemente no había tenido nada lo suficientemente importante en mi vida como para llevarlo en la piel.

—¡Un momento! Que no he terminado. —Cogió mi iPad y me lo entregó—. Como hemos dicho, somos muy diferentes entre nosotras y, a la vez, nos complementamos muy bien, ¿no? —Asentimos sin saber adónde quería ir a parar—. Bien, pues ¿y si cada una escribe «Flying Peacefully» en letras mayúsculas y luego formamos el título combinando las letras de nuestras caligrafías? Es decir, nos tatuamos el título de la canción, pero cada letra está escrita por una de nosotras. Así tendríamos un pedacito de cada una en algo que significa mucho para todas. —Sophie y yo nos miramos mutuamente aguardando nuestras reacciones—. Venga…

—Sinceramente, si queda bien, la idea me encanta —respondí esperando la respuesta de mi amiga.

—¿Por qué no? —dijo finalmente Sophie, y Becca se lanzó a abrazarla—. Pero primero quiero ver cómo queda. Que luego parece hecho por un niño de tres años y eso es para toda la vida.

—Entonces te acordarás de mí toda la vida —soltó Becca riéndose de ella—. Eso lo puedes hacer en el iPad, ¿verdad?

—Vamos a verlo ahora mismo.

Abrí el programa que utilizaba para los diseños de los cuadros y cada una escribió «Flying Peacefully» de su puño y letra. Los tres títulos eran muy diferentes entre sí y dentro de cada uno había letras más bonitas que otras, así que tratamos de escoger las mejores de cada palabra de manera que el tatuaje quedaba formado por cinco letras de Sophie, cinco mías y seis de Becca aleatoriamente.

—Estoy flipando mucho —dijo Sophie cuando lo vio terminado—. ¡No esperaba para nada que quedase así!

—Entonces ¿nos lo hacemos? —preguntó Becca nerviosa.

—Habrá que pensar un sitio. ¿Dónde duele menos?

Tras decidir qué nos tatuaríamos, pasamos un rato más hablando de nuestras vidas y les conté todo aquello que me rondaba por la cabeza. Cuando lo verbalicé, me di cuenta de que una de las cosas que más me preocupaba era que Edrian hubiese sabido desde el principio que Victoria intervino en mi inscripción en el concurso.



Pasé el fin de semana con mis amigas en un pueblecito llamado Liberec y desconectamos, que era lo que todas necesitábamos.

Ya era lunes.

Edrian llegaba esa misma noche de un viaje de trabajo exprés con Adler y habíamos quedado en que me recogía en la mansión y me llevaría a casa.

Aún no me sentía preparada para preguntarle sobre Victoria y la inscripción. Mejor dicho, no estaba preparada para descubrir si me había mentido o no. Primero necesitaba enfrentarme a Victoria y después hablaría con Edrian.

Cuando llegué a la mansión, no encontré a Marc y le pregunté por Victoria a una chica de la empresa de limpieza que contrataban todas las semanas. Me informó de que había salido temprano y llegaría bastante tarde. Marc al parecer tenía el día libre y Sandra estaba en su cuarto jugando con una visita muy especial, su nueva amiga Mery.

Las visitas de Mery eran cada vez más frecuentes y todos estábamos encantados con esa amistad. Se la veía una niña muy educada, y eso me hacía inmensamente feliz.

Me dediqué a pasar la tarde con Agatha en su cuarto. Opté por no preguntarle nada acerca del tema que me rondaba desde hacía tres días por la cabeza. No lo consideraba oportuno en su estado, y menos sin haberme asegurado aún de que fuese cierto.

En lugar de eso, me habló de su marido y de sus primeros años juntos. Parecía que, cuando hablaba de él, sumaba días de vida. Y eso era justo lo que necesitaba.

Me contó cómo fueron los primeros pasos de sus hijos en esa casa.

—Michael, el padre de Edrian, era un trasto. —Se rio ante el recuerdo—. Se caía a cada paso que daba y no conseguía estarse quieto. En cambio, mi hija Victoria era tranquilidad y elegancia pura.

Su pasión era el ballet. Le gustaba bailar en el taller mientras yo trabajaba en mis colecciones.

Para ser sincera, el único papel en el que me imaginaba bailando a Victoria era en el de cisne negro.

Dieron las nueve. La noche se cernía sobre el taller y yo me enfrascaba en los detalles del lienzo. Acababa de acostar a la niña y Agatha había decidido descansar.

Desconocía si Victoria ya había llegado, pero trataba de retrasar ese momento todo lo posible. Estaba enfadada, pero también aterrada.

Desde mi taburete podía verme reflejada en el espejo que había junto a la mesa de costura. Los grandes artistas opinan que el autorretrato es el reto más difícil que existe, porque la percepción que tenemos de nosotros mismos nunca es igual a la que tienen los demás.

Al contemplarme, recordé a la chica que había llegado hacía tres meses. Físicamente seguíamos pareciendo la misma persona, pero por dentro sentía que no podíamos ser más diferentes, y estaba orgullosa de sentirme así.

A pesar de saber que muy probablemente no pasaría de fase, seguí esforzándome todo lo posible en mi obra. Puede que no mereciera la pena y estuviese perdiendo el tiempo, pero al menos me producía paz.

Tras un par de pinceladas, distinguí entre el silencio un ruido que provenía de la planta de abajo.

¿Qué narices había sido eso?

Por un momento, me planteé no bajar. Aunque estaba deseando decirle cuatro cosas, no quería encontrarme con Victoria y echarle

en cara lo que había hecho a esas horas de la noche. Luego pensé que podría ser Sandra, que había salido de su habitación porque quería algo, pero ¿y si Agatha no se encontraba bien? Marc tenía el día libre y no estaba en casa para ocuparse de ella.

Bastó imaginármela cayéndose de la cama y pidiendo ayuda para dejar corriendo lo que estaba haciendo, coger el móvil por si tenía que llamar a la ambulancia y bajar a toda prisa al segundo piso.

La casa estaba prácticamente a oscuras. La poca luz que había era la que entraba por las enormes cristaleras. La planta inferior estaba vacía. Encendí la luz del descansillo y abrí con cuidado la puerta de Agatha, la vi durmiendo plácidamente. Hice lo mismo con Sandra y me cercioré de que seguía en su cama. Ambas estaban bien.

Me disponía a subir de nuevo pensando que habrían sido imaginaciones mías cuando volví a oír un estruendo y esta vez más fuerte. ¿Y si había entrado alguien a robar? O a algo peor… ¿Qué iba a hacer yo?

Pensé, como suelo hacer en los casos de máxima tensión, en el instinto de cualquier espectador de las pelis de terror que recomienda a los protagonistas: «No bajes al sótano», «No vayas tú sola». Lo ignoré por completo. Cuando una persona se encuentra sola en ese tipo de situaciones, esas frases tienen todo el sentido del mundo, porque solo necesitas protegerte a ti misma, pero yo tenía a dos personas mucho más débiles durmiendo en sus habitaciones y no pensaba permitir que les pasase nada.

51



Cogí el móvil mientras me deslizaba por las escaleras con cuidado hacia la planta baja y marqué el teléfono de la policía sin llegar a llamar.

Aún cabía la posibilidad de que fuese Victoria, porque la alarma del jardín no había saltado.

Empecé a oír voces y las seguí hasta una sala de estar que tenía la puerta entornada. Se podía palpar la tensión de la conversación, aunque tratasen de taparla entre susurros.

Me arrimé al umbral para escuchar con atención.

—No tienes ningún derecho.

¿Era Victoria?

—¡Por supuesto que lo tengo! Ya te has salido con la tuya durante muchos años. —Era la voz de un hombre.

—Solo te lo pediré una vez más. Sal de mi casa o llamo a la policía.

—Siempre has sido una arpía.

—Sabes que no puedes estar aquí. Lárgate de mi casa. ¡Ahora mismo! —Le temblaba la voz y a Victoria nunca le temblaba.

—¡Joder! —gritó el hombre y se oyó un estruendo.

Entré sin pensármelo dos veces.

Los jarrones y figuras de porcelana, que se hallaban segundos antes en la mesa del comedor, estaban hechos añicos en el suelo. Cuando alcé la vista vi a un hombre desaliñado, vestía con vaqueros y zapatillas desgastadas y llevaba la camiseta manchada de algo que no podía descifrar.

Victoria estaba a un metro de él con lágrimas en los ojos y una mancha roja enorme en el pómulo izquierdo. En unas horas sería un moratón.

—¿Tú quién eres? —preguntó el desconocido.

—Vera, sube con la niña —me ordenó mi jefa en tono de súplica.

—Si te piensas que voy a dejarte aquí con este desgraciado, no me conoces en absoluto.

—Vaya…, ahora soy un desgraciado… Esa es nueva. ¿Esta quién es? ¿La criada? —Dio un paso hacia mí.

—No lo entiendes, Vera. La quiere a ella…

—Vengo a reclamar el derecho que tengo como padre y que me has negado durante tantos años.

—¿Es el padre de Sandra? —pregunté confusa.

Victoria se secó las lágrimas y frunció el ceño.

—¡Él no es padre ni es nada! La quieres ahora porque te has quedado sin nada. No pienso aceptar ni un solo chantaje más. Yo no seré la mejor madre del mundo, pero te aseguro que por encima de mi cadáver vas a tocarle un pelo a la niña.

—O me das mi dinero, o me la llevo esta noche —escupió.

—Sabe que, si hace eso, acabará en la cárcel por secuestro, ¿verdad? —No sabía ni lo que estaba diciendo, solo esperaba ganar algo de tiempo—. Victoria es muy conocida y el grupo Petrov es muy poderoso. Si rapta a su hija en su propia casa, moverán cielo y tierra para encontrarlo.

¿Qué se hace en una situación así? Esperaba que funcionase.

Me ignoró por completo y se dirigió a Victoria.

—Dame lo que te pedí. —Mi jefa no se movió—. Muy bien. ¡Sandra, papá está aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Está bien, Pol! ¡Está bien! —Victoria volvió a llorar. No controlaba la situación y lo sabía—. Pero no tengo tanto dinero en efectivo, tendré que extenderte un cheque.

—¡Ya me he cansado de tus juegos! —El hombre avanzó con paso firme hacia mí, tratando de salir, pero Victoria se abalanzó sobre él.

—¡Sácala de aquí! —me suplicó mientras forcejeaba con Pol, pero este le dio un empujón y la estampó contra la mesa de café. Esta se rompió en mil pedazos.

Salí por la puerta y corrí en dirección a las escaleras para llegar a la habitación de Sandra, sin saber aún muy bien cómo iba a protegerla. Cuando había subido apenas cuatro escalones, me agarró del jersey e hizo que me tropezara y cayera. Me clavé en el costado el filo de los peldaños. Noté un dolor agudo mientras me daba la vuelta. Se colocó sobre mí y me sujetó por las muñecas.

Yo traté de zafarme, pero me duplicaba el tamaño y tenía mil veces más fuerza que yo.

—¡Tranquila! —Apestaba a alcohol—. Victoria no tiene mal gusto para las sirvientas… —Seguía forcejeando como podía. Su peso

sobre mí era repugnante—. Si te portas bien, además de a la mocosa puede que te lleve a ti también.

Tuve ganas de vomitar. Me invadía el miedo, la impotencia, la desesperación… Su cuerpo presionaba el mío y, por mucho que intentaba zafarme, era mucho más pesado y fuerte. No iba a salir de allí ilesa, eso lo tenía claro.

De pronto, vi cómo una sombra negra se abalanzaba sobre él y me lo quitaba de encima. Dejé de notarlo sobre mí y di una amplia bocanada de aire. Hasta ese momento, no sentí que me estaba ahogando. Una voz me devolvió a la realidad.

—¿Estás bien?

Aún respiraba con dificultad y tenía la cara húmeda cuando me di cuenta de que Adler estaba a mi lado asegurándose de que no estaba herida y…

Edrian.

Él estaba enzarzándose en el suelo con el hombre que segundos antes había intentado…

No quería ni pensarlo.

—¡Te dije que te alejaras de mi familia, pedazo de mierda! —Edrian gruñía sin soltarlo. Estaba fuera de sí. Le dio un puñetazo—. ¡Te advertí lo que pasaría si te atrevías a tocar a alguien de mi círculo! Como vuelvas a ponerle un solo dedo encima, te mato.

—¿Es tu novia? —dijo Pol con la nariz y el labio manchados de sangre. Le costaba mantenerse en pie, pero no quitaba esa asquerosa sonrisa—. Sigues siendo un crío. Si me hubieras dejado unos minutos más, te la hubiese devuelto hecha una muj…

Edrian no le permitió terminar, le dio un puñetazo y lo dejó inconsciente.

Sus ojos emanaban rabia, jamás lo había visto así. Pol era corpulento para nosotras, pero al lado de Edrian y Adler no tenía mucho que hacer. Me dio la sensación de que estaba a punto de darle otro golpe cuando Adler lo agarró del brazo.

—Ya está. Yo me ocupo.

La voz de su amigo pareció devolverlo a la realidad, porque fue entonces cuando me vio a los pies de la escalera y se apresuró para agacharse a mi lado.

Su expresión era completamente diferente a la de hacía unos segundos. Había preocupación en su mirada, tristeza, algo de rabia y… ¿culpa?

—Dios… Lo siento, Vera. Lo siento muchísimo… —Su voz se quebró y me lancé a sus brazos. Me agarré a la seguridad que me proporcionaba su cuerpo y su olor. Estaba a salvo. Estaba en casa.

Me secó un par de lágrimas que caían por mis mejillas. Él también estaba a punto de llorar.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—La sien y el costado, pero creo que es solo del golpe.

La cabeza me daba muchísimas vueltas y tenía ganas de vomitar. Aunque Victoria seguro que se había llevado la peor parte… En ese momento caí.

—¡Tu tía Victoria! La ha estampado contra una mesa. Está…

—Estoy bien. —Ella apareció por el umbral de la puerta sujetándose un brazo.

Adler había atado a Pol y estaba inspeccionando los cortes que Victoria tenía.

En ese momento, las sirenas comenzaron a oírse a lo lejos.

Suspiré aliviada.

No estaba segura de que hubiese funcionado ni de si iba a servir de mucho, pero había llamado a la policía antes de entrar en la habitación y pude proporcionar disimuladamente los datos suficientes para saber dónde encontrarnos.

Al llegar, nos tomaron declaración de lo ocurrido y detuvieron a Pol.

Por lo poco que escuché en la declaración de Victoria, Pol la estafó y las abandonó incluso antes de que la niña naciera. Llevaba meses chantajeándola con llevarse a Sandra si no le daba una cantidad desorbitada de dinero. Hoy había quedado con él en un café para darle lo acordado, pero, al llegar al punto de encuentro, le exigió el doble. Victoria al parecer se lo negó. Estaba harta de la situación y dijo que iría a la policía. Tras dejarlo allí, condujo en dirección a casa sin darse cuenta de que la seguía y, al desconectar la alarma exterior para entrar, este se coló tras ella.

Edrian no se separó de mí ni un momento salvo cuando llegó la ambulancia para comprobar que no tenía que ir al hospital. Él aprovechó para subir a ver a Sandra y a Agatha.

El vuelo de Edrian y Adler había llegado con una hora de adelanto. Esa fue nuestra salvación aquella noche.

La niña claramente se había despertado con el ajetreo, pero no había salido de su habitación por miedo, así que no sabía nada de lo que había ocurrido. Le dijimos que se había colado una rata en casa y que nos habíamos vuelto locos para atraparla y sacarla. Una historia no muy alejada de la realidad.

Agatha, por su parte, seguía plácidamente durmiendo. Tomaba todas las noches unas pastillas para que los dolores no le impidieran descansar bien. Por lo visto, cumplían su función.

Mientras Adler despedía a la policía y se iba a casa, nosotros cerrábamos la puerta de la mansión y nos disponíamos a descansar. Edrian había insistido en que, como era muy tarde, debíamos quedarnos allí a pasar la noche.

Mientras subía las escaleras, dispuesta a darme una ducha para quitarme la sensación que aún tenía sobre mi piel, y abrazada a la única persona con la que quería estar en esos momentos, Victoria me llamó.

Me di la vuelta. La mujer que tenía delante de mí no era ni de lejos la misma que conocí mi primer día en el hotel. Llevaba el brazo vendado y el pelo enmarañado. El golpe de su pómulo comenzaba a adquirir tonos morados. Su cara y su expresión corporal eran los de una persona derrotada. Nada que ver con la figura blanca, confiada y perfecta que había aparecido por las puertas del Imperial hacía tres meses.

—Gracias por lo de esta noche. No podré compensártelo nunca.

—Sabes que no ha sido por ti. Habría hecho cualquier cosa para que ella estuviese bien —apunté.

—Lo sé. —Parecía que había terminado cuando añadió—. Te debo una explicación… y una disculpa.

—Me debes muchas explicaciones. —Ya me había cansado de juegos—. Empezando por el motivo que te llevó a echar esa solicitud en mi nombre y terminando por toda esta situación de película de terror que acabamos de vivir.

—¿Fuiste tú? —le preguntó Edrian con incredulidad—. Pero ¿por qué?

No pude evitar sentir un alivio en el pecho al cerciorarme de que él estaba tan sorprendido como yo.

—Yo…

—Ahora no —la corté—. Ya hemos pasado suficiente por hoy y gracias a Dios no ha ocurrido nada grave, pero todos estamos agotados. Mañana hablaremos con calma.

Edrian no dijo ni una palabra hasta que llegamos a su habitación y, antes de cerrar la puerta, vi cómo Victoria entraba en el cuarto de su hija para pasar la noche con ella.

52



Dormí un total de diez horas.

Cuando desperté en la enorme cama del cuarto que Edrian tenía asignado en la mansión, recordé todo lo ocurrido la noche anterior.

Palpé el otro lado de la cama, pero estaba vacía. Me puse una sudadera que me había dejado preparada en la silla y salí al pasillo. Un olor a repostería y azúcar que subía por las escaleras me dio una pista de dónde podía encontrarlo.

Alguien había recogido todo el desastre de la planta baja. Las piezas de porcelana que habían acabado hechas pedazos por el suelo la noche anterior habían sido sustituidas por dos jarrones llenos de flores.

Escuché una voz infantil que me hizo sonreír. Seguí tanto el olor a canela como aquella voz hasta la cocina.

—¡Qué bueno! ¿Puedo comerme otra? —preguntaba Sandra sentada en uno de los taburetes de la isleta.

—Primero tendrás que comerte ese. No sé yo si ese estómago va a aguantar dos bollos de canela —contestó Edrian.

—Te sorprendería lo que puede llegar a entrar en la barriga de esta niña —añadió Agatha desde su silla de ruedas.

—Buenos días —saludé.

—¡Vera! —gritó la pequeña, y yo le devolví una enorme sonrisa. La niña se quedó pensativa por un momento—. Pero no es mi cumple… ¿Qué pasa hoy? No voy al cole, Edrian hace bollos de crema y canela, Vera desayuna aquí… No entiendo nada.

Claro. Eran las doce del mediodía y Sandra debería estar en el cole. Para ella era una situación fuera de lo común si desconocía lo que había ocurrido la noche anterior, así que se me ocurrió una idea.

—Pero el mío es dentro de poco y lo estamos celebrando hoy. —No era mentira del todo. Mi cumpleaños era la semana siguiente, pero claramente hoy no había nada que celebrar. Pero por lo menos así Sandra dejaría de cuestionárselo todo.

—Hola, preciosa. —Edrian me puso la mano en la cintura y me dio un beso en la frente.

Instintivamente, cerré los ojos un segundo. Cuando volví a abrirlos, Sandra estaba colorada, con los ojos como platos y las manos en la boca.

—¡Sois novios! ¡Le has dado un beso! ¡Sois novios! —chilló.

—Tú a lo tuyo —le dijo su abuela.

—¡Eeed quieeere a Veeeraaa! —dijo en tono cantarín—. ¿También os dais besos en la boca?

—A comer y a callar, te he dicho —insistió mi anciana amiga.

Yo me reí y ambas nos miramos con complicidad cuando, de morros, se llevó un trozo de bollo a la boca.

Edrian me preparó un café cargado y desayunamos los cuatro en una de las mesas en lugar de en la isleta para que Agatha llegase

desde la silla de ruedas y pudiese conversar con nosotros.

Sandra seguía con su inocencia sin imaginar lo que podría haber pasado anoche. Estaba segura de que en algún momento empezaría a hacer preguntas sobre su padre, si no lo había hecho ya. Puede que le hubieran explicado la situación desde el principio o puede que simplemente le hubiesen dicho que había fallecido hasta que fuese mayor. Lo desconocía.

Agatha había recuperado un poco los ánimos. Ella insistía en que no quería pasar sus últimos meses en el hospital a no ser que fuera estrictamente necesario. Deseaba estar en casa. Con su medicación reducía los síntomas de su enfermedad, pero aún esperábamos el milagro, que todavía no se había producido, de algún tratamiento experimental en el que la aceptaran.

Edrian, que estaba sentado a mi lado, se encontraba muy pendiente de las tres. Sin duda, aún tenía el susto en el cuerpo. Percibía en su mirada la preocupación de que algo nos hubiese podido ocurrir.

Le acaricié la espalda para reconfortarle.

Marc entró en la cocina con una expresión muy similar a la de Edrian. Victoria ya le habría contado lo que vivimos la noche anterior. Posiblemente sería el más afectado de todos nosotros. No había estado aquí para protegernos y, aunque ninguno lo culparía porque no podía saber qué iba a ocurrir, él sí lo haría.

—Os estáis poniendo las botas. ¡Vaya pinta!

—Como no te des prisa, el duende de la casa se va a comer los bollos que quedan —le informó Agatha.

Sandra se rio malévolamente.

—No, gracias, ya he desayunado. Vengo a buscar a Vera. Victoria te espera.

Mi cuerpo se estremeció y tras darle los últimos sorbos al café seguí a Marc.

—No es culpa tuya —le dije cuando salimos de la cocina.

—Yo debería haber estado aquí.

—No puedes culparte por haber tenido la tarde libre, Marc.

Él suspiró mientras subíamos por las escaleras.

—Yo sabía lo del chantaje, Vera. La señora Victoria me pidió que la acompañara al café, ella no es tonta. Por mucho que fuera un lugar público, no se fiaba. Cuando salimos de la cafetería me pidió que fuera a casa a descansar, que me tomara la noche libre, y le hice caso. —Su voz se quebró—. No vi cómo la siguió. No debí dejarla sola. Ese es mi trabajo…

Lo paré en seco y le di un abrazo. Noté la sorpresa en la tensión de su cuerpo.

—No te castigues. No podías saberlo. Sé que no puedes evitar pensar así, pero todo salió bien y nadie te culpa por ello.

Asintió con un leve movimiento, aunque sabía que mis palabras no iban a servirle de mucho. Me apartó suavemente.

Me sorprendió que no me llevara al despacho de Victoria. Comenzó a subir las escaleras y me abrió la puerta del taller. Esperaba verla de nuevo hecha un pincel, como si nada hubiera ocurrido la noche anterior, pero para mi sorpresa seguía viendo una mujer triste, con un moratón acentuado al lado del ojo y aún en pijama. Estaba de pie mirando los diseños pegados en el corcho de las colecciones de Agatha.

Le di las gracias a Marc y cerró la puerta detrás de mí.

Victoria seguía acariciando los bocetos cuando habló:

—Mi madre siempre ha tenido un don para el diseño. Recuerdo verla dibujar en este taller, cortar telas, hacer pruebas de diseño, patrones… A veces me hacía vestidos con telas que se habían cortado mal y yo desfilaba haciéndome pasar por una modelo de pasarela. —Sonrió soltando aire—. Desprendía una envidiable luz natural al diseñar y contagiaba su pasión por la moda a todo aquel que la conocía. Yo la miraba y solo pensaba en que ojalá algún día pudiese hallar algo que me hiciera brillar de esa manera…, y lo encontré en el ballet.

No entendía por qué me contaba todo aquello, pero no la interrumpí. Era la primera vez que escuchaba palabras que no fueran órdenes o reproches de ella y no pensaba frenarla.

—Con la edad de Sandra, descubrí que me apasionaba el ballet. Mi madre me hizo todos los maillots posibles, de mil colores acorde con cada actuación y me confeccionó las zapatillas de baile para mi primer debut en solitario. —Se paró en seco y se giró hacia mí—. Mi padre también era una persona bellísima. Yo lo amaba con locura y él nos adoraba a nosotros, pero mi madre siempre fue su debilidad. Él insistía en que no se podía vivir del baile, así que, aunque pude seguir entrenando para cumplir mi sueño, me instruyó, al igual que a mi hermano, para que asumiéramos en un futuro las riendas de la empresa.

»Con dieciséis años apuntaba maneras para ser una de las mejores bailarinas del país. Tenía ofertas de varias compañías para debutar por toda Europa en los teatros más increíbles del continente…, y entonces mi padre cayó enfermo y rechacé todas y

cada una de las ofertas que tenía sobre la mesa a sabiendas de que no iba a poder recuperarlas.

Respiraba con dificultad. Parecía que las palabras se agarraban a su pecho, como si fuera la primera vez que verbalizaba todo aquello.

—Él no me lo pidió, pero elegí los deseos de mi padre antes que mi propio sueño. Elegí continuar su legado junto a mi hermano que, como ya sabrás, al morir mi padre trató de arruinar la empresa vendiéndole su parte a un oportunista.

—Sí, Agatha me compartió toda la historia del padre de Edrian. Pero no comprendo por qué me cuentas todo esto.

—Te cuento esto porque me dediqué en cuerpo y alma a vivir los sueños que mi padre tenía para mí en lugar de los míos propios. Porque he desperdiciado gran parte de mi vida y… porque te escuché cuando estabas a punto de hacer lo mismo —confesó dando un paso hacia mí—. Ese día buscaba a Samuel y acabé en la sala de personal… No pretendía fisgonear, pero la puerta estaba entreabierta —hizo una pausa para coger aire— y te escuché contarles a tus padres la decisión que finalmente habías tomado.

»Estabas emocionada por haberte atrevido a ello, pero, en cuanto viste que no era lo que esperaban de ti, te arrepentiste. Te viniste abajo y te echaste para atrás.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Así que finalmente sí que había oído la conversación. Ese día me echó una bronca por llegar tarde.

—Para mí, su opinión siempre ha sido importante… —Me sentía una niña de nuevo.

—Y lo es, pero no debería condicionar tus decisiones a ese nivel, porque en un futuro te arrepentirás, créeme. —Parpadeó para

limpiarse de lágrimas los ojos. ¿Estaba llorando?—. Me vi en ti, Vera.

»Yo no quería meterte tanto en nuestras vidas. De primeras te contraté por la afinidad que me pareció que tenías con Sandra y, a los pocos días, mi hija me enseñó un par de dibujos que le hiciste durante vuestras tardes en el jardín. Para mi sorpresa eran realmente buenos.

»Cuando aquel niño se perdió, bajé a recepción buscando a Samuel y tu carpeta estaba justo encima del mostrador con tu nombre. La abrí por mera curiosidad, después de escucharte hablar con tus padres, y pensé que no podía permitir que desperdiciaras tu talento.

No pude evitar dedicarle una sonrisa irónica. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Que te elijan por enchufe no es talento. Lo único que has hecho ha sido dejarme en ridículo. Me has humillado y me has hecho creer que merecía ganar y que mi trabajo valía la pena —reproché con todo lo que había estado conteniendo estos días.

—¡No es cierto! Yo lo único que hice fue poner tu inscripción con las del resto de los artistas. —Estaba indignada—. Quería que aprovecharas esa oportunidad, no darte un empujón para ganar. Cuando lo hice, no esperaba que tuvieses que venir a trabajar a mi casa. Créeme que lo intenté con las mejores profesionales del país para que no fueras tú, pero mi hija no conseguía adaptarse.

—Entonces ¿no has ayudado a que pase la primera prueba?

—¡Claro que no! —Se mostraba incrédula—. Ante todo, y aunque no lo creas, soy una mujer honrada. Después de entregar tu porfolio y de hablar en la inauguración como portavoz del grupo no he vuelto a tener nada que ver con eso. Que Petrov financie el concurso, y que

haya prestado el hotel para algunos actos, no tiene nada que ver conmigo. Hasta la entrega de premios no requieren más mis servicios y te aseguro que hasta ahora no he interferido ni interferiré en él. Si has llegado hasta aquí es porque los jueces han visto que eres realmente buena.

—El resto de los artistas no está muy de acuerdo con eso —admití.

—Ni nunca lo estarán. Para esa secta de víboras, tú eres una extraña. Una amenaza. Es triste, pero así funcionan muchos círculos sociales, aunque no todas las personas sean así. Si las conocieras por separado, te sorprenderías. —Pensé en Elías, en lo amable que había sido conmigo en comparación con el resto. Victoria me miró confusa—. ¿Cómo te has enterado de que fui yo?

—Hay un foro donde los concursantes hablan bajo falsos usuarios para que no sepamos quién es quién. Hay uno en concreto que sabe más que el resto y dice que han escuchado a Evelyn Blanc hablar de ello con alguien.

Victoria cerró los ojos despacio y apretó los labios.

—Dios, Evelyn no sabe estarse callada. —Se frotó la sien—. Es culpa mía. Me vio dejar tu solicitud en la mesa de inscripciones, pero esperaba que no le diese importancia. Le dije que era para una amiga que no había podido ir personalmente. ¿Qué narices habrá ido contando por ahí?

—Es igual, ya no viene al caso.

—Hablaré con ella…

—No, por favor —le corté—. Te lo agradezco, pero prefiero que no te metas. Que sea lo que tenga que ser.

—Vera… Todos los miembros del comité tienen hijos o parientes dentro del concurso, incluida Evelyn Blanc. Te señalan a ti porque no estás en su radar social.

Yo levanté las cejas.

—¿Y me lo dices tú? —espeté.

Se ruborizó y bajó la mirada avergonzada.

—Nunca pretendí ser así… Tampoco intento justificarme, pero la vida a veces te golpea tan fuerte para adaptarte al molde que ya olvidas que existen otras formas de vivir… —Me rozó un brazo y se sentó en el sofá. Yo la seguí y me senté a su lado—. Te debo otra explicación.

Me relató con una mezcla entre ternura y vergüenza cómo se enamoró perdidamente de un muchacho hace siete años. Cómo, por primera vez después de casi dos décadas al mando de la empresa, sumida en una vida que nunca quiso, había conseguido ser verdaderamente feliz…, aunque solo fuese una ilusión.

—Pol era un hombre atento, bueno y cariñoso al que conocí cuando se me averió el coche después de un viaje de trabajo. Era mecánico en un taller —me confesó. Nunca la había sentido tan vulnerable como en aquel momento—. Seis meses después de conocerlo, me quedé embarazada. No me importaba que no tuviese prácticamente nada de dinero, lo adoraba. Yo rondaba los cuarenta y era un embarazo de riesgo, pero decidí seguir adelante. A Pol no le hizo tanta gracia, pero esperaba que lo superáramos juntos. Confiaba en él y en nosotros.

»Un día, sin más, desapareció de mi vida. Cuando me percaté de lo que estaba pasando, ya había vaciado dos de mis cuentas personales y había desaparecido del mapa. Era un estafador y yo

había caído como una idiota. Una idiota que además se había quedado embarazada. Lo buscamos por todas partes, pero no pudimos dar con él. Yo di el dinero por perdido y el tema por cerrado.

—¿Y por qué ha vuelto?

—Porque todo lo que se llevó, que no fue poco, lo perdió en malas inversiones y vete tú a saber en qué más líos estaría metido. Hay que ser gilipollas para perder tantísimo dinero —aclaró con un punto de humor. ¿Por qué sentía que no la había visto nunca reír?—. Hace un mes me llamó chantajeándome con llevarse a Sandra si no le pagaba lo que pedía. —Tragó saliva y prosiguió—: La segunda vez que lo hizo, Edrian se encontraba conmigo en el despacho. No pude ocultárselo. Él sabe todo lo que he pasado. Con los años hemos ido cogiendo confianza y, aunque a veces sea muy dura con él, es como un hijo para mí. Me quitó el teléfono y le advirtió que no volviera a llamar, que no se le ocurriese acercarse a la niña.

«Te dije que te alejaras de mi familia».

Esas fueron las palabras exactas de Edrian. Ahora entendía por qué defendía tanto a Victoria y por qué no podía contarme ciertas cosas.

—Siento muchísimo lo de ayer, Vera. Siento mucho haberte metido de esta manera en nuestras vidas, pero sobre todo siento haber sido así contigo. —Se le quebró la voz y sus ojos se empañaron—. Has cuidado de mi familia cuando no era tu responsabilidad, sino la mía; has hecho mucho más de lo que te correspondía y sé que

no estabas solo haciendo tu trabajo. Yo, en cambio…, he sido una hija y una madre horrible. Seguro que piensas que soy una bruja, y

no te falta razón. Ni siquiera he podido encontrar un tratamiento para mamá. En todos aquellos ensayos en los que hay una mínima posibilidad de que puedan ser efectivos dicen que es demasiado mayor y no quieren que su caso influya en los resultados del estudio… No puedo ayudarla… —Rompió a llorar. No supe qué hacer. Victoria era en ese momento el ser más frágil y vulnerable del mundo. Creo que por primera vez se había dado cuenta de que el dinero no lo compraba todo. Que las cosas verdaderamente importantes no dependían de eso—. Gracias por haber cuidado de ellas. Gracias…

Mi instinto me impulsó a abrazarla y ella no me apartó. Ver a una mujer tan empoderada, aparentemente segura de sí misma e inquebrantable, tan destruida y derrotada me hacía cuestionarme aquello que Edrian me dijo una vez.

«¿Cómo serías ahora si hubieses tenido que jugar con las cartas que le tocaron a ella?».

Entonces, fue mi turno de hablar. Había dejado que soltara todo lo que tenía que decirme. No había querido interrumpirla, pero yo llevaba arrinconando dentro de mí muchas cosas que necesitaba que supiera.

—Ellas no te culpan, te lo aseguro. Saben lo mucho que las quieres y, aunque me ha costado entenderlo, yo también lo veo. —Intenté ser lo más sensible que pude—. Sandra lo único que quiere es pasar tiempo con su madre. Lo ha pasado mal y sé que tú también, pero es una niña muy fuerte. Tu trabajo es importante, pero tu familia siempre lo será más. Si pierdes tu empresa, siempre te quedarán ellas, pero, si las pierdes a ellas, ¿de qué te sirve haber trabajado durante tantas horas? —Se apartó de mí y se secó la cara

con las manos—. El tiempo es lo único que no se recupera. Y, al igual que has querido ayudarme a que no desperdicie mi vida viviendo los sueños de otros, yo no quiero que lo hagas con la tuya. Tienes una niña inteligente y encantadora que te está esperando y una madre que no se acordará del tiempo que pasaste encerrada en un despacho buscando soluciones, sino de los últimos momentos que compartiréis juntas. No lo desperdicies.

Victoria se sorbió la nariz.

—Tiene gracia que una cría de veinte años venga a darme lecciones de vida a estas alturas. —Me dedicó una bonita sonrisa mientras se secaba las lágrimas.

—¿Quién sabe? Puede que sea un alma vieja. —Le devolví la sonrisa y me levanté tendiéndole la mano—. Vamos, abajo están celebrando mi cumpleaños y sé de alguien que se alegrará mucho al verte allí.

—¿Tu cumpleaños?

Me reí.

—Es una larga historia.

Terminó de secarse las lágrimas y me aceptó la mano.

Tras hablar con Victoria, supe que no era más que una hipócrita. Creía firmemente en todo lo que le había dicho, pero yo tampoco estaba priorizando a mi familia. ¿Acaso había llamado a mis padres en las últimas semanas? Puede que en el fondo no fuéramos tan diferentes. Decidí que esa misma noche llamaría a mis padres, aunque eso implicara contarles toda la verdad.

Bajamos en dirección a la cocina.

Al verla llegar, observé cómo Sandra se lanzaba a sus brazos y me di cuenta de que Victoria tenía un aspecto descuidado: el cabello

despeinado, sin nada de maquillaje, los ojos hinchados y aún rojos por haber llorado y los rasguños de la noche anterior. Cuando Sandra preguntó, los achacamos al incidente de la rata. A pesar de no estar tan perfecta como siempre, nunca la había visto tan guapa y joven.

Victoria tenía una sonrisa muy bonita. Aquella sonrisa ya no escondía una mochila repleta de responsabilidades y cargas, que seguramente la seguiría llevando de por vida, pero ya parecía más ligera.

Aquella sonrisa era el regalo más bonito que se podía hacer a sí misma. Porque estar en paz con la vida, y escoger ser feliz a pesar de todo lo que te ha pasado, no tiene precio.

53



Una semana después estaba entregando la obra.

Esta vez fui acompañada de Becca y Sophie, porque horas más tarde teníamos una cita pendiente.

Tras mi conversación con Victoria, llamé a mis padres y hablé con ellos largo y tendido. En unas semanas tendría que volver a España por Navidad y en esa llamada había preparado un poco el terreno para lo que pretendía contarles personalmente al volver a mi país.

La exposición era en el mismo centro de la primera fase y, tras entregar una copia del pasaporte y rellenar la ficha con los datos y explicación de la obra, me dieron el número ocho y me dirigí a mi zona.

—¡Esto es enorme! —Sophie expresó su admiración por los altos techos de la sala y el laberinto de muros.

Tras la primera fase, solo quedábamos veinte artistas. Empezamos siendo cuarenta y ocho y habíamos pasado a ser menos de la mitad.

Cuando llegué a mi puesto, Marjan estaba justo a mi lado. Tenía el número siete. A mis amigas les había contado toda la trifulca con ella y, por supuesto, les había mostrado los mensajes de acoso del grupo, porque ese era su nombre: acoso.

Llegué con mi obra envuelta en papel *craft* ignorándola por completo y, mientras mis amigas me ayudaban a quitarlo para colgar el cuadro, noté que se acercaba como si estuviera acechando a su presa.

—Es increíble que sigas aquí —confesó—. Tengo que darte la enhorabuena. Esto ya es todo un logro. No esperaba que llegases tan lejos.

—¿No oléis? —Becca sin girarse empezó a olisquear el aire. Yo no olía a nada—. De pronto huele como a… envidia.

—Encima que estoy tratando de ser simpática… —replicó.

Yo traté de no interferir, porque no quería armar revuelo, pero Becca no era como yo.

—¡¿Simpática?! ¡Tendrás cara! ¿Llamas ser simpática a difundir rumores de Vera para que la echen? —contestó mi amiga incrédula —. Eres lo peor. Deberías mirarte esas inseguridades que tienes antes de tratar de hundir a los demás.

Marjan se quedó con la boca abierta, pero no desistió.

—¿Tienen que venir tus amigas a defenderte? ¿No sabes hacerlo tú solita?

Dejé el envoltorio en el suelo y me acerqué a ella. Estaba tratando de ser profesional y de que no me afectaran sus comentarios, pero hasta ahí había llegado. Total, me iban a poner de patitas en la calle.

De perdidos al río.

—Tienes toda la razón. Desde el minuto uno tuve que haberte parado los pies. Eres una niñata egocéntrica que se siente bien cuando hace sentirse mal a los demás. Te has acostumbrado a que te lo den todo hecho y no puedes soportar las cosas que no controlas. Eres tan sumamente rastrera que te ocultas bajo un cutre y asqueroso nombre de usuario para hablar de mí a mis espaldas. —Puse la voz más estúpida que pude—. *Sharkfin*. —O, como diríamos en mi tierra, aletadetiburón—. Sé que has sido tú la que les ha contado a todos lo de Victoria.

Marjan me miró perpleja y luego se rio descaradamente en mi cara. En serio, estaba llorando de la risa.

—Novata… No puedes estar más equivocada. —Se apretó el vientre y se secó los ojos—. No te negaré que tienes parte de razón en lo que has dicho, pero yo soy una de las pocas estudiantes becadas. —La sonrisa no desaparecía de su cara—. Si estoy aquí es porque he trabajado muy duro, y sí, puede que todo eso que has dicho de mí sea cierto, pero yo siempre te he dicho lo que pensaba a la cara. Creo que otros te la han jugado, bonita.

—¿Qué? —No estaba comprendiendo nada.

Había un grupo de aspirantes a nuestro lado y gritó en su dirección.

—¡Tiburón!

El grupo se abrió. El artista que respondía a ese apodo se dio la vuelta con una sonrisa que se desvaneció nada más verme.

Elías.

—Ahí lo tienes. —Señaló acercándose hasta donde él estaba—. La obra con la que entró a la escuela fue precisamente el lienzo de un tiburón cazando en el aire a su presa, de ahí el apodo. —Elías se

quedó pálido—. Vera, te presento a Tiburón, el hijo de Evelyn Blanc. Y Elías, te presento a Vera. Os dejo para que habléis.

—¿Has sido tú? —pregunté furiosa.

Elías poco a poco recobraba la compostura y dejaba ver una expresión que no reconocía.

—No esperaba que te dieses cuenta. Hay que ser tonta para echarse amigos en una competición así.

—Y ¿por qué te acercaste a mí?

—Porque hay que hacerse amigo de tus enemigos para ver sus puntos débiles.

—¿Tanto miedo me tienes?

—Yo no te tengo miedo. Solo trato de ser justo.

—Dijo el crío enrabietado cuya madre tiene uno de los cargos más importantes de la escuela. Me dijiste que querías ayudarme y te creí.

—Si no sabes jugar tus cartas, no es mi problema. Para estar aquí hay que ser el mejor en todo.

Solté una carcajada ahogada.

—Mala persona, querrás decir.

Sophie dio un paso al frente y levantó las cejas antes de hablar.

—He visto tu trabajo y he visto el del resto de los aspirantes. Te aseguro que, si estás aquí, no es precisamente porque seas uno de los mejores, y no hay que entender mucho de arte para darse cuenta.

Marjan y Thomas se rieron ante el descaro de mi amiga y noté cómo el ego de Elías quedó gravemente dañado.

A Edrian le hubiese encantado ver esta parte.

—¿Y vosotras qué sabréis? Tú eres una becada —le dijo a Marjan.

Salté en su defensa.

—Marjan puede ser egocéntrica y superficial, y puede que yo cuestione algunas cosas de su actitud, pero al menos sus cuadros transmiten, tiene talento y derecho a estar donde está.

—Ya veremos quién ríe el último. No vas a pasar de esta fase, te lo garantizo —contestó Elías dando por finalizada la conversación.

—Querido, eres un gilipollas —se lo solté en homenaje a mi amiga Agatha.

Me di la vuelta para terminar de desenvolver el cuadro y lo coloqué en horizontal en mi hueco bajo el número ocho.

Nadie había visto la obra aún. Al colgarla, tuvo un efecto en el público muy similar al de la primera obra.

La temática era «El sentido del perdón».

Por lo que había podido ver en las obras de mis compañeros, muchos lo habían asociado con la religión; otros con figuras arrodilladas, había incluso algún que otro cuadro abstracto, un arte que yo no terminaba de entender.

Al mirar mi cuadro vi que era más simple que el de la primera fase.

Cuando una persona alberga rencor dentro de ella, se va pudriendo poco a poco. Perdonar es la limpieza que hacemos de nosotros mismos, liberando todo ese odio y rencor que llevamos dentro. No es ni siquiera que la otra persona se disculpe. La paz es un ejercicio interno.

Para mí el perdón era tan sencillo como liberar el odio, y así lo había representado.

Mi lienzo era extremadamente limpio, el fondo era de un tono azul claro, casi blanco. Había una figura femenina en el centro dibujada desde la cadera a tres cuartos. Esta, con la tez blanquecina,

extendía sus brazos en cruz y sacaba el pecho. Su melena larga y rubia creaba un movimiento perfecto en sintonía con el resto del cuerpo.

De su pecho, en contraste con la claridad del resto del lienzo, emanaban tres cuervos negros en relieve realizados con masilla. Uno que ya estaba volando, otro que acababa de salir de ella y un tercero que solo sacaba la cabeza y se preparaba para volar.

Orgullo. Apatía. Odio.

Las tres cosas que hay que soltar para aprender a perdonar.

Dejé esas tres cosas en algún lugar de aquel laberinto de cuadros y salí del centro agarrada a mis mejores amigas con la seguridad y tranquilidad de haber dado lo mejor de mí.

54



Qué dolor tan insoportable.

No esperaba que la zona elegida para hacerme el tatuaje fuese a doler tanto. Y eso que el diseño era simple y minimalista. No me quería imaginar cómo sería el dolor de aquellos más complejos que llevaban profundidades y sombras.

Por eso, cuando me planteé hacerme un segundo diseño, me lo pensé dos veces, aunque, para ser realistas, lo había meditado tanto que me dio igual. Salí de allí con dos tatuajes.

Mi madre seguramente me mataría al verme o me diría que si me había vuelto una macarra, pero francamente me importaba poco.

Becca se tatuó la frase en uno de sus costados, justo encima de una mariposa que ya llevaba; Sophie se lo hizo en el dorso del pie, porque no quería que se viese mucho; y yo elegí la parte de atrás del brazo, justo encima del codo.

Eran increíbles.

A la hora de comer, tenía una cita muy especial. Me despedí de mis amigas a la salida del estudio de tatuajes y fui en dirección al río. Hacía un par de días que la nieve nos había dado un respiro y, aunque seguía haciendo un frío horrible, el sol era lo más reconfortante del mundo.

Cuando llegué donde habíamos quedado, lo primero que descubrí fue la silla de Agatha y un cantoso mantel de flores. Había visto ese estampado mil veces en una de las telas del taller.

Aprovechando el sol, decidimos hacer un pícnic en unos de los jardines, en la ladera del río. Agatha se encontraba lo suficientemente fuerte como para salir de casa o, al menos, eso dijo ella, y a todos nos apetecía algo así.

Marc había sustituido el uniforme por unos tejanos y un polar. Estaba cortando pan y Edrian fardaba del gazpacho que había preparado.

—Está bueno, pero yo podría haberlo hecho mejor —confesé con aire de superioridad—. No sabe a España.

—Pues ¿sabes qué? No vas a comer más. —Me quitó el cuenco de las manos.

—Eres un enfadica —le espeté, y en respuesta me sacó la lengua.

A Sandra, que iba tan abrigada como una cebolla, le pareció divertido mi comentario y su risa voló por el jardín. Estaba acostada sobre el mantel y compartía un sándwich de Nutella con su madre. Victoria parecía una persona nueva, más despreocupada, más tranquila, más natural; en definitiva, más feliz.

Agatha nos observaba tranquila, tapada con una manta desde su silla, y entonces pensé que este era un momento perfecto. A pesar de estar en diciembre, el cielo estaba tan despejado como un día de

mayo y, después de llevar horas bajo el sol, los rayos me habían calentado el cuerpo, de modo que decidí quitarme la sudadera.

—Tengo algo para mis dos chicas favoritas —dije mirando a Agatha y a Sandra.

—Algo me dice que no soy yo —apuntó Victoria dándole un bocado al sándwich.

—Ya te adelanto que no —confirmó Edrian, y su tía le dio un manotazo.

Todos nos reímos.

En los últimos días me había llevado una grata sorpresa: Victoria tenía un gran sentido del humor.

—Mañana es mi cumpleaños y me he hecho un autorregalo. —Me levanté el suéter que vestía bajo la sudadera, me di la vuelta y dejé que el frío me acariciara los brazos. Llevaba una camiseta interior de tirantes, pero sabía que esa zona de la piel, aún cubierta por el plástico, quedaría a la vista de todos.

Justo en el omóplato derecho, del tamaño de un níspero, estaba el segundo tatuaje que había decidido realizarme.

Casi pude ver de espaldas la expresión de Sandra al observar lo que llevaba dibujado, no del mismo tamaño, pero sí en la misma parte del cuerpo donde ella y su abuela tenían su marca. Muy similar al logo del hotel, me había grabado en la piel la silueta de una cola de ballena rosada.

—Es como la mía… —dijo la niña sin creérselo mientras se levantaba y se acercaba lentamente hacia mí para verlo en detalle.

Lo rozó por encima del plástico muy suavemente con los dedos.

—¿Esto se puede borrar? —preguntó curiosa.

—No —contesté con orgullo—. Esto es para siempre. Igual que la tuya, igual que la de tu abuela e igual que el cariño que os tengo. Para llevaros siempre conmigo.

Miré a Victoria buscando su aprobación y ella nos contemplaba con ternura. Me asustaba pensar que pudiera molestarse por tomarme tantas confianzas con su familia, pero había asumido desde aquel horrible día que yo era una más. Por eso, no puso ni una sola pega cuando le comenté la idea del tatuaje.

—Parece ser que somos tres ballenas fuera del agua —dijo Agatha parpadeando para que evitáramos ver la humedad de su mirada.

—Creo que no has contado bien —añadí con una sonrisa.

Agatha me miró desconcertada.

En ese instante, Victoria se bajó el cuello del jersey dejando a la vista su hombro izquierdo; Marc se bajó el calcetín para enseñar su tobillo; y Edrian se remangó para mostrarles su antebrazo. Todos tenían exactamente el mismo símbolo.

—Me parece que somos algo más de tres.

Sandra comenzó a llorar de la emoción y se lanzó a los brazos de su madre. Supo que todos nosotros la amábamos hasta el punto de llevarla en la piel.

No lo dije en voz alta, pero ese símbolo era nuestra forma de ver el mundo. La cola que nos impulsaba en un océano, a veces solitario, porque no todo el mundo está dispuesto a nadar contracorriente ni a ver la belleza que hay en las cosas extraordinarias.

Me senté junto a Agatha y acaricié la hierba que sobresalía del amplio mantel. Mi anciana amiga me miró con reproche.

Casi podía oír su voz: «Eres de lo que no hay, querida».

—Quiero que sepas que no he obligado a nadie —dije en un intento de defenderme.

El carraspeo de Edrian sonó por encima de mi voz para hacerse la víctima.

Lo fulminé con la mirada.

La idea de compartir el tatuaje había sido de Victoria. Decidí comentarle lo que pensaba hacer y no le costó demasiado convencer a Edrian y a Marc para unirse.

Agatha sonrió apretando los labios.

—¿Qué tal ha ido la entrega de tu segunda obra? —me preguntó, curiosa.

—Sorprendente. —Nunca mejor dicho—. Siendo sincera, creo que nunca llegaré a estar cómoda en ese ambiente. Siempre he pintado para disfrutar, para expresarme, para volcar todo lo que llevo dentro. Si vivir de ello implica pisotear al resto, no sé si quiero conseguirlo.

Ese pensamiento rondaba en mi cabeza desde que había descubierto que no podía confiar ni siquiera en los que aparentemente eran amables conmigo.

¿Merecía la pena entonces luchar por un sueño cuyo entorno trataba constantemente de hacerme caer?

—A lo largo de mi vida, he tenido la suerte de conocer a muchas personas fascinantes gracias a mi trabajo —comenzó a decir Agatha —. La mayoría de ellas esconden historias que te habría encantado escuchar. Tengo más que comprobado que aquellos que están destinados a hacer grandes cosas no son capaces de encajar en la pequeña casilla que les han construido. Porque no pueden evitarlo, porque son diferentes, porque miran por encima de lo que es posible. —Me miró con dulzura y tras una pausa me preguntó—:

¿Alguna vez has visto a una ballena capaz de nadar fuera del océano?

Sonreí ante la estupidez que acababa de decir y negué con la cabeza.

—Yo he tenido la suerte de ver algunas —aseguró. La miré extrañada. Alargó su mano para posarla en mi hombro, justo encima de mi nueva marca—. Esas ballenas solo nacen cuando empiezan a ser conscientes de que su mundo se limita al océano porque todas las demás viven de esa forma. Solo porque alguien lo dictaminó así.

—Pero es que una ballena fuera del océano se moriría —apuntó Sandra uniéndose a la conversación.

Edrian, que desconocía que estaba pendiente de la misma, rio.

—¿Qué hay de divertido en eso? —espeté—. La niña tiene toda la razón.

Sandra me sonrió satisfecha.

Aunque Agatha no hablaba de ballenas.

Esa fue su manera de decirme que no puedo culpar a los demás por no encajar. Que siempre habrá personas que quieran destruir lo que es diferente, porque no han sido capaces de ver más allá de lo que les han enseñado o porque no tienen la suerte de serlo.

No tienen la suerte de ser ballenas a las que no les hace falta un océano para nadar.

55



Tras el encontronazo con Pol, no quise separarme ni medio segundo de Vera. Si le había pasado aquello fue por haberse acercado a mi familia. Ella no tenía por qué haber estado esa noche allí y, probablemente, jamás me perdonaría, ni olvidaría, el momento en el que vi a Pol tumbado sobre ella al pie de la escalera.

La policía ya nos había informado de que tenían pruebas suficientes como para encerrarlo de por vida. Sandra y Agatha nunca llegaron a enterarse de la realidad que vivimos aquella noche, y, sabiendo que ese animal no iba a volver a ver la luz del sol, estaba más tranquilo. Sin embargo, no tenía dudas de que Vera había pasado una de las noches más horribles de su vida y solo pensaba, aun sabiendo que no podría borrar aquello, en compensarla con buenos momentos.

Una vez le dije que Praga en Navidad era la imagen más bonita que había visto jamás, así que el día de su cumpleaños, tras pasear por el barrio judío y ver las sinagogas y el cementerio, lugar que solo se podía ver a través de una minúscula ventana enrejada, la llevé a ver el mercadillo navideño de la ciudad. Su verdadero regalo iba a tener que esperar un poco.

—A Sandra le hubiese encantado venir —comentó Vera mientras nos dirigíamos a la entrada de los puestos—. Desde que Victoria ha dejado su trabajo

en un segundo plano para pasar más tiempo con ellas no hay quien la separe de su madre —sonrió divertida.

—Menos mal que también ha decidido dejar de viajar. No sé cómo ha podido estar de un lado para otro durante tanto tiempo —admití mientras nos adentrábamos en una zona repleta de casetas de cuento—. Amo demasiado esta ciudad. No sería capaz de estar viajando todos los meses de un sitio a otro.

—Ella tampoco tendría por qué; para eso es la jefa, pero creo que ahora es consciente de todo lo que ha perdido.

—Me da la sensación de que esta ciudad le recuerda lo que pudo ser y nunca fue. El trabajo la ayudaba a mantener la mente ocupada, pero al mismo tiempo… la volvió más fría.

Vera se paró en seco bajo el arco de entrada al mercadillo.

—Ahora entiendo lo que quisiste decir aquella noche. —Me miró con esos enormes ojos verdes y me sonrió con tristeza—. Las malas acciones nunca se podrán justificar, pero en ocasiones hay historias muy complicadas detrás de ellas y mochilas con las que a ninguno nos gustaría cargar. —Cuando conocí a Vera, puede que tuviera demasiados prejuicios, algunos con toda la razón, pero si algo la caracterizaba era que todo lo decía lo sentía, y eso me fascinaba de ella, porque la hacía muy real—. Por suerte, aún no llega tarde. Me alegro de que tu tía se haya dado cuenta de lo mucho que la necesitan. —Y sabía que lo decía de corazón.

Le sonreí y la estreché contra mi pecho. Ojalá supiera lo mucho que me comió por dentro no poder decirle la verdad desde el principio. Entonces, el miedo a perderla me nubló la vista.

—Gracias a eso, ya no te necesitan tanto a ti. —La agarré por la cintura y la atraje hacia mí—. Ahora puedo ser un egoísta de nuevo y quererte solo para mí.

Ella sonrió, aunque pude ver un ápice de tristeza en su mirada. Sabía que le hacía feliz que Sandra volviera a tener a su madre en casa, pero llevaba tantos meses ocupándose de ellas que el hecho de pensar que ya no la necesitarían le entristecía.

—¿No te han enseñado a compartir, Cocinitas?

—Cualquier cosa menos a ti. —Me quedé a unos centímetros de ella y pegué mi frente a la suya—. Tú eres mía, no te pienso compartir.

—No sé en qué papel has visto que yo haya firmado eso.

Me desafió con la mirada, con picardía. Su pasatiempo favorito era llevarme la contraria.

—No me hace falta ningún papel para saber que, cuando me miras, el mundo entero deja de existir a nuestro alrededor. —Apenas unos centímetros separaban nuestros labios—. Y, aunque jamás pensé que diría esto, yo también soy tuyo.

Le acaricié el cuello apartando un poco la bufanda y noté cómo su pulso se aceleraba.

—En ese caso, ¿dónde tengo que firmar? —Me apoyó las manos en el pecho y, con una sonrisa, sus labios presionaron los míos.

Vera me hacía sentir como si hubiese vivido con los ojos cerrados y los abriera por primera vez en mucho tiempo. Como si no hubiera respirado durante todos estos años y con ella mis pulmones se abrieran de par en par. Como si el tiempo no corriera mientras estaba a su lado. Vera era una parte de mí que no sabía que faltaba hasta que la encontré.

Nos perdimos entre las casetas de madera decoradas con adornos navideños y se fascinó como una niña de seis años al pasar por todos y cada uno de los puestos que nos encontrábamos con dulces, con figuras típicas… Tenía la misma expresión que cuando vio nevar por primera vez en la terraza de Finn y Kaleb.

Me había equivocado, sí que había una imagen más bonita que Praga en Navidad: ella.

Mientras tiraba de mi mano para guiarme por el gentío, entre el sonido de los villancicos a través de los altavoces, el olor a canela y su inocente sonrisa, me di cuenta de que iría a cualquier lugar donde ella quisiera ir por muy descabellado que fuese el destino. Porque, contra todo pronóstico, ya no podía imaginar mi vida sin Vera. Se había colado en todos y cada uno de mis sueños y ya no había ningún remedio para lo que sentía. Estaba loco por ella.



Un mes después, cuando fui a recoger una de las piezas clave del restaurante, tuve que darle la enhorabuena al artesano que había hecho la réplica. El tejido verde botella era exactamente igual al original, las alas laterales del respaldo tenían la misma forma, el tacto de la tapicería estaba cuidado al milímetro. Era idéntica.

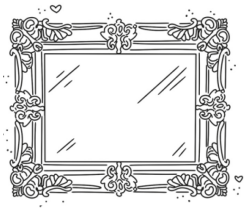
Vera había vuelto a España durante un par de semanas para pasar las Navidades con su familia y yo me estaba dedicando en cuerpo y alma a terminar el restaurante. Necesitaba que estuviera todo perfecto para el día de la inauguración y solo faltaba un mes.

Había encargado ya la placa y el letrero de la fachada.

Cuando esa noche llegué a mi casa, después de haber cuadrado los últimos detalles con Manuel, me puse a mirar los diseños finales en papel.

Estaba impaciente por enseñarle a Vera su regalo.

56



Decidí volver a España para pasar las Navidades con mis padres y poder contarles finalmente todo lo que me había sucedido en los últimos meses. Ocurrió lo que esperaba que ocurriera. El día que llegué, mi padre se mantuvo callado durante toda la cena y mi madre me echó el sermón del siglo. Después, y tras muchas preguntas, entendieron por qué lo había hecho y lo aceptaron sin más. Tampoco les quedaba otra.

Les hablé de Edrian, al que quisieron conocer, y le reproché a mi madre que le hubiese dado mi dirección a Álex. Ella se excusó y me contó que él le había dicho que quería darme una sorpresa que me haría mucha ilusión.

La madre que lo parió. Al menos, ya había salido de mi vida para siempre.

Por otra parte, por un correo me enteré de que no había sido seleccionada para pasar de fase en el concurso. Me había quedado fuera. Lo cierto era que ya me había hecho a la idea de que seguramente no superaría esa fase, pero siempre tendría la

incógnita de si me habían rechazado porque mi obra no era lo suficientemente buena o por el rumor de que estaba allí por tongo. Tendría que aprender a vivir con esa duda.

Además, tenía que decidir qué rumbo iba a tomar mi vida, así que, tan pronto como regresé a Praga, le pedí a Victoria volver a la recepción del hotel.

Victoria había delegado gran parte del trabajo de la empresa en otros empleados. Estaba mucho más tranquila tras enterarse de que a Pol le caerían bastantes años de cárcel por una larga lista de cargos. Pasaba mucho más tiempo en casa y se encargaba de Sandra al volver del colegio. Yo me acercaba a la mansión dos horas por la tarde para visitar a Agatha, que se había animado a hacer sus últimos diseños, aunque solo fuera en papel, y a darle un achuchón a la pequeña.

Por las mañanas, trabajaba en el hotel con Kaleb. No sabía que echaba tanto de menos su compañía hasta que volví a escuchar sus bromas. Por las tardes iba a clases de arte a un centro cercano a mi piso. Había decidido apuntarme a una escuela para seguir aprendiendo y mejorando.

Aunque llevaba un mes con el mismo cuadro, estaba decidida a terminarlo.

Edrian inauguraba esa semana el nuevo restaurante y me moría de ganas de verlo. Quería mantener el secretismo hasta el último segundo y no soltaba prenda con ninguno de nosotros. Victoria era la que peor lo llevaba, porque le gustaba controlarlo todo y, aunque no era suyo, quería que fuese un éxito.

Me enteré de que el ganador del concurso había sido un alumno con el que no había interactuado. Ni siquiera me sonaba su nombre.

Me reí porque a veces los que trabajan en silencio, y menos ruido hacen, son los que después obtienen los mejores resultados.

El tema de la fase final era «El precio del tiempo». No pude evitar sentir cierta rabia, porque me hubiese encantado presentar mi obra bajo ese nombre, pero ya no venía al caso.

Ese día, me encontraba en la escuela de arte barnizando el cuadro que tanto me había costado terminar. Allí, acostumbraba a poner el móvil en «no molestar»; era mi momento de paz. Mientras me estaba retirando el delantal, cogí mi móvil y lo puse en sonido.

Justo en ese momento, un número desconocido me estaba llamando y descolgué.

—¿Hola?

—Buenas tardes, ¿hablo con Vera? —dijo con acento británico la voz de un hombre al otro lado del teléfono.

—Sí, ¿quién es? —Cogí mi bolsa de tela y me despedí de la profesora mientras salía por la puerta.

—¡Encantado! Me presento, soy Gerard Bristol, restaurador, pintor y coleccionista de arte.

—Ah… Buenas tardes. Dígame. —Entré en el ascensor. ¿Qué narices querría?

—Hace unos meses tuve el placer de viajar a Praga para ser parte del jurado en una de las fases del Concurso Nacional que organizaba la Escuela de Bellas Artes. —No podía ser verdad. No estaba pasando—. Francamente, quedé muy impresionado por tu representación de «El sentido del perdón». Estuve indagando y alguien me dijo que no pertenecías a la escuela.

—Sí, bueno… Ahora he empezado a dar algunas clases en una academia —contesté mientras las puertas se abrían y salía a la calle.

—Disculpa mi atrevimiento, pero ¿cómo puedes pintar así sin ni siquiera tener una formación básica? ¿Eres consciente del potencial que tienes? —Se aclaró la voz y continuó diciendo—: No escogieron tu obra porque de técnica iba un poco justa, pero el concepto y la ejecución eran increíbles.

Parecía que mi duda quedaba resuelta. Al final, había sido una penalización justa.

—Pues te lo agradezco, Gerard. Gracias por llamarme para decírmelo.

—No te llamaba para eso. Quería proponerte una formación de tres meses aquí en Londres. Quiero que hagas una colección de ocho obras al mismo tiempo que completas tu formación y que expongas tu trabajo en la Pace Gallery.

El corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho.

—¿Co-cómo has dicho? —Me paré en seco en mitad de la calle.

—Tenemos una serie de becas en la Asociación de Artistas Emergentes de Londres. Me dedico a buscar perfiles que me expresan algo con sus obras, con frescura. Los formamos si es necesario, les damos un espacio para exponer y los ayudamos a vender sus obras a cambio de un porcentaje de las ventas.

—No sé qué decir. No me esperaba esto y…

—Entiendo que es complicado de asimilar. Yo no tengo prisa. Te paso un documento con todos los detalles por WhatsApp para que estés bien informada y te adjunto el contrato para que lo revises. Podemos verlo tranquilamente y tienes tiempo para pensarlo. Cuando te decidas, me llamas y listo.

—Está bien. Muchísimas gracias por todo. Te diré algo lo antes que pueda.

—Estupendo. Que tengas buen día.

—Igualment…

No me dio tiempo a contestar. Ya me había colgado.

Busqué enseguida el nombre del señor que me acababa de llamar y el de la galería y había decenas de artículos. Gerard Bristol era un reconocido restaurador en Londres que disfrutaba del arte y de la enseñanza.

Tan pronto como obtuve la confirmación fui consciente de lo que me estaba sucediendo.

¿Acababan de ofrecerme una beca para estudiar, exponer y vender mi arte en una galería de Londres?

Si no hubiese estado en una de las calles más concurridas de Praga, habría gritado de emoción.

Me iba a Londres. Tenía una segunda oportunidad.

Marqué corriendo el número de Edrian mientras seguía mi camino a casa, pero no me lo cogió. Lo llamé un par de veces más y me saltaba el buzón de voz.

Edrian siempre me cogía el teléfono.

Mientras introducía la llave en el portal, le escribí un mensaje indicándole que me devolviera la llamada lo antes posible. En ese momento, vi que tenía tres llamadas perdidas de Marc y un mensaje que no había visto de hacía más de media hora.

Abrí el chat y, al leerlo, escuché por encima del ruido de las llaves impactando contra el suelo el sonido de mi alma resquebrajándose en dos.

«Agatha ha fallecido, Vera».

57



Nunca había asistido a un funeral.

Marc se colocó en la puerta del jardín para ir recibiendo a la gente que iba a asistir y le quitó esa carga a Victoria y a Edrian.

Sandra estaba sentada en una de las sillas de la primera fila jugando con Kepor. No la había visto derramar ni una sola lágrima aún. Llevaba su pelito rubio recogido con una diadema amarilla y un vestido del mismo color que hacía resaltar sus ojos azules.

Me senté a su lado mientras la gente seguía entrando.

El azul de mi vestido combinaba con la luz del suyo. Parecíamos el cielo y el sol en medio del jardín.

A esas alturas de la vida, la gente no iba completamente de negro a los funerales, pero intentaban llevar siempre colores neutros y oscuros para respetar el luto. Lo último que Agatha hubiese querido es que fuéramos de negro a su funeral.

Agatha se merecía una despedida a color, natural, creativa y brillante, como lo era ella.

—Me encanta tu vestido. Vas preciosa —le dije susurrando a la pequeña.

Ella no dejaba de acariciar a su peluche.

—¡Si me has ayudado a elegirlo!

Yo sonreí ante la obviedad.

—Ya, pero eso no quita que parezcas una princesa.

Su respuesta fue encogerse de hombros y deduje que no le apetecía hablar. En lugar de eso me quedé unos minutos en silencio a su lado, le di un beso en la coronilla y fui en busca de Victoria, pero me topé con Edrian a la entrada del salón. Estaba frente a una corona de flores rosas no demasiado grande y sostenía un papel entre sus manos.

—¿Qué es? —pregunté acariciándole el brazo.

Edrian cogió aire y me tendió la nota.

> Ella siempre fue lo más puro de esta familia. Siento mucho todo lo que hice. Espero que seáis muy felices.
>
> Besos,
>
> MICHAEL

—Es de mi padre —dijo por fin.

Lo último que sabía de Michael era que había abandonado a Edrian y a su madre tras dejarlos con muchísimas deudas que, más tarde, Victoria ayudó a solventar.

—¿Estás bien? —pregunté con delicadeza.

—Al menos se ha acordado de ella, aunque haya sido en el último momento. Es lo único que me importa. No quiero sus disculpas.

—No las necesitas.

Me abrazó. Ese hombre no llegaría nunca a saber el maravilloso hijo que tenía, pero tampoco se lo merecía.

—Mi tía no está llevando muy bien lo del panegírico. Intenta hablar con ella, porque a mí no me escucha. Está ahí dentro.

Señaló la puerta de otro de los salones menores.

Teóricamente, estaba ensayando el discurso, pero cuando abrí la puerta la escena era sobrecogedora.

Victoria se encontraba sentada en un sillón tapándose la cara con las manos. El texto del panegírico estaba hecho una bola en el asiento y, junto a ella, había un cubo con lo que parecía vómito.

Me senté en el hueco que quedaba libre a su izquierda y le pasé el brazo por la espalda.

—No puedo… —Su voz apenas era un susurro entre sollozos.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no derrumbarme yo también.

—Si me hubiera dado cuenta antes… Podríamos haberlo cogido a tiempo y ella estaría aquí —se lamentó.

—Eso no puedes saberlo. No puedes pensar en lo que hubiera ocurrido: «Y si…». Créeme que no merece la pena. —Traté de consolarla.

—Yo no sé qué hacer sin ella, Vera. Todo lo que he pasado ha sido gracias a que ha estado conmigo, siempre a mi espalda, pendiente de si la necesitaba, aconsejándome… —Hizo una pausa—. Voy a cumplir cuarenta y seis años y aún la necesito en mi vida. No ha sido suficiente.

Respiré hondo. No podía decirle nada que pudiera consolarla en su dolor. Sentía que cinco meses con Agatha no habían sido suficientes, no quería pensar lo que sería tenerla como madre.

Ver a Victoria así me hacía pensar que uno nunca está preparado para perderla. Da igual en qué momento de tu vida te encuentres, una madre siempre será una parte de ti.

—No puedo imaginar cómo te sientes, pero sí puedo decirte que ella estaba muy orgullosa de vosotras y que le encantaría que te despidieses de ella.

—He hablado mil veces en público, he dado discursos delante de las personas más importantes de este país, he sido el foco de todas las cámaras en los eventos más lujosos, y hoy no me veo capaz de subir al estrado y leer esto sin perder la compostura. —Levantó la cabeza y clavó sus ojos en mí—. Hazlo tú.

—¿Qué? No. Yo no puedo.

—Por favor —me suplicó—. A ella le hubiese encantado que lo hicieras tú. Sé que lo habría preferido. Lo vas a hacer mucho mejor que yo.

—¿Por qué no lo hace Edrian? Él estaría encantado de hacerlo. —Hice el ademán de levantarme—. Espera un segundo y voy a bus…

Me sujetó del brazo.

—Vera, por favor —me volvió a rogar—, hazlo por nosotros. Por ella.

Parpadeé tratando de contener las lágrimas.

Para mí hubiese sido todo un honor hablar en el funeral de mi querida amiga, pero no era yo quien debía hacerlo.

—Victoria. —Le envolví las manos con las mías—. Sé que probablemente sientas que esto sea demasiado, pero estoy segura de que ella querría que lo hicieras. Toda ella vive ahora en ti y en Sandra. Sal ahí y demuéstrale a tu hija que esto no acaba aquí, que su abuela fue una mujer increíble y muy querida. Ella lo necesita.

Victoria se secó las lágrimas y asintió.

—Está bien, Vera. Lo haré.

—Yo estaré ahí abajo por si me necesitas.

—Gracias. Eres la mejor amiga que mi madre pudo tener. —Sonrió levemente y yo le devolví el gesto.

Le acaricié la espalda y la dejé sola con sus pensamientos.

Al salir del salón me adentré con la cabeza gacha en el enorme jardín y rápidamente tomé asiento al lado de Edrian.

Aún no le había contado la oportunidad que me había surgido en Londres, ni a él ni a nadie. No sabía cómo iba a reaccionar ante la posibilidad de que tuviese que irme a otro país unos meses. Sentí un *déjà vu* y aparté esos pensamientos de mi cabeza cuando el miedo me invadió.

—¿Cómo está? —me susurró y cogió mi mano temblorosa.

—Como estaría una hija que acaba de perder a su madre, pero puede hacerlo —le dije confiada.

Estábamos todos en la misma fila, incluido Marc. Comenzó a sonar una ligera música de piano preciosa y, tras unos minutos de ceremonia, Victoria le dio un beso en la frente a su hija y subió a la tarima.

Noté cómo le temblaban las piernas bajo la falda, que le llegaba hasta las rodillas, y trató de no tropezar con los tacones al subir a la tarima.

Cogió aire y extendió un pequeño papel sin levantar la vista.

Victoria estaba apagada. Cualquiera que la hubiese visto dar uno de sus habituales discursos y conferencias sabría que no era ella misma.

—Hola a todos. Como ya sabéis, soy… Victoria, la hija de Agatha. Estos últimos meses han sido muy complicados para todos nosotros. —Aún no había separado la vista del atril. Su voz sonaba robótica. Estaba demasiado nerviosa—. Mi madre siempre fue el mayor

ejemplo de fuerza y voluntad en mi familia. Si había algo que creíamos imposible, ella de alguna manera lo lograba. Las personas que la rodeaban eran todo su mundo y yo aprendí demasiado tarde que eso es lo único importante. —Me miró mientras seguía hablando —. Mi madre era…

Levantó la vista hacia los asistentes por primera vez desde que había entrado en el jardín y se le quebró la voz.

Me giré para ver qué la había dejado sin habla.

Hasta ahora yo tampoco había mirado ni un solo segundo a las personas que se encontraban detrás de nosotros.

El corazón se me encogió.

El jardín estaba precioso. Varias coronas de flores se apoyaban en la pared de la mansión. Todas las filas estaban llenas, había gente de pie junto a los setos y bajo el arco de flores. Vi a mis amigas en la última fila junto a Adler y Enzo, y a Finn y Kaleb al lado del sauce. Ellos no habían conocido realmente a Agatha, pero sabía que no estaban allí por ella, sino por nosotros. También había una mujer rubia a su lado de unos cincuenta y tantos años y supe quién era en cuanto la vi. Esos ojos color miel eran inconfundibles.

Cientos de personas habían acudido a despedirse de mi amiga, pero eso no fue lo que llamó mi atención.

Mientras la persona que había a mi lado se levantaba, por fin entendí por qué Victoria se había quedado sin palabras.

La mayoría de los allí presentes vestían con colores vistosos, estampados llamativos, y juraría…, no estaba segura. Había visto varios de esos diseños en las paredes del taller. Eran creaciones de Agatha y deduje que eran antiguos compañeros y personas que

habían trabajado con ella en el pasado y querían homenajearla llevándolos.

Miré el retrato de Agatha, que había expuesto en la tarima, y le sonreí. Casi pude ver su mirada de complicidad.

«Ojalá lo estés viendo», deseé decirle.

Cuando me quise dar cuenta, Edrian estaba en la tarima abrazando a su tía, inconsolable al ver la despedida que estaban brindando a su madre.

Edrian la ayudó a bajar y volvió a colocarse ante el atril justo cuando el piano de fondo cambiaba de melodía a una versión de una canción que Agatha había escogido, con un gusto impecable, expresamente para su funeral: «Nuvole Bianche», de Ludovico Einaudi.

Tras coger aire, mi compañero, la persona de la que estaba enamorada, habló con seguridad y dulzura:

—Una vida entera no es suficiente para aquellas personas que se incrustan en nuestra piel —comenzó diciendo—. Tuve la suerte de tener a Agatha por abuela. Era ingeniosa, terca y con una lengua afilada que se me hacía de lo más divertida. —Algunos asistentes se rieron, yo incluida. Ese humor que ella tenía me había dado vida durante estos meses—. Toda ella era contagiosa. Su pasión por el trabajo, el amor por los suyos, la generosidad que desprendía… Apoyaba los sueños de los demás como si fueran los suyos propios. Estoy seguro de que cualquiera de los aquí presentes podríais subir y decir algo similar de ella. —Hizo una pausa—. Era el tipo de persona que no brillaba únicamente para ella misma, sino que alumbraba a los demás. Su trabajo era un reflejo de su alma, porque no pretendía únicamente vestir a la gente, sino que conseguía sacar todo su

potencial, incluso el que solo ella era capaz de ver. Sus colecciones llenaron portadas de grandes revistas de moda con titulares como «Los diseños de una mente brillante que hace resplandecer a las mujeres». Ella solo trataba de hacer algo bueno a través de lo que más amaba y, sin quererlo, cambió muchas vidas. —Buscó mi mirada porque sabía que yo entendía perfectamente ese sentimiento. Ambos tratábamos de hacer lo mismo con la cocina y la pintura. Sus ojos estaban posados en mí y yo no podía parar de mirarlo. Mi pecho rebosaba de orgullo—. Nunca he creído en el destino, pero gracias a ella he entendido que hay marcas capaces de unir almas que están destinadas a seguir juntas más allá del tiempo y del espacio. —Sentí un cosquilleo en el tatuaje y desvió su mirada a Sandra, que se acurrucaba junto a su madre, y esta le sonrió—. Fue una abuela y madre extraordinaria y una amiga inmejorable. Cuando la extrañe solo tendré que buscar entre los pétalos de un tulipán, en la imperfección de los trazos de un boceto, en el canto de las ballenas que nadan a contracorriente, o incluso en los logros de aquellas que se atreven a soñar más allá de lo que estaban predestinadas a ser.

No pude contener la emoción ni un segundo más. Nunca me había parado a pensar en la imagen que Edrian tendría de su abuela. Sabía que la adoraba, pero hablar con esa devoción y cariño hizo que las lágrimas que había estado reteniendo se deslizasen sin freno por mis mejillas.

—Puede que para muchos esto no tenga sentido, pero sé que ella siempre estará ahí, en todo eso. Agatha ayudó a todos aquellos que alguna vez se sintieron perdidos, fuera de lugar o incluso fracasados, dejando a su paso una estela de personas que, aunque no lo sabían, eran ballenas capaces de nadar fuera del agua.

»La cantidad de personas que estáis aquí sois una prueba de ello. Gracias, abuela, por hacer de este ordinario mundo algo extraordinario. Descansa en paz.

Bajó de la tarima. No le había temblado la voz ni una sola vez y estaba muy orgullosa de ello, porque seguramente en su interior se libraba una batalla de emociones.

Volvió a su asiento a mi lado y miró a Victoria, que asintió con la cabeza y se llevó la mano al corazón en un gesto de agradecimiento.

Me pegué a él para hablarle:

—Le habría encantado escucharte —susurré.

—Habría dicho que me he pasado de empalagoso —bromeó.

—Como si la estuviera oyendo.

—Estoy seguro de que, esté donde esté, lo ha sentido.

Tras el entierro, volvimos al interior de la mansión.

Sentía que me habían dado una paliza. Me dolía todo el cuerpo y estaba deseando meterme en la cama, pero, antes de irme a casa, tenía una última cosa que hacer.

Llevé a Victoria al taller donde horas antes había guardado un paquete.

—¿Qué es esto, Vera? —preguntó al ver la pieza plana de ochenta por sesenta que había dejado envuelta.

—Hace cinco meses hice una promesa. —Empecé a desenvolverlo —. A cambio de trabajar en el taller, le prometí a Agatha que le regalaría una de mis obras. Solo aceptó a regañadientes que se la quedaría si le gustaba y… Bueno, como ya no está para decidirlo, creo que tú eres la persona perfecta para aceptarlo.

Dejé el envoltorio a un lado y le di la vuelta. Me puse junto a Victoria, que se llevó las manos a la cara instintivamente, para contemplarla.

Una cascada de emociones subía poco a poco por mi pecho y no pude contener las lágrimas. Mirando aquel cuadro, supe que habría sido una apuesta increíble en la tercera fase del concurso.

Estaba inspirado en «El precio del tiempo».

En cuanto me enteré del tema, en mi cabeza se dibujó claramente esta imagen: era un plano de la mitad del rostro de Agatha, con sus ojos azules vidriosos, sus múltiples arrugas, pero, al contrario de lo que piensa la gente, el precio del tiempo no son las marcas en la piel, sino todo aquel recuerdo que dejas en la mente de los demás. Era una explosión de colores saturados, azules, violetas, naranjas; era como si Agatha viese pasar su vida delante de sus ojos. Había cogido varias fotos de momentos especiales que encontré en un cajón y las había plasmado sobre manchas de pintura en distintas zonas del cuadro, como si estuviese recordando todos y cada uno de esos instantes.

Victoria me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Qué maravilla!

Nunca llegaría a saber si a Agatha le habría gustado, así que con eso me daba por satisfecha.

—La obra se titula *Memorias de Praga.* —Ella no lo sabría, pero fue el nombre que se me vino a la cabeza aquel primer día que vi a Agatha mirando por la ventana en el hotel.

—Te aseguro que le habría encantado.

Sonreí con tristeza y Victoria se dirigió a uno de los armarios para sacar un paquete con un sobre.

—Dejó esto para ti. —La observé con curiosidad y ella se limitó a levantar las manos—. No me mires, porque no sé lo que es. Te dejo a solas. Voy a bajar esto y a ponerlo en la entrada. —Cogió el lienzo y me siguió hablando mientras salía del taller—. Puede que no seamos parientes de sangre, pero para ella eras una más de la familia. Solo quería que lo supieras.

Asentí y cerró la puerta tras de sí.

Me senté a la mesa de costura y decidí abrir primero el sobre. En su interior había una breve nota.

> Gracias por ser la inspiración que creía perdida.
> Tu fiel amiga y compañera de parchís,
>
> AGATHA

Esa mujer nunca dejaría de sorprenderme. La echaría tanto de menos…

Dentro del sobre también había un folio doblado. Lo abrí con cuidado y vi que era un boceto de sus diseños. Juraría que nunca lo había visto, pero al mismo tiempo me resultaba familiar.

Busqué la carpeta que Agatha me enseñó el primer día que me trajo al taller con su última colección y, tras pasar algunas páginas, allí estaba. El boceto que había en el sobre era una versión mejorada de aquel vestido petróleo que me había fascinado el primer día que lo vi.

Mi mirada se dirigió instintivamente al paquete. No podía ser cierto.

Abrí la tapa y allí estaba. Una tela preciosa de color petróleo. Saqué el vestido para verlo mejor. Un papel blanco cayó al suelo al sacarlo. Era otra nota.

Una gran artista merece vestirse con una obra de arte.

No pude controlar más el llanto. Aquella noche, en ese mismo taller, le dije que ese era el vestido de una artista de éxito, el vestido que querría llevar cuando pudiese enseñar verdaderamente al mundo lo que era capaz de hacer.

Agatha lo había rediseñado para mí en secreto durante estos meses y lo había mandado confeccionar. El sentir que había dedicado parte de su tiempo a hacer aquello me pellizcó el alma. Me dolía no poderle decir lo agradecida que estaba.

Me acurruqué en el sofá hecha un mar de lágrimas y sonreí cuando fui consciente de que, sin ponernos de acuerdo, nos habíamos despedido la una de la otra.

58



Toda la mansión tenía una acústica increíble, por lo que, mientras me acercaba a la cocina tras bajar del taller, pude oír mi nombre desde el descansillo.

Me frené en seco y agucé el oído para escuchar la conversación que Edrian y Marc estaban manteniendo.

—No vas a intentar buscarlo, ¿verdad?

—Después de todo lo que ha pasado, solo quiero estar tranquilo. No quiero saber nada más de mi padre. Estoy deseando abrir el restaurante para poder empezar mi propia vida con ella, aquí, en Praga.

Si tuviera que describir mi emoción en una sola palabra, la definiría como «pánico». No porque no quisiera irme a vivir con Edrian en un futuro, estaba encantada con eso. Lo que me aterró fue la manera en la que estaba planeando nuestra vida, dando por hecho que yo me quedaría. La culpa era mía por no haberle dicho aún que me iba a Londres.

No es que yo no quisiera esa vida tranquila, pero ahora mismo tenía otras cosas en mente. ¿Y si a Edrian no le parecía bien que me fuese a Reino Unido? Yo no sabía cuánto tiempo iba a estar fuera exactamente.

Marc le respondió y me apartó de mis pensamientos.

—Ojalá lo consigas, amigo. Vera es muy buena chica.

Una voz desconocida y cálida irrumpió en la sala.

—Estoy deseando conocerla.

—Mamá, otro día con calma te la presento. Has venido en un momento difícil para todos —contestó Edrian.

—Ya lo sé, cariño. Solo digo que me habéis hablado tanto de ella que tengo curiosidad.

Cuando decidí que era el momento de entrar, me di de bruces con Marc que justo salía de la cocina.

Me criticó con la mirada: «Estabas espiando».

Abrí los ojos y puse un dedo en mis labios para que no se le ocurriese decir ni una sola palabra. Este se rio y levantó los brazos como signo de rendición antes de desaparecer.

Me dispuse a cruzar la puerta.

La mujer rubia de ojos color miel que había visto mientras Edrian hablaba en el funeral estaba ahora delante de mí.

—Hablando de la reina de Roma.

—¿Hablabais de mí? —me hice la sorprendida y me dirigí a su madre—. Hola, soy Vera.

—Encantada, Vera. Yo soy Margaret, la madre de Edrian.

—Lo suponía, el parecido es innegable —sonreí.

Margaret Fell.

Esa mujer había sacado adelante a su familia a pesar de la traición de su marido, se había matado a trabajar para que su hijo pudiera estar ahí cumpliendo su sueño y, aun así, no había perdido la ternura y la calidez que caracterizaban a una madre. Nada más verla, sentí por ella una profunda admiración y respeto. Y alguien debía de haberle hablado muy bien de mí, porque en su mirada pude ver que era recíproco.



Iba rezando para no caerme.

—No abras los ojos aún, ¿eh?

—Ni aunque quisiera hacerlo. ¡Es imposible que vea algo con esto que me has puesto!

Llevaba una tela negra opaca sobre los ojos y Edrian me guiaba por la calle asfaltada de Praga, envuelta en la noche.

Tras haber pasado una semana desde la muerte de Agatha, se podría decir que todos lo llevábamos de la mejor manera que sabíamos y, aunque no hubiese soltado ni una sola lágrima, a Edrian le afectaba que su abuela no pudiera asistir a la inauguración del nuevo restaurante.

El evento era al día siguiente; sin embargo, me había insistido en que quería enseñármelo antes que a nadie, y yo me moría de ganas por ver el resultado del trabajo que había realizado durante meses.

Esa misma noche pretendía contarle la oportunidad que Gerard me había ofrecido en Londres. No había encontrado el momento perfecto y lo estaba retrasando.

—Vale, un poco más… —Dimos un par de pasos y me giró el cuerpo—. No te muevas. Espera solo un segundo.

Percibí el ruido de las llaves y una puerta al abrirse.

—Si me dejas aquí sola, teniendo en cuenta que no veo un pimiento, soy un blanco fácil para el atraco y el secuestro.

Escuché su maravillosa y cálida risa de fondo.

—Vale, ¿lista?

—La pregunta es: ¿estás listo tú?

—No creo que nunca llegue a estar listo para esto. —Me quitó la venda de los ojos y un destello de luz del local me cegó por unos segundos.

Tras parpadear pude leer con claridad el nombre del restaurante.

Verity Woods.

Cuando fui consciente de lo que significaba, miré a Edrian sobrecogida. Él tenía una expresión de inocencia y nerviosismo que solo me incitaba a abrazarlo.

Aún con una sonrisa en la cara, me cogió la mano y me llevó al interior del restaurante.

—Feliz cumpleaños, con varias semanas de retraso. —Sonrió con timidez.

Era un maravilloso sueño.

Por las paredes subían enredaderas y árboles que continuaban hacia arriba dejando caer algunas de sus ramas. Glicinas adornaban todo el techo del comedor principal y el color malva le daba una elegancia maravillosa a la estética. Las mesas y sillas eran de nogal y aportaban un aire moderno y elegante al sitio. Un manzano, di por hecho que artificial, se alzaba imponente y enorme justo en medio del salón y se fusionaba en la parte alta con el resto de las plantas. Varias estanterías de libros adornaban las paredes con clásicos como *El patito feo*, *Mujercitas* o *El principito*. También había algunas

figuras temáticas colgadas del techo y en el suelo que ayudaban con la ambientación.

Edrian había reproducido todas las ideas y detalles que le había contado aquella noche sobre cómo imaginaba yo el restaurante y lo había convertido en realidad. Era como estar en una cabaña de cuento en medio del bosque.

Cogí un menú de una de las mesas y casi todos los platos estaban relacionados con algún libro o historia ambientada en el bosque.

La idea estaba maravillosamente ejecutada.

Mis ojos se fueron directos a un sillón verde esmeralda colocado estratégicamente en una esquina a la vista de todos, pero donde no interrumpía el paso. A su lado, anclada a la pared, había una placa con una inscripción:

«El rincón de Agatha».

Acaricié el reposabrazos y me giré hacia él.

—Esto es… —Negué con la cabeza al mismo tiempo que me mordía el labio—. Ella estaría tan orgullosa de ti, Cocinitas. —Levanté las manos hacia el techo—. ¡Mira todo esto! Es absolutamente extraordinario.

—¿Es como lo habías imaginado?

—¡Esto es mucho más de lo que yo habría imaginado! Has creado un mundo nuevo aquí dentro. Eres increíble.

—La idea fue tuya —admitió—. Yo solo le he dado un poco de vida. —Se encogió de hombros—. Me aburría la idea del típico restaurante de pijos. —Me guiñó un ojo.

—No me puedo creer que le hayas puesto mi nombre a tu restaurante. —Lo abracé por la cintura y lo estreché contra mí.

—No sé de qué me estás hablando, Garabatos. —Frunció el ceño y luego sonrió.

Me impulsé para besarlo y me estrechó entre sus brazos. El corazón se me iba a salir del pecho.

Odiaba las comparaciones, pero había tenido que llegar este hombre a mi vida para darme cuenta de lo equivocado que tenía el concepto del amor por culpa de otras relaciones.

Era atento, cariñoso, detallista…, puede que demasiado egocéntrico, pero no dejaba de ser parte de su encanto natural y yo lo adoraba tal como era…, y también le estaba ocultando cosas.

Recordé lo que me había estado callando durante días y me aparté de su abrazo.

—Hay algo de lo que tengo que hablarte.

Una expresión de preocupación apareció en su rostro.

—¿De qué se trata?

—Creo que mejor deberíamos sentarnos —dije acercándome a una de las sillas de nogal.

Tenía un nudo presionándome el pecho de lo aterrada que estaba. No iba a ser capaz de soportar su rechazo.

No quería perderlo, pero tampoco quería renunciar a esta oportunidad.

Traté de ser clara, de explicarle la oferta que me había hecho Gerard y todo lo que eso suponía. En principio iban a ser solo unos meses, pero, si me iba bien como artista emergente, podría quedarme más tiempo.

Edrian se había alegrado mucho al principio, pero, según me escuchaba hablar, se le fruncía más el ceño.

—Sé que acabas de abrir tu restaurante y no te puedo pedir que te vengas conmigo. Tienes a tu familia y toda tu vida aquí y tampoco puedo obligarte a que mantengamos una relación mientras estoy a tantos kilómetros de distancia. Por eso, entendería cualquier decisión que quisieras tomar. —Él seguía en silencio. Miraba impasible a la mesa y toqueteaba la carta. Me entraron ganas de llorar. No podía pasar por esto de nuevo—. Mejor que lo pienses con calma y, cuando lo tengas claro, me das una respuesta.

Me levanté de la silla para salir a toda prisa de allí, porque me iba a derrumbar en cualquier momento.

—Por lo que veo, ya lo has decidido. Te vas a ir —dijo muy serio.

¿Estaba siendo una egoísta? Lo había pensado cada día. Agatha acababa de fallecer, pero Sandra por fin tenía a su madre en casa y había hecho buenas amigas en el cole. Mery se había convertido en su alma gemela y ya no había quien las separase.

No pensaba irme para siempre, solo eran unos meses…

Era mi vida y me daba miedo que me convenciera para no irme. Adoraba a Edrian, pero también adoraba el arte y no quería que me diera a elegir.

De modo que sí. Lo había decidido antes de contárselo.

—Mañana hablo con Gerard. Solo quería contártelo antes de decirle que sí. —Hice una pausa—. Es… Es mi gran oportunidad.

Edrian se frotó la cara con las manos y se las pasó por el pelo con los ojos cerrados.

Estaba dudando. Otra vez estaba ocurriendo y este golpe iba a ser mucho peor.

Salí corriendo cuando me percaté de que la primera lágrima ya se estaba deslizando por mi mejilla.

No podía estar pasando de nuevo.

Me alejé de allí con el miedo martilleándome la mente. Dejaba atrás el Verity Woods y a la persona que le había puesto mi nombre a su sueño.

Epílogo

Siento que podría dormir durante veinticuatro horas seguidas.

Mientras repaso todos los acontecimientos de esta noche, abro una botella de vino y me sirvo una copa.

Me encuentro en la cocina de mi amplio piso de Londres. Aún llevo puesto el precioso vestido que Agatha diseñó para mí. He esperado el momento oportuno para estrenarlo.

En ocasiones, cuando estoy trabajando en alguna de mis obras, me imagino que vuelvo a estar entre los ventanales de aquel inmenso taller, y mi querida amiga está sentada a mi lado creando nuevos diseños.

Sin duda, hoy hubiera sido el día que ella habría escogido para que llevara su maravillosa obra de arte.

Esta ha sido mi gran noche.

Tras lo que han sido casi seis meses de formación aquí en Londres, he podido exponer una colección de doce obras en una de las galerías más increíbles de toda la ciudad.

La inauguración se ha anunciado en varios medios desde hace varios días y hoy había casi una decena de periodistas cubriendo el evento. La sala se ha llenado de gente en cuestión de una hora. Diez

de las doce obras se han vendido esta misma noche. Gerard me ha dado la enhorabuena. En otras palabras, ha sido todo un éxito.

Mis padres han volado desde España para asistir a mi inauguración. Ya sabían que estaba estudiando aquí y, aunque no fuese su apuesta favorita, lo habían aceptado. Ahora que han visto lo que soy capaz de hacer puede que crean un poco más en mí.

Becca y Sophie no han podido asistir. Mi talentosa amiga tenía una función de teatro en París la misma tarde y, al ser la protagonista, no podía faltar. Sophie, en cambio, tenía otros planes de ocio imposibles de cancelar: se encontraba en la Toscana de viaje con Adler.

A pesar de sus ajetreadas vidas, han encontrado un hueco esta misma mañana para hacer una videollamada y desearme toda la suerte del mundo. Ahora llevábamos vidas separadas y no hablábamos todos los días, pero no nos hacía falta para saber que cruzaríamos un océano en cuestión de horas si alguna de nosotras lo necesitaba.

Con la jubilación de Samuel, Kaleb por fin ascendió al puesto de sus sueños por el que tanto había trabajado: gerente del Imperial Prague.

Reconozco que he soltado alguna que otra lágrima durante la exposición, pero no por la emoción de ver que finalmente lo he conseguido, sino porque no me esperaba verlas allí.

Victoria ha aparecido con su habitual vestimenta blanca. A su lado, una niña con una sonrisa inocente llevaba un ramo con seis tulipanes en la mano.

En cuanto las he visto aparecer, he corrido a abrazar a mi niña. El achuchón que le he dado me ha parecido tan efímero como eterno.

—No podía dejar que se perdiera este momento —me ha dicho Victoria.

He hablado con ellas durante un buen rato y hemos quedado en desayunar mañana juntas.

Cuando escucho abrirse la puerta del baño, saco otra copa de vino y la lleno.

Por un momento, recuerdo la sensación de inseguridad y miedo que sentí aquella noche que salí en estampida del Verity Woods.

Solo quería irme de allí. No podía estar pasando de nuevo.

Salí corriendo a la calle principal y dejé a mi espalda el restaurante, pero alguien me sujetó del brazo.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó Edrian furioso.

—No puedo vivir esto otra vez —le dije muy afectada—. Ya está, lo entiendo. Entiendo que no quieras seguir con esto si me voy, pero no puedo oírtelo decir.

—Y crees que la mejor opción, sin ni siquiera haberme escuchado, es irte sin más, ¿verdad? Solo se te ocurre huir.

—¡No sé si es la mejor opción! Pero es lo único que ahora mismo soy capaz de hacer —grité entre lágrimas—. Te he visto dudar. No puedo perderte. No puedo soportar que me hagas elegir…

La cara de Edrian se descompuso.

—Joder, Vera. —Me cogió el rostro entre las manos y me besó. El beso duró unos segundos, intenso, como si quisiese asegurarse de que yo era real, o para que yo viera que lo era. Al separarse, sentí que estaba dolido—. Jamás te haría elegir entre estar conmigo y cualquier otra cosa que quieras hacer. ¿Qué clase de persona sería si te hiciera eso?

No entendía lo que estaba pasando. Lo había visto dudar, de eso estaba segura.

—¿Y qué te ha pasado ahí dentro?

—¡Lo que me ha pasado es que has decidido hacer algo que me afecta directamente sin haberlo hablado antes conmigo! —me aclaró —. Jamás voy a frenarte en algo que quieres hacer, ¡por Dios! Me alegro muchísimo por ti, pero no comprendo cómo después de todo lo que hemos pasado sigues tratándome como si fuera a esfumarme en cualquier momento. Como si la oportunidad que te ha surgido no fuera algo de lo que pudiésemos conversar. ¡Has dado por hecho cosas que ni han salido de mi boca! Y simplemente has decidido por los dos, porque has tomado tu decisión y también la mía.

No supe qué decir.

El día del funeral de Agatha había escuchado a Edrian decirle a Marc que quería una vida tranquila en Praga, y la mente me había jugado una mala pasada. Di por sentado que no iba a querer adaptarse a mi situación. Di por hecho que, una vez más, no iban a apostar por mí, porque no era suficiente.

—Lo siento. No quería…

—Te amo, Vera. —Tragó saliva—. Si tu sueño está en Londres ahora mismo, gestionaremos cómo vernos durante estos meses. Puedo dejar a Adler a cargo del restaurante o incluso a Manuel… Y si se alarga tu estancia lo veremos entonces, pero juntos. —No podía creer lo que estaba oyendo—. No quiero que vuelvas a pensar que unos kilómetros son motivo suficiente para dejarte ir.

Esa noche dormí en su casa. Hicimos el amor varias veces y hablamos hasta la madrugada de reencuentros en aeropuertos y de

lo alucinante que sería vivir entre dos ciudades diferentes. Vimos el lado positivo de todo aquello.

Me estremezco cuando Edrian me abraza por detrás y me pone las manos en la cintura y me rodea al mismo tiempo que roza mi mejilla con la nariz.

—Estoy tan orgulloso de ti. Has estado impresionante.

Hace seis meses, tras la inauguración del Verity Woods, le dije exactamente esas mismas palabras.

Cuando lo vi abrir las puertas de su restaurante sentí que el pecho me iba a estallar de admiración. Además de la prensa, nuestros seres queridos estuvieron allí, apoyando a Edrian, y él por fin pudo devolverle a su madre de la mejor manera posible todo ese trabajo y tiempo que había sacrificado para que él cumpliera su sueño. Todos los medios hablaron del novedoso y extraordinario restaurante de alta cocina que estaba causando sensación. Fue un éxito rotundo.

Casi estallé en lágrimas cuando explicó delante de todo el mundo el verdadero significado de su nombre.

—*Verity* viene de la persona que me inspiró a crear algo tan diferente como esto, tan mágico como ella. Alguien que me dijo que los restaurantes de alta cocina son demasiado aburridos y poco originales, como si la buena gastronomía no fuese compatible con la creatividad. —Hizo una pausa y me miró delante de todos los asistentes y los medios—. Alguien que me enseñó que ser diferente es una suerte, y yo he descubierto que la mía es tenerla a mi lado. Eres maravillosa, Vera.

Hice caso omiso de cómo todo el mundo se giraba hacia mí y sutilmente le hablé con la mirada.

«Sigue hablando, que me muero de vergüenza».

—Creo que *woods* queda bastante claro si observas la decoración. —Todos rieron porque literalmente *woods* significa «bosques»—. La inspiración de este restaurante viene de la magia de esas historias que ocurren en cuentos y novelas que nos han hecho soñar. Una experiencia mágica que te hace sentir en una realidad diferente con el ambiente, los olores y los sabores. Un viaje de cuento a través de los sentidos.

Los periodistas y críticos definieron la experiencia en el Verity Woods como un viaje de cuento a través de los sentidos.

El restaurante funcionó tan bien que, dos meses después, Edrian ya estaba en negociaciones para abrir dos locales más con diferentes ambientaciones en otras partes de la ciudad.

Por supuesto, aunque sea desde la distancia, yo le ayudo con la idea creativa. Nos vemos una vez al mes con suerte. No voy a decir que una relación a distancia es algo fácil, porque no lo es, pero la llevamos bien porque ambos luchamos por ella.

Edrian viene cada mes y se queda cuatro o cinco días, según pueda despegarse de su trabajo.

Ese tiempo nunca es suficiente. Siempre lloro cuando tengo que despedirme de él en el aeropuerto y, siendo sincera, la peor parte de todo esto son las despedidas.

A pesar de eso, no tengo miedo, porque sé que en la otra punta del trayecto hay una persona que también cuenta los días para verme.

Me doy la vuelta, le pongo su copa de vino en la mano y brindamos.

—Bueno, y ¿ahora qué? —Deja la copa y me acerca a él—. Ya eres la nueva y misteriosa artista de éxito, has vendido casi todos

tus cuadros el primer día y has conseguido lo que te propusiste desde un primer momento. ¿Cuál es el próximo paso en tu historia?

No puedo evitar esbozar una sonrisa nostálgica cuando recuerdo a la chica que solo aspiraba a ser recepcionista en un bonito hotel de Praga. Entonces, desconocía todos y cada uno de los acontecimientos y decisiones que tomaría para llegar hasta aquí.

A veces las oportunidades son solamente un suspiro. Pensamos demasiado en lo que supondría dejar de lado nuestra zona de seguridad y, cuando nos damos cuenta, ya ha pasado el tren y nos hemos quedado con el billete en la mano.

La vida es impredecible. Solo podemos esperar que nos sorprenda cada día.

Por eso, cuando Edrian me pregunta sobre el resto de mi historia, solo puedo responder una cosa:

—Dejaré que se escriba sola.

Agradecimientos

He retrasado este momento más veces de las que pienso admitir. En primer lugar, porque eso significa que me tengo que despedir de esta historia que me ha acompañado durante casi dos años, de estos personajes que ya forman parte de mí (y espero que ahora también de vosotros), y, en definitiva, de mi primera novela. Lo sé, parece surrealista.

En segundo, porque escribir esta parte supone que, en algún momento, querido lector, estarás entre estas páginas y eso querrá decir que habrás pasado por todas las anteriores.

Creé esta historia con una sola finalidad: esta es la novela que a mí me hubiese gustado leer en un momento muy concreto de mi vida. Ojalá no haya pasado desapercibida para ti y espero que Vera, Edrian, Agatha, Sandra e incluso Victoria se hayan ganado un espacio en tu corazón.

Antes que nada, quiero dar las gracias a Irene. Me escuchó, apostó y confió en que haría una gran historia. Sin ti esto no habría sido posible. Gracias, amiga.

A mi editora, Ana Lozano, y a todo el equipo de Suma, que han hecho un trabajo increíble con la edición, la maqueta y con mis

cambios constantes en el manuscrito. Soy libra, ¿qué le vamos a hacer?

A mis queridas lectoras cero. Alba, Marta, Andrea, Noelia…, habéis sido la primera ventana al mundo de la historia de Vera y testigos de su evolución. Ojalá esta versión final os sorprenda y sintáis que esto también tiene un trocito de vosotras.

A mis amigas repartidas por todo el país: Andrea, María, Laura, Clara, Amaiur, Naiara y Marina. Hay momentos de este libro que, de alguna manera, también son vuestros. Espero haberlos tratado con el cariño que merecen.

A mis padres y a mi familia, gracias por ser siempre un apoyo para todos mis sueños. Gracias por estar ahí incluso cuando mi orgullo dice que no lo necesita. Sin vosotros, esta historia no habría sido posible.

A David, que me ha visto en todas las facetas y estados posibles durante este proceso de escritura. Gracias por enseñarme que el amor sano y desinteresado existe. Si he seguido confiando en mí para escribir esta novela es solo porque tú nunca dejaste de hacerlo. Ojalá algún día pueda verte cumplir tus sueños igual que tú estás en los míos, porque no conozco a nadie que se lo merezca más.

A mi hermana pequeña, Sandra. Has sido una de mis grandes inspiraciones para este libro porque tienes un corazón enorme y, a pesar de nuestras diferencias, es algo que admiro tanto de ti que de alguna manera debía incluirlo en esta historia. Gracias por darme siempre tu opinión más sincera y no ser de las que regalan los oídos. Gracias por estar siempre que te necesito, aunque lo pida poco. Vas a llegar tan lejos como te lo propongas. Te quiero.

A Laura Gallego, por ser mi referente, por infundir en mi mente de la manera más increíble, leyendo sus historias, el sueño de querer escribir.

A Raquel (@yovoyviajando), la mejor guía turística que encontraréis en Praga. Gracias por tus vídeos, por llevar un trocito de Praga a nuestras casas a través de la pantalla y por tu disposición para documentar algunas partes de esta novela.

A todos los que me habéis apoyado en este proyecto y que, con la memoria que tengo, seguro que he olvidado mencionar. Gracias de corazón.

A todos vosotros y vosotras. Esta historia la escribí para todos los que alguna vez habéis sentido que no encajabais en ningún sitio. Que vuestra pieza quedaba muy grande o muy pequeña para cualquier hueco. Durante muchos años he sentido que no existía un lugar para mí, hasta que decidí crear el mío propio. Porque descubrí que es posible que una ballena aprenda a nadar fuera del agua si esa es su verdadera esencia.

Ojalá nunca olvidéis eso.

A mí, por no rendirme con esta historia. Por no dejarme llevar por el sentimiento de si era lo suficientemente buena. Por confiar en que podía hacerlo a pesar de todo. Porque un día soñé con escribir una novela y ya ha dejado de ser un sueño. Es una realidad. Gracias.

¿Qué pasa si el futuro con el que tanto sueñas no es lo que se espera de ti?



Tras finalizar su grado en Turismo y ser aceptada como recepcionista en el Imperial Prague, uno de los hoteles de lujo más prestigiosos de Europa, Vera decide meter su cuaderno de dibujo y su corazón roto en una maleta para comenzar la vida que se esperaba de ella.

Cuando en su nuevo trabajo conoce a Edrian, un carismático apasionado de la cocina, Vera se cuestionará todo lo que creía saber sobre las relaciones y el amor, hasta el punto de hacerla dudar sobre sus verdaderos deseos. Eso y el encuentro con una inesperada huésped del hotel la situarán frente a un dilema: seguir con su planificada vida o ponerla patas arriba.

Alicia Catalán, más conocida en redes como @kalonbay, debuta en ficción con una historia llena de inspiración, amor, valentía y ternura.

El canto de las ballenas sin mar es una novela para aquellos que se atreven a mirar más allá de lo que los ojos son capaces de apreciar.

Hay historias destinadas a fundirse con el alma.
Ojalá esta sea una de ellas.

Alicia Catalán (Murcia, 2000) es una chica a la que siempre le ha fascinado el arte en todos los sentidos. Pintar es una de sus mayores pasiones, pero su gran sueño siempre fue escribir historias que se adentrasen en el corazón de la gente a través de sus palabras. *El canto de las ballenas sin mar* es su primera novela en Suma.

«Siempre quise serlo todo; no podía decidirme por una sola cosa. Ahora puedo pasar por todas esas vidas gracias a mis personajes».

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Alicia Catalán Ródenas
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Alicia Catalán Ródenas, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Alicia Catalán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10257-05-4

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El canto de las ballenas sin mar

Playlist de El canto de las ballenas sin mar

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Alicia Catalán

Créditos